

BBC

BOOKS

DOCTOR WHO

TV
RASGUÑO EN ESPIRAL

AUDIO
WHO



GARY RUSSELL

Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por Scnyc.

Traducción

Traducido por:

- Takhisis_eam
- Herck458
- Anacleta
- Cristina Usón
- Theonis
- David Formentín
- Tamychan86

Corrección

Corregido por David Formentín

Portada

Portada en español realizada a partir de la original por Defender.



¡DECLARACIÓN!

Este trabajo es solo la traducción al español de la obra Spiral Scratch del escritor Gary Russell.

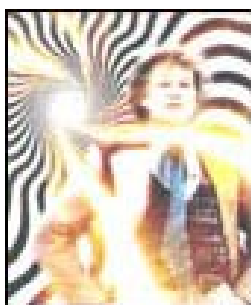
Novela de BBC Books

***Doctor Who* es una marca registrada perteneciente a la BBC.**

AudioWho es una incitativa dedicada a traducir audios y libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar, del universo extendido de Doctor Who, sin la barrera idiomática del inglés.

Prohibido la venta o la copia de esta traducción con fines lucrativos. Hecho por fans y para fans. Más novelas, cómics y otras obras las podrá encontrar en:

<http://audiowho.com/>



Carsus: el mayor repositorio de conocimiento en el universo – en cualquier universo, pues no hay un número infinito de universos posibles; o más bien, debería haberlos. Así que ¿por qué hay ahora sólo 117.863? ¿Y por qué, de vez en cuando, son un simple guiño de la existencia?

El Doctor y Mel llegan a Carsus para ver a un viejo amigo del Doctor, el Profesor Rummas – pero él ha sido asesinado. ¿Pueden resolver el misterio de la contracción del multiverso, y exponer al asesino?

Con los lazos que unen a la familia Lamprea al pasado, presente y futuro y el devenir desenredado a su alrededor, sólo el Doctor puede detener el descenso al caos temporal. Pero él se pierde en Janus 8. Y Schyllus. Y un siglo XX Tierra donde nunca cayó Roma.

Y...

DOCTOR WHO

RASGUÑO EN ESPIRAL
GARY RUSSELL

BBC
BOOKS

*El libro está dedicado respectivamente
a la memoria de Brian Ainsworth,
John Bailey, Jim Briggs, y Don Haigh-Ellery.*

Índice

Capítulo Uno.....	8
Capítulo Dos.....	9
Capítulo Tres.....	22
Capítulo Cuatro.....	45
Capítulo Cinco.....	49
Capítulo Seis.....	68
Capítulo Siete.....	92
Capítulo Ocho.....	113
Capítulo Nueve.....	137
Capítulo Diez.....	163
Capítulo Once.....	174
Capítulo Doce.....	180
Capítulo Trece.....	198
Capítulo Catorce.....	218
Capítulo Quince.....	226
Capítulo Dieciséis.....	236
Reporte de errores.....	240

Capítulo Uno

Necesito

Necesito que vayas al planeta Tierra en 1958 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Huttan en 2267 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Janus 8 en 66.98 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Schyllus en 4387 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Narrah en 2721 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta C'h'zzz en 3263 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Luminos en 2005 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Yestobahl en 1494 y salves el Universo.

Necesito que vayas al planeta Hellos 3 en 5738 y salves el Universo.

Capítulo Dos

Mundo real

Era el período de cosecha más caluroso que la Buena Esposa Barber podía recordar. También era uno de los más productivos, y Richard de Calne, el Señor que vigilaba la aldea podía estar agradecido. Las judías, el trigo y las verduras crecían abundantemente. Wulpit estaría a salvo del hambre durante los meses de invierno.

—¿Has visto al pastor Mullen hoy? —preguntó una voz junto a ella.

Sobresaltada, a la Buena Esposa casi se le cayó su azada, pero se recuperó a tiempo

—Oh, buenos días Hermano Ralph —dijo—. No te he oído acercarte —entonces escaneó el horizonte, pero no vió rastro alguno del pastor—. Es bastante extraño —continuó—, estuvo aquí antes, estoy segura de ello. Le ví hablando con una de las chicas de la aldea, Daisy, como a media mañana.

El Hermano Ralph se encogió de hombros.

—No es relevante, Buena Esposa. Te lo agradezco —Se giró para irse y volvió a hacerlo—. Oh, y lamento haberte molestado.

La Buena Esposa Barber rió con la risa profunda de una mujer que come bien.

—No te preocupes, Hermano. Es un honor el que me visite un miembro del monasterio. Esperamos celebrar el festival de la cosecha con tu Abad y tus compañeros monjes en breve. Sólo unos días más, imagino —Paró de hablar y bajó su azada, dejándola junto al cedazo lleno de judías que tenía al lado—. ¿Puedo hacerte una pregunta, Hermano?

Ralph asintió con la cabeza.

—¿Por qué estás buscando al pastor? ¿Ha irrumpido su rebaño en vuestros terrenos? Creo que mi marido ha reforzado la cerca este mes.

Ralph rió y entrecerró sus ojos para protegerse de la luz del sol mientras miraba alrededor.

—Nada de eso. No, estamos pensando en aumentar nuestro rebaño de cabras y ovejas, y el Abad me pidió que preguntara al buen pastor por sus consejos.

La Buena Esposa Barber se agachó para coger su azada y entonces se congeló.

—¿Has oído eso? —preguntó Ralph, respondiendo a la pregunta que ella estaba apunto de hacerle.

—¿Qué podría ser? —dijo ella, mirando alrededor, intentando ver si Daisy era una de los niños que estaban en el campo. Pero todos ellos parecían igualmente desconcertados — ¿De dónde viene?

—De todas partes —exhaló Ralph—. Es como el sonido que hace el corazón de un hombre en sus oídos después de correr una gran distancia.

El sonido era tan fuerte que apretaron sus manos contra sus orejas y la Buena Esposa fue consciente de que el Hermano Ralph estaba gritando de pánico, cuando de repente cesó.

La inmediatez del silencio fue casi tan dolorosa, pero pasó.

Cuando los aldeanos confundidos estuvieron seguros de que todos estaban bien, un grito pudo ser oído.

No un grito de dolor o angustia sino de sorpresa, seguido de un “¡Vamos! ¡Rápido, vamos!”.

—Es el pastor —le dijo la Buena Esposa Barber a Ralph cuando empezaron un paseo indeciso hacia la voz. Una segunda llamada, sin embargo, hizo que apresuraran su paso, junto a ellos iban Daisy, una pareja de sus amigas y una o dos otras Buenas Esposas —y uno de los hombres, Twisted Jude, quien era incapaz de trabajar para el Señor por su dolorida espalda.

Después de unos pocos momentos, el grupo se encontró mirando una de las trampas especiales para lobos, diseñada para atrapar bestias salvajes que podrían atacar a sus ovejas, gallinas u otras formas de vida. En el lado lejano, parecía que el camino se estrechaba, desapareciendo junto a un agujero, todo formando una cueva verde.

El pastor, Mullen, estaba intentando agrandar la entrada y dándose cuenta de que tenía público les pidió que le ayudaran.

—¿Por qué, buen pastor —le preguntó Jude—, has perdido una oveja?

—No —gritó el pastor—. Pero puedo oír sonidos ahí. Niños, posiblemente.

Al oír eso, las mujeres, niñas y Twisted Jude empezaron a descender hacia donde estaba el Pastor, ignorando la suciedad y las espinas que les manchaban y arañaban.

El Hermano Ralph esta apunto de unirse a ellos cuando la Buena Esposa Barber le miró.

—Ve a buscar al Señor —le gritó ella—. ¡Y al Abad! Sus servicios podrían ser necesarios —añadió, corriendo mientras hablaba.

Mirando como corría el Hermano Ralph, la Buena Esposa desvió su atención hacia el Pastor y, apartando a unas de las chicas más entusiastas aunque débiles, empezó a apartar matas, estupefacta de cuanta hierba y otros arbustos había en el suelo. Después de todo, las trampas tendían a mantener la tierra expuesta, y sólo las malas hierbas crecían en su camino hacia el suelo en busca de la luz del sol.

Apartó eso de su mente cuando, estuvo segura, pudo oír un sollozo infantil desde el interior.

—¿Habéis oído ese ruido, cómo un centenar de corazones? —preguntó el pastor Mullen mientras arrancaba violentamente hierba y tierra.

La Buena Esposa asintió.

—El Hermano Ralph también dijo que parecía un latido de corazón —apuntó.

El pastor miró alrededor, como si esperara que el joven monje fuera a ayudarles a cavar, pero la Buena Esposa Barber explicó que le había enviado en busca de alguien con autoridad.

Twisted Jude intentó acercarse para ayudar, pero el pastor se lo impidió.

—Puedes empeorar tus lesiones, amigo Jude —le dijo.

Jude pareció dolido pero aceptó la verdad.

Pobre Jude, pensó la Buena Esposa. Una vez había sido tan fuerte y hábil como cualquier otro hombre de Wulpit, pero un accidente a caballo terminó con su trabajo como caballero del Señor, y esos días era muy común verle hablando con las mujeres jóvenes de la aldea, contándoles historias y poesías que necesitaban escuchar. Al verle ahí, incapaz de hacer nada, se dio cuenta de que hubo una expresión de ira en su cara, pero supo que era a consecuencia de su incapacidad física y no del aviso del pastor.

El sollozo se volvió a escuchar.

—Todo va bien, cariño —gritó a la oscuridad—. La ayuda está a punto de llegar.

Mientras continuaron escarbando, el pastor comenzó a hablar otra vez.

—Estaba ahí al lado de la trampa cuando el ruido comenzó, y entonces es cuando este agujero, esta caverna apareció —estaba diciendo entre jadeos y respiraciones profundas—. La vi cuando sólo... bueno, el suelo desapareció revelando la cueva. Y esta hierba y esta sustancia, juro que no estaba aquí antes.

—¿Viste al niño caer dentro?

—No —dijo el pastor—. No, y no hay ningún niño por lo que sé. El grito empezó tan pronto como el ruido terminó.

La Buena Esposa estaba confundida. Ella había asumido que eran un par de niños de la aldea. Incluso Wikes, donde vivía el Señor en el Gran Salón, estaba a cierta distancia y ciertamente demasiado lejos para que los niños andaran sin que alguien diera la alarma.

El pastor Mullen parecía haber leído su mente.

—¿Podrían venir desde la aldea del Rey Edmundo?

—Incluso más lejos —dijo ella, y entonces le gritó a la oscuridad una vez más—. ¿Puedes vernos? ¿Puedes ver la luz?

Pero un sollozo, pensó que de niño esta vez, fue la única respuesta.

—Puedo ver algo —murmuró Twisted Jude—. Ahí, a la izquierda del agujero. Ahí dentro.

El pastor Mullen escudriñó donde Twisted Jude había indicado y dijo:

—Tengo algo...alguien

Y con un estirón, sacó a un chico de catorce o quince veranos desde el interior, cayendo hacia atrás.

Un segundo después, una niña uno o dos años más joven salió desde el agujero, e inmediatamente se aferró al joven al que estaba sujetando el pastor.

El grito de victoria y de celebración que empezó a brotar de los espectadores cesó en sus gargantas cuando vieron a los recién llegados.

Los dos estaban vestidos sólo con guantes de piel espesa y botas, pero salvo eso estaban completamente desnudos. Su pelo era largo y espeso con manchas y calvas, y sus ojos estaban muy abiertos con una expresión de miedo y asombro.

Pero no era nada comparado con el asombro que sentían la Buena Esposa Barber y sus vecinos.

¡La piel de los dos chicos desnudos era verde brillante!

En menos de una hora, la Buena Esposa Barber se había reunido con su marido, Erwick, en el Salón, donde Richard de Calne había puesto a descansar a los extraños niños en una de las múltiples habitaciones.

Ahora los dos, junto con el pastor Mullen y Twisted Jude estaban esperando la llegada del Abad y algunos de los monjes para discutir de lo que había que hacerse.

—Como elfos —había dicho Twisted Jude, pero el Señor había dicho que no había ahí nada de elfos y hadas.

La Buena Esposa Barber no estaba totalmente convencida de la despedida. Esta parte de Suffolk había sido testigo de muchas cosas extrañas y de inexplicable gente y sucesos, según las leyendas.

De vuelta en los días de los invasores normandos, circularon historias de transformaciones y cosas así. Si eran duendes ingleses o habían sido traídos por Guillermo de Normandía nadie estaba seguro, pero de cualquier manera los presagios raramente eran positivos.

—Ahora los niños están durmiendo—dijo de Calne en voz baja, como si pudiera despertarlos accidentalmente—. Cuando despierten y hayan comido y se hayan bañado, les preguntaremos como han llegado al bosque de Wulpit.

—Y como han llegado a tener el color del bosque —dijo una voz estentórea desde la entrada.

Era el Abad, y la Buena Esposa pudo ver al Hermano Ralph y a otro monje detrás de él. Después de un segundo, se dio cuenta de que era el Hermano Lucien, un hombre que era despreciado por los aldeanos de la misma manera que querían al Hermano Ralph.

De Calme se inclinó respetuosamente ante el Abad y le invitó a entrar en la habitación, ofreciéndole un adornado asiento junto al fuego. El Hermano Ralph traía madera, que puso en las llamas, calentando la habitación de inmediato. Era una manera de olor dulce, posiblemente cedro, que hizo que la Buena Esposa se relajara algo. Ella creyó que tenía el mismo efecto en los otros cuando incluso Twisted Jude cesó de parecer tan agitado ante el pensamiento de los niños verdes.

—No pueden ser hijos del Señor —dijo el Hermano Lucien—. El Señor no dejaría a su gente desnuda ante los ojos de las hijas jóvenes de los aldeanos.

El Abad se encogió de hombros.

—Esa es una opinión —señaló—. Sin embargo, sin pruebas en la mano, no deberíamos juzgarlos demasiado rápidamente. Nuestro Señor puede haber enviado estos niños para probarnos. Para probar nuestra fidelidad.

El pastor Mullen estaba horrorizado.

—¿Por qué debería el Señor dudar de la gente de Anglia de esta manera? Somos personas temerosas de Dios y nos humillamos ante Él cada Día del Señor.

—Quizás estamos siendo probados en nuestra cosecha —dijo Twisted Jude—. Quizás al Señor no le gusta nuestra manera de trabajar la tierra.

Erwick Barber habló, y su mujer se encontró orgullosa de su calma.

—Creo que estoy de acuerdo con el Señor. Deberíamos esperar hasta que los chicos despierten y nos den respuestas. Las suposiciones —y echó una ojeada al Abad—, aunque sean bien intencionadas, no nos darán respuestas. Y sin respuestas, no podremos encontrar la verdad.

—Sin preguntas —dijo el Abad—, no podemos reconocer las respuestas.

Con su pié izquierdo, de Calne empujó un tronco de vuelta al fuego, ya que estaba apunto de caerse de la pira.

—Despertaré a los niños—dijo—. Han dormido un par de horas —se giró para irse, y entonces volvió a mirar al grupo—. Tengo una demanda.

—¿De verdad? —preguntó el Abad.

De Calne dio una respiración profunda.

—Como Señor, el bienestar, material y espiritual de las aldeas de la parte de Edmundo de Anglia es mi responsabilidad. Por lo tanto, no importa lo que aprendamos hoy, lo mantendremos entre nosotros. Todo aquel que no esté de acuerdo con esto debe abandonar el Salón de inmediato —miró fijamente al Abad durante un momento, como si estuviera retando al representante del Señor, antes de abandonar la sala.

El Hermano Lucien se acercó al Abad.

—Estoy seguro de que el Señor no quería ser irrespetuoso, Señor Abad.

El Abad sonrió y miró a los otros. La Buena Esposa Barber tomó la mano de su esposo entre las suyas. Sentía como si el Abad estuviera mirando dentro de su alma, en busca de respuestas. De todos modos, dijo:

—Oh, estoy seguro de que Richard de Calne me ofrece el respeto que cree que me merezco. No tiene tiempo para la Iglesia. Somos tolerados aquí, pero no somos bienvenidos.

Erwick abrió su boca, como si fuera a contradecir al Abad, pero la Buena Esposa apretó su mano con fuerza, esperando detenerlo. Los dos sabían que el Abad tenía razón, las convicciones del Abad y su lealtad hacia el Señor eran bien conocidas en Wulpit y las otras aldeas. Ella estaba sorprendida de que el Abad no pareciera ofendido. O demandara compensación.

—Sin embargo —continuó el Abad—, sin embargo le respeto lo suficiente como para aceptar sus opiniones como el reconoce las mías. Las nuestras —El Abad miró amablemente a Lucien desde su asiento—. Ni yo ni el Señor podemos demandar su obediencia. En efecto, alguien que pregunta, alguien que disiente, puede contribuir tanto como aquellos que siguen ciegamente. El Señor es, por naturaleza, un hombre que plantea preguntas. La señal de un hombre inteligente que merece su posición en la sociedad y el respeto de todos.

El Hermano Ralph comenzó:

—Pero Señor Abad, seguramente...

—Hermano Ralph. Acepta que el Señor tiene un papel que jugar en nuestras vidas, y que debe jugarlo como lo considere adecuado. El Señor le juzgará en el momento oportuno, ni tú ni yo.

La puerta volvió a abrirse, para dejar entrar a de Calne y a los dos niños verdes, ahora vestidos con blusas de lana para cubrir su dignidad, pero no el color verde de sus caras o manos.

Erwick, que todavía no los había visto, jadeó ligeramente, pero su mujer aún apretaba su mano con fuerza, dándole fuerzas.

—¿Quién eres, niño? —el Abad dijo en una voz serena y amable— ¿De dónde vienes?

El chico, al que el Abad se había dirigido, le miró fijamente. Sin dureza, creyó la Buena Esposa Barber, pero en completa incompreensión. Miró del Abad, a de Calne y entonces a la chica.

El Abad le hizo a ella las mismas preguntas, en el mismo tono. Recibió la misma respuesta. O mejor, la falta de ella. Cogió su brazo, tirando suavemente como si eso pudiera provocar una reacción. Y lo hizo. Ella chilló algunas palabras inteligibles y trató de apartarse.

Inmediatamente el chico fue directamente hacia la chica, cogiéndola del hombro y atrayendo su mirada. Ni una palabra, ni un jadeo existió entre ellos, pero la chica se calmó al instante, bajando su mirada al suelo como si estuviera avergonzada de su anterior reacción.

El chico soltó su hombro y dio una respiración profunda, como si estuviera en un momentáneo espasmo de dolor. Pero se pasó en un instante y él, como la chica, volvió a tener una mirada inocente.

—A lo mejor no hablan nuestro idioma —especuló Twisted Jude—. Quizá hablan un lenguaje verde.

De Calne asintió.

—Si son de otro país, quizá del otro lado del mar, explicaría muchas cosas —miró a la Buena Esposa—. Buena Esposa Barber, en mis cocinas hay algunos jamones y carne de cordero, calentándose en el fuego. ¿Podrías traerlos?

La Buena Esposa inmediatamente hizo como se le pidió, aunque estaba alarmada de que pudiera perderse algo importante.

Llegó a la cocina y rápidamente encontró la comida, nadando en una olla de agua hirviendo. Cogió la olla del fuego y encontró un plato en el que poner la carne.

En una alacena encontró algunas zanahorias, judías verdes y un nabo. Cortó todo en trozos pequeños y los puso en otro plato, y llevó la comida a la sala.

Era evidente que no se había perdido nada de importancia, incluso el Abad estaba empezando a parecer frustrado.

El Hermano Lucien estaba sugiriendo que la disciplina podía ayudar.

—Un latigazo en la espalda del chico podría hacerle hablar —dijo cruelmente.

—¡No! —dijo la Buena Esposa— Sólo es un chico y está asustado.

—¿Qué hay aquí que le pueda asustar? —preguntó Lucien— Somos nosotros los que deberíamos estar asustados de él y de su descolorida apariencia.

—Y sólo supón —razonó ella— que dónde el viene todo el mundo es verde. ¿Qué pensará él de un grupo de adultos con piel pálida? No creo que yo dijera nada sobre mí si nuestros lugares estuvieran cambiados.

—Como siempre, la Buena Esposa Barber habla con sensatez —dijo de Calne. Se acercó y cogió los platos de las manos de ella poniéndolos delante de los niños.

Los dos miraron la carne llenos de espanto y la más joven, la niña, empezó a patalear y a tratar de alejarse. El Señor inmediatamente retiró los platos y se los devolvió a la Buena Esposa, quien rápidamente los escondió. Los niños se relajaron al momento y se abalanzaron sobre las verduras, específicamente sobre las judías verdes y el nabo.

El chico cogió un capullo de judías, mirándolo fijamente con sospecha. La Buena Esposa Barber se acercó a él y con una sonrisa lo cogió de sus manos y lo abrió revelándole las judías de su interior. El chico la sonrió y ella se dio cuenta de que era la primera vez que veía sonreír a alguno de los dos chicos. Viendo la reacción de su hermano (la Buena Esposa Barber había decidido mentalmente que los chicos eran hermanos), la chica sonrió abiertamente, mientras comía con apetito.

El Abad miraba el proceso con lo que la Buena Esposa pensó era un divertido interés. Como si estuviera viendo algo más en estos pobres y confusos niños verdes.

Twisted Jude cogió un trozo de zanahoria y se lo pasó al chico, que pareció darse cuenta de la existencia del antiguo caballero por primera vez. Frunció el ceño, mirando detenidamente a Twisted Jude, y el hombre pareció acobardarse. Sin importar lo mucho que se había acostumbrado a las reacciones a sus heridas, la confusión de este chico verde era sorprendente. Era casi como si el chico estuviera mirando no a Jude, si no a través de él, observando sus destrozados huesos, curioso de cómo el hombre se sentaba en ángulo mientras que todos los demás se mantenían bien rectos.

Y la Buena Esposa se dio cuenta de que estaba dándole a Jude la misma mirada de castigo que le había dado a su hermana momentos antes, cuando el Abad intentó interrogarles.

Se acercó hasta el caballero y cogió la gran mano izquierda de Jude entre sus pequeñas manos, y miró fijamente a los ojos de Jude. Después de unos segundos, seguramente no más que eso, la Buena Esposa Barber se sintió delirar. No podía explicarlo, pero una ola de lo que sólo podría decir más tarde que era pura calma,

bondadosos además, la limpió. Fue como si algo entrara en su cuerpo, haciéndola sonreír y sentirse feliz, como si se revitalizara. Sintió como el cansancio del día abandonaba su cuerpo.

Para Twisted Jude el efecto fue mayor. Con un ligero jadeo, cayó sobre una rodilla, son romper la postura del cuerpo. La Buena Esposa notó como los Hermanos Lucien y Ralph daban un paso adelante, pero sin pensarlo levantó un brazo para detenerlos, y vio que la chica hacía lo mismo con su amado Erwick.

De Calne y el pastor estaban cerca del Abad y solo miraron la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Desarrollarse era una buena descripción, decidió la Buena Esposa, y eso es lo que hizo exactamente Twisted Jude. Cuando se levantó, un profundo y contenido suspiro escapó de sus labios y cerró sus ojos, y dando una profunda respiración se levantó.

Recto.

Por primera vez en tres años.

Y la Buena Esposa Barber podía ver lágrimas bajando por la cara de Jude y se dio cuenta de que había sucedido. Como los otros en la habitación, hasta el día de su muerte, nunca entenderían como ocurrió, o por qué. Pero ciertamente comprendieron que este extraño chico verde de alguna manera había reparado sus dañados huesos y músculos, revigorizando su corazón, pulmones y todo lo demás en el proceso. Jude podría decir más tarde que se sintió rejuvenecer diez años, no sólo los tres que habían pasado desde el accidente.

El efecto en el chico fue igualmente rápido. Cayó al suelo silenciosamente, con su hermana a su lado en un instante, aunque gruñó a Erwick cuando se acercó a ellos dos.

Por un momento, la Buena Esposa Barber temió por su marido, tan salvaje fue el gutural grito de la chica, pero al igual que antes el chico rápidamente levantó un brazo y puso su mano abierta en el hombro de la chica. Ella se calmó al momento, y el chico sucumbió al sueño.

Durante muchas semanas, ninguno de los que habían presenciado el milagro se atrevió a hablar de ello en la aldea. Twisted Jude volvió a los establos del Señor, y el Abad y los hermanos permanecieron en el monasterio, presumiblemente encerrándose en sus libros y pergaminos buscando si tales milagros se habían visto desde la muerte de Jesucristo.

Los Barber iban frecuentemente al Salón del Señor para ver a los niños, y les cogieron mucho cariño.

Sólo el pastor, Mullen, mantenía las distancias. Al contrario que el Abad, era escéptico sobre la bondad inherente a esos milagros y se preguntaba qué precio deberían pagar todos por la recuperación de Jude.

El precio, como se demostró, no había sido pagado por los aldeanos si no por el chico. Richard de Calne había dado a los chicos los nombres de sus abuelos, Dominique y Julien, y poco a poco los fue introduciendo en la aldea. Ninguno hablaba inglés, pero parecían entenderlo todo.

Dominique tenía mal genio, algo que no favorece a una joven, pero de Calne y todos en Wulpit se lo perdonaban. Julien, sin embargo, parecía únicamente capaz de calmar las rabietas de su hermana con un toque suave, y de Calne les planteó a los Barber y Jude la idea de que de igual manera que el toque del chico había curado al caballerizo, también curaba el temperamento de la chica.

—¿Alguna clase de santo? —preguntó de Calne, y escuchó los jadeos de sus invitados—. No pretendáis que no lo habéis pensado vosotros también.

—Pero el Abad... —comenzó Jude.

—El Abad es... —de Calne tomó aire profundamente. Claramente iba a decir algo, pero cambió de idea y en lugar de eso dijo— El Abad es un buen hombre, pero poneos en su lugar. El, como todos los hombres buenos, tiene sus escrituras y sus libros, y cree en un único Dios verdadero. Estos chicos desafían su fé, y como resultado ha elegido ignorarles.

—Deberíamos estar agradecidos —dijo la Buena Esposa Barber—, de que no haya dicho que son demonios o algo peor.

—¿Peor? No hay nada peor —dijo Jude.

De Calne se encogió de hombros.

—En cualquier caso, por si no lo habíais notado, ni él ni Lucien, ni siquiera Ralph, ha regresado a Wulpit desde su llegada. Y aunque a mí eso no me preocupa ya que como el Abad suele decir no soy un hombre temeroso de Dios, me he dado cuenta de que los aldeanos sí están preocupados por esto.

Erwick asintió.

—He escuchado muchas murmuraciones durante las dos últimas semanas.

De Calne respiró.

—Es mi intención el alejarme una temporada. Jude, estarás al mando hasta mi regreso. Erwick, tú liderarás la aldea. Y tu, Buena Esposa Barber... ¿puedo llamarte Edith? —con un ligero cabeceo, la Buena Esposa Barber aceptó que se usara su nombre de nacimiento— Tú. Edith, debes enseñar a los niños de la aldea. Con Jude de regreso a mi servicio y con las nuevas tareas que le doy, la educación de los jóvenes se ha abandonado. Me gustaría que te encargaras de eso. ¿Todo el mundo lo tiene claro?

—¿A dónde iréis? —preguntó la Buena Esposa.

De Calne llevó un dedo a sus labios.

—Os digo esto. Temo por los niños verdes, por Julien y Dominique. Temo al Abad, temo a los reyes y temo a una o dos personas de Wulpit.

—¿El pastor Mullen? —preguntó Jude.

De Calne asintió.

—Es lo mejor para los niños, para vosotros y también para mi mismo si mantengo mi destino en secreto. Pero estaré de regreso antes de la primavera, con o sin los niños verdes.

Paró de hablar cuando la puerta que estaba frente a ellos se abrió, dejando pasar una ráfaga de aire dentro de la habitación.

Y la Buena Esposa Barber se dio cuenta de que su escalofrío no se debía al aire; la mirada de Dominique la llenaba de estremecimiento.

—¿Es por Julien? —preguntó el Señor. La chica asintió y cuando los adultos subieron las escaleras le dijeron a la chica que permaneciera en su habitación.

En su cuarto, descubrieron a Julien, tumbado en su cama. Los observadores jadearon a la vez. Su piel ya no era verde, se parecía al color normal de la carne, pero estaba sudando.

—Julien, ¿qué ha pasado? —preguntó de Calne, sabiendo que no recibiría respuesta.

Así que él, al igual que todos los que estaban en el cuarto, se quedaron alucinados cuando recibieron una. No de la boca de Julien, de... de algún lugar. Estaba en sus cabezas, en sus mentes, y podían ver en sus ojos que era Julien hablando, pero sus labios no se movieron.

—Mi hermana y yo vinimos aquí por accidente. Encontramos la cueva de cinco lados y nos metimos dentro. Para explorar. Fuimos sacados por vosotros. La luz aquí es muy brillante. De donde somos es más oscura, como en el anochecer de aquí.

—Crepúsculo —jadeó de Calne—. Una tierra de crepúsculo perpetuo...

Julien continuó con su charla mental.

—Os agradezco que nos hayáis cuidado, pero me estoy muriendo. Necesito ir a casa, volver a la caverna para que así podamos la salida de cinco lados a nuestro mundo.

—¿Vuestro mundo? —Jude estaba confundido— ¿Qué otro mundo?

—¿Parecen normales? ¿Te parecen humanos? —interrumpió el Señor— Es decir, ¿te lo parecen?

Jude se encogió de hombros.

—No entendemos donde estamos —continuó Julien—. Mi hermana y yo os estamos agradecidos, pero moriré si no regreso a casa. También mi hermana, sólo que ella es más fuerte que yo, ella tiene mucha de mi energía en su interior.

—¿De cuándo la tocas? ¿Cuando la calmas? —preguntó Erwick.

El chico asintió.

—Mi regalo para ella. Ella puede ser...agresiva. No está bien en alguien tan joven —señaló a Jude—. Espero que puedas vivir una buena vida, amigo mío.

Jude cerró sus ojos.

—¿Al curar mis heridas... las añadiste a las tuyas?

—Hago lo que hago porque puedo. Porque debo —replicó Julien—. Pero, por favor, necesito ir a casa. Volver al mundo de Lamprey. Mi hermana también —sus ojos suplicaron—. ¿Por favor?

Y entonces se quedó dormido.

Un sueño muy muy profundo del que, pese a sus intentos, no lograron despertarle.

Sin una palabra, el Señor enrolló al chico con sus mantas y se lo cargó al hombro.

—Edith, coge a Dominique, debemos ir a la cueva.

Tan rápido como les fue posible, fueron a la cueva, pero no estaba dicha la última palabra. Habían sido vistos abandonando el Salon y, al contrario que otros, no viajaban a caballo. Para cuando llegaron a la cueva, se había reunido una buena multitud. El Señor no sabía si estaban allí para animarles o chillarles, sólo sabía que tenía que meter a los chicos en la cueva...

Lo que trajo un problema. Uno insuperable.

Delante de la entrada de la cueva estaban el pastor Mullen y el Hermano Lucien. El Hermano Ralph también estaba, pero estaba suplicando a los otros dos que se fueran. Mullen le gesticulaba con su cayado de pastor.

Los tres estaban en la entrada, otros estaban agrupados más abajo, bloqueando el camino. La Buena Esposa Barber no estaba feliz con lo que estaba viendo, era como una pelea de gallos.

—¿Qué está pasando? —inquirió el Señor.

—El chico es la semilla del Diablo —replicó Lucien.

—Debimos matarlos en cuanto llegaron —añadió Mullen— Es culpa mía el ayudarles a llegar hasta aquí.

—¿Estáis locos? —preguntó Jude— Mirad el bien que me han hecho.

Y el Hermano Lucien sonrió con su sonrisa fría y oscura.

—Puede, Jude, que tú también debas irte. Puede que tu también seas ahora pate del Demonio.

—Sí —dijo el pastor.

La Buena Esposa Barber miró a los aldeanos reunidos, cuyo número crecía a cada minuto que pasaba.

—¿Qué ha afectado a vuestras mentes? —preguntó ella— Son niños, no pueden heriros. ¿Por qué estáis asustados?

—¿Por qué queréis ponerles de vuelta en la cueva? Los niños normales no viven en cuevas —dijo Lucien retorcidamente.

De Calne los ignoró, y caminó hacia la entrada de la cueva.

Y entonces se detuvo.

Había sido sellada con rocas y piedras. Unidas por cemento, que había fraguado.

—Lo hice hace una semana —dijo Mullen, añadiendo un no muy respetuoso—, Señor.

—Entonces deshazlo, Mullen —dijo de Calne—. O tendrás que buscar otra aldea en la que cuidar de tu rebaño.

Pero entonces el Señor escuchó lo que más temía. El chico, Julien, dio un último jadeo y el Señor le bajó de su hombro y lo tendió en el suelo.

Sabía antes de llevar una mano a la boca del chico que estaba muerto, y también su hermana, quien con un chillido de ira corrió hacia el cuerpo de su hermano empujando al Señor. Cogiendo el cuerpo sin vida de su hermano, un enorme sollozo salió de ella.

Y miró fijamente al Señor.

Y al pastor Mullen.

Y a los dos monjes.

—Dominique —le habló el Señor con voz dulce—, déjalo ir. Se ha ido. Lo... lo siento.

Pero Dominique sólo miraba a los tres hombres que estaban frente a ella: uno asustado, dos arrogantes.

Ella puso dulcemente el cuerpo de su hermano de vuelta en el suelo y se levantó. El Hermano Ralph fue directo hacia el cuerpo del chico, y comenzó a murmurar una oración, pero fue Lucien a quien ella señaló.

—Tú —gritó ella.

Lucien jadeó. Recuperó pronto su compostura.

—La semilla del Diablo habla —declaró, y entonces jadeó cuando cayó al suelo. Dominique había cogido el cayado de Mullen y lo había lanzado al estómago de Lucien.

Mullen avanzó, para recuperar su herramienta, pero la chica fue más rápida. Enganchó su cuello con el cayado y con una fuerza sobrehumana, lo retorció. El chasquido cuando se rompió el cuello de Mullen, se oyó a través de todo el bosque, y fue suficiente para congelar la sangre en las venas de la Buena Esposa. Cuando Mullen cayó muerto, la chica balanceó el cayado con tanta fuerza que la cabeza del Hermano Lucien fue arrancada de sus hombros y rodó pendiente abajo.

—¡Dominique, no! —gritó De Calne, pero era demasiado tarde. Con una última mirada a su hermano muerto, la chica verde cruzó al otro lado del claro introduciéndose en el bosque de Wulpit.

De Calne inició la persecución antes de que Jude o Erwick pudieran detenerle, y entre sus propios gritos todo lo que podían escuchar era al Señor gritando entre los árboles un “¡Regresa, por favor!”.

Los aldeanos esperaron unas cuatro horas antes de entrar en el bosque, pero después de una búsqueda intensa no encontraron ninguna pista ni de la chica ni del Señor. Unos pocos días después, como Alcalde, Erwick convocó una reunión en la aldea y se decidió que se realizaría una última búsqueda el día siguiente. Ninguna piedra permaneció sin levantarse, pero no encontraron nada.

El Abad reclamó el cuerpo del Hermano Lucien, y el pastor Mullen fue enterrado justo fuera del monasterio. Algunas semanas más tarde, el Abad cerró el monasterio y con sus monjes se retiró a una isla en la costa de Anglia. Nadie de Wulplit volvió a verlos o a saber nada de ellos.

Después de la búsqueda infructuosa, el cuerpo del chico verde fue llevado al corazón del bosque por Jude, los Barber y otros pocos aldeanos. Le cubrieron con ramas y encendieron la pira.

Durante horas, todo el bosque ardió, y al igual que en una tarde de invierno, la oscuridad fue iluminada por la dorada luz que venía del bosque de Wulpit.

—Volverá a crecer algún día —dijo Erwick.

—Sí —dijo su mujer—. Pero dudo que nosotros lleguemos a verlo en lo que nos queda de vida.

—No —añadió Jude—. Ni al Señor ni a la chica verde.

Y no lo hicieron.

Capítulo Tres

Algo Va Mal Otra Vez

—Es de lo que trata la amistad, Mel —dijo el Doctor, malhumorado.

Melanie Bush suspiró. Esta... discusión había ido dando vueltas en círculos desde hacía ya al menos una hora, o tres. Mel estaba bastante segura de que el Doctor había olvidado de que iba exactamente la disputa, siendo "es de lo que trata la amistad" su respuesta comodín para cualquier disputa que estuviese en peligro de perder.

—No estoy negando eso —dijo razonablemente—. Pero me parece un ambiente bastante hostil en el que adentrarse ante la remota posibilidad de que posiblemente podríamos, tal vez, si somos realmente afortunados y tenemos una extraordinaria suerte, toparnos con un Señor del Tiempo jubilado que ha decidido acabar sus días en Carsus.

—¿Qué hay de malo en Carsus?

—Nunca he dicho que haya algo malo en Carsus —suspiró—. Aunque probablemente sea mejor que en Caliban.

—¿Y qué hay de malo en Caliban?

Mel frunció el ceño.

—Doctor, ¿dónde acabamos de estar? ¿Qué nos acaba de pasar?

—Oh. Oh sí, ese Calibán. Ahh. Sí. Lo siento Mel, te prometo que Carsus será una experiencia más agradable de lo que fue Caliban.

—Bien —dijo Mel—. Ahora, explícame por qué vamos a ir a un lugar que acabas de describir como un "lugar enorme, difícil de recorrer" sólo para buscar a un hombre que no quiere ser encontrado.

—¿Quién dijo que no quiere ser encontrado?

Mel apretó los dientes.

—Tú lo hiciste. Hace unos ochenta y cinco minutos.

El Doctor carraspeó y metió las manos en sus bolsillos multicolores.

—No, no lo hice.

—Si lo hiciste.

—No.

—¡Sí!

—¡No!

—Oh por el amor de Dios, Doctor, entonces vayamos a Carsus y encontrémosle.

El Doctor sonrió ampliamente.

—Una maravillosa idea , Mel. Voy a establecer las coordenadas y ¡allá vamos!

Mel soltó aire. El Doctor había ganado. Qué sorpresa.

Nunca dejaba de asombrarle que, sin importar lo que estuviera pasando en el mundo, de alguna manera, con sólo levantar la vista hacia el cielo azul claro, todo parecía mejor. Al menos una momentánea tranquilidad. Por supuesto, a pesar del cielo azul, del sol brillando y de la inusualmente cálida brisa de septiembre que, sin duda, estaba soplando en el exterior tras la ventana, la atmósfera en esta gran y bien iluminada sala era todo menos serena.

El doctor Emile Schultz estaba ante él. Ante él y los tres miembros del consejo y todos parecían estar gritando al unísono, haciendo mucho ruido y sin lograr nada. Lo que no era nada nuevo, tenía que admitir. Pero en los últimos meses, había sido un ruido y una clase de bajo rendimiento diferente al que generalmente ocurría en la Universidad Politécnica de Bucarest. Por supuesto, todo eso iba a cambiar ahora, muchos de los

departamentos estaban siendo desmantelados, enviados a diferentes partes de Rumania, otros estaban siendo clausurados. El ruido se extendió por todas partes. Y probablemente se volvió más fuerte. Ah bueno. Ruido. Durante toda su vida había habido ruido. La facilidad con la que recordaba el accidente de coche de hacía tres años, cuando los frenos habían fallado tan repentinamente, y ese ruido horrible como de metal que se desgarraba por el hormigón mientras el vehículo había golpeado en el lateral de la tienda. O esa vez durante la guerra, cuando una bala le había dado detrás de la oreja derecha y sólo el milagro de girarse para mirar un sombrero en un escaparate fue lo que le salvó.

Por encima del sonido del disparo (extraño que nadie hubiese visto al soldado que disparó, nunca se llegó al fondo de eso), se produjo el del cristal haciéndose añicos cuando la bala impactó. Luego hubo...

—¿Profesor Tungard? ¡Profesor!

Su ensoñación se rompió bruscamente, miró a la persona que estaba llamándole por su nombre. Era Yurgenniev, el nuevo administrador puesto por la ola del comunismo que

se había extendido por Rumania durante el año. Un hombre adusto, de aspecto bastante ignorante con una gran cara redonda y carnosa, ojos salvajes y cejas aún más salvajes, estaba ahora apretando los ojos con más intensidad que los de un cerdo y estaba mirando en su dirección.

Quizás Yurgenniev estaba tratando de intimidarle. Pensó que podría ser divertido ver como de larga tenía Yurgenniev la mecha en realidad e imaginó su cabeza explotando como un petardo. En cambio, sólo miró al hombre y le dijo:

—Lo siento, me he distraído con... con el jardinero de fuera. Estaba cortando el césped de una manera muy rara. Continúe, por favor —sonrió tan sinceramente como pudo (probablemente no mucho) e hizo un gesto con la mano de un modo que sugería a Yurgenniev que efectivamente continuase.

Lanzándole una mirada que probablemente marchitaría las flores en su propio país, Yurgenniev se volvió hacia su... víctima.

—Doctor. Mi querido, querido, Doctor —dijo Yurgenniev a Schultz, con una sonrisa que podía congelar el agua a un kilómetro de distancia—. Nadie niega que a lo largo de estos años, ha contribuido enormemente al Departamento de Silvicultura. Pero en nuestras evaluaciones, nos hemos preguntado si aún es la persona adecuada en quien podamos confiar el futuro de las gloriosas zonas forestales y bosques de Rumanía.

Schultz no había hablado mucho durante el interrogatorio. Tungard sabía que ese era el estilo de Schultz. Siempre había sido tranquilo, estudioso y brillante, por supuesto.

Tungard le admiraba enormemente. Muchos años antes, Tungard había dejado que la presentación de su propio doctorado se aplazase un año para poder ayudar a Schultz a lograr el suyo. Tungard no tenía el menor interés en la silvicultura, para él los árboles eran objetos en los que uno se sentaba a su sombra para leer libros, no se trataban como una ciencia. Pero Schultz era un buen amigo y Tungard pensaba que el sacrificio demostraba una verdadera señal de amistad.

Lo que era la razón por la que ahora estaba sentado en esta habitación en la que Schultz estaba siendo interrogado, o entrevistado como lo denominaban los nuevos administradores de la universidad, en relación a sus hazañas durante la guerra.

Tungard estaba decidido a apoyar a Schultz porque eso era lo que hacían los amigos. Ambos sabían que los comunistas que se habían hecho cargo de Rumania durante la primavera, fruncirían el ceño ante las medidas emprendidas y las alianzas formadas por Schultz en aquel momento.

Yurgenniev estaba hablando de nuevo.

—¿Es verdad, doctor Schultz, que ayudó a los nazis? Eso es todo lo que necesitamos saber.

—“Ayudó” es una expresión tendenciosa —intercedió Tungard—. Aquí en la universidad nadie tuvo realmente mucha elección al respecto.

—Todos tenemos elección —le corrigió Yurgenniev—. De eso trata la libertad.

Tungard se encogió de hombros y en silencio se preguntó qué posibilidades había de que Yurgenniev estuviese siendo irónico al hablar de la "libertad de elección". Viniendo de un policía comunista, parte de lo que fue, en esencia, una fuerza de ocupación. Eso debía ser lo más indignante que había oído en todo el día. Pero no dijo nada. Ser grosero con Yurgenniev no ayudaría a Schultz en nada.

Schultz finalmente rompió su silencio.

—Lo que hice, lo hice porque en ese momento era la única salida que tenía.

—¿De verdad?

—Sí. El ejército alemán consideró lo que hacíamos aquí como de interés para su campaña bélica. Como Rumanía era parte de su imperio en ese momento, por el bien de mi familia, hice lo que me pidieron.

Yurgenniev fingió consultar sus notas antes de responder, y sin embargo Tungard era consciente de que el inquisidor ya se sabía el expediente de Schultz de memoria. Era sólo un intento de parecer diligente.

—Ya veo... familia. Sí, sí una esposa, Hilde, y dos hijos. ¿Están aquí, en Bucarest?

—Sí.

—¿A salvo?

—Sí, eso creo —el tono de la respuesta de Schultz implicaba un "por ahora" al final.

Yurgenniev asintió.

—Efectivamente, por supuesto que lo están —Tungard estaba seguro de que pudo oír ese silencioso "por ahora" resonando de vuelta hacia el doctor. Después el inquisidor miró a sus dos, hasta ahora silenciosos, compañeros.

Uno de ellos, un hombre rubio de rostro delgado, que tanto podía estar en la treintena como en los cincuenta y pocos, cuyo rostro arrugado traicionaba su linaje ruso más que su edad, revolvió unos papeles.

—Entonces, permítame ver si lo entiendo, camarada Schultz —dijo sin mirar al doctor a los ojos—. Todo lo que hizo para los nazis, lo hizo porque creía en su gobierno, ¿es eso?

—Eso no es lo que ha dicho —dijo Tungard, un poco más agresivamente de lo que pretendía.

—Eso es lo que hemos oído —dijo el hombre de dudosa edad.

—Se nos obligó... —comenzó Tungard, pero Yurgenniev levantó la mano para calmarle.

—Camarada profesor, no es usted quien está bajo investigación aquí —dijo razonablemente—. A menos que usted lo desee, por supuesto, ¿se ofrece voluntario?

—No, yo...

—Precisamente. Estoy seguro que todos apreciamos el hecho de que esté aquí para apoyar a su colega y... amigo —Yurgenniev pronunció la palabra “amigo” como si fuese una enfermedad especialmente contagiosa—. Sin embargo, lo apreciaríamos más si limitase sus opiniones a representar el papel de “testigo de conducta” que requerimos de usted, de lo contrario manténgase en silencio, ¿de acuerdo? Estoy seguro que apreciará nuestra constante tolerancia con su presencia y nuestra decisión de no investigar lo que hizo exactamente durante la guerra mientras estaba en la nomina de la anterior... administración.

Tungard se quedó en silencio. Se arriesgó a lanzar una mirada hacia Schultz y los ojos del hombre mayor lo dijeron todo. El interrogatorio era una farsa, los comunistas ya habían decidido su destino.

—Me gustaría solicitar que el Profesor Tungard abandone esta investigación y regrese con su esposa —dijo Schultz de repente.

Yurgenniev, el hombre sin edad y el tercer miembro de la junta se lanzaron miradas entre ellos. Después Yurgenniev sonrió a Tungard.

—Ha oído la solicitud del buen doctor, Profesor Tungard. ¿Está de acuerdo?

Tungard respiró hondo.

—No. No, me quedo para apoyar a mi amigo en estos momentos difíciles —dijo con firmeza.

Yurgenniev asintió, anotó algo en sus papeles y sonrió. Tungard recordó el viejo dicho del gato y la crema, pero permaneció sentado y mirando directamente a Schultz.

Después de todo, de eso era de lo que trataba la amistad.

Un día frío y gris en una ciudad fría y gris. Oh sí, el sol estaba brillando; oh sí, Bucarest era una bonita ciudad de esplendida arquitectura y deslumbrantes vistas: y oh sí, se estaba razonablemente caliente en el exterior. Pero para Natjya Tungard, su hogar se había vuelto más gris de lo que nunca podría haberse imaginado.

Maldijo cuando se saltó un punto. Estaba tejiendo a Joseph un jersey para el próximo invierno (no importaba lo cálido que fuese el día de hoy, en noviembre en Bucarest haría mucho frío y humedad y sería crucial la necesidad de jerséis cálidos). Muchos

años antes, su querida madre le había enseñado a tejer en la habitación de arriba de su pequeña casa.

—Una vez que tú y Joseph estéis casados —le había advertido su Madre—, tendrás que hacerle ponerse la ropa. Ese tiene la cabeza en las nubes.

Había demostrado tener razón también. Joseph Tungard estaba siempre demasiado ocupado para ir a comprarse ropa y cosas por el estilo, sus clases en la universidad y las posteriores actividades extracurriculares que iban con ellas se encargaban de ello.

Durante el día, Joseph era químico, un trabajo que ni disfrutaba ni al que veía mucho sentido, aparte de aportar un salario decente. Pero por las tardes, daba clases de inglés y filosofía para sus estudiantes más intelectuales y visionarios. Natjya había llegado a conocer a algunos de ellos en los últimos años. Muchos de ellos yacían ahora bajo el suelo de su patria, víctimas de la guerra y sus inevitables secuelas. Joseph se había vuelto bastante retraído en los últimos dos o tres años. Natjya sabía que el nuevo régimen comunista que había tomado el control de gran parte de la Europa del Este le molestaba enormemente. Si los alemanes habían sido agresivos belicistas, al menos reconocían y admiraban las actividades intelectuales. Los

comunistas, sin embargo, no veían valor en los idiomas o la filosofía. Habían estado reuniendo sistemáticamente a los pensadores dotados del país bajo el pretexto de buscar colaboracionistas y criminales de guerra. ¿Cuánto tiempo faltaba para que viniesen a buscar a Joseph?

Natija levanto la vista de su labor de punto (era un jersey gris, naturalmente, cualquier lana de otro color era muy difícil de conseguir sin hacer enormes sacrificios, tanto económicos como morales en el mercado negro y ella nunca haría eso) y se encontró a sí misma mirando una fotografía en blanco y negro. Estaba colocada en un sencillo marco de madera oscura, colgada ligeramente torcida en la pared sobre la chimenea.

Mostraba a un grupo de personas elegantemente vestidas sonriendo en el exterior de una iglesia católica, protegiéndose de la llovizna con grandes paraguas negros. En una esquina, escrito con tinta blanca, se leían las palabras: "El mejor día de mi vida. Gracias. J. 28 de marzo de 1937".

Natija se puso de pie y se acercó a la fotografía, pasando un dedo por la inscripción. Hacía ya once años y medio. Once años y medio de felicidad personal en medio de la tragedia privada.

Cuatro años después de la boda había nacido el pequeño Luka, pero con la guerra, las dificultades y el miedo, su hijo no había sobrevivido a su segundo cumpleaños. La madre de Natija le había enseñado a hacer ropa para el bebé. Ahora yacían cuidadosamente dobladas, casi con reverencia, en un cajón del dormitorio que compartía con su marido. Ahora solo tejía ropa para Joseph. Era lo que hacía, tan simple como eso. Joseph trabajaba duro en la Universidad, Natija trabajaba duro en casa. ¿Qué podría cambiar ese perfecto acuerdo?

Los comunistas, obviamente. Habiendo tomado el control del país, estaban haciendo lo que Joseph, en un raro momento de furia, llamó "caza de brujas", buscando a aquellos que habían "colaborado" con los Nazis al principio de los años cuarenta y desterrándoles.

El amigo de Joseph, Emile, estaba en este momento bajo dicha investigación y, aunque apoyaría a su marido hasta su último aliento, Natija estaba preocupada por su decisión de defender a Emile tan públicamente. ¿Quién sabía cómo iban a reaccionar los comunistas? ¿O cómo tratarían a los amigos de Emile? ¿Sería Joseph el siguiente?

Ya habían cerrado la iglesia en la que los Tungard se habían casado, declarando que las religiones organizadas estaban mal. Si sus almas eran así de severas, así de ciegas, nadie podía estar seguro de cómo se iban a tomar cualquier crítica implícita a sus métodos. Y Natija sospechaba que al apoyar a Emile Schultz, por muy grande y leal que fuese su gesto, los comunistas iban a ver las acciones de Joseph como una crítica.

Su ensoñación fue interrumpida por un áspero golpeteo en la puerta principal. Dejó su labor de punto, cruzó el suelo de piedra, y abrió el pestillo (antes de la guerra, nadie cerraba sus casas) y con cautela tiró de la puerta hacia ella.

Hilde Schultz estaba allí de pie, temblando de frío, con el aliento casi congelándose en el aire delante de su cara.

—¿Natjya? ¿Puedo entrar?

Natjya sabía que lo más sensato era decir "no", poner una excusa, no permitir que la mujer del alborotador entrase en casa.

Pero no era lo correcto y más de once años viviendo con su filosófico esposo le habían enseñado a Natjya que lo que era sensato no siempre era lo correcto.

—Rápido —dijo, casi arrastrando dentro a su vecina. Intentando que no pareciese evidente, echó un rápido vistazo al lado izquierdo de la calle, después al derecho, comprobando que no las había visto la nueva policía estatal.

Hilde se encogió cuando Natjya volvió dentro nuevamente.

—No te preocupes, me he asegurado de que no me seguían.

Hilde Schultz parecía al borde de las lágrimas

—¿Qué sucede? —preguntó Natjya, aunque sospechaba que ya sabía la respuesta.

—Emile. Esta... causa que han abierto contra él —Hilde se sentó en una silla mientras Natjya ponía a hervir un poco de agua en la estufa—. Creo que tendremos que salir de la ciudad.

—¿Por qué?

—Emile cree que le hallarán culpable de colaboracionismo. Le exiliarán, probablemente a Rusia. O a Siberia. O a Tungusta. O a...

Natjya puso una mano en el hombro de Hilde, esperaba que reconfortantemente.

—Todo estará bien. Joseph está con el hoy. Como Presidente del Departamento de Ciencias, aún tiene alguna influencia sobre los comunistas.

Hilde se encogió de hombros.

—Oh, Natjya, eso espero. Pero también tengo miedo por Joseph.

—¿Por qué?

—Por su apoyo a Emile, puede reflejarse negativamente en tu marido. Son un grupo implacable, esos estalinistas. Mira lo que le hicieron a Trotsky. Nuestros vecinos ya cierran las persianas cuando pasamos por sus casas. ¡Seremos unos parias!

Natjya vertió agua caliente en un par de tazas con ortigas secas, y le pasó a Hilde el té. Su amiga le dio un sorbo agradecida.

—Natjya, cuando Joseph estuvo en nuestra casa la otra noche, discutiendo la reunión de hoy...

—¿Sí?

—Nos hizo una oferta.

—Ya veo —Natjya se podía imaginar lo que había pasado exactamente. Muy propio de Joseph, sin una consideración hacia el lado práctico. Pero le gustaba creer que si la situación hubiese sido la inversa, ella les habría hecho la misma “oferta”. Se sentó en frente de su amiga, con su propia taza de té en la mano y sonrió—. Mi querida, querida

Hilde. No permitiremos que os desvanezcáis en medio de la noche. Emile, tú y los chicos podéis quedaros aquí con nosotros si es necesario.

Hilde extendió la mano, agarró la de Natjya y la apretó.

—Vosotros dos sois amigos de verdad. Con suerte, nuestros maridos no tardarán mucho tiempo en regresar, con el resultado de que los comunistas han decidido liberarles, y la vida volverá a la normalidad.

Natjya asintió, pero en su interior se temía lo peor.

—Hilde, sólo por si acaso, trae a los chicos ahora. Creo que deberíais quedaros aquí inmediatamente. Vamos, vete.

Sin decir una palabra, pero con una sonrisa que sugería que Natjya le había salvado la vida, Hilde se escabulló, de vuelta al bullicio de las calles.

Rápidamente Natjya empezó a ordenar la casa. Cuatro personas más en una casa tan pequeña, durmiendo, comiendo y todo lo demás, serían unos cuantos días incómodos. Pero estaba segura de que sólo serían pocos días, después todo se arreglaría. Joseph se aseguraría de ello. Es lo que hacía.

Sir Bertrand Lamprey terminó de leer, sonrió y metió las dos hojas de papel, cuidadosamente dobladas, realmente tenía que asegurarse de que las normas no se

perdiesen, de vuelta al interior de su chaqueta. Perezosamente, pasó el dedo por la mesa del Hall, y después restregó algunas motas de polvo entre el pulgar y el índice.

—Normas —susurró siniestramente. Después, gritando con todas sus fuerzas, ordenó la inmediata atención de Mary.

Mary tardó unos pocos segundos en aparecer, enmarcada en la puerta de la librería, donde había estado encendiendo el fuego de la tarde.

—¿Señor?

—Polvo, Mary. Polvo —se acercó a ella—. Las normas, ya sabes. La guerra ha terminado, hay muchas cosas que hacer. No hagas que te lo vuelva a repetir —Mary asentía cortésmente, pero Sir Bertrand podía ver por su expresión que no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Se alejó, suspirando profundamente.

En otros tiempos, la habría despedido en el acto; pero hoy en día, el servicio, bueno o malo, era difícil de conseguir. Uno tenía que conformarse, lo que estaba bien, siempre y cuando no se perdiesen las normas.

—Hola amor mío —dijo una voz suave en la escalera.

Sonrió a su mujer, que estaba bajando las escaleras como si caminase por el mismo aire. Sintió que por un momento se le oprimía el pecho, como siempre le ocurría cada vez que la veía.

Elsbeth Lamprey era sin duda una mujer imponente, Sir Bertrand era consciente de ello no sólo porque lo pensase así, como así debía ser ya que se había casado con ella, sino porque sabía lo que se decía de ella en el pueblo. Nunca ordinaria ni estridente, Lady Lamprey gozaba de gran estima por las clases trabajadoras, probablemente más que él, si lo pensaba. Pero, ¿por qué no? Después de todo, ¿no era miembro de la aristocracia británica, el portador de un título heredado de generación en generación? ¿Pero Elspeth? Oh, parecía que también hubiera nacido con el porte, pero lo cierto era que su padre era sólo un funcionario público de Dorset.

Sin embargo Elspeth se había adaptado rápidamente a la vida de la clase alta y había hecho que Sir Bertrand se sintiese muy orgulloso.

—Te he oído chillar como una lechuza, Bertie —le amonestó—. Deja a Mary en paz. Desde que la Señora Travers nos dejó, Mary se las arregla muy bien sola. No quiero

perderla también —Sir Bertrand asintió, murmurando una disculpa—. No me digas a mí que lo sientes, díselo a Mary.

—No se puede pedir disculpas a los sirvientes, Elspeth. No está bien. No se hace, ya lo sabes.

Elspeth suspiró y sonrió a su marido cuando llegó al pie de la escalera. Pasó el dedo por su mejilla.

—A veces eres una salchicha tontorróna —dijo—. Algún día aprenderás a apreciar su duro trabajo y su lealtad. Bien, ¿era el cartero al que he oído?

Sir Bertrand asintió.

—Sólo algunos documentos, ya sabes. De Oswald. Organizando la Unión, ya sabes. Gran reunión en Londres mañana, probablemente habrá algunos disturbios, pero me mantendré alejado de eso.

—Ya veo —el tono de Elspeth Lamprey cambió—. Bertrand, querido, sabes que me gustaría que no estuvieras involucrado con ese hombre. Fue muy impopular durante la guerra.

—Dice lo que piensa, eso es todo —replicó Sir Bertrand—. Tiene mucho sentido, ¿sabes? A mí me gusta escucharlo, ya lo sabes. Ver lo que nos tiene que ofrecer ahora.

Elspeth frunció el ceño.

—Probablemente vaya contigo entonces. Helen tiene que visitar al doctor Maher, un chequeo. Asegurarse de que está en vías de recuperación. Quiere estar bien para Navidad y para su cumpleaños —Elspeth tocó el brazo de su marido—. Creo que podríamos considerar celebrar un cumpleaños no oficial en junio o julio. Es tan injusto para los niños que el día de San Esteban y su cumpleaños caigan en la misma fecha, ¿no estás de acuerdo?

—Bueno, nunca lo había pensado.

—Entonces, tal vez deberías hacerlo —sonrió Elspeth.

Sir Bertrand asintió y se dirigió hacia el comedor.

—Bien, bien, si prometes no volver a referirte a mí como salchicha —se echó a reír, dándose palmaditas en la cintura—. Bien, mañana haré que Baker te deje en Harley Street y vuelva a recogerte después de que me haya recogido a mí en el Victoria Embankment. ¿A qué hora tenéis que estar en la consulta de Maher?

Elspeth sacó una agenda de su bolsillo y la ojeó.

—A las dos —dijo finalmente—. Me gustaría llegar un poco más temprano si puedo.

A Helen le gusta ver el pez.

—Pez, ¿eh? Bien. Bueno, te dejaré allí a la una y treinta. Tengo que estar en el Templo una hora después, tiempo de sobra. ¿Te llevarás a Helen de compras, quizá?

—Si crees que es buena idea, querido, sí. Tengo entendido que están poniendo la decoración de Navidad en Hamely's.

Sir Bertrand asintió.

—Una espléndida idea, entonces. Sólo diré.... —le interrumpió el sonido del teléfono. Lo cogió—. El Hall —dijo secamente. Una pausa. Después—. Sí, de acuerdo. Nos vemos entonces.

Colgó el auricular y se volvió hacia su bella esposa.

—Cambio de planes, querida. Lo siento. Tengo que estar en Londres a mediodía.

Elsbeth se encogió de hombros.

—Bien, iremos de compras antes que a Harley Street y... —Elsbeth hizo una mueca — ¡Caramba!, mañana por la mañana vienen las damas para hablar de la Feria de Navidad del pueblo. Me pregunto si podré cancelarlo...

—No hagas eso mi amor. Escucha —Sir Bertrand cogió sus manos entre las suyas —. Escucha, quédate aquí, mantén contentas a las damas de la parroquia. Barker puede llevar a Helen de compras, imagino que disfrutará el descanso. Puede dejarme en Aldwych, y después aparcar por Portland Square. Un poco de compras, llevar a Helen al médico y para entonces habré acabado. Mosley está haciendo algo en la Cámara por la tarde ahora, así que volveremos aquí en un par de horas después de eso.

Elsbeth se relajó.

—Qué alivio —dijo—. Cancelarlo no es una buena opción, esa Señora Shelley puede ser terrible si le cambian sus planes. Bien, iré a decírselo a Helen, tú relájate y lee tus

documentos —besó a Sir Bertrand suavemente en la frente—. Te veré en la cena.

Cuando salió, Sir Bertrand no pudo evitar sonreír. Elsbeth y la pequeña Helen, ¿en serio tenía siete años ya? Eran su vida.

Oh sí, el Movimiento Sindical de Mosley estaba todo muy bien, proporcionando una buena parte de subversión y peligro en estos años de postguerra, pero cuando llegaba el momento, siempre se alegraba de guardar el viejo jersey negro y disfrutar de la vida familiar.

La tarde siguiente, Barker estaba conduciendo por la A140, girando justo antes del Stowmarket y por lo tanto subiendo hacia el Eye.

Sir Bertrand dormitaba ligeramente, consciente de que la pequeña Helen estaba sentada a su lado, enseñando a su nueva muñeca el paisaje mientras pasaban

velozmente. Era vagamente consciente de la izquierda y la derecha cuando salieron de la carretera principal y retrocedieron hacia el pueblo. La luz de las farolas se reflejaba de vez en cuando en la cruz de plata que Helen llevaba al cuello. Elspeth se la había regalado en su quinto cumpleaños y Sir Bertrand sinceramente no podía recordar ni un día en que no la hubiese llevado puesta desde entonces.

Abrió un ojo despreocupadamente y se enamoró inmediatamente de la gran sonrisa que se dibujaba en todo el rostro de Helen. Barker le había encontrado un buen muñeco relleno y Helen parecía más feliz de lo que podía recordar. El doctor Maher estaba, aparentemente, muy contento con Helen, sus paperas se habían despejado e incluso la tos había parado. Según Barker, el médico le había dado a Helen Lamprey el alta.

—Es una niña con suerte —había dicho, al parecer—. Muchas niñas se ponen muy enfermas debido a las paperas, pero tú pareces haberte recuperado maravillosamente.

Y Helen había replicado:

— Siempre tengo suerte, doctor Maher. ¡Mi papa dice que “suerte” es mi segundo nombre!

Barker había estado casi tan emocionado al repetir esa conversación como lo había estado la propia Helen. Un buen hombre, Barker. De los fiables. Nunca deja que las normas se olviden. Uno de las más...

—¡Cielo santo!

Sir Bertrand se levantó inmediatamente, preparado para reprender a su chofer por su lenguaje, pero entonces se detuvo. Podía ver lo que había causado el exabrupto de Barker. Y Helen también.

El cielo de final de la tarde de noviembre, normalmente muy oscuro, estaba iluminado por un gran resplandor naranja. Los lugareños estaban corriendo delante de ellos, y Baker tuvo que parar repentinamente.

—Oh, Sir Bertrand —se lamentaba una mujer. Lamprey apenas reconoció a la horrible Señora Shelley—. ¡Oh Sir Bertrand... no hay nada que podamos hacer!

Y Sir Bertrad Lamprey agarró a Helen, acercandola a él de un tirón, manteniendo su cabeza agachada, oculta del exterior, intentando protegerla de las llamas.

Llamas que habían engullido por completo el Hall, los jardines y el bosque de la parte de atrás.

Sir Bertrand quería preguntar dónde estaba Elspeth. ¿Por qué no estaba abalanzándose hacia él? Podía ver a Mary, acurrucada en una manta, temblando, rodeada de otros.

Podía ver a Thompkin, el mayordomo, organizándolo todo, su cara manchada de hollín.

Entonces, ¿dónde estaba Elspeth? Debería estar preguntándolo. Pero algo en el pecho se endureció, más que nunca antes, y juró que no pudo sentirlo romperse cuando lo supo, no sabía cómo, solamente supo, ahí mismo, que el corazón de la hoguera se había convertido en la pira funeraria de Elspeth.

* * *

Mel observaba mientras las manos del Doctor saltaban hábilmente por la consola de la TARDIS, pulsando, apretando, retorciendo y girando todos los controles posibles.

—Casi estamos —dijo en un momento determinado, pero había pasado tiempo suficiente desde entonces para hacer pensar a Mel que aquí estaba en juego cierta exageración cronológica.

De entonces a ahora, Mel había tenido la oportunidad de cambiarse y ponerse ropa adecuada para lo cálida y húmeda que el Doctor le había asegurado que era la atmósfera, un par de delgados pantalones blancos, con botines a juego y una blusa a rayas con mangas farol, que el Doctor había comentado (cuando lo habían comprado en Kolpasha hacía unas semanas) que hacía que Mel pareciese un caramelo bien envuelto. Sin caer en la trampa, Mel lo había adquirido alegremente, aunque se aseguró de que se cargaba a la cuenta del Doctor y no a la suya. Esperaba el día en que el Doctor efectivamente revisase sus cuentas y descubriese su pequeña venganza. Por supuesto, sería dentro de

tanto tiempo que tendría pocos problemas para convencerle de que, efectivamente, se la había comprado como regalo. O como disculpa. O lo que sea que se le ocurriese cuando fuese necesario.

—Bien, Mel, voy a acercarme un momento a la biblioteca, ya que hay un libro que quiero prestar al viejo Rummas. Una colección de poesía de Herran, que sé que le encantará.

Mel frunció el ceño. No era usual que el Doctor abandonase la sala de control en pleno vuelo.

—Entonces, ¿has programado la ruta a Carsus?

—Por supuesto —chasqueó la lengua—. Un interruptor pulsado aquí, un botón pulsado allá y la vieja amiga sabe exactamente que tiene que hacer.

En un pestañeo, abrió la puerta al pasillo de la TARDIS y desapareció, con un “Vuelvo en un momento” desvaneciéndose, dejando a Mel sacudiendo la cabeza.

Y cuando Mel volvió a mirar de nuevo el escáner, vio algo extraño. Allí, en uno de los círculos de la pared, había una imagen. Evidentemente una fotografía, en blanco y negro y en un marco circular. No era solo que no había estado ahí antes, sino que era de ella y de otra chica que no reconocía.

Había algo en la forma en la que Mel miraba en la imagen, , ligeramente desquiciada. Y, ¿de donde había venido? Cuando Mel se movió para verla más de cerca, pareció brillar y desvanecerse, dejando el más familiar círculo iluminado en su lugar.

—Bueno, eso no está bien —dijo el Doctor, mientras estudiaba minuciosamente la consola—. ¿Has tocado algo, Mel?

Mel miró con la boca abierta al Doctor, mientras él pasaba la mirada desde la consola al escáner.

—Nada bien.

¿Cuándo había vuelto?

Mel estaba a punto de responder, cuando el Doctor le dio golpecitos en el hombro desde atrás.

—¿Soñando despierta, Melanie? no es propio de ti —y se marchó hacia la puerta interior—. Bueno, no tenemos mucho tiempo... Oh —el Doctor de la consola miró al Doctor que estaba hablando y suspiró. —Otra vez no...

Y las puertas exteriores de la TARDIS se abrieron de repente, seguidas un segundo después por el Doctor, respirando profundamente como si hubiese estado corriendo.

—Ah, sí —jadeó—. Por supuesto, eso tendría sentido.

—Para mí no lo tiene —dijo Mel.

—Que suerte tienes —dijo otra voz, femenina. Era una mujer con el pelo rapado, excepto un tramo de coleta que le corría hasta debajo de los hombros. Estaba vestida con un largo y descolorido vestido rojo que parecía haber sido arrancado crudamente justo debajo del culo, creando la ilusión de una minifalda en un traje que era claramente más que un maxi, y estaba sin aliento siguiendo al último Doctor en entrar. —Alguna de nosotras tendrá que acostumbrarse a ello —dijo.

Mel se encontró a si misma mirando a los recién llegados en estado de shock. ¡La mujer era, extrañamente, ella misma! Y este Doctor... bueno, no llevaba el mismo abrigo multicolor como los otros, sino un sombrío traje negro, de cuello alto, bastante austero, completado con una voluminosa capa. También tenía una irregular, aunque curada, herida bajandole por el lado izquierdo de la cara, haciendo que su ojo izquierdo estuviera prácticamente cerrado por el tejido de la cicatriz. Miró a Mel a través de su ojo bueno, como si no estuviera muy seguro de qué pensar de ella.

—Infinitas combinaciones, infinitas alternativas —dijo en voz baja.

El Doctor que había aparecido inicialmente detrás de Mel se encogió de hombros.

—Creo que esto no puede estar bien.

El Doctor en la consola negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Veras, he estado reflexionando...

El Doctor de la cicatriz, que acababa de entrar precipitadamente, le atajó:

—Realmente creo que encontrarás...

Pero él también fue interrumpido cuando la puerta interior se abrió, y otro Doctor, este llevando un pequeño libro de poesía de tapa dura, entró, se detuvo, miró alarmado a sus duplicados y después echó a Mel una feroz mirada intensa.

—¿Tocaste algo?

Antes de que pudiera responder, el Doctor vestido de negro levantó la mano.

—Escuchad atentamente, esto es muy importante. Debéis saber esto.

Mel se estaba sintiendo muy inquieta. Una habitación llena de Doctores idénticos, la mayoría con trajes de colores vivos, era demasiado para poder soportarlo.

La Mel del pelo rapado y el vestido desgarrado miró a Mel directamente a la cara.

—Todo esto tiene que ver con tus amigos los Lamprey.

Algo en su voz del discurso señalaba implícitamente la palabra “amigos” sugiriendo tal vez ironía. Mel no estaba segura, nunca se había encontrado con un doble suyo antes, y mucho menos se había oído hablar.

—De todos modos, —continuó el Doctor—, es importante que os deis cuenta que los Lamprey están controlando todo. Por supuesto, podría haber efectos secundarios benignos pero recordar esto, los incidentes son...

Y él y la doble de Mel se desvanecieron. Silenciosamente.

El Doctor del escáner suspiró y dijo sarcásticamente:

—Bueno, eso fue muy instructivo pero no del todo... —entonces se detuvo. Tras una pausa, continuó—. Ah, ya veo. Así que después de dejar Carsus, fuimos a la Tierra. Quedamos a comer en el restaurante y... oh sí por supuesto. Todo lo cual significa...

Y se desvaneció.

—¡Por supuesto! —exclamó el primero que le tocó el hombro—. Ahora veo lo que quise decir. Oh Mel, los Lamprey van a...

Y él también desapareció.

El Doctor con el libro, Mel suponía que este era “su” Doctor, cerró suavemente la puerta interior tras él.

—Bueno, no he entendido nada de todo esto. ¿Y tú, Mel?

Mel miró a las, ahora cerradas, puertas exteriores. ¿Cómo es que no habían sido succionados por el vórtice espacio-temporal? Oh, a no ser que el Doctor y Mel usaran las puertas de la TARDIS desde el futuro (suponía que era el futuro porque no tenía ni idea de que era un Lamprey, a pesar de que su otra yo aparentemente sabía mucho sobre ello)

—Doctor, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —respondió, mirando todavía a los diferentes lugares de la sala de control en los que habían estado sus duplicados—. A menos que quieras una explicación.

—Bueno, eso estaría bien.

—No puedo hacerlo.

—Oh, no me lo digas. Secretos de los Señores del Tiempo. No se debe revelar el futuro a nosotros pobres mortales. Un antiguo honor Gallifreyan, ¿no?

El Doctor negó con la cabeza.

—No, no te puedo dar una explicación porque no tengo ni la más remota idea de qué va todo esto —sonrió—. De todas formas, ¿continuamos hacia Carsus?

—Pero, seguramente...

El Doctor levantó un dedo modo de advertencia.

—Creo que si vamos a resolver este pequeño misterio, quizá debemos seguir las reglas. Lo que significa comenzar como pretendíamos continuar. Carsus.

Esto sorprendió a Mel. El cumplimiento del reglamento no era el mejor rasgo del Doctor.

—¿Por qué?

El Doctor levantó el libro de poesía.

—Porque me entregué esto a mi mismo en el pasillo de la biblioteca. Y mi otro yo dijo que debería hacer lo que se me dice por una vez.

—¿Por qué has escuchado a ese en particular?

—Estas familiarizada con la habilidad para regenerarse de los Señores del Tiempo, ¿no?

Mel asintió. Su breve estancia en Gallifrey le había revelado ese concepto.

—Bueno —continuó el Doctor—. Un poco como tú puedes recordar vestidos, camisetas y abrigos que has tenido, yo recuerdo mis cuerpos pasados bastante bien. El del pasillo no era uno que conociese.

—Tal vez no eras tú.

—Oh, lo era, sin duda. Nosotros los Señores del Tiempo tenemos buen olfato para
ese

tipo de cosas Pero si es un yo futuro, creo que podría saber de lo que está hablando
—soltó aire lentamente—. Así que, ¡Carsus, allá vamos!

Era un día frío y gris en un mar frío y gris. Oh, sí, la brisa era floja; oh sí, el Mediterráneo era un bonito mar de suaves olas y esplendidas vistas; y oh sí, se estaba razonablemente seco afuera. Pero para Natjya Tungard, su vida se había vuelto más gris de lo que nunca podría haberse imaginado.

Maldijo cuando se le soltó un punto. Aún estaba tejiendo el jersey a Joseph, pero bien por el movimiento del barco que no la dejaba dormir por la noche, el frío o el cansancio y el palpitante dolor de cabeza que había comenzado la tarde anterior y aún no se había mitigado, Natjya no podía concentrarse en lo que estaba haciendo.

—¿Qué otra cosa hay que pueda hacer? —murmuró para sí misma—. Si no puedo tejer, si no puedo proporcionarle un jersey a mi marido, ¿para qué otra cosa estoy aquí?

Una pequeña risa vino de la mujer inglesa a su lado.

—Oh, Natjya, ¿qué haría yo sin ti?

Natjya miró fijamente a su compañera.

—¿Y qué quieres decir con eso, Mónica, ummm?

—Quiero decir, Natjya querida, que no importa cuánto tiempo dure este viaje, no importa lo que pase, siempre y cuando puedas quejarte de de tu labor de punto, ¡sé que el mundo no ha terminado!

Natjya se encogió de hombros.

—Mi mundo sí.

—No no lo ha hecho, querida —dijo con firmeza Mónica—. Ya hemos pasado por esto. Es un revés, eso es todo.

—¡Ja! —exclamó Natjya, poniendo las agujas y la lana de nuevo en su bolso—. ¡Un revés! —expulsada de mi país, sin nada que hacer, ni lugar al que ir. Abandonada como un perro enfermo, lanzada a los lobos, dejada de lado.

Mónica lo había oído antes y sonrió.

—... Como un cubo indeseado —repitió sus palabras mientras Natija continuaba su diatriba—. Querida dulce Natija, mira esto como una oportunidad.

—Una oportunidad. Siempre me dices que lo vea como una oportunidad, pero no lo entiendes. En Rumania, tuvimos una oportunidad. En Bucarest tuvimos una oportunidad. ¿Pero ahora? Ahora, vamos a un país extraño, donde apenas nos entenderán, rodeados de gente extraña con su extraño "oh ganamos la guerra" y que nos tratarán como a perros. Peor que a los perros. Sé como vosotros, los ingleses, tratáis a vuestros refugiados.

Mónica negó con la cabeza.

—Natija, ya hemos pasado por esto antes. Tu Inglés es tremendamente bueno, el de Joseph más si cabe. Tiene un trabajo al que acudir, tus horribles comunistas se encargaron de ello. Luscha ha encontrado un buen apartamento en una bonita parte de Londres y el salario de Joseph te dará para lana y agujas e incluso cubos, si los necesitas. Dice que incluso va a buscar a una señora de la limpieza para que

vaya y limpie para ti.

Natija resopló.

—¡Yo puedo limpiar! Sé cómo limpiar, limpiaba mi casa en Bucarest todos los días. ¿Por qué debería necesitar a esa "señora de la limpieza", ummm? Aún no estoy vieja ni decrepita. Todavía puedo usar una fregona. Bah, todavía puedo usar una aguja, pinzas y esas cosas. ¿Por qué no encerrarme en una casa, ¿eh?

Mónica suspiró y dejó a un lado el libro que no había podido leer en los últimos días. Desde que conocieron a los Tungard, de hecho.

—Siento lo que te pasó, Natija, realmente lo siento. Pero tienes que aceptar que necesitas superar esto. Trátalo como una aventura. Y al final, un día los comunistas, estoy segura, se aburrirán de la Europa del Este, o Stalin será derrocado o tal vez habrá otra guerra y te irás a casa finalmente. Pero por ahora, tratar de buscar el lado bueno. Por el bien de Joseph, si no es por el tuyo propio.

Natija respiró hondo. Sabía que Mónica tenía razón.

—Solo desearía... Sólo desearía que pudiésemos haber traído a los chicos. Merecían también la nueva vida.

Mónica asintió y le tocó el brazo a Natija. Por todos los gritos y gemidos de la mujer rumana, Monica entendía que lo que Natija, y también el querido Joseph, realmente

sentían estaba completamente fuera de control. Habían perdido tanto esa noche. Pensó de nuevo en la pequeña mujer asustada que había visto por primera vez en los muelles del Mar Negro, siendo "escortados" al barco, con su marido siguiéndola en silencio. A Mónica y su abuelo les habían llamado la atención por la mirada que Natjya había dirigido al subir a bordo. Se había vuelto, había mirado a lo que Mónica había supuesto que eran policías y les dio una desafiante sacudida de su cabeza y después había dado a su país una última y larga mirada. Algo en ella había intrigado a Mónica y había insistido en buscarlos, esperando que su escaso húngaro pudiese servir para comunicarse con ellos. Por supuesto, había estado encantada al descubrir que el inglés de Joseph Tungard era casi impecable y aunque no tan coloquial, Natjya tenía más que una idea del idioma, también.

Le habían explicado que un amigo suyo se había metido en problemas con los comunistas y se habían llevado a su familia a su casa para protegerlos. Al parecer, durante la noche, las autoridades, alertados por un vecino entusiasta, llegaron y entraron por la fuerza en su casa. A la otra familia, los Schultz, como Joseph se había referido a ellos, se los llevaron, gritando y llorando. Había dos niños, de entre tres y seis años de edad, creía Mónica, y la esposa de Schultz, Hilde. A los Tungard se les informó de que ellos también iban a abandonar Rumania, aunque como Joseph tenía contactos en el extranjero, la universidad en la que trabajaba no podía ocultar su desaparición tan fácilmente, y como resultado de ello, iban a ser exiliados.

En pocos días, Natjya había conseguido avisar a un primo suyo que había huido ya a Londres, un tal Luscha Toletzky, quien a su vez hizo las disposiciones necesarias para recibirlos. La Universidad Politécnica había hecho gestiones similares para que Joseph ocupase un puesto en Londres, aunque ya no como químico. En su lugar, enseñaría Filosofía. Visto por el Estado como un sujeto pasivo de holgazanería, era improbable que revelase secretos sobre la nueva ciencia de Rumania.

Mónica y su abuelo habían formado una sólida amistad con estos dos refugiados inteligentes y orgullosos con bastante rapidez y ya se habían comprometido a ayudarles a instalarse.

Era una buena terapia para su abuelo, decidió Mónica.

Habían pasado las vacaciones en los Cárpatos después de que la abuela de Mónica hubiera fallecido. Había caído enferma al final de la guerra y a pesar de sus esfuerzos, el abuelo de Mónica había sido incapaz de ayudarla. Había muerto de neumonía unos pocos meses antes. A los diecisiete años, habiendo quedado ella misma huérfana en 1941,

Mónica se había visto obligada a crecer rápidamente y a cuidar de su abuelo materno, quien realmente estaba superando la pena bastante bien.

Los pensamientos de Mónica fueron interrumpidos por la llegada de Joseph y su abuelo.

—Buenos días —dijo mientras Pike se cernía sobre ella.

—¿No lees más? —dijo, con una voz profunda, pero alegre—. Realmente, se te ve un poco verde esta mañana. Confío en que no estés mareada

Mónica negó con la cabeza.

—No, abuelo. Imagino que sólo estoy un poco cansada.

El doctor Pike miró a Natjya, después de nuevo a su nieta. Mónica le guiñó un ojo.

—Sin embargo, este libro no va a terminarse sólo.

—Ya veo —dijo—. Cansada, eh. Bien, recuerda, me prometiste que lo terminarías antes de llegar a Southampton —cogió el libro y Monica aliviada lo apartó de él, esperando que no se diera cuenta de que el marcapáginas estaba sólo entre las páginas 24 y 25.

—Dickens es tan aburrido, abuelo —dijo, manteniendo su mirada—. ¿No puedo leer algo un poco más... emocionante?

—¿Emocionante? —saltó Natjya—. ¡Ja! Ella quiere emociones. Intenta vivir bajo el régimen comunista, joven Mónica. Eso te dará emociones.

Joseph Tungard se agachó junto a su mujer y le cogió la mano para acariciársela, pero antes de que pudiera hablar, Natjya hizo una mueca de dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó Joseph.

Natjya se encogió de hombros.

—No lo sé. No puedo concentrarme y me duele la mano. Al igual que la cabeza.

—Tal vez tengas un resfriado —dijo Joseph, acariciándole la parte posterior de la mano suavemente—. Preguntémosle aquí al buen doctor, ¿no?

—Oh, no deberíamos... —empezó Natjya, pero el doctor Pike la interrumpió.

—Oh, tonterías, Natjya. Por supuesto que te echaré un vistazo. Bien, ¿cuál parece ser el problema?

Natjya miró a los otros tres.

—No es nada. Estupideces, solo tengo un resfriado, espero.

—¿Dolor de cabeza?

—Sí.

—¿Algo más?

—No puede tejer —dijo Monica en voz baja—. Su mano sigue temblando. Lo noté antes —añadió mientras Natjya la miraba sorprendida.

Natjya hizo un mohín.

—Es sólo el frío, eso es todo —les sonrió a todos—. Oh, vamos, no estoy acostumbrada a los mares, y al viento, y es casi Navidad y quiero estar en casa. Me siento un poco triste y tengo un resfriado —tomó aire, de forma poco convincente, pensó Mónica—. Eso es todo. Vamos a llegar a vuestros muelles de Southampton en una semana o así, y Luscha ha encontrado para nosotros un piso caliente y agradable y todo va a ir bien. Estaré bien —añadió, mirando significativamente a su marido—. Bien, no os preocupéis. Por favor.

El doctor Pike se puso de pie, y Joseph hizo lo mismo.

—Probablemente tenga razón, Joseph. Pero creo que esta noche te irás temprano a dormir, Natjya, y, si aún te duele la cabeza por la mañana, lo consideraré de nuevo. ¿Quieres un somnífero para más tarde?

Natjya negó con la cabeza.

—Es por la manera en la que este barco se mueve —dijo volviendo a ser ella misma—. Nada excepto la misma muerte me ayudaría a conseguir una buena noche de sueño.

Capítulo Cuatro

¿Quién Me Ayudará A Olvidar?

Los cementerios de las iglesias pueden ser unos lugares de inmenso interés para aquellos a los que les gusta investigar este tipo de cosas. Un registro fascinante de vidas y muertes, una permanente (suponiendo que las lápidas no han sido hechas pedazos a patadas o cubiertas de grafitis) señal para celebrar la existencia de un ser querido, y a menudo un recordatorio triste y conmovedor de que se han ido. Algunas lápidas son sencillas, un trozo de granito tallado, con un nombre y un mensaje esculpido. Otras son más caras, mármol u ónix, algunas veces la lápida se une también a un cuerpo de piedra plano o abombado.

Todas las personas conmemoradas han contribuido a la historia de alguna forma.

Por cada famoso científico, arquitecto o doctor, hay miles de personas que no son famosas y que, sin embargo, hicieron felices y contentos a los demás, en última instancia convirtiéndose en los bisabuelos de alguien que contribuiría a encontrar una cura para la sífilis, enfermedades del corazón o el cáncer. O tal vez eran el tipo de persona que giró a la izquierda en vez de la derecha una mañana y así no atropelló al niño de cinco años que jugaba al fútbol, el cual llegó a descubrir el gen que causa la enfermedad del Alzheimer, o se convirtió en una famosa estrella del deporte y consiguió que su equipo recaudase millones para una organización benéfica que opera en Shanghai.

O tal vez ese niño se convirtió en un barrendero que encontró un cachorro abandonado en una bolsa, o fue un contable que se enteró de que su jefe estaba defraudando a los bancos, o se convirtió en propietario de una tienda que se negó a vender fuegos artificiales a un grupo de niños de diez años y de este modo se aseguró de que nunca perdieran los ojos o extremidades en un potencial desastre el Día de los Fuegos Artificiales.

Así son los caprichos de los giros y vueltas del tiempo; el elemento del azar que con cada respiración, con cada decisión que se toma, crea ondas que causan líneas de tiempo para ir a la izquierda en vez de la derecha.

Y de este modo cada persona que muere y es enterrada en una de los innumerables cementerios por todo el mundo es responsable, en teoría, de dar a luz igualmente a innumerables realidades paralelas, todo debido a que fueron a la izquierda en vez de a la derecha.

Estar en un cementerio, especialmente en un día de viento, puede ser una sobrecogedora experiencia, un momento en que casi se puede sentir la presencia del pasado rodeándote y envolviéndote con preguntas sobre quiénes eran esas personas, cómo y por qué murieron y quién se quedó atrás que les amaba o respetaban lo suficiente para establecer estas señales de recuerdo. ¿Fue una enfermedad, un accidente o un asesinato? Tantas preguntas, casi siempre sin respuesta por parte de las propias lápidas.

Pero para algunas personas, una visita a un cementerio no es una excursión a hechos y datos. Para ellos puede ser un triste pero necesario camino, parte de un proceso de duelo para permitir la curación tras el trauma de perder a alguien cercano.

El hombre se detuvo, sin saber si no se movía por pura incapacidad o por respeto a la mujer que estaba temblando a su lado. Le hubiera gustado creer que era la incesante y fría lluvia la que la hacía temblar, pero sabía muy bien que no era ni siquiera consciente del clima. Su única concesión al viento había sido dejar a su hija bien abrigada en el Austin, dormida y seca. Aparte de apretarle la mano con más fuerza, sintió que no había nada más que pudiera hacer. De todas las cosas que la vida en la universidad le había enseñado, el dolor y tratar con el efecto sobre otros de esos mismos sentimientos nunca había estado en el programa de estudios.

Quería rendirse, dejar que lo que realmente sentía se mostrase a través del estoico exterior que creía que era importante mantener. Pero eso no estaría bien. Era el trabajo de su esposa expresar la suficiente emoción por los dos.

A la derecha del cementerio, una pequeña cafetería estaba haciendo su habitual actividad del jueves a mediodía. Más bien alto, un radiograma del Canal Light Programme de la BBC estaba sonando a todo volumen. Mostrando una tendencia alarmante para la sincronización, el disc jockey estaba parlotando *“Hey poperos, después de sólo un par de semanas en la cima, Nancy y sus provocativas botas se han marchado, dejando el primer lugar en las competentes voces de Scott, Gary y John, que nos van a contar cómo el sol ya no va a brillar más. Bueno, con la lluvia cayendo por toda Inglaterra, ¿me lo puedo creer! ¡Así que aquí está, el Número Uno de esta semana en las listas de ventas de discos!”*.

Con un suspiro interior a la sombría música, el hombre se permitió arrodillarse y unirse a su afligida esposa sobre la lápida.

—Oh Anabel —estaba diciendo la mujer—. Lo siento mucho. Papá está aquí también. Le prometí que vendríamos a visitarte todas las semanas, pero no estoy segura... No estoy segura de que podamos hacerlo ahora.

El hombre respiró hondo.

—No tenemos que ir, cariño. Es importante que estes de acuerdo en esto.

Su esposa lo miró por primera vez desde que habían llegado. Después miró al otro lado del cementerio, hacia el aparcamiento donde su coche verde esperaba. Aunque no podía ver a su otra hija, sabía que estaba a salvo en el interior, cómoda y caliente, sin darse cuenta del drama que pasaba junto a la tumba.

—Han pasado seis meses —dijo su esposa—. Creo que, aunque va a ser la cosa más difícil que he hecho, es lo que tiene que hacerse —sonrió a través de las lágrimas—. Recuerdo a mamá diciendo algo al respecto después de la guerra. El pueblo estaba lleno de mujeres, de hecho como ella, cuyos maridos no habían vuelto del campo de batalla. Se sentaban día tras día en las tumbas vacías, sin superarlo. No avanzando nunca. Sé que ha sido difícil desde que Anabel... desde que Anabel murió, pero sé que si no nos alejamos, si no nos vamos al Sur lo más lejos posible de aquí, seré una de esas mujeres que hacen peregrinaciones aquí todos los días para el resto de mi vida.

—Podemos venir una vez al mes si quieres, cariño.

Ella se echó a reír. Era un sonido que no recordaba haber oído durante mucho tiempo. Era una hermosa y dulce risa, una risa de la que un hombre podía enamorarse, una vez más.

—Oh, Sí, querido —dijo—. Me refiero a que es un buen sueldo, ¡pero no es tan bueno! —le apretó la mano a cambio, después la soltó—. Será doloroso, pero quiero tomarme un descanso.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy. No me gusta, pero sé que es lo que hay que hacer. Por mí. De lo contrario no sé si alguna vez olvidaremos —miró de nuevo al coche—. O perdonaremos. Y eso es lo único que tenemos que hacer —se puso de pie, y él hizo lo mismo.

—Además —continuó, sin mirarlo a él, sino a las flores frescas que había puesto a sus pies—, creo que alejarse de este lugar, de estos recuerdos, va a ser lo mejor para los dos —acarició el rostro de su marido y parecía que por primera vez en meses, él pensaba que le estaba haciendo frente. Y que podrían tener un futuro—. Te amo —añadió en voz baja.

—También te amo. Muchísimo —respondió, sabiendo que estaba más orgulloso de ella ahora que en cualquier otro momento durante su matrimonio. Al igual que su madre

tenía relatos acerca de los efectos de la pena, su propia familia le había advertido que cualquier madre que pierde a una hija sufre una tragedia que pocos hombres pueden comprender. Sí, pueden sufrir, como lo había hecho él, pero una madre que ha llevado a ese niño durante nueve meses, alimentado durante los días posteriores al nacimiento, mientras que el marido vuelve a trabajar, y lo ha visto crecer y desarrollarse casi cada hora, siempre tendrá un vínculo más estrecho, especialmente por un niño que murió violentamente después de sólo dos años y medio de vida.

Pero su esposa lo estaba afrontando, estaba demostrando que, como siempre había sabido, Chrissie era en realidad más fuerte que lo que suponía. Más fuerte que él.

En un mes se dirigirían hacia el sur, aunque le había dicho que sólo irían si ella quería.

Realmente quería.

Hoy le dijo que estaba lista. Puede que no quisiera, de hecho que ni siquiera lo quisiese él, pero era lo correcto.

Para él, para ella y para su hija de dieciocho meses, que, con suerte, cauterizaría psicológicamente este incidente traumático ocurrido a tan temprana edad de su vida.

—No nos olvidaremos de ella —le prometió a Chrissie con un beso.

—Por supuesto que no, Al —respondió Chrissie—. Pero tenemos que seguir adelante, abrazar el dolor y sobrevivir. Y lo haremos. Al final.

Y juntos se dirigieron de nuevo al coche, a su hija superviviente y a su futuro.

Y en la tumba, dejaron un enorme ramo de flores que se oscurecían cada vez más mientras el sol, como la canción había prometido, no brillaba.

Capítulo Cinco

Lo son todo

Nadie sabe con certeza quién construyó Carsus. Los Señores del Tiempo suelen pensar que fueron ellos, aunque no recuerdan cuándo. Pero te dirán que sí. Es el tipo de lugar increíble que les gusta decir que es suyo. Los Señores del Tiempo generalmente actúan como tipos arrogantes, con sus presuntuosas vestimentas y mirando por encima del hombro a todo el mundo cuando realmente lo único que hacen es recoger basura flotante por el Universo que, si posee algún valor, la reclamarán como suya. A continuación, engatusarán a algún pobre archivista para que escriba un libro para después viajar atrás en el tiempo y depositar multitud de copias en bibliotecas galácticas. Y, ¡oh sorpresa! una nueva maravilla del Universo que ha sido construida o desarrollada o descubierta por los Señores del Tiempo. Nadie más puede investigar el tema, arqueológicamente hablando, debido a la amenaza constante de rebatir a los Señores del Tiempo y que éstos activen una burbuja temporal alrededor de ellos o de su universidad o de su sistema planetario y den marcha atrás al tiempo. Dejarían de existir en el presente y también en el pasado. Los Señores del Tiempo son así. Idiotas. Unos idiotas pretenciosos de primera categoría. No caen bien a casi nadie. Porque son unos idiotas. Grandes, gordos y malolientes.

* * *

—Esta es una visión bastante sesgada... de los Señores del Tiempo —dijo Mel lentamente, cerrando el libro.

—Hmm —murmuró el Doctor—. Lo cogí hace unos años de la colección Braxiatel. Creo que lo escribió una vieja profesora cascarrabias. Al parecer, siempre tuvo una postura anti-Señores del Tiempo en sus obras publicadas.

—Me cae bien —respondió Mel—, Aunque, a decir verdad no dice nada sobre Carsus.

El Doctor se encogió de hombros.

—No importa. Llegaremos en un momento y entonces podrás preguntarle a Rummas. Lleva viviendo allí desde hace par de siglos.

—¿Cómo es que le conoces?

El Doctor alzó la vista hacia el techo de la TARDIS.

—Buena pregunta. Complicada, eso sí. Hay tantas respuestas posibles que no sabría por dónde empezar.

—No pasa nada. Se lo preguntaré también. Si no te importa, claro.

El Doctor miró a Mel con cierta expresión de sorpresa.

—Ya lo preguntaste pero no siempre es fácil desarrollar una respuesta de forma que tu pobre mente humana pueda comprenderla. Algunas preguntas sólo pueden ser respondidas a través de matemáticas puras, o teoría cuántica, o cadenas temporales enrevesadas de causa y efecto, o...

—Fue en una fiesta y estabas borracho, ¿verdad?

El Doctor bajó la vista y se centró en el movimiento de los dedos de sus pies como si de repente se hubieran convertido en lo más interesante del cosmos.

—¿Lo estabas?

—Podría ser —el Doctor admitió en un susurro.

—No te he escuchado —canturreó Mel, que ni se esforzaba en ocultar su disfrute.

—Fue en una gran fiesta. En una de las lunas de Korpai. Allí sí que saben cómo pasarlo bien. Supe que era un Señor del Tiempo —el Doctor sonrió—. Al igual que yo, había dejado su hogar, sus compañeros y superiores, para explorar el Universo. Él... coleccionaba cosas.

—¿Cosas?

—Sí. Libros en su mayoría. De gran valor sentimental. Quería tener la mayor biblioteca del Universo. En realidad, tenía bastantes celos de la mía —Mel comenzaba a sospechar que el Doctor estaba exagerando ligeramente la historia—. Estaba en una estancia llena de libros, cuando nos pusimos a hablar.

En ese momento, Mel lo comprendió.

—Los robó, ¿verdad?

—¿Qué?

—Los libros. Tu amigo Rummas es un ladrón.

—Preserva cosas que otros pierden. O tiran.

Mel insistió en que lo que había hecho era moralmente cuestionable. Y corrupto.

—Mel, Rummas es un conservador de libros respetable. Él... cogió prestada una TARDIS una vez y la usó para entrar en edificios en llamas y bibliotecas destruidas por terremotos para salvar cosas que de otra manera se hubieran perdido para siempre. En todas las galaxias. Un tipo admirable.

—Y esa TARDIS que tomó prestada. Alguien le ayudó a conseguirla, ¿no es cierto?

El Doctor activó el escáner.

—Mira, ahí está Carsus. Estamos sólo a unos cientos de metros por encima.

Mel estaba ciertamente impresionada. La mayor parte de lo que podía ver en la pantalla era una enorme construcción. Posiblemente la Biblioteca.

—Un diseño interesante.

—¿Eso crees, Mel? Yo sí.

—¿Has visto alguna vez el Pentágono de Washington desde arriba Doctor?

El Doctor se encogió de hombros.

—No puedo decir que lo haya visto.

—Es muy parecido. Cinco lados, cinco puntas, como un pentagrama. Un símbolo interesante de encontrar en el espacio.

—Oh si, por supuesto. En tu planeta, dependiendo de su diseño, puede representar un signo de adoración pagana o diabólica.

—Y dicen que el Pentágono fue construido sobre un pantano originalmente llamado "Fondo del Infierno" y diseñado de esa forma en contra de los deseos del presidente Roosevelt.

—¿A dónde pretendes llegar?

Mel se encogió de hombros.

—A nada en particular. Sólo admiro la coincidencia de encontrar un templo masónico en el espacio exterior idéntico en forma y con... a ver, déjame recontar, uno, dos, tres, cuatro, cinco anillos y... diez radios. Si, absolutamente idéntico.

—¿De dónde sacas todas esas tonterías, Mel?

—He leído mucho —respondió ella, devolviendo al Doctor el tendencioso libro acerca de las maravillas de la galaxia—. Y cosas mucho mejores que esto.

La TARDIS se materializó en un pasillo largo y oscuro con paredes y suelo de madera. El eco que provocó su llegada hizo temblar todos los rincones. Cuando las puertas se abrieron y los ocupantes salieron, un pequeño haz de luz halógena les iluminó desde el techo de la Biblioteca Carsus. Poco a poco se fueron encendiendo más luces a su paso.

—¿Una invitación? —preguntó Mel.

—Un camino, sin duda.

—¿Este es un uno de esos momentos en los que te pones terco, o seguimos el camino?

El Doctor respiró profundamente.

—No soy terco. Nunca lo soy. De vez en cuando me gusta tomar rutas no señalizadas. Pero en este momento, ya que nos están esperando, creo que debemos seguir el camino iluminado.

Con un suspiro, Mel le siguió. Después de unos segundos se detuvo en una intersección, pero el Doctor continuó siguiendo el camino que marcaban las luces. La joven miró su reloj y a continuación le siguió. Siete minutos más tarde, llegó a otro cruce y tras otros siete minutos, se encontró con otro. Finalmente, el Doctor le preguntó qué estaba haciendo.

—Nada —sonrió—. Sólo una teoría. ¿Qué crees que hay ahí?

La joven abrió una puerta y miró dentro. Era una serie de largos pasillos flanqueados por innumerables estanterías, todas ellas llenas de libros. Libros de todas formas y tamaños: de tapa dura, de bolsillo, encuadernados en cuero...

—¿Impresionada? —preguntó el Doctor. Mel asintió.

—Brighton tiene una gran selección en su biblioteca, y sólo ocuparía un estante aquí. —entonces recordó su anterior conversación—. Si puedes viajar a través de la historia, recogiendo libros de aquí y allá, actividad que de donde vengo se llama "robar", no es de extrañar que sea tan inmensa.

—En teoría, la Biblioteca Carsus fue diseñada para guardar una copia de todos los libros publicados en cualquier lugar. Es parecida a la Biblioteca Bodleiana en Oxford —el Doctor sonrió a Mel—. Yo escribí un libro una vez, ¿sabes?

—¿En serio?

El Doctor asintió.

—De tapa dura de lujo y encuadernado en cuero. Lo escribí en un largo viaje a Marte cuando perdí la TARDIS en una ap... más bien en un momento de locura.

—¿En dónde? —preguntó Mel y entonces lo entendió—. ¡En una apuesta! Apostaste la TARDIS y perdiste. ¡Me hubiera encantado haber visto eso!

—En absoluto —aseguró el Doctor.— Habrías odiado el viaje resultante. Duró cuatro meses. Así que me entretuve escribiendo la historia de la pesca del Gumblejack en la octava galaxia. Fue un éxito de ventas.

—¿Dónde? preguntó Mel.

El Doctor se encogió de hombros.

—En todas partes —dijo—. En las doce galaxias. Firmé autógrafos, hablé en las cenas de gala, amasé una fortuna.

Mel comenzó a preguntarse dónde se encontraba la línea entre la verdad y la mentira más absoluta. Sospechaba que se estaba haciendo cada vez más y más borrosa.

—¿Y dónde está todo este dinero ahora? —el Doctor pasó un brazo por el hombro de Mel—. ¿Dinero? ¡No lo necesito!. Lo doné a organizaciones benéficas de todo el Universo. Me convertí en el Gran Benefactor.

Mel entendió entonces donde estaba el dinero.

—Volviste a comprar la TARDIS, ¿verdad? Pagaste todas tus deudas.

El Doctor suspiró.

—Tu problema Mel, es que no tienes sentido de la emoción, de la aventura, de las hazañas. Para tí, todo es blanco o negro.

—Sólo valoro la honestidad por encima de una simple historia, eso es todo.

El Doctor había comenzado a divagar, y no escuchó a Mel.

—Cientos de miles se beneficiaron de mi generosidad. ¡Fui el mayor antropólogo de mi época!

—Creo que la palabra que buscas es "filántropo" —trató de corregirle, pero sólo consiguió una especie de mirada despectiva por parte del Doctor que continuó deambulando por el pasillo.

—¡Espera, Doc! —gritó Mel. El Doctor se detuvo en seco y se volvió para mirar con cierto reproche a su compañera.

—¿Espera, "Doc"? ¿Desde cuándo has empezado a hablar como Peri?

—¿Cómo quién?

—Olvidalo —sacudiendo la cabeza con desconcierto, el Doctor señaló una enorme puerta. No había luces que iluminaran el camino, por lo que Mel asumió que era por donde debían continuar. En dicha puerta había un letrero que decía "Bibliotecario Jefe", y el Doctor no dudó en llamar. No hubo respuesta. Golpeó más fuerte. Nada. Empujó la puerta y ésta se abrió fácilmente. Con cuidado, asomó la cabeza dentro de la oscura habitación, pero Mel dijo que no podía ver nada. Para salir de dudas, decidió entrar con Mel a su espalda. Tras dar tres pasos, una serie de luces halógenas en el techo se iluminaron dejando a Mel sin aliento. La oficina tenía forma de cuadrado perfecto, pero con un dibujo redondo ocupando la mayor parte tanto en el suelo como en el techo. Las paredes estaban cubiertas con estanterías, pero en vez de libros había archivos y blocs de notas.

De cuando en cuando, encontraban un monitor de ordenador o un dispositivo manual. En la zona central de la habitación se encontraba una hermosa mesa de caoba, con incrustaciones de terciopelo verde, y una pequeña lámpara de bronce con una capucha verde. Mel también pudo encontrar un secante de tinta, un diario abierto y un vaso de agua. Pero lo más significativo estaba sentado en la silla de cuero detrás del escritorio. Por el cambio en el ritmo de la respiración del Doctor, Mel asumió que era el cadáver de su amigo Rummas. Tenía los ojos muy abiertos como en estado de shock, un hilo de sangre roja seca surcaba la barbilla desde la boca, y lo que parecía ser un cuchillo estaba clavado en el costado derecho de su pecho, más o menos por debajo de la tercera costilla. Mel sabía lo suficiente como para darse cuenta de que su corazón había sido perforado. El Doctor se acercó al cuerpo, pero no tocó nada. Al pasar por detrás de la silla, se detuvo.

—Mel —murmuró entre dientes— Creo que deberías ver esto.

Mel se apresuró a reunirse con él, tratando de no mirar demasiado el rostro sin vida de Rummas, pero se llevó una gran sorpresa cuando vio el descubrimiento del Doctor.

—Eso no pinta bien —le oyó decir—. Nada bien.

Tendido en el suelo se encontraba el gemelo idéntico del Doctor, con grandes marcas en el cuello y los ojos abiertos de par en par.

—Mi teoría es que los pillaron por la espalda y los estrangularon —dijo con un hilo de voz. Y en uno de esos raros momentos de autoconciencia de sí mismo, añadió—. Y teniendo en cuenta mi tamaño y forma, pillarme por sorpresa y aplastar mi tráquea antes de que pudiera defenderme significa una cosa de dos posibilidades.

—Fue un hombre —se adelantó Mel.

—O alguien a quien conocías —resonó una voz detrás de ellos. Mel se volvió y vio a Rummas junto a una pequeña puerta que no había visto antes, situada entre dos estanterías.

—Toca a tu doble, Doctor —le ordenó, y éste lo hizo.

—Intrigante —dijo el Doctor—. ¿Y tu doble, con el cuchillo desafortunadamente colocado?

—Lo mismo, me imagino. Es el tercero que he visto esta semana.

Mel se acercó a tocar al Rummas muerto y su mano pasó directamente a través de él.

—¿Un holograma? —preguntó.

—Buena pregunta señorita...

—Bush. Mel para los amigos —respondió ella. Rummas sonrió por primera vez.

—Te llamaré Bush hasta que sienta algo más de familiaridad.

—Llámalas Mel y acabemos con esto —resopló el Doctor—. Todo eso de "señorita Bush" ralentizará las cosas.

—Por favor, llámeme Mel —dijo Mel mirando de reojo al Doctor—. Y me alegro de que esté vivo después de todo.

—Gracias, Mel. Y respondiendo a tu pregunta, no, no es un holograma. Es la razón por la que contacté con el Doctor. Como dije, esta es la tercera vez en una semana.

—¿Todos apuñalados hasta la muerte? —preguntó el Doctor, con su habitual falta de delicadeza.

—Sólo dos. El primero acababa de morir pero como no pude tocarlo, no tengo manera de saber cómo. Lo que sí es que no había expresión de sorpresa en su cara.

—Bueno, yo también estoy contento de ver que estás bien, amigo mío —añadió el Doctor, cruzando la habitación para estrecharle la mano—. Pero estoy intrigado. ¿Cuántas versiones mías han muerto?

—Dos. Ambas por mis versiones cuando estaban heridas con el cuchillo. Me pregunto si mis versiones intentaron matarte y luego las tuyas se las arreglaron para apuñalarme pero en ambas ocasiones la puesta en escena está mal. Sospecho que alguien me mató, tú lo descubriste y te asesinaron. Después de todo, a mis versiones las mataron con un arma y a las tuyas sólo con las manos.

Mel estaba mirando el arma y ahora pudo ver que era un abrecartas. De alguna manera, saber que esto no era real evaporó cualquier sensación de náusea que hubiera sentido.

—Es un arma conveniente —dijo ella—. Podría haber sido en el calor del momento, agarrando lo que estuviera más a mano.

—Es terriblemente buena en eso —oyó al Doctor hablando con Rummas.

—¿Quieres que te cuente mi teoría, Doctor? —preguntó.

—Adelante

Rummas suspiró.

—Creo que tiene que ver con algún desplazamiento temporal. Esta área del espacio es legendaria por las anomalías espacio-temporales. Aparte de Carsus, tenemos a Minerva y Schyllus cerca y, a medida que nos acercamos al borde del sistema, están Tessus, Lakertya, Molinda y, en la periferia, los planetas gaseosos sin vida de Hollus y Garrett. Se sabe que tanto Schyllus como Minerva se han visto afectados por las ondas temporales al menos una vez en el último trillón de años más o menos. Y existen informes de fragmentos de materia extraña, hilos crónicos e incluso una hipotética supernova que en el pasado no provocó un agujero negro, sino que simplemente desapareció del mapa cósmico.

El Doctor no dijo nada y Mel murmuró un casi inaudible sonido de asombro. Era mucho para asimilar de una sentada, incluso para los científicos más renombrados de su planeta.

—Y tanto, Mel —dijo el Doctor finalmente—. Un montón de increíbles anomalías espaciales que valdría la pena aniquilar para mantener el control. ¿Estoy en lo cierto al asumir que Carsus está en el centro de este sistema?

Rummas se encogió de hombros.

—Sabes tan bien como yo que nada puede estar en el centro, pero sí, en términos coloquiales, estamos en coordenadas equidistantes a cualquier punto de todo el sistema solar.

Mel preguntó si Carsus era natural o construido por el hombre. Rummas pareció confundido por la pregunta.

—El planeta es natural, hasta dónde yo sé. Este edificio fue construido hace milenios, pero nadie sabe por quién. ¿Por qué?

El Doctor suspiró.

—Cuidado o comenzará a parlotear sobre edificios de cinco lados y antiguos rituales masónicos si no tienes cuidado.

—En serio, ¿por qué?

Mel sonrió ante el interés de Rummas.

—Porque a partir de lo poco que he visto caminando por aquí, he deducido que cada cruce está exactamente a siete minutos del siguiente.

—Es verdad. Increíble que hayas pensado en eso, pero es así. Lo descubrimos hace unos años tras realizar unas simples ecuaciones matemáticas. ¿Cómo lo descubriste tú?

—Como le dije al Doctor antes, este lugar es idéntico en tamaño y forma a un edificio muy importante y poderoso de mi planeta. Y allí, todo está más o menos a siete minutos de distancia. Lo cual es una gran coincidencia.

Rummas parecía realmente intrigado.

—Entonces permítanme añadir algo más a su asombro. Si usted no es de por aquí —Mel asintió con la cabeza —entonces debe proceder de la Tierra, Halos III o V, o Utopiana.

—¿Por qué? —el Doctor frunció el ceño—. Elegir cuatro planetas de miles de millones es una asunción bastante arriesgada

—Porque hasta donde yo sé, la Tierra, los dos Halos y Utopiana son los únicos fuera de este sistema que tienen idénticas construcciones. Sin embargo, aquí las encontrarás en Carsus, en Tessus, en Minerva, en Narrah, y en Garrett. Y en lo que se refiere a coincidencias, esta es de las grandes.

—¿Crees que es deliberado —preguntó el Doctor—el que alguien haya diseñado el Pentágono en la Tierra a imagen y semejanza de la Biblioteca de Carsus?

—O al revés —sugirió Mel.

—De cualquier manera —continuó Rummas—, creo que están vinculados. Y la razón por la que tengo conocimiento de la Tierra, los dos Halos y Utopiana se debe a que los cuatro planetas están actualmente registrando inusuales lecturas de energía chronon. Y eso, definitivamente, no debería pasar. Algo extraño está sucediendo en esos planetas y me pregunto si querríais ayudarme a averiguarlo.

Dos horas más tarde disfrutaban de una espléndida comida a base de langosta, ensalada Waldorf y un Merlot que parecía ser de buena cosecha por lo que Mel no quiso preguntar de dónde había salido. Sospechaba que Rummas no era reacio a explorar a través del tiempo y apropiarse de lo necesario para una buena comida y bebida, al igual que con lo de los libros. Sin embargo, su compañía había conseguido que reevaluara sus opiniones. Parecía agradable, aunque algo nervioso, y ella casi había logrado perdonar sus ligeramente deshonestos usos de los viajes espacio-temporales. Casi.

Obviamente había evitado la langosta pero la ensalada estaba muy buena y de repente se dio cuenta de que a la comida de la TARDIS, aunque no estaba mal, a menudo le faltaba algo de sabor. Estaba tan acostumbrada que ya ni se daba cuenta, pero en este momento, mientras masticaba un trozo de manzana, sintió una punzada de nostalgia por su hogar, por Sussex y en especial por sus padres.

Por un momento, su mente regresó a su sala de estar en Navidad. Regalos, dátiles, nueces y pudin de higos con una vieja moneda de seis peniques en el interior, empapado en brandy para que su orgulloso padre pudiera prenderle fuego. Pensó en su madre con los guantes para el horno puestos, trayendo platos de pavo (en la época antes de que Mel fuera a la escuela secundaria y se hiciera vegetariana), coles de Bruselas, nabos crujientes, patatas asadas y salsa de arándanos. En realidad, detestaba la salsa de arándanos, pero nunca se lo dijo a nadie, creyendo que si no se lo comía todo, podrían castigarla sin comer nada.

Las cosas que puede llegar a creer una niña de diez años. Devoraba lo que había en su plato tan rápido como fuera posible para después ver con el resto de la familia el discurso de la Reina a las tres de la tarde. Nada más acabar, ella y su hermana se lanzaban a la montaña de regalos, arrancando los envoltorios con sumo cuidado, ignorando las tarjetas que decían "Para Mel, con cariño de tu tío John" en búsqueda de lo que había dentro.

Nunca le trajeron muñecas. En su lugar, Mel recibía un juego de química o un libro sobre la vida silvestre en África o, su favorito de siempre, un gran libro sobre los dinosaurios, con dibujos detallados de cómo podrían haber sido y de los fósiles descubiertos. El libro incluía una serie de postales que cuando se ponían juntas formaban un diorama lleno de criaturas y aves prehistóricas. Un año alguien le había comprado un conjunto de tarjetas Letraset sobre dinosaurios, pero la estúpida de su hermana, mientras jugaba a la fiesta del té con sus muñecas, había derramado agua sobre algunas de ellas. Así que Melanie había ido a por su mochila escolar y cuidadosamente frotó las letras de las tarjetas hasta formar las palabras MJ Bush y...

Mel dejó caer su cuchillo y tenedor con un grito ahogado.

—¿Mel? —preguntó el Doctor—¿Estás bien?

El profesor Rummas le tomó la mano.

—Estás temblando, querida.

Mel respiró profundamente, cerró los ojos y sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Después de unos segundos sonrió a los dos hombres.

—Lo siento, ha sido algo melodramático —apartó la mano de Rummas y recogió su cubiertos.

—¿En qué estabas pensando? —el Doctor la miraba fijamente, con curiosidad—. Podría ser importante.

—Lo dudo —respondió la muchacha—. Estaba pensando en... —pero no podía recordar con precisión. ¿Algo relacionado con los dinosaurios? —se me ha olvidado. Pero no era nada por lo que preocuparse.

Pero el Doctor no la creyó en ningún momento.

—Estamos en un lugar donde el tiempo está actuando de manera extraña, donde los fantasmas de nuestras versiones muertas resurgen y...

— No serían fantasmas si estuvieran vivos, ¿verdad? —razonó la joven.

Y ese razonamiento es lo que consiguió que el Doctor pusiera fin al interrogatorio porque tras un último vistazo, volvió a hablar con Rummas.

Pero por mucho que lo intentara, Mel no podía recordar lo que había estado pensando, salvo imágenes desordenadas de dinosaurios, una pequeña gota de mermelada de color rojo o algo y... y... ¡sí! La fotografía circular que había visto en la

TARDIS. La que había desaparecido. Se había olvidado de contárselo al Doctor... pero ahora estaba demasiado ocupado parloteando a toda velocidad, como de costumbre. Terminó su ensalada, bebió un poco vino y se levantó.

—Profesor —dijo interrumpiendo a los dos hombres—. Vosotros dos parecéis tener mucho de qué hablar, así que creo que voy a ir a dar un paseo si os parece bien.

El Doctor y Rummas se miraron el uno al otro, pero el Profesor se encogió de hombros.

—Aún no he visto ninguna versión de la encantadora señorita Bush apuñalada o ahorcada, por lo que creo que estará bien.

El Doctor no estaba tan convencido, pero Mel le cortó incluso antes de que pudiera comenzar a protestar.

—Sólo tardaré una media hora. Si no vuelvo, enviad a la caballería.

Rummas claramente no entendió la analogía, pero sonrió de todos modos.

—Encontrarás miembros del personal en cualquier parte. Estarán encantados de ayudarte con cualquier cosa que necesites. Hay algunas agradables salas de lectura en el pasillo tres. Chimeneas grandes, iluminación suave... Trato de crear un "buen ambiente", como creo que se dice en la lengua vernácula.

—Gracias —dijo Mel antes de salir.

Las pequeñas luces del techo formaban un camino fácil de seguir. Mel se dio cuenta rápidamente de lo que significaban. "Me pregunto qué debo hacer ahora", murmuró para sí misma, nada más salir del Gran Comedor. "Sala de Lectura, supongo".

En ese momento, las luces en el techo se encendieron. Se adelantaron un poco, luego viraron a la derecha, así que ella las siguió. Siete minutos más tarde, estaba de pie frente a unas enormes puertas de roble y un gran cartel donde ponía "SILENCIO". Las empujó suavemente y dos hombres levantaron la mirada, tratando de ocultar, sin éxito, su sorpresa.

—Buenas noches, caballeros —dijo Mel—. Que calorcito más agradable —añadió al ver y escuchar la leña crepitando en la chimenea—. ¿Qué están haciendo aquí?

El más alto de los dos, un hombre de rostro delgado y con un tono de piel ligeramente cobrizo, sonrió.

—Somos los custodios de la Gloriosa Biblioteca de Carsus. Soy el Señor Woltas.

El otro hombre, más bajito y algo más gordo, no sonrió. Simplemente se dio la vuelta presentándose con un gruñido como "señor Huu", recogió algunos libros de un carro y los colocó en una mesita al lado de un sillón de aspecto suave.

—Los libros que solicitó, señorita Bush —dijo el señor Woltas. Mel no dijo nada y se limitó únicamente a mirar a los dos hombres.

—¿Algún problema? —preguntó el señor Huu, en un tono que denotaba el más puro aburrimiento. Algo descortés quizás. Finalmente, Mel asintió.

—Verán. Yo no pedí ningún libro. Acabo de llegar.

Los dos hombres extraños intercambiaron una mirada e inmediatamente después el señor Woltas sacó un pequeño diario negro de un bolsillo que Mel no había notado que tenía. Pasó algunas páginas hasta llegar a una que revisó con especial interés

—Ah —dijo finalmente—. Error nuestro. No los ha solicitado.

—Aún —dijo el señor Huu, como si eso lo explicara todo.

—¿Aún?

—Exacto. Pero lo hará.

El Señor. Huu se volvió para alzar los libros para ponerlos en su estante, pero Mel se lo impidió.

—Bueno, podría leerlos ya que están aquí.

— No estoy seguro de que podamos hacer eso, señorita —explicó el señor Woltas—. La energía chronon que rodea la Gloriosa Biblioteca de Carsus podría ser desplazada en caso de producirse un evento fuera del tiempo establecido.

—¿Cómo se puede establecer el tiempo si aún yo no lo he vivido? —Mel se sentó en la silla, agarrando uno de los libros de la pila que sujetaba el señor Huu.

—El tiempo es lineal —dijo el Sr. Woltas.

—No estoy segura de que eso sea cierto —respondió Mel—. El Doctor me explicó que es ondulado y fluido y rara vez se equivoca en esas cosas.

Con un suspiro, como si estuviera lidiando con una niña caprichosa, el señor Huu cogió el libro de entre sus manos.

—Obviamente es fluido por ahí fuera —replicó señalando hacia el techo—, pero aquí, en la Gloriosa Biblioteca de Carsus, es lineal. Tiene que ser así o no podríamos seleccionar un momento exacto para hacer un análisis previo o una evaluación. La estructura tiene que mantenerse.

—Exacto. Mantenerse.

El señor Woltas comenzó a empujar el carro.

—Cuando usted solicite estos libros dentro de unos ocho años, los tendremos listos para usted. Lamentamos haberla molestado.

Mel vio como una puerta al final de la sala de lectura se abría y los dos hombres abandonaron la estancia. Un instante después, otra puerta, a unos dos metros de distancia, se abrió y ambos hombres volvieron, esta vez sin el carro.

—¿Ahora qué? —preguntó Mel.

—Oh, lo siento mucho, señorita —dijo el señor Woltas— no sabíamos que la Sala de Lectura estaba ocupada. Yo soy el señor Woltas y él es el señor Huu. Somos los Custodios...

—De la Gloriosa Biblioteca de Carsus, sí lo sé.

—Usted nos lleva ventaja, señorita —comentó el señor Huu, con su habitual sequedad y deje de molestia.

—Estaban aquí hace un momento

—¿Hace un momento? No comprendemos

Mel suspiró.

—Quiero decir que estaban aquí, hablamos sobre los libros y luego se marcharon. Por allí.

Los dos hombres siguieron la dirección de su dedo con la mirada.

—¡Oh, no, señorita! —exclamó el señor Woltas—. Nunca podríamos pasar por esa puerta.

—¿Por qué no?

El señor Huu suspiró. Por supuesto. Era lo que hacía todo el tiempo.

—Porque esa puerta conduce a una nueva ala que no se ha construido todavía. Faltan unos diez años más o menos para eso. La puerta es puramente decorativa.

Su tono sugería que consideraba que cualquier cosa decorativa en la vida era una pérdida de tiempo y espacio. Mel se levantó de la butaca y corrió hacia la puerta.

—Tonterías —murmuró—. Se fueron a través de... ¡oh!

La puerta era completamente rígida. No había juntas en los bordes ya que estaba pintada en la pared. Decorativa. Inutilizable.

—Pero yo les vi. Hablé con ustedes.

El señor Woltas y el señor Huu la miraron, luego se miraron entre ellos y de nuevo a Mel.

—Si vio a nuestros futuros "yo", entonces algo ha salido mal.

—Nada va mal en la Gloriosa...

—Sí, sí, ya lo sé —espetó Mel— Pero está claro que algo está pasando. Definitivamente hablé con ustedes. Sabían quién era yo pero yo no les conocía. Tenían libros para mí que no debía solicitar hasta dentro de algunos años.

—Esto es preocupante, señor Huu.

—Ciertamente preocupante, señor Woltas. No podemos existir en dos husos horarios.

—No aquí.

Mel anticipó lo siguiente que iban a decir.

—Porque aquí sólo existe el tiempo lineal, ¿sí?

—Claro. De lo contrario, la confusión reinaría. No importa en que momento o desde que lugar de este Universo o cualquier otro nos visite. Aquí el tiempo está estructurado de forma exclusivamente lineal.

—No hay flujos ni el tiempo puede cambiar su estado —añadió el señor Huu.

—El caos reinaría. Debemos decírselo al Profesor Rummas, señor Huu

—No puedo estar más de acuerdo, señor Woltas. Debe estar en la habitación de Regreso.

—No —dijo Mel—. Está en el Gran Comedor. Le dejé a él y al Doctor allí hace menos de cinco minutos. Hora local —añadió, por si era importante.

El señor Woltas se acercó a una estantería y cogió un enorme libro encuadernado en tela, claramente más pesado de lo normal. Lo colocó sobre la mesa junto al sillón de Mel y todos se colocaron a su alrededor. El señor. Woltas lo abrió y para asombro de Mel, no había páginas sino una bola de plata pequeña sobre un agujero cuadrado cortado a través de las hojas. Más bien como esos libros que Mel vio en películas de Agatha Christie que contenían una tecla o dinero u otro libro o...

—Custodio Woltas a Profesor Rummas —dijo en voz baja. Al instante la esfera comenzó a brillar y apareció un holograma de la cabeza de Rummas.

—¿Sí?

—¿Dónde está, señor?

—En el Gran Comedor

—¿Con el Doctor? —preguntó Mel.

—¿La señorita Bush está con usted, señor Woltas?

—Ajá... —Mel asintió—. Melanie Bush —añadió amablemente.

—Así es, señor.

—¿Cuál es el problema?

El señor Woltas respiró hondo.

—La señorita Bush afirma haber visto variantes temporales de mí mismo y del señor Huu, señor.

Hubo una ligera interferencia en el holograma, y Mel vio la cabeza de Rummas reemplazada por la del Doctor.

—¿Estás bien, Mel?

—Perfectamente. Es verdad. Hablé con esos dos... Custodios. Se fueron y luego volvieron por otra puerta, sin saber quién era yo.

—Quédate ahí. Voy para allá.

A continuación, la cara del Doctor fue sustituida por la de Rummas, que le dijo a sus Custodios que fueran a comprobar el Indicador de Ruta Temporal. Lo último que Mel oyó

fue la voz del Doctor diciendo algo así como "Eso es tecnología Gallifreyana robada" antes de que se cortara y el señor Woltas cerrara el libro.

—Esto es preocupante, señorita Bush —dijo.

—Muy preocupante —acordó el señor Huu, ahora sin ningún signo de petulancia.

—Bueno, yo estoy bien —dijo Mel—. Así que ¿por qué no van y arreglan el Indicador de Ruta Temporal mientras yo me quedo aquí?

—¿Sabe lo que es un Indicador de Ruta Temporal?

—No, pero el Profesor lo mencionó.

—Oh. Claro, sí. Lo hizo —el señor Woltas sacudió la cabeza—. Necesito mejorar mi memoria.

—Debería haber pensado que eso era un requisito fundamental para trabajar aquí —dijo Mel secamente.

Con una última y confusa mirada, los Custodios se marcharon. Esta vez por la puerta por donde habían venido. Antes de que Mel pudiera sentarse, vio como se abría otra puerta, la misma por la que ella había entrado. Eran Rummas y el Doctor, hablando animadamente.

—Debes llevarte a Melanie y ver lo que podéis averiguar —dijo Rummas.

—Umm, Doctor... —dijo Mel en voz baja, pero éste no le hizo caso.

—Si hay energía chronon liberada —respondió el Doctor— puede ser peligroso para ella.

—Ella estará más segura contigo en la TARDIS que aquí en Carsus. Si la línea temporal de la Biblioteca ya no es lineal, significa que una fuga de energía chronon está inundando el vórtice espacio-tiempo.

—¿Fuga de energía chronon? —preguntó Mel, pero de nuevo, nadie la hizo caso.

—Ya veo —respondió el Doctor, con un semblante más grave de lo habitual—. Tienes toda la razón. Y sólo alguien capaz de resistir las fugas de energía chronon puede volver. Si la traigo aquí de nuevo, se hará pedazos si pierde el control. Creo... estoy seguro de que Melanie estaba en lo cierto.

—¿Lo estás? —preguntó Mel—. Eso es una novedad.

Rummas estaba de acuerdo con el Doctor.

—Sí —dijo agitadamente—. Creo que estamos frente a un desgarramiento multiversal. Uno justo a través del canal de la espiral del vórtice, provocando los saltos y las rupturas. Y si algo se filtra de un multiverso a otro...

—O incluso de un Universo a otro —concluyó el Doctor—, sería suficiente para destruirlo todo. Cronológicamente hablando.

Rummas sacó algo de su bolsillo.

—Toma esto. Es un localizador. Necesito que vayas al planeta Schyllus en 4387 y salves el Universo.

En ese momento, las puertas por las que los dos custodios habían salido se abrieron de golpe, y el profesor Rummas y el Doctor entraron.

—Malditos pasillos cambiantes —dijo el Doctor.

—Te perdiste —Rummas respondió—. Y yo te seguí como un idiota.

—Bien —espetó el Doctor—. Ahora estamos aquí. Y también Mel.

Mel estaba tan confundida que, olvidando su naturaleza imperturbable, comenzó a murmurar frases confusas y sin sentido, que incluían 'Pero tú... Quiero decir, por allí... y entonces ellos...' y terminó con 'y se desvanecieron'.

—¿Quiénes? —preguntó Rummas—. ¿Los Custodios?

—No —dijo Mel finalmente—. No, los otros "vosotros". Los que me ignoraban —el Doctor y Rummas se miraron el uno al otro. El Doctor guió a Mel hasta un sillón junto al fuego y se agachó delante de ella.

—Mel, quiero... necesito que me digas todo lo que esos otros dos dijeron. Palabra por palabra.

—¿Palabra por palabra, Doctor? —dijo Rummas—. ¿No tendrías que hipnotizarla para obtener ese grado de precisión?

El Doctor negó con la cabeza.

—Siempre que se concentre y nadie diga tonterías a su alrededor —dijo mirando Rummas—. Mel tiene una memoria de elefante.

—Encantador como siempre. Gracias Doctor, por la comparación —y así, Mel, usando lo que ella prefería llamar su "memoria eidética", pudo describir lo que acababa de oír con pelos y señales. Cuando terminó, Rummas tomó aire y lo soltó lentamente.

—Más o menos como yo sospechaba. Pero no estoy seguro acerca de Schyllus.

—¿Por qué no?

—No le veo el sentido. No hay mucho allí. Es una trampa para turistas. Un centro comercial pretencioso y un complejo vacacional. Pero no veo una conexión con cualquier otra cosa.

El Doctor frunció el ceño.

—Bueno, teniendo en cuenta lo que nuestros duplicados dijeron hace un momento, quiero llevar a Mel lo más lejos posible de aquí.

Rummas asintió.

—Yo la llevaría a algún lugar mucho más apropiado si fuera tú. Pero a algún lugar donde no haya habido perturbaciones temporales recientemente. Quiero que encuentres a alguien que ha desaparecido de su propia línea temporal. Un problema del que me di cuenta hace unos días. Alguien importante llamado Helen.

—¿Y dónde podemos encontrarla? —preguntó Mel.

—Fácil —dijo Rummas—. Necesito que vayas al planeta Tierra en 1958 y salves el Universo.

Capítulo Seis

16

La Honorable Helen "Suerte" Lamprey sonreía mientras estudiaba a las sonrientes personas que estaban frente a ella. Estaban reunidos allí, vestidos de punta en blanco con un conjunto de trajes de noche, brillantes joyas, anillos refinados y ningún pelo fuera de lugar en nadie.

Los amigos más perfectos que alguien podría querer, había dicho su padre.

Lo que Helen realmente quería en este momento era verlos a todos relajados, llevando la ropa que quisieran en vez de lo que la sociedad dictaba que debían llevar en estos actos. Vio al pobre señor Diggle de la oficina de correos en representación del Rotary Club, sin duda. En nombre de Dios, ¿dónde había alquilado el smoking? No le quedaba bien, y parecía como si estuviera a punto de morir por la opresión en el cuello causada por la corbata que llevaba. Helen realmente quería ir hacia él, sonreír, aflojarle la corbata y verlo sonreír a cambio. Verle relajarse.

¿Cuántas personas habían venido no porque quisieran ver a la propia Helen, sino porque era lo que había que hacer? Echó un vistazo más a fondo a la multitud y pudo ver al "servicio contratado" por su padre clasificando la bebida y la comida. El pobre viejo Thompkin seguía en activo, sin duda a estas alturas debería haber estado dignamente retirado. Y Barker probablemente estaba fuera a la intemperie, llevando a la gente de la estación de tren de Ipswich al pueblo.

Por un breve instante, Helen imaginó que estaba en el antiguo Hall en Eye y se preguntó qué diría su madre si pudiese verla ahora, recién llegada de una escuela privada suiza, lista para debutar en el circuito social. Helen esperaba que estuviese orgullosa, debería haberlo estado. Papá lo había hecho muy bien en los últimos nueve años para enderezar su vida.

Había dejado sus ambiciones políticas para educar a su hija, negándose a enviarla a un internado como muchos otros sugirieron. Helen sabía que había sido difícil para un hombre de la posición de Sir Bertrand Lamprey el criar a una hija porque "no se hacía". Por lógica, se debería haber contratado a una institutriz, junto con una variedad de niñeras y sirvientas, para que pudiese haber ido a trabajar cada día, volver a casa, cenar con su hija durante una hora y después retirarse a su biblioteca o a la cama y no tener

nada más que ver con ella. Así, según los amigos de Helen de la escuela suiza, es cómo habían sido criados.

Pero Sir Bertrand había sido diferente. Oh, sí, había habido una institutriz, una señora encantadora llamada Señorita Garvey, que se encontraba orgullosamente de pie junto a la puerta principal. Y había habido cocineros, sirvientas y todo eso. Pero Papá había reducido su trabajo en Londres, asegurándose de que pasaba tres días a la semana en Suffolk con su hija, involucrándose activamente en su desarrollo. Cuando el trabajo diario de la Señorita Garvey terminaba, el suyo comenzaba, permitiéndole leer su biblioteca de libros, que devoraba con avidez. La llevó a viajes por todo el país y ocasionalmente a viajes al extranjero, incluso si se iba por negocios.

Acordaron que debía pasar seis trimestres en Suiza, y aunque había sido duro, ambos sabían que era una buena idea. Y le dio a Helen la oportunidad de esquiar, lo que siempre era beneficioso.

Juntos habían planeado una serie de posibles futuros para Helen, con Sir Bertrand dando consejos, pero nunca una opinión categórica. Y juntos decidieron que Helen debía ir a la universidad, estudiar los clásicos y quizás buscar un trabajo como profesora. El dinero nunca sería un problema para Helen, así que podía darse el lujo de tener un trabajo haciendo lo que quería y no porque lo necesitase. Por supuesto, estaba la opción de holgazanear por la gran casa sin hacer nada, pero tanto Helen como su padre sabían que eso la volvería loca rápidamente.

Su ensoñación se rompió por un breve aplauso, su padre había llegado al pie de la escalera y subía radiante hacia ella. Descendió y le cogió la mano que le tendía y se inclinó mientras él le susurraba.

—Lo siento, cariño, no tenía ni idea de que vendrían todas estas personas. Ha sido por mi culpa, dejé a la señorita Joyce de la oficina enviar las invitaciones. Creo que pensó que debería ser un evento de "sociedad" en vez de uno social.

Helen le dio a su padre un beso en la mejilla.

—De todos modos será divertido, y recuérdame que le envíe flores a la señorita Joyce en agradecimiento.

—Bueno, en realidad sólo estaba haciendo su trabajo —dijo Sir Bertrand, pero Helen le hizo callar.

—Sigue haciéndolo y lo hace bien, quizá demasiado bien. Debemos agradecersele siempre a aquellos que nos ayudan en la vida. No recuerdo quién me enseñó eso, Padre.

Sonrió, sabiendo, por supuesto, que fue él mismo.

Helen señaló a la pintura colgada en la pared del vestíbulo, en medio de los retratos de hombres con barbas y de caballos con patas largas. Era una pieza abstracta, casi cubista en sus extremos, pero claramente una figura de cinco lados, con pentágonos concéntricos repitiéndose en todas partes.

—¡Lo colgaste! —suspiró Helen—. ¡Oh gracias!

—No puedo permitir que el arte de mi hija no ocupe un lugar de honor, especialmente en su cumpleaños, ¿verdad? Además —dijo con complicidad—, echa una ojeada a esas personas que la están mirando. Se rascarían la cabeza si pudieran dejasen ver confundidos en público. No entiendo tus pinturas, cariño, ¡pero me gusta el hecho de que trastornan a los estirados!

Helen se rió ligeramente.

—Tú, padre mío, ¡normalmente eres uno de esos estirados!

Le devolvió la sonrisa, y después se quedó en silencio, sólo por un segundo. Después le cogió la mano y la besó.

—Te pareces tanto a tu querida madre —dijo—. Ojalá pudiera verte ahora.

Helen acarició suavemente la cruz que llevaba alrededor del cuello.

—Está mirando, padre. Lo sé. Estará muy contenta al ver que me diste una infancia tan esplendida. Así que, en su nombre al igual que en el mío, gracias —le besó de nuevo, después soltó su mano y en voz alta abrazó a una joven cerca de los escalones—. Letitia —dijo—, qué divino que estés aquí.

La institutriz, la Señorita Garvey, observaba con orgullo como la joven a su cargo se abría paso entre la multitud. De alguna manera se sabía todos sus nombres, relaciones y aficiones. Socializar le resultaba muy fácil y, a pesar de que claramente no había querido una celebración de cumpleaños tan extravagante, se adaptó a la perfección.

—¿No está encantadora? —dijo una voz en su oído. Era Barker, el chófer.

La Señorita Garvey estuvo de acuerdo y preguntó a Barker si le traía algo de beber.

—Aún tengo que conducir, Señorita Garvey —dijo—. Pero gracias de todos modos —hizo una pausa—. Es difícil de creer que hayan pasado nueve años desde el accidente.

—¿Tú estabas allí, ¿verdad?

Barker asintió.

—Fueron unas semanas sombrías. Nunca estuvimos seguros de que Sir Bertrand lo superase. Además de a la Señora Lamprey, lo perdió todo en el Hall. Arte, libros, todo. Nada se salvó. Reconstruyó su vida y la de la Señorita Helen desde cero.

—¿Y tú?

—Tuve suerte. Vivía en el pueblo. Thompkin y el resto del personal lo perdieron todo también. Thompkin es un buen hombre, se quedó con Sir Bertrand mientras que los demás cogieron su parte del seguro y dejaron el servicio. Al fin y al cabo, no se lo podía permitir.

—Realmente no se les puede culpar, supongo —dijo pensativa la Señorita Garvey—. Es doloroso.

—Oh efectivamente —coincidió Barker—. Sir Bertrand fue tremendamente bueno, no se lo recriminó. Efectivamente, recuerdo a la pobre María, que nunca fue la favorita de Sir Bertrand, muy angustiada por tener que dejar el servicio y suplicando quedarse. Pero no podía mantenerla y sin embargo, aún le dio una bonificación en agradecimiento por cuidar a Helen durante unos cuantos días.

La Señorita Garvey suspiró.

—Qué maravillosa publicidad del espíritu británico son los Lamprey.

Thompkin apareció detrás de ellos.

—Una llamada telefónica de Ipswich, Barker —dijo en voz baja.

—¿Más invitados?

—Efectivamente —Thompkin asintió cortesmente a la Señorita Garvey y regresó al comedor donde la comida se estaba repartiendo.

—Me voy —dijo Barker con un suspiro—. La veo dentro de un rato —se descubrió ligeramente la cabeza ante la Señorita Garvey y se marchó.

—Todo un caballero —se dijo la Señorita Garvey. O eso pensaba hasta que se dio cuenta de que Helen estaba a su lado.

—Entonces haga algo al respecto, mujer —la reprendió Helen amablemente—. Él también está claramente colado por usted.

—¡Señorita! —La Señorita Garvey enrojeció de vergüenza—. No tenía ni idea... Es decir...

—Oh, vamos, señorita Garvey —rió Helen alegremente—. No hay un alma en el pueblo que no lo vea, salvo vosotros dos.

—No se puede confraternizar con los otros criados...

—¿Criados? ¡Estamos en 1958, señorita Garvey, no en 1908! Sois nuestro personal. Y nuestros amigos. No criados. Bien, espere un momento.

Helen hizo un gesto a su padre y, después de excusarse con quien fuera que estuviese hablando, se unió a su hija y a su antigua institutriz. La Señorita Garvey sentía que quería que el mundo se abriese y se la tragase entera.

—Por favor, Señorita ... —empezó, pero Helen levantó la mano para detenerla.

—¿Padre?

—¿Sí mi amor?

—Padre, ¿se te ocurre algún motivo por el cual la aquí encantadora señorita Garvey no deba "confraternizar" con el encantador señor Barker?

Sir Bertrand se rió.

—¡Es una fuente constante de asombro para mí, querida, que la señorita Garvey no sea todavía la señora Barker!

La señorita Garvey no sabía qué decir.

—Oh señor —murmuró finalmente—. No lo sé...

—Le voy a decir una cosa, señorita Garvey —dijo Helen con firmeza—, si usted y Barker no lo resuelven, conseguiré que aquí Sir Bertrand establezca una regla en la casa por la cual los choferes y las ex institutrices tienen que casarse antes de mi próximo cumpleaños. De hecho, ¡creo que la ceremonia debería ser entonces!

—¿Qué cumpleaños, querida? ¿En tu decimoséptima próxima Navidad o en tu decimosexto-y-mitad en julio?

—Oh, en mi decimosexto-y-mitad, Padre, por supuesto. Algo real que celebrar.

La Señorita Garvey no podía hablar. Se había imaginado a sí misma casándose con el Señor Barker durante un par de años, pero nunca se había atrevido a hablar con él al respecto.

—Padre —estaba diciendo Helen—. ¿Vas a ir a Londres esta semana?

—El jueves, justo antes de la víspera de Año Nuevo. ¿Por qué?

—Entonces reservaré billetes de tren para nosotros.

—Pero iba a ir en coche...

Helen sacudió la cabeza.

—No, ibas a pedir a Barker que te llevase en coche. Eso es diferente. Pero como acaba de recibir unas vacaciones de tu parte, en tu ausencia, él y la señorita Garvey pueden desaparecer durante unos días y disfrutar el Año Nuevo juntos y hablar, ¿no?

—¿Qué? Oh. Oh sí. Si por supuesto —Sir Bertrand cogió del codo a la señorita Garvey—. Y eso, por cierto, es una orden de toda la familia Lamprey, señorita Garvey. ¿De acuerdo?

La señorita Garvey simplemente se mecía y murmuraba tonterías incoherentes que la avergonzaban aún más y se dirigió al comedor.

Mientras se alejaba, oyó a la señorita Helen riendo suavemente.

—No se me ocurren dos personas por las que estaría más contenta de ver comenzar una nueva vida juntos, padre.

Y lo único que la Señorita Garvey se preguntaba era qué había hecho para merecer estar al servicio de dos personas tan encantadoras como eran Helen y Sir Bertrand.

Estaba nevando. No era una tormenta de nieve particularmente fuerte, más bien una suave llovizna, pero era eso, gotitas desagradables húmedas que se filtraban lentamente en la ropa y te hacían sentir como si hubieras estado sumergido en un baño bastante frío.

Sin embargo, el Doctor actuaba como si fuese la Antártida, Laponia y Alaska, todo en uno con una máquina de viento encendida al máximo. Resoplando, jadeando y en general reprendiendo al clima por no ser como él quería, en lugar de ser un invierno francamente típico de East Anglia a finales de 1950.

Mel, por el contrario, estaba disfrutando bastante con la perspectiva de hacer una bola de nieve y dejarla caer en la parte de atrás de su chaqueta multicolor.

—Si hubiéramos venido en la TARDIS, te habría proporcionado algún bonito equipo para climas fríos.

Mel se encogió de hombros. Rummas la había equipado con un gran abrigo peludo que le cubría su atuendo más corto que uno de los años 50 y estaba tan cómoda como un insecto en una alfombra.

Se lo dijo así al Doctor.

—Oh eso está bien para vosotros, los humanos —respondió—. Estáis acostumbrados al frío y la humedad. Gallifrey, te hago saber, es como el Serengueti durante todo el año.

—Sí, estoy segura. Grandes rebaños de ñus recorriendo majestuosos...

El Doctor tosió fuerte para interrumpirla.

—Deja las citas, Mel, por favor —dijo mordazmente—. Estamos en 1958 no en el "78".

—Me sorprende que pillases la referencia.

—Te hago saber que John y Connie son unos buenos amigos y pasamos mucho tiempo juntos. Deduzco que basaron uno o dos personajes en aspectos míos, aunque nunca he estado totalmente seguro de cuáles.

Mel resopló.

—Apuesto a que lo adivino —murmuró—. Entonces, cambiando de tema, ¿por qué la estación de tren de Ipswich?

El Doctor sacó una tarjeta, la que Mel había visto que Rummas le daba, de su bolsillo y se la entregó.

Es un gran placer para

Sir Bertrand Lamprey

invitar a — — — — —

a celebrar el decimosexto cumpleaños

de la Honorable Helen Lamprey

el día de San Esteban de 1958

en la Mansión Wikes, Wendlestead, Suffolk

*Por favor lleguen entre las 2pm y las 4pm a
la estación de ferrocarril de Ipswich
y avisen a la Mansión en el 2847 tras lo cual
serán recogidos por un automóvil.*

RSVP

~

Mel se encogió de hombros.

—Genial. ¿Quién es?

—No tengo ni la más mínima idea —dijo el Doctor mientras comenzaba a comprobar los horarios de tren a Londres—. Pero si nadie viene a recogernos pronto, cogeré el tren de vuelta a la calle Liverpool e iremos de compras.

—Es el día de San Esteban. En la década de 1950, las tiendas no estarán abiertas.

El Doctor sonrió con más aire de suficiencia pensó Mel.

—Para algunos de nosotros, ciertas tiendas están siempre abiertas.

Mel puso los ojos en blanco y se preguntó que estúpida tienda le había dado al Doctor una tarjeta de acceso de 365 días al año. ¿Harrod's? ¿Liberty? ¿Hamleys? De alguna manera se temía que si su transporte no venía pronto, diría que el dueño de la tienda iba a arrepentirse considerablemente. Podía ver en su mente al Doctor aporreando las puertas de Harrod's, entrando, pasear durante ocho horas y finalmente comprar una pequeña tableta de chocolate. "Simplemente porque uno puede", diría sin duda, dejando a Mel para que se disculpase profusamente con los miembros del personal que habían sido arrastrados dentro sin una buena razón.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de un coche aproximándose.

—Maravilloso —dijo el Doctor con los ojos encendidos como los de un niño—. Un Daimler. Nada de esas porquerías de Rolls tuyas aquí Mel, este es el coche de la verdadera clase acomodada. Apuesto a que Sir Bertrand también tiene un Morgan o un Bentley para uso ocasional los domingos. Tal vez podría dar una vuelta...

El coche se acercó y el Doctor le mostró al chófer la invitación, con EL DOCTOR y MELANIE BUSH milagrosamente escritos donde instantes antes había habido sólo un espacio en blanco.

El conductor se tocó el gorro, abrió las puertas traseras y entraron.

Mientras el Doctor se acomodaba, ruidosamente, en el asiento, Mel daba al hombre las gracias.

—Es un bonito día para una fiesta —dijo.

—Efectivamente, Señora —respondió el conductor.

—¿Está lejos la Mansión?

—No, Señora.

—Ummmm. Oh, sí. ¿Deberíamos haber comprado un regalo? La invitación no lo decía.

—Sí, Señora.

—Oh. Oh, cielos. Oh, no tenemos uno, ¿verdad, Doctor?

El Doctor sonrió radiantemente.

—Sólo esto, Melanie, solo esto —en sus manos tenía una pequeña caja lacada china, pintada a mano y grabada con hojas de jade. La abrió y dentro había un par de pendientes de jade, tallados en forma de diminutos pandas.

—Fallo mío —dijo Mel con tono siniestro.

—Sí, Señora —convino el conductor.

El Doctor se inclinó hacia delante y cerró de un tirón el cristal de la ventana que separaba a los viajeros temporales del conductor, así ninguno podía oír al otro.

—Bueno, eso fue embarazoso. Gracias, Doctor.

—No pienses en ello, Mel —se rió—. Solo tenías que preguntar.

—Así que, Wendlestead. Cerca de Ipswich. ¿Algo más que deba saber?

El Doctor se aclaró la garganta, señalando a Mel que, relevante o no, ahora iba a saber algo sobre Wendlestead.

—Me sorprende que no signifique nada para ti, con tu mente inquisitiva y tu memoria fotográfica.

Mel ya no estaba de humor para juegos.

—Solo cuéntamelo.

—En unos veinte años, la zona será diferente. Será invadida sobre todo por una base aérea norteamericana.

—¿Greenham Common?

—Exactamente. Pero, a diferencia de ese, los problemas de Wendlestead no serán damas sensatas intentando impedir que vuestros gobiernos planeen la destrucción de vuestro planeta, sino un posible avistamiento extraterrestre. Hombrecillos grises planeando destruir vuestro planeta. Un Roswell inglés, lo llamarán.

—¿Y eso es importante en 1958 porque...?

—¿Honestamente? No tengo ni idea. Esperaremos a ver, ¿de acuerdo? —cerró los ojos, y después los abrió de nuevo—. Oh sí, y en el siglo doce hubo relatos de que los habitantes originarios de la Mansión Wikes, o el Hall como era llamada entonces, acogieron a dos niños intercambiados que encontraron en el bosque a algunos kilómetros de distancia. Niños verdes.

—¿Niños verdes?

—Sí, se forjaron muchas leyendas en torno a eso.

—¿Alienígenas?

—Posiblemente. Por supuesto, otras fuentes dicen que fueron un par de tutelados de los que el dueño local necesitaba librarse para obtener su dinero. Así que los envenenó con arsénico y los arrojó en una arboleda cerca de Bury St Edmunds.

—¿Y por qué piensa la gente que eran verdes?

—El Arsénico tiene ese efecto en la piel, particularmente en niños desnutridos Ya ves, todo mito tiene su base real.

—Pero nadie puede estar cien por cien seguro, ¿verdad?

El Doctor sonrió.

—Por supuesto que no. La base de la USAF en Wendlestead finalmente "demostró" que sus ovnis eran falsificaciones, creados por una pareja de jóvenes que no eran de la zona. Por supuesto, eso fue después de que inicialmente culpasen a un faro local. El problema fue que, cuando se reveló que realmente la luz del faro no podía verse debido a los excesivos bosques cercanos y a la niebla que hubo esa noche, tuvieron que buscar una excusa alternativa. Y cuantas más alternativas encuentres, más escéptica se vuelve la gente. Ya ves, el ser humano tiene una maravillosa manera de coger un misterio y

después empeorarlo mediante la creación de un centenar de explicaciones alternativas, en lugar de aceptar la más obvia.

Mel suspiró.

—¿En este caso cuál es?

—La de la mayoría de los casos, Mel —dijo el Doctor, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el respaldo del asiento—. Que hay cosas que no se pueden explicar.

Mel estaba boquiabierta.

—¿Y cómo conoces todas estas historias locales?

—Oh, como alguien me dijo una vez, leo mucho —fue la única respuesta que recibió y fue la última cosa que dijo el Doctor hasta que llegaron a la Mansión Wikes.

Helen Lamprey estaba sentada en una pequeña silla cerca de la puerta de la sala de estar, bebiendo un vaso de vino blanco y escuchando las conversaciones que circulaban a su alrededor.

A su derecha una pareja a la que no conocía estaba discutiendo sobre el césped con punta de nieve. En el centro de la sala, una manada de jóvenes muy sosos estaba reunida en torno a un hombre ligeramente más mayor que sabía que era el bibliotecario de Clásicos de Bury St Edmunds. Estaba entreteniéndoles y haciendo chistes de juegos de palabras con nombres griegos y romanos. Los horribles graznidos de su obsequiante risa estaban comenzando a molestarla. Por las ventanas francesas, podía ver a su amado padre hablando con uno de los estirados que habían inspeccionado antes su pintura. Y fuera en el vestíbulo, oyó a Thompkin anunciando a los últimos invitados en llegar. Eso al menos significaba que Barker estaba de vuelta, lo que haría sonreír a la Señorita Garvey.

—Señoras y señores, el Doctor y la Señorita Bush —llegó la voz de Thompkin. Helen se preguntó, indolentemente, quiénes podrían ser y salió fuera para echar un vistazo.

La chica parecía bastante agradable, ¡pero el hombre! Santo cielo, ¿qué demonios llevaba puesto?

—Uno de tus amigos artistas, supongo —dijo una voz en su oído. Era la Señorita Garvey.

—Nunca le había visto antes —respondió Helen—. Pero tiene una bonita sonrisa, aunque su sentido de la moda raya el desastre. Oh, mira, ha visto la pintura —Helen se levantó y se acercó a ellos, con la esperanza de escuchar sus reflexiones.

—¿Todavía piensas que estoy paranoica, Doctor? —estaba preguntando la chica. ¿Paranoia? Quizá era de verdad su médico y era... ¿Cómo se llamaba? Oh sí, “Bush”... tal vez la Señorita Bush era la invitada. Aún así, Helen estaba positivamente segura de que nunca les había visto antes.

El Doctor estaba señalando la pintura.

—Influenciado por Braque —estaba diciendo—, pero hay también una buena cantidad de Cezanne ahí, lo que es bonito. Pero la impresión real que estoy recibiendo es que el artista realmente estudió a Juan Gris, ya que la pintura tiene un sentimiento calculado de ello, muy, muy sintético y sin embargo por su esencia... ¡Oh, hola!

Helen se sobresaltó cuando se dio cuenta de que el Doctor se estaba dirigiendo a ella. —¿Y usted que cree? —preguntó.

Helen se encogió de hombros.

—Es un poco abstracta ¿no cree? ¿Se puede realmente llamar cubismo?

—Exactamente lo que pensaba —murmuró la chica del pelo color rojo fuego Bush, pero el Doctor la hizo callar.

—Oh Mel —le regañó—. Si no es renacentista te aburres. Como un filisteo. En realidad no, eso sería un insulto a los filisteos.

—Por supuesto que sí, Doctor —suspiró la chica.

Mel.

Así que ese era su nombre de pila. Qué ordinario.

—Bueno, conocí a un montón de filisteos y eran encantadores. Siempre son gente del mar, por supuesto. Muy artísticos ellos. La tinta de calamar era su pintura preferida. ¿Alguna vez ha usado tinta de calamar, Lady Lamprey?

—No, no diré que... oh. Oh, ¿sabías quién era yo? —Helen estaba decepcionada, esperaba conseguir una reacción genuina de esta crítica.

Le sonrió, y ella se sintió cálida y cómoda a su alrededor.

—Nadie más que la propia artista usaría la palabra "cubismo" para describir esa obra maestra.

Mel suspiró.

—No era mi intención parecer grosera, Lady Helen —dijo.

Helen se echó a reír y negó con ambas manos.

—Es un placer conoceros. ¿Quién os invito?

—Un viejo amigo de la familia sugirió que nos dejáramos caer. Me fascina el arte como el suyo —respondió el Doctor—. Él nos agenció una invitación.

¿"Agenció"? Mel se entrometió.

—Quiere decir, que nos lo organizó. Perdón, nos sentimos un poco como intru... oh, no importa.

—Intrusos —terminó Helen por ella—. Realmente conozco esa palabra —a Helen no le estaba gustando esta Mel. Parecía que era demasiado rápida en juzgar y tener una superioridad sobre ella que no parecía del todo justificada. La mantendría vigilada.

Mel ya estaba aburrida. Lo que estaba haciendo el Doctor, jugando al fan del arte. Esta mujer, Helen, parecía haber decidido que era una especie de experto, y Mel esperaba que el Doctor mostrase un inusual buen sentido y no fuese demasiado lejos antes de que acabase hablando en una esquina de la que no podría librarse. Entonces recordó que era el Doctor. Las esquinas incómodas eran su especialidad.

Mel se distrajo con un hombre que caminaba entre la multitud, claramente buscando a alguien. Entonces Helen le hizo un gesto con la mano.

—Oh, Padre, ven a conocer al Doctor —acercó a su padre—. Oh y su... su compañera, la Señorita Bush. El Doctor es un crítico de arte.

Sir Bertrand asintió.

—Han venido a examinar los garabatos de Helen, ¿verdad? No termino de entenderlo —dijo—, pero no puedo negar que tiene una cierta belleza y encanto.

El Doctor se echó a reír.

—¿Estamos hablando sobre el pentágono en el marco o sobre la bella joven a nuestro lado?

Mel no sabía si sonreír o vomitar.

Sonrió a Helen, qué le lanzó una mirada altanera, por lo que Mel decidió que no le gustaba esa mujer nada en absoluto.

Entonces, ¿por qué Rummas los había enviado aquí? ¿Qué sentido tenía? Helen Lamprey era solo un engreído miembro de la baja aristocracia de la década de 1950, que se consideraba un Picasso. Ooh. Una gran amenaza para el universo.

Después volvió a mirar la pintura y recordó su comentario "paranoico" de antes. Sí, era el familiar pentágono de cinco lados. Igual que el de la Biblioteca. Igual que el del edificio real en Washington, probablemente de unos quince años de edad en este período de tiempo. Al pertenecer a la nobleza Lady Helen Lamprey probablemente nunca habría oído hablar de él, después de todo, no implicaba cacerías, paseos a caballo o fiestas de medianoche en la residencia!

—Me basé en la forma del propio Pentágono, en Washington, Doctor —estaba diciendo Helen—. Representa mucho poder en nuestro mundo hoy en día, sobre todo con esa Guerra Fría. Pensé que la yuxtaposición de una imagen de poder con la imprecisión de la idea de la libertad cubista y las abstracciones harían un buen contraste.

Ahora Mel realmente la odiaba. Estaba pensando en pegarle un puñetazo.

Pero no tanto como tuvo que aguantarse para no pegarle un puñetazo al Doctor por lo que dijo a continuación.

—¿Sabe Helen?... ¿puedo llamarle Helen en vez de Lady Lamprey? Oh gracias. De todos modos, antes le estaba diciendo a Mel que es fascinante cómo la forma de pentágono se presenta en tantos puestos de poder. El símbolo en sí mismo es importante para los francmasones y con sus cinco pentágonos concéntricos, cada uno atravesado por pasillos de diez radios, lo que significa que ninguna parte del Pentágono se lleva más de siete minutos. Siendo el siete, por supuesto, un número significativo para muchos grandes cábalas, sectas y creencias.

Helen le sonrió al Doctor.

—Gracias, no sabía nada de eso —Se volvió hacia Mel, la misma sonrisa grabada en sus labios. Mel se la devolvió, pero esperaba que sus ojos estuvieran diciendo "Muere, Zorra, Muere".

—Tiene suerte, Señorita Bush. Por tener un maestro como el Doctor con el que viajar. Estoy segura de que debe estar aprendiendo mucho de él.

Mel no dijo nada durante un segundo hasta que el Doctor le apuntó.

—Oh sí, lo haces, ¿verdad Mel?

Mel asintió lentamente y comenzó a imaginar el dolor que le iba a infligir al Doctor una vez que estuvieran de vuelta en la Biblioteca en Carsus.

Eso la hizo sonreír apropiadamente. Y entonces se excusó y se dirigió a la sala de estar para ver si podía encontrar un vaso o tres de limonada. Lo primero que vio cuando entró en el comedor fue a las mujeres jóvenes. Estrictamente hablando, eso no era cierto. Mel se dio cuenta de lo que llevaban puesto. Tiaras, muchas, demasiadas tiaras. Y pieles de zorro. Y pieles de visón. Y diamantes que eran probablemente muy reales, muy caros y eran sin duda muy grandes, gritando "te aviso, mi papá es más rico que el tuyo".

Mel tuvo que recordarse que esto era el 1950 de la posguerra, donde aún existía racionamiento (se preguntó cuántas cartillas de racionamiento de Sir Bertrand había en esta juerga) y la conciencia social en las jóvenes seguía estando aún a diez años de distancia.

—Que llegue Woodstock —murmuró y cogió una copa de algo que parecía un zumo de frutas a un camarero que pasaba, con una sonrisa y un auténtico "gracias". Probablemente el primero que había oído en toda la noche.

Dios, odiaba todo esto.

Le recordaba mucho a las "fiestas" de su madre para las mujeres de la zona de Pease Pottage, donde pasó la mayor parte de su adolescencia. Cuando la familia se trasladó por primera vez allí, su madre había pasado una cantidad desorbitada de tiempo intentando encajar con las damas de la zona por medio de varios grupos, institutos y clubs sociales. Y Mel había llegado a menudo a casa del colegio para encontrar a su madre limpiando desquiciadamente como preparación a otra acometida de asociaciones de mujeres del pueblo, amistades, ligas, etc, etc, etc.

Por lo tanto había estado arriba, haciendo deberes, bajado un momento a por un té, saludado a papá si había estado lo suficientemente loco como para atreverse a ir a casa desde el trabajo en vez de esconderse en el pub, y vuelto arriba a ver la tele o leer libros mientras la espantosa Señora Carruthers llevaba un ejército de monstruos amantes del Tupperware, ataviadas de Burberry y agitadores de peticiones que se presentaron esa noche en particular.

En ese momento, se dio cuenta de que sus padres tenían cerca de treinta años. Mamá habiendo dejado ya la Universidad de Durham y casándose. Habría terminado su

título de Inglés sin hacer uso de él en absoluto. Viniendo de una época en que las chicas seguían siendo poco frecuentes en las grandes universidades, su cambio de rebelde socialité queriendo la igualdad de posguerra, a ama de casa hogareña fue aterrador y Mel esperaba desesperadamente que fuese un camino que ella nunca seguiría.

Papá, por su parte, estaría haciendo su postgrado en contabilidad, vendiendo sus discos de Elvis y sus discos de los inicios del Rock 'n' Roll para salir adelante. Ninguno de ellos preveía que dentro de cinco años tendrían una hija.

Era gracioso pensar en ellos ahora. Y reflexionar por primera vez en mucho tiempo que la habían tenido muy tarde. Lo que era inusual en los despreocupados años sesenta.

De repente, Mel se percató de que había un hombre de pie junto a ella y que sentía que debería conocerlo. Había algo familiar...

—Deberías haberles preguntado sobre tu hermana —dijo.

Mel le ignoró. Probablemente estaba borracho y, como una no bebedora, Mel raramente estaba cómoda alrededor de borrachos. Borrachos felices. Borrachos hoscos. Borrachos tontos. Todos ellos la molestaban, pero no era socialmente aceptado mandarles a la mierda, así que por lo general optaba por ignorarlos.

—Aprenderías mucho si simplemente preguntases —dijo de nuevo.

—Sí, gracias —replicó Mel y después se dio cuenta de que estaba hablando con una jamba de la puerta.

—¿Estás bien, Melanie? —era el Doctor, inclinado ahora en la puerta, presumiblemente habiéndose liberado de Helen Lamprey y su padre. Sin embargo, estaba girado mirándolos, en lugar de a Mel.

—Sólo un borracho desconocido, diciendo algo sobre mi hermana.

El Doctor estaba levantando una copa, brindando con alguien de la puerta de enfrente como si le conociese desde hace años.

—¿Qué estaba diciendo sobre ella?

Mel no respondió. Esa era otra cosa rara en un día de cosas raras.

—No tengo una hermana. Ya lo sabes.

En ese momento el Doctor suspiró.

—Estoy seguro de que Anabel estaría muy contenta de oírte decir eso

—¿Quién demonios es Anabel? —Mel estaba realmente muy confusa ahora.

—Tu hermana —dijo el Doctor con un suspiro Después se volvió a mirarla, listo sin duda para aclarar su extraño comportamiento. Y cuando sus ojos se encontraron, parecía como si hubiera recibido una bofetada en la cara por un gran abadejo húmedo.

—Lo siento —dijo lentamente—. Creía que eras Melanie... —después se detuvo—. Sólo que lo eres, ¿verdad?

—Bueno, ahora me lo estoy empezando a preguntar —respondió Mel, esperando que algo de humor calmaba la situación, pero la cara del Doctor estaba más grave que nunca.

—Oh Melanie —permaneció de pie, erguido. Todo el sentido del humor o la relajación había desaparecido. En cambio sólo se la quedó mirando, como si tratase de hacer cuadrar algo en su mente. Finalmente dijo— ¿Dónde estaba la última vez que hablamos?

—Al pie de la escalera, al otro lado de la pintura. Ahí abajo —Mel señaló a la derecha.

—¿Aún sigo ahí? —preguntó el Doctor sin mirar a donde señalaba.

—Bueno, obviamente no, Doctor, o... —Mel se detuvo. Ahora podía verle, charlando amigablemente con Helen Lamprey. No se había movido ni un centímetro y estaba riéndose a carcajadas de algo, muy probablemente de uno de sus propios chistes.

El Doctor mirándola la estaba ahora inquietando.

—Ha pasado antes —dijo—. En la TARDIS.

El nuevo Doctor asintió.

—Salí detrás de ti, te toque en el hombro y después de un segundo o dos, te desvaneciste —dijo—. Lo que es una suerte, ya que demasiados Doctores arruinan la sopa.

—¿Pero cómo ha ocurrido esto?

El Doctor se encogió de hombros, después se animó.

—¿Por casualidad os habéis encontrado con un Profesor Rummas en Carsus?

Mel asintió.

—¿Vosotros también?

—Oh sí —comenzó el Doctor—. Sí, y tiene sentido. Ya ves, nos dijo que esa vez...

Y Mel estaba mirando a un espacio vacío, el Doctor simplemente se había desvanecido, igual que había hecho en la TARDIS hacía poco tiempo.

Rummas no les había preparado para esto, así que Mel volvió junto a su Doctor y finalmente llamó su atención.

—Perdonen —dijo a la multitud reunida, y Mel prácticamente lo alejó a rastras.

—¡Me iba muy bien ahí —dijo malhumorado—. Contádoles nuestras aventuras con los Zarbi y el Procurador de Darruth.

—Sí, ¿y te creyeron?

—Por supuesto que sí.

Mel suspiró.

—A veces puedes ser exasperante.

—¿Sólo a veces? Estoy empeorando.

—No eres lo único.

El Doctor frunció el ceño ante eso.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de hablar contigo.

—Lo sé. Muy abruptamente, y me alejaste a rastras de mi adorado público.

—No, tú no, el otro tú. Por la entrada al comedor. Estaba muy sorprendido de verme. Y a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Te vio. Después desapareció en mitad de una frase, lo que fue probablemente la única cosa buena en realidad.

El Doctor tocó la nariz de Mel.

—Es bueno saber que me quieres de verdad.

Mel suspiró. Había días...

De todos modos —dijo con firmeza—, esta es la segunda vez que ha ocurrido. Mencionó que Rummas le había enviado.

—Múltiples Rummas además de múltiples Doctores.

—Y Mels.

—Oh efectivamente, y Mels. ¿Dónde estaríamos nosotros los Doctores sin nuestras Mels? ¿La has visto, por cierto?

—¡No! Y francamente me alegro bastante. Dos tus ya es suficientemente malo, dos yos es friki.

—¿Friki?

—Sí, friki. Al igual que en raro, extraño y muy inquietante.

—Ah. Friki. Bien —el Doctor se encogió de hombros—. Si ahora se ha ido, no hay mucho que podamos hacer —entonces se puso rígido y respiró hondo—. Mel —ordenó, desaparecida toda frivolidad—. Mel, cógeme ambas manos. ¡Ahora!

Sin dudarlo, Mel lo hizo.

—¿Qué está pasando?

—No estoy seguro, pero los pelos de mi nuca acaban de ponerse de punta y mi pelo rizado más tenso. Algo va a pasar aquí. ¡Mira!

Mel intentó volver la cabeza para seguir su mirada, pero era difícil. Sentía como si estuviera empujando la cara contra una melaza invisible. Quería hablar pero se dio cuenta de que incluso su respiración se estaba moviendo a cámara lenta. Si no estuviera agarrando fuertemente al Doctor, sospechaba que, como todos los demás de la fiesta que habían visto lo que tanto había alarmado al Doctor, también ella se habría paralizado como una estatua.

Eso es, más congelada que un cubito de hielo.

Enfrentándose claramente al mismo efecto melaza, Helen Lamprey estaba tratando de empujar a sus inmóviles invitados, evidentemente aterrada por lo que estaba viendo: gente quieta, un vaso que habían tirado congelado a medio caer, gotas de líquido dorado rezumando pero ahora atrapadas en el aire.

Estaba intentando alcanzar a su padre, pero eso era aun más aterrador. Sir Bertrand Lamprey no estaba, igual que el Doctor, afectado por la congelación temporal y en cambio

se estaba moviendo a ritmo normal, intentando apartar a la gente de su camino para poder llegar hasta su hija a cámara lenta.

—¡Sir Bertrand! —gritó el Doctor y el otro hombre se detuvo.

Como si el sonido le acabase de alcanzar, Helen comenzó a moverse en la dirección de su voz.

—Sir Bertrand —dijo el Doctor de nuevo—. Puedo explicar el tiempo congelado, pero ¿puede explicarme por qué no le está afectando a usted y sólo ligeramente a Helen?

Mel agarró al Doctor con más fuerza, consciente de que era su energía de Señor del Tiempo que rodeaba su cuerpo cercano la que la estaba protegiendo. Entonces, ¿cuál era la excusa de la familia Lamprey para que aún se estuviesen moviendo, aunque fuese lentamente?

—No lo entiendo, amigo —le gritó a su vez Sir Bertrand—. ¿Qué está pasando?

Como respuesta, Helen apuntó, lentamente, hacia arriba. Era un esfuerzo para Mel seguir esa dirección, pero tanto el Doctor como Sir Bertrand fueron capaces de mirar directamente hacia arriba. Cuando sus ojos lo alcanzaron, Mel se dio cuenta que la mitad superior del edificio había desaparecido, casi como si nunca hubiera estado ahí. Ni ruinas, ni daños, simplemente desaparecido.

Tal vez fuese la condensación temporal, pero Mel no sentía ni el viento ni el frío. Y lo único que podía ver eran unas cuantas nubes acumulándose en el cielo nocturno, tapando las estrellas.

—Eso no es una nube —dijo de repente el Doctor.

Y efectivamente no lo era, era algo que se partía, y reveló una enorme criatura alienígena, como una gigantesca serpiente arrastrándose por el cielo. Tenía la cabeza en forma de ventosa hueca con zarcillos, aunque parecía estar buscando algo, a pesar de no tener ojos.

Una palabra le vino espontáneamente a la mente de Mel.

—Lamprey —murmuró.

—¿Sí? —dijo Sir Bertrand.

—¡Sí! —sonrió el Doctor— ¡Bien hecho Mel! Debe ser una verdadera Lamprey.

Sir Bertrand había llegado hasta el Doctor y Mel, la Helen que corría lenta estaba a sólo pocos pasos detrás.

—¿Qué es ese ruido? —gritó Sir Bertrand.

Y efectivamente, Mel podía oír ahora lo que parecía ser un latido de corazón, atterradoramente alto.

—Un latido —murmuró el Doctor. Y después se apartó de Mel y ella sintió...

... todo se movía con normalidad Los invitados de la fiesta a su alrededor estaban riendo de nuevo, bebiendo y comiendo. El techo había vuelto y la música estaba sonando.

Era como si nada hubiera ocurrido.

Entonces vio al Doctor, sentado en las escaleras con aspecto consternado. Sir Bertrand estaba junto a él.

"Helen", pensó. No le gustaba mucho, pero no podía verla.

—Ah Mel, siento que te soltase —dijo el Doctor cuando se sentó junto a él—. Pero tenía que intentar llegar hasta Helen.

—¿Dónde está?

—Ha desaparecido —Sir Bertrand estaba temblando ligeramente, claramente desconcertado, si no realmente muy angustiado—. Esa cosa que parecía una serpiente acaba... acaba de cogerla.

—Transmisión temporal de materia —el Doctor no logró aclararlo, aunque pensase que lo hacía—. La desvió segundo a segundo, usando el tiempo como procedimiento. Esa es la razón por la que le permitió mudarse, así pudo desviarla.

Mel miró a su alrededor. Nadie más en la fiesta parecía haber notado que el foco de la fiesta había desaparecido.

Así lo dijo.

El Doctor la miro como si la idea acabase de ocurrírsele.

—Sí, bien eso es raro —estuvo de acuerdo—. Sir Bertrand, mire a su alrededor.

—¿Por qué?

—Sólo hágalo amigo —le espetó el Doctor. Mel iba a prevenirle contra ser brusco, pero se contuvo. Entendía que si el Doctor permitía que Sir Bertrand Lamprey se recreara, no obtendría nada coherente de él.

Efectivamente, reaccionando a la orden dada, Sir Bertrand miró a su alrededor.

—Ese papel pintado... está mal.

El Doctor hizo una mueca.

—Tiene que ser más que eso. Esta gente está en la fiesta de un decimosexto cumpleaños y su anfitriona se ha desvanecido en frente de ellos, y sin embargo nadie ha movido ni un bien educado parpado.

—Oh dios mío — aspiró Sir Bertrand siniestramente.

Mientras tanto Mel estaba distraída por algo más que era raro y tiró del brazo del Doctor.

—La pintura. Aún está ahí. Helen ha desaparecido pero su pintura está colgada junto a ese grupo que la examina. ¿Por qué no sienten curiosidad?

—Posiblemente debido a esa dama de allí, Mel —dijo el Doctor—. Está actuando como si fuese la que lo pintó. El tiempo ha hecho un ajuste, instalando un nuevo artista. ¿Quién es, Sir Bertrand?

—Mi esposa.

—Ah. No la había visto antes.

—Hay una razón para eso, Doctor —dijo Sir Bertrand—. Murió hace casi diez años. En un incendio en nuestra vieja casa. Nunca había estado aquí antes.

—Bueno, si está muerta, eso no es demasiado sorprendente —el Doctor se levantó—. Tendré una charla con ella.

—Mi esposa... Elspeth... no puede ser.

Mel se sentó cerca del conmocionado Sir Bertrand, tan confuso como estaba, y miró al Doctor.

—¿Lady Lamprey? —estaba preguntando el Doctor—. ¿Puedo preguntar dónde...?

Se interrumpió cuando Lady Lamprey le cogió el brazo.

—Oh Doctor —dijo—. Justo a quien buscaba. Estaba contándole aquí a Lady Joyce sus comentarios cuando entró —miró a la otra dama—. Ha reconocido la influencia de Gris inmediatamente. Tan experto —dijo orgullosamente.

El Doctor abrió la boca para hablar pero después pareció relajarse.

—Estás absolutamente en lo cierto, Elspeth —dijo—. ¿Qué te inspiró?

Lady Lamprey se quedó mirándose los pies momentáneamente.

—Perdí a mi marido y a mi hija en un incendio hace algunos años, Doctor.

—Lo siento mucho.

—Así que use mi dolor, lo volví algo positivo. De ahí mi interés en el cubismo.

De repente Mel se dio cuenta de que el Doctor estaba completamente absorbido por este nuevo escenario y se puso de pie de un salto, pasó empujando a algunos invitados indignados y dio un tirón al brazo del Doctor.

Airadamente se dio media vuelta, pero tiró más fuerte, casi parándole.

Pero fue suficiente para sacarle de la presencia cercana de Lady Lamprey.

—Gracias Mel —dijo en voz baja—. Casi me absorbe la ruptura temporal que se había creado aquí —miró al otro lado de las escaleras—. Y Sir Bertrand se ha ido, adaptándose de ese modo a la nueva existencia de la que es parte Lady Lamprey.

—¿Por qué era capaz de moverse a través de esa perturbación temporal causada por la criatura?

—La Lamprey, como tú la llamaste, Mel.

—De acuerdo, la lamp... y su nombre es Lamprey. Oh, estoy confusa.

—No, no lo estés —la tranquilizó el Doctor—. Porque más allá del nombre, no puedo ver ninguna conexión. Y podría ser una coincidencia que la criatura se pareciese a una Lamprey.

—Necesito tomar algo de aire —dijo Mel en voz baja—. Sea lo que sea lo que Rummas quería que encontrásemos aquí, creo que hemos fallado. Perdimos a ambos, a Helen y su padre.

El Doctor asintió y se dirigieron a la puerta principal donde un hombre, el mismo que había anunciado su llegada, les abrió la puerta principal.

—Buenas noches, Señor, Señorita —dijo educadamente.

Mel sintió el aire frío del invierno en la cara y aspiró profundamente. Podría hacer frío, pero aquí fuera en el campo, le recordaba a casa. Alzó la vista a las estrellas, empañadas ahora por criaturas serpenteantes retorciéndose, y sonrió. Después un pensamiento la golpeó

—Doctor, ¿alguna vez te he dicho que tuviese una hermana?

El Doctor lo pensó por un instante, y después sacudió la cabeza.

—Que yo recuerde después de pasar tiempo con tus deliciosos padres, eras hija única.

—Yo también —dijo Mel—. Entonces, ¿por qué el otro tú parecía creer que tenía una hermana llamada Anabel?

El Doctor no tenía respuesta a eso y en su lugar sugirió buscar al chófer y conseguir que les volviese a llevar a Ipswich.

—No es necesario —dijo Mel en voz baja e indicó que mirase detrás de ellos.

La Mansión Wikes había desaparecido.

Y en su lugar había una cúpula de luz azul arremolinada que se debilitaba mientras la cúpula encogía hasta que allí no hubo nada en absoluto.

Y volvieron a la estación de tren de Ipswich. La TARDIS se encontraba a pocos minutos a pie, escondida en un callejón de la calle principal, donde la habían dejado antes, discretamente detrás del Mercado de Maiz.

Tardaron diez minutos en llegar hasta ella. Pronto Mel estaba limpiando a patadas la nieve de sus botas en la puerta cuando, sin decir una palabra, el Doctor abrió las puertas y la hizo entrar.

Segundos después, la noche fría de Suffolk fue perturbada brevemente cuando otro objeto sólido se desvaneció y ese mismo aire se apresuró a llenar el vacío que dejó atrás.

Capítulo Siete

Huyendo del latido

Era el día más alegre y radiante de la temporada. DiVotow Nek le sonreía alegremente a su pequeño hermanito. DiVotow ya tenía doce años y pensaba que ya era hora de que sus padres tuvieran otro hijo, especialmente después de... bueno de lo que había ocurrido.

En unos cuantos años, DiVotow terminaría sus estudios y se uniría a su padre y a sus tíos en la ciudad Utopiana. Se sentó en el parque y dejó que los dedos de sus pies se enroscaran en la hierba alta. Observó un pequeño bicho reptar por su pie izquierdo, haciendo lo que quiera que esos bichos necesitaran hacer en sus ocupadas vidas.

¿Y quién era DiVotow para interferir?

—No dejes que te muerda —gritó su madre mientras disponía la comida, pero DiVotow entendía a los bichos. Sabía que mientras no hiciera ningún movimiento brusco, el bicho solo trataría a su cálido pie carnoso de la misma manera que trataba a las rocas, al barro o al hormigón: como un obstáculo que debía circunnavegar, escalar o ignorar.

Le hacía un poco de cosquillas, pero eso no le importaba. Se dejó caer suavemente sobre su espalda y sintió la hierba contra su piel desnuda. Se retorció ligeramente para ponerse cómodo, pero no lo suficiente como para asustar al bicho.

—Te vas a quemar —advirtió su madre, y él extendió la mano perezosamente y buscó a tientas su camisa. Disfrutó de la textura cuando sus dedos la encontraron.

El bicho ya se había marchado, así que se dio la vuelta y se acercó la camisa de un tirón. Eso le dio una vista perfecta de la ciudad Utopiana.

Las torres relucientes de cristal y cromo señalaban hacia el cielo azul, conectadas unas con otras por una serie de lo que parecían ser diminutas agujas. De hecho, eran bastante largas y se trataba de grandes vías de cristal, plantas móviles que llevaban a la gente de oficina en oficina, de tienda en tienda y de casa en casa.

En algún lugar allá arriba, en la torre más alta, cuya aguja ni siquiera era visible, su padre estaba terminando sus tareas de la mañana, y después cogería un coche volador hasta el parque, listo para reunirse con su amada familia en su primer día juntos en, oh, semanas.

Sonrió cuando pensó en su padre. Era un hombre maravilloso, miembro del Ministerio de Ciencia. Como todo el mundo en el planeta, la familia de DiVotow se beneficiaba del trabajo de su padre, al igual que el padre de este había hecho antes que él. Como resultado de sus esfuerzos, el planeta no tenía crímenes, ni enfermedades, ni contaminación. DiVotow había oído hablar de otros planetas que vivían en las más terribles condiciones, y estaba dispuesto a ayudarles a mejorar. La ciudad Utopiana era respetada en todo el Sistema Solar por sus avances, y DiVotow esperaba poder unirse a su tío Kori después de su aprendizaje y partir a los otros mundos para ayudarlos a resolver sus terribles problemas y mostrarles cómo hacer sus hogares como el suyo, para que sus hijos pudieran disfrutar de almuerzos en el parque bajo hermosos cielos azules, con hermosas familias, y saber que sus bebés podrían nacer con huesos saludables, cerebros inteligentes y todas las fantásticas oportunidades que él había tenido cuando era pequeño.

DiVotow volvió a darse la vuelta y cerró los ojos. Comenzó a soñar despierto, pensando en el día en que su madre le había anunciado que cualquier día de esos DiVotow tendría un hermanito llamado Toli Nek. ¡La de dicha que había sentido por esa maravillosa noticia!

Apretó aún más los ojos. Podía sentir el cálido sol sobre ellos, ¿sería una buena idea ir a por su visera?

DiVotow intentó abrir los ojos, pero no pudo. Quería ir con su madre y con Toli para decirles que algo no iba bien con sus ojos, pero no podía moverse.

No podía abrir los ojos.

En lugar de eso, las imágenes de su familia feliz fueron perturbadas de repente.

El cielo estaba negro, muy, muy negro. La ciudad Utopiana estaba destrozada. Las pasarelas de unión se habían roto y caían, y la gente caía de ellas para morir en cuanto se estrellaban contra el suelo a cientos de metros por debajo.

DiVotow trató de chillar, trató de gritar.

En lugar de eso, vio a su madre y a su hermanito tratando de gritar dentro de su cabeza, luchando contra... algo, y DiVotow podía tocarlos. No sabía exactamente cuál era el problema. Quería llorar y defenderse.

Su sueño se estaba convirtiendo... convirtiendo... ¿cuál era esa vieja palabra? El tío Kori la había usado una vez... y se la explicó años atrás...

¡Pesadilla!

Era una pesadilla. Una pesadilla en la que toda su vida se había puesto patas arriba y se había convertido en todo lo que los otros planetas eran en realidad.

Ese era el mayor temor de DiVotow.

Los edificios rotos y las pasarelas estaban ahora por todas partes. Su madre, su padre y Toli habían muerto, aplastados por el hormigón.

DiVotow logró gritar al fin y, al hacerlo, abrió los ojos y vio el cielo tomando forma.

Una criatura enorme, verde, con forma de serpiente retorcida, sin rostro, cubierta de ventosas palpitantes, que respiraba largos bucles de carne correosa. El ruido que la acompañaba era como un gran latido, pero no palpitando al ritmo que DiVotow hubiera atribuido normalmente a un corazón, sino que era más como una risa. Una risa profunda y estridente.

Se reía de su tormento, de su tortura.

—Gente de Utopiana —gritó una voz divertida, empapada de maldad—. Bienvenidos al único futuro que tendréis ahora. ¡Bienvenidos al latido!

DiVotow jadeó, uniéndose a todos y cada uno de los habitantes de la ciudad Utopiana, que miraban con temor a ese nuevo invasor. Y, al igual que la suya, su existencia era ahora un capricho de la extraña criatura del gran latido.

—No puedo... moverme... —quería decir—. Tengo que escapar... escapar del latido de ese corazón... ese pulso...

Pero todo fue en vano. Y muy en el fondo, DiVotow sabía que si alguna vez escapaba de su pesadilla particular, la posibilidad de ver a su tío, a su padre, tal vez incluso a su madre, era mínima.

—Somos los Lamprey —bramó la voz de los cielos—. Somos vuestro nuevo amo. Sed conscientes de que somos el poder inmortal y el poder absoluto.

Y tras cada respiración, cada sonido explosivo, el latido continuaba, llenando los oídos de DiVotow, ahogando los sonidos de su propio corazón aterrado.

Y aún se preguntaba cuándo cesaría, si es que alguna lo hacía, al caer en la oscuridad de la inconsciencia.

* * *

El Guardia Pretoriano estaba desesperadamente aburrido. Nunca pasaba nada en Brighthelmston. No había pasado nada durante al menos doscientos años, así que parecía poco probable que algo ocurriera ese día. Entonces, ¿por qué se pasaba tanto tiempo vigilando la costa por si llegaban invasores? Parecía un poco tonto, sobre todo debido a que el Imperio controlaba toda Europa, la mayor parte de Macedonia y el Lejano Oriente. Solo el Nuevo Mundo ofrecía alguna oposición real, y su tecnología estaba tan por detrás que parecía bastante improbable que una amenaza llegara desde allí.

Miró hacia el horizonte, donde el cielo se encontraba con el mar en un deslumbrante despliegue de, bueno, nada, en realidad.

—Seamos realistas —le dijo a la nada en voz alta, pero prefería el sonido de su propia voz al silencio—. Tenemos dieciocho submarinos nucleares ahí fuera y nadie va a conseguir traspasar eso. Entonces ¿por qué estoy aquí?

—¿Porque es un muelle precioso? —preguntó una nueva voz detrás de su hombro.

La espada láser del Guardia estaba encendida y levantada antes de que terminara de darse la vuelta, pero el que había hablado ya se había apartado. El desconocido era un hombre grande en todos los aspectos, pero estaba ataviado con un traje negro suelto, reforzado en el cuello por una capa ondulante de color negro azabache que estaba sujeta por un broche de plata. El Guardia sospechó de inmediato, esa no era la vestimenta obligatoria del Imperio: el estilo, el color y la textura no eran los adecuados. ¿Sería un bárbaro del otro lado del mar, tal vez? ¿Del Nuevo Mundo? No, el acento no era el correcto. Sin duda era de Britania. También podría ser un espía. El hombre/espía/lo que fuera se pasó una mano perezosamente por su cabeza de densos rizos rubios.

—¿Me has vuelto a traer aquí, vieja amiga? ¿Por qué siempre a la Tierra?

El Guardia se dio cuenta de que el extraño no estaba hablando con una persona, sino a un ataúd blanco que estaba levantado junto a él. El desconocido siguió su mirada y pareció casi tan sorprendido como el Guardia.

—Esto no puede estar bien. Se supone que debes camuflarte, máquina estúpida —dijo, y le dio una patada al ataúd.

El Guardia lo miró atónito, consciente de que su espada ahora estaba apuntando hacia el suelo, pero demasiado sorprendido como para volver a levantarla. Con un suave chirrido, el ataúd brilló y cambió, y pasó a asemejarse a una de las muchas tiendas de guardia de lona que salpicaban la costa.

—Seis cuerpos me ha durado —dijo el desconocido—. Y ahora empieza a fallar. Aún así, está en mejor forma que yo, ¿eh? Al menos puede cambiar de forma fácilmente. —señaló la cicatriz que desfiguraba su rostro, que provocaba que uno de sus ojos permaneciera cerrado.

Pero el otro ojo parecía mirar con la intensidad de dos y el desconocido sonrió.

—Y dime, ¿estás de servicio?

El Guardia asintió en silencio y entonces recordó su voz.

—Alto, desconocido. Diga su nombre y lo que le trae por Brighthelmston.

—Soy el Doctor y vengo a visitar esta parte del Imperio. ¿Puedo preguntar qué año es?

—Día 1560037 del cuadragésimo octavo calendario juliano —respondió el Guardia sin pensar. El desconocido frunció el ceño.

—Conque así de tarde, ¿eh? —entonces empezó a murmurar en voz baja para sí mismo—. Entonces el Imperio está en su punto más fuerte, el César debe ser la emperatriz Margarita y han pasado cerca de ochenta años desde que aquel meteorito golpeó Tunguska. Cerca de Subartu. Maravilloso, faltan poco más de diez años hasta el comienzo del próximo milenio, así que no estoy demasiado lejos.

Volvió a mirar al guardia y le sonrió.

—¿Hay alguna posibilidad de que me lleves ante tu líder?

* * *

El Pretor Linus tomó otro trago de vino y colocó la copa de nuevo en la bandeja. Con un movimiento de cabeza, el catador retrocedió, y Linus se permitió un momento de alivio por que tanto él como el catador estuvieran vivos durante algunas horas más. Por supuesto, era poco probable que alguien que quisiera deponer a Linus fuera lo bastante torpe como para envenenarlo, ya que la sección de ciencia de la Guardia Pretoriana era buena e identificaría a cualquier asesino en cuestión de horas. Pero, francamente, eso no sería demasiado consuelo si Linus ya estaba muerto.

Pero no, estaba mucho más en peligro por sus subordinados. El asesinato directo era un método ampliamente aceptado para conseguir un ascenso y los hombres y mujeres de la Guardia eran mucho más propensos a seguir a un asesino que reconocía haber matado a su predecesor que a alguien que había usado una treta. Gracias a los

dioses que a nadie en el Imperio se le permitía utilizar el engaño y la astucia en lugar de la buena brutalidad a la vieja usanza y la descarada búsqueda de atención.

Linus odiaba su trabajo, y no solo porque tenía que vigilar su espalda todo el tiempo.

Sussex era una guarnición muy, muy aburrida de la que estar al mando. Era evidente que había ofendido a alguien en Camulodunum y de ahí el decreto que había llegado de la capital para que fuera asignado a esa región. No pasaba nunca nada, nadie invadía (¿cómo podrían? De todas formas, todo en las proximidades inmediatas era parte del Imperio) y los habitantes eran tristes comerciantes y artesanos siempre dispuestos a servir al Imperio.

Lo que Britania necesitaba, lo que el Imperio necesitaba, era una buena guerra a la vieja usanza. Una campaña contra el Nuevo Mundo o alguno de los países de Oceanía, algo que volviera a convertir en orgullosos a los hombres y mujeres del ejército, en lugar de dóciles. Aunque nunca lo diría en voz alta, Linus a menudo se preguntaba si había llegado el momento de tener un nuevo Emperador, alguien menos consumido por su propio poder y más interesado en su pueblo.

Una puerta se abrió con un silencioso suspiro electrónico y la Capitana Rovia entró. Era una mujer alta e imponente, de una larga dinastía de Guardia Pretoriana. Ella también era ferozmente leal a Linus y había dicho en más de una ocasión que cualquier asesino que quisiera el trabajo de Linus tendría que pasar primero por encima de ella. Eso por sí solo, creía Linus, era la razón principal por la que nadie había intentado matarlo aún. Pasar por encima de Rovia no era algo que nadie consideraría divertido.

—Dos cosas, Pretor —dijo con sequedad—. Los magii están marchando de Regnum a Brighthelmston. Otra vez.

Linus suspiró.

—Oh, estupendo, la brigada retrógrada. Sí, Magii, vamos a tirar por la borda toda nuestra tecnología y a vivir como nuestros antepasados. Apuesto a que a pesar de eso todavía visten con ropa sintética y leer sus libros de tonterías con sus gafas graduadas. Bueno, no podemos detenerlos. Tienen sus derechos...

—¿Derechos?

—Sí, Rovia, tienen derecho a manifestarse. Incluso en una nación empírica, todo el mundo tiene derecho a protestar. Reserva la zona de playa para sus tiendas de campaña y sus caballos, pero deja que los Guardias los vigilen con atención. La última vez que

aparecieron, tuvimos tres muertes en "circunstancias inusuales". No quiero que eso se repita.

—Sí, Pretor.

—¿Y el otro asunto?

Rovia hizo una pausa y se mordió el labio inferior, como si estuviera tratando de averiguar cuál era la mejor forma de decir algo. Linus optó por ayudarla con su problema.

—No puede ser tan malo, Rovia. ¿Qué es?

Rovia exhaló lentamente.

—Bueno, parece que uno de los guardias ha encontrado a un extraño cerca del muelle oeste.

—¡Oh, qué emocionante! No es habitual que lleguen extraños por la Costa Sur teniendo estas bonitas playas cálidas e industrias artesanales haciendo helados caseros.

—Eso no es precisamente a lo que me refería. El Guardia dice... el Guardia dice que este extraño apareció de la nada con un ataúd que cambió de forma y se convirtió en una tienda de campaña.

Linus no dijo nada y se limitó a mirar a Rovia. Ella le devolvió la mirada un total de treinta segundos, antes de añadir:

—Jura que no ha estado bebiendo.

Linus sonrió un poco.

—No, estoy seguro de que no. Bueno, yo sugiero que mandes que traigan aquí a ese extraño, porque si es quien tú y yo creemos que es...

—Él ya está aquí, Pretor. El Guardia tuvo el sentido común de traerlo y...

Rovia fue interrumpida cuando la puerta se abrió de nuevo y el extraño de la orilla del mar entró. Su rostro irradiaba una enorme sonrisa y tenía las manos levantadas, con las palmas hacia arriba, en el tradicional saludo de paz.

—Pretor Linus, ¿cómo estás? —dijo—. Y, no, no me lo digas, Rovia, ¿verdad?

Linus no pudo evitar sonreír.

—¡Doctor! Cuánto tiempo.

—Linus, no has cambiado ni un poco.

Linus inclinó la cabeza. en reconocimiento por el cumplido.

—Tonterías, Doctor, soy más viejo y tengo más canas. Tú, sin embargo, de verdad que no. Y mi oferta sigue en pie. Tenemos experimentados cirujanos láser que podrían reparar tu cicatriz en un instante. ¿Quieres un ojo nuevo también?

El Doctor bajó la mirada a sus pies.

—Es una insignia, Linus, una que siento que debo llevar en todo momento.

Linus asintió.

—Por supuesto, viejo amigo. Lo entiendo. La apreciabas mucho, ¿verdad?

El Doctor sonrió y Linus fue consciente de que Rovia tenía el ceño fruncido.

—Claro, nunca conociste a la amiga del Nuevo Mundo del Doctor, una salvaje encantadora a la que el Doctor trató de educar a nuestra manera, para que se alzara desde la oscuridad al mundo civilizado.

—Uno lo intentó —afirmó el Doctor—. Pero ahora me doy cuenta de que hay algunas personas a las que no puedes cambiar. Nació como una salvaje ignorante y así murió.

Rovia se encogió de hombros.

—¿Un accidente?

El Doctor negó con la cabeza.

—No. Brown Perpugilliam era su nombre tribal y no pude hacer nada para convencerla de que adoptara uno empírico, bueno... murió salvándome. Un noble sacrificio que hizo durante la batalla que me provocó la cicatriz en la cara, contra un enemigo del Imperio, Dominicus.

Rovia asintió.

—Lo recuerdo. Pura maldad.

Linus alzó una mano.

—Y ahora muerto, al parecer, todo gracias a Brown Perpugilliam. Es una pena que tuviera que caer para llevárselo a él —Linus decidió cambiar de tema—. De todas formas, ¿qué hace que vuelvas de las estrellas y los planetas a nuestra humilde esfera, Doctor?

El Doctor miró rápidamente a Rovia pero Linus sacudió la cabeza.

—No pasa nada, Rovia cuenta con toda mi confianza en todos los aspectos. Es muy consciente de sus verdaderos orígenes.

—¿Y la Emperatriz?

Linus se rio.

—Oh, tranquilo, la César solo te conoce como un viajero de una isla lejana que aún no ha sido conquistada por el Imperio. Y después de que nos prestaras ese servicio con los monstruos reptiles, no ha preguntado mucho más que dónde podría estar tu isla. Le dije que a cambio de tus servicios, prometí mantener su ubicación en secreto. Sorprendentemente, ha respetado ese trato.

Rovia, sin embargo, estaba menos contenta.

—Sin embargo, no ha sido muy inteligente revelar la técnica de camuflaje de tu TARDIS ante un Guardia Pretoriano.

—Ah, sí. Bueno, pensé que si lo veía, eso aceleraría mi llegada a vuestro palacio de justicia.

Rovia se encogió de hombros.

—Bueno, funcionó, pero espero que el dinero extra que le di sirva para mantenerle la boca cerrada.

Linus se encogió de hombros.

—Sería más fácil que lo mataran mientras vuelve a los barracones.

—¡No! —el Doctor pareció impactado—. Por conveniente que parezca, no estoy seguro de querer cargar con la muerte de un hombre en mi conciencia.

Linus se encogió de hombros.

—Me parece justo. Ahora, Doctor, ¿a qué debemos el placer?

El Doctor se metió las manos en los bolsillos, que antes habían sido casi invisibles en su traje de seda negro, y sacó una pequeña tarjeta de microcircuito.

—Necesito ayuda con esto —dijo simplemente—. Es la placa base del traductor de imagen de la TARDIS. Está rota y necesita algunos chips reprogramados.

—¿Y cómo te puedo ayudar con eso?

El Doctor se rio.

—Oh, mi querido Pretor, sé por experiencia que el Imperio tiene a su disposición la mejor tecnología informática a este lado de la galaxia. Y sé que tú, personalmente, tienes un departamento de tecnología de la información que ni siquiera la César puede igualar.

Linus asintió y sonrió.

—Taimado como siempre, Doctor. Pero por supuesto que voy a ayudarte.

Rovia chasqueó la lengua para llamar la atención cuando el Pretor comenzó a escoltar al Doctor hacia la puerta.

—Quédate con nosotros, Rovia —dijo Linus en voz baja—. No debe pasarle nada a nuestro invitado —y cuando el Doctor se alejó lo suficiente como para que no pudiera escucharlo por encima del silbido de la puerta al abrirse, añadió—: Y asegúrate de que el guardia esté muerto dentro de cinco minutos, ¿entendido?

—Por supuesto, Pretor. Me aseguraré de ello de inmediato.

Y cuando Linus guió al Doctor hacia delante, vislumbró a Rovia sacar su teléfono móvil y hacer una llamada...

Las celebraciones estaban en su apogeo, en todos los continentes de todos los planetas de la Vía Láctea. Los pueblos jubilosos se regocijaban por la libertad de la opresión, su supervivencia ante los violentos ataques. Tal fue la alegría que todo el mundo sentía que los crímenes fueron olvidados, los colaboradores liberados y readmitidos en la sociedad. Sí, la vida había sido tan difícil, tan peligrosa que, con los ánimos de seguir adelante, todas las transgresiones, todas las traiciones fueron perdonadas sin remordimientos.

Era una galaxia en el umbral de un nuevo comienzo. El Imperio de la Tierra, los malvados Nazis y su Führer conquistador del espacio habían sido finalmente destruidos. Quinientos años después de que salieran por primera vez de la Tierra, su vil maldad fue destruida para siempre. Miles de mundos, anteriormente hostiles en el mejor de los casos, abiertamente en guerra en el peor, se habían reunido para hacer una última resistencia en la medida de lo posible, hermanados por la abrumadora necesidad de enfrentar y destruir al verdadero enemigo de la galaxia.

Por supuesto, nadie estaba seguro de cuánto tiempo podía durar esa frágil euforia: cínicos e historiadores por igual estaban de acuerdo en que la paz era dudosa en el mejor

de los casos, y a pesar de la completa aniquilación de la Tierra (ahora solo un asteroide sin vida termonuclear flotando inútilmente alrededor de su propio sistema solar), cuánto tiempo tardarían en resurgir las viejas enemistades. Pero por ahora, todo el mundo esperaba que esa fiesta callejera galáctica sirviera como un recordatorio en el futuro de que una vez todos habían estado unidos. Y tal vez, solo tal vez, que la paz podía mantenerse después de todo.

El optimismo era raro en el cosmos (la Tierra se había encargado de eso) pero tal vez existía una posibilidad de que los pueblos de ese cuadrante del espacio pudieran encontrar algo para mantenerse completos y felices.

Haema Smith era una de esas personas. Como una evacuada de la Tierra, expulsada por el Partido Nazi debido a su herencia familiar, había acabado en Halos V y había sido criada allí por una familia de acogida. Haema ya sabía cuando había sido depositada allí sin contemplaciones que sus propios padres, y por lo tanto su hermana no nata, debían estar muertos; los Nazis se habían ocupado de ello. Y si aún le quedaba un mínimo atisbo de esperanza vivo en su corazón, mientras observaba las miles de millones de toneladas de cobalto estrellarse contra la Tierra y las colonias de Marte en las pantallas de vídeo, ese atisbo se apagó. Por eso, ahora ella era una rareza en la galaxia: una humana viva, probablemente una de un millón, dos millones, como mucho, esparcidos por innumerables mundos y sistemas estelares, que huyeron de la persecución Nazi pero ahora eran aceptados, o al menos esperaba que hubieran sido tan aceptados como ella misma, fuera cual fuera la sociedad en la que se encontraran.

Haema se agachó cuando Marlern Jarl, un chico guapo del otro lado de la calle, tiró varias serpentinas a su cabeza. Marlern había perdido a su madre y dos hermanos en los comienzos de la batalla por Halos V, pero estaba tan feliz como cualquiera en ese momento. Haema no podía corresponder la alegría de Marlern ni la de ninguno de su pueblo por la completa destrucción de su planeta natal. Sabía que había sido lo correcto. Marlern era bastante adorable, había sido protector con ella cuando llegó, y habían salido a las tiendas un par de veces e incluso trabajaron codo con codo en una fábrica de municiones unos meses atrás cuando se iba acercando el golpe final. Tenía unos ojos bonitos, una sonrisa alegre y aunque su educación prohibía los enlaces interculturales, Haema veía que tales tradiciones ahora eran irrelevantes. Le gustaba Marlern y se preguntó si podrían tener un futuro juntos. Demonios, la galaxia necesitaba un aumento de población en ese momento, y aunque la norma biológica sobre Halos V era que el hombre tuviera los niños, al ser humana ella también podía. Eso tenía que ser algo bueno, sin duda.

Los pensamientos un tanto descarados de Haema sobre un Marlern desnudo se evaporaron rápidamente cuando le llamó la atención un extraño sonido rítmico que había empezado a ahogar la fiesta. Lentamente, las bandas se silenciaron, los vítores disminuyeron y los disparos y los fogonazos de la celebración se apaciguaron conforme el latido iba tomando lugar. Uno o dos ancianos se taparon las orejas con las manos. Era un ruido que penetraba en tu propio ser y vibraba tanto que Haema imaginó su corazón literalmente bamboleándose en el tiempo.

Por ahora todos se habían fijado en el sonido, pero nadie sabía de dónde venía. ¿Eso tenía algo que ver con las celebraciones, que se habían ido de las manos? Seguro que no era una nueva invasión, los Nazis habían sido destruidos, ¡todo el mundo sabía eso! Obviamente había rumores de que el Führer había sido clonado muchas veces, ¿tal vez se habían reagrupado y habían vuelto a formar el Partido Socialista en otra parte y habían elegido ese momento, un muy buen momento, de hecho, cuando la guardia de todo el mundo estaba baja, para devolver el golpe?

Cuando Marlern corrió hacia Haema, con preocupación en sus hermosos ojos azules, la respuesta vino de arriba.

Haema jadeó cuando el cielo pareció retirarse, como unas cortinas que se separan y... y había algo allí, alzándose sobre el pueblo de Halos V como Haema miraría una colina de hormigas. La cosa era como una inmensa serpiente de jade, pero en lugar de una cabeza serpentina tenía una serie de bucles y fauces abiertas que podrían haber sido una boca. Desde ahí arriba, el pulso palpitante se convirtió en una risa, el sonido más malvado y horrible que Haema había oído nunca.

Sintió que Marlern sostenía su brazo, jadeante.

—Mira —le susurró.

Y Haema vio que todos a su alrededor estaban congelados, como en un cuadro o en una pintura. Nadie se movía. Era como si Halos V simplemente se hubiera apagado y nadie más que ella y Marlern pudieran moverse todavía.

—No entiendo... —empezó a decir, pero fue interrumpida por una risa burlona de la entidad del cielo.

—Sí —retumbó—. Vosotros dos lo haréis muy bien.

Y para Haema todo se volvió frío. Y negro.

—Y en la Nave 567 tenemos a la enigmática superestrella “La Bala Humana”, compitiendo en su decimoctava carrera de la temporada, y con intención de mantener su posición como el piloto estelar número uno del cuadrante. Hagan sus apuestas ahora en cuanto a quién va a ganar ésta, la más emocionante de las carreras. La trayectoria ya está configurada y lista: los pilotos estelares empiezan justo detrás de la luna y aceleran hacia Marte, en dirección a los anillos de Saturno, donde van a patinar por esas hermosas obras de arte natural y ser propulsados alrededor de Titán y dirigidos de vuelta a la Tierra. Oh, si hubiera otra vida en el sistema solar, estoy seguro de que los marcianos verdes de Marte y los joviales jovianos, y todo lo que Dios hubiera visto adecuado crear, estarían tan animados como lo estamos aquí abajo en la capital de Europa, Tallin. Ya hay miles de aficionados a las carreras reunidos en los cielos sobre las Tierras Yermas, o Norteamérica, como solían conocerlas los antiguos deportistas. Esta pista de aterrizaje es apropiada: los pilotos estelares aterrizarán en la esquina sureste de las Tierras Yermas, en una zona que solía llamarse Texas. En los días pioneros de la exploración espacial, Texas, y en particular, una región llamada Houston, fue el escenario de muchas escenas emocionantes cuando despegaron esas primeras misiones Apolo y Géminis. Por supuesto, una ocasión tan trascendental no podía pasar sin una breve mención al verdadero hogar de los primeros viajes espaciales del hombre, el infame Cabo Cañaveral en la península que solía ser Florida, pero que ahora tristemente ya no lo es, ya que se hundió bajo las olas al mismo tiempo que la antigua península de California cuando el terrible accidente de hidrógeno devastó millones y millones de almas perdidas en América del Norte. De hecho, si “La Bala Humana” gana hoy, ha prometido un porcentaje de sus créditos de ganador para crear un monumento permanente en las Tierras Yermas para honrar a sus antepasados. Al parecer, su linaje se remonta al año 2130, y a una familia que vivía en una ciudad llamada Kissimmee, en esa península de Florida. Dice que el monumento recreará el momento en el que... esperad... lo siento, tengo que parar. La carrera está a punto de empezar, están en sus marcas y cruzamos hacia los satélites de la Red EUBC que hay alrededor de la Luna para el inicio. Y... ¡y sí! Ahí están, las veintiséis magníficas naves individuales, que se preparan para acelerar hacia los remansos sin vida del Sistema Solar. Qué día más emocionante para los aficionados al deporte.

A juzgar por esa campaña, el ocupante de la nave 567, también conocido como “La Bala Humana”, tendría que haber sido un tipo rubio de mandíbula cuadrada, con heroicos ojos azules, despampanantes músculos y sonrisa perfecta más blanca que blanca que decía: “Hey, chicas, soy vuestro hombre”. Así era como lo habían retratado en los medios, y las páginas web estaban llenas de fotos de él por todo el mundo, con una chica desmayada diferente en cada brazo.

La verdad, como pasa a menudo con esas cosas, estaba tan lejos de ese ideal como era humanamente posible. La verdadera "Bala Humana", en oposición a su suplente supermodelo bien remunerado, era un hombre de veintiocho años de edad, prematuramente calvo, con una enorme brecha entre los dientes delanteros y un vientre para el que se podría haber inventado el nombre de "olla". Su nombre era Kevin Dorking, y a pesar de que tenía antigua ascendencia americana, sus antepasados eran de Carnfield, Illinois, antes de ser atomizados hacía 165 años en el "incidente" de hidrógeno. La familia más reciente de Kevin era de Bridlington, Humberside, en el Euro Estado de Inglaterra, y su manager, el suplente, la madre de Kevin y Félix, su gato, eran las únicas personas que realmente sabían la verdad sobre "la Bala Humana".

Kevin había pasado gran parte de su infancia jugando con camiones y coches aéreos en el garaje de su padre. Cuando su padre murió, la incapacidad de Kevin para concentrarse en datos y cifras provocó que el negocio se hundiera en menos de dos años y se encontró haciendo trabajos poco fiables para personas poco fiables en la Euromainland y Baleares. Sin embargo, aunque sus transacciones de créditos eran precarias, su experiencia en la mecánica rozaba la genialidad y así comenzó a entrar en las carreras y se acabó convirtiendo en un misterio cuando comenzó en el pilotaje estelar. Debido a los escudos solares y a los cascos polarizados necesarios en los pilotos estelares, nadie veía a los pilotos desde que despegaban dondequiera que despegaran, así que fue increíblemente fácil para "La Bala Humana" ser comercializado por su manager como un cachas terriblemente atractivo, en lugar del debilucho soltero que aún no había dominado el arte de ducha y desodorante diario.

El resultado de esto fue que su manager consiguió millones de créditos y le dio a Kevin suficiente para mantener su coche de carreras estelar, que su madre tuviera un techo sobre su cabeza y Cattychunks para Félix. El resto fue la contratación del modelo y la compra de una amplia gama de propiedades en la Costa Azul.

Sin embargo, aunque Kevin, su manager, la pobre anciana madre de Kevin o Félix no lo sabían, la carrera de hoy iba a tomar un giro imprevisto.

Kevin fue, como se esperaba, bien en la delantera y estaba rodeando Fobos de vuelta a la Tierra cuando miró en la pantalla del monitor en su cabina para ver el estado de las otras naves... las cuales parecían haber dejado de moverse. Y aunque Kevin no se consideraría dotado en gran medida con cerebro, sabía que las naves no se quedan paradas en el espacio, sino que quedan atrapadas en órbitas y, si no tienen cuidado, se estrellan en la superficie del planeta deshabitado, luna o asteroide del que han cometido el error de averiarse cerca. Que todos los otros veinticinco pilotos estelares hicieran eso a

la misma vez era, bueno, estadísticamente imposible. O, por lo menos, muy poco probable.

Entonces Kevin escuchó un sonido en sus auriculares... no, no era en los auriculares. Estaba atravesando toda la nave y hacía que todo vibrara con un golpeteo rítmico. Como el latido de un corazón. Lo primero que pensó Kevin fue que estaba teniendo un ataque al corazón y que sería visto por última vez cayendo en picado sobre Fobos y vaporizándose. Pensó en su madre, sin un hijo y sin ingresos, en Félix privado de Cattychunks. Y en ese pobre modelo, fuera cual fuera su nombre, que tendría que "morir" también.

Luego, a través de los latidos del corazón palpitante, escuchó una voz que le hablaba.

—Sí, sí, lo harás. Eres el mejor que esta existencia tiene para ofrecerme.

A Kevin se le ocurrió que definitivamente se estaba muriendo. Después de todo, si alguien creía de verdad que era lo mejor por ofrecer, tenía que ser el delirio el que hablaba.

—No, esto es muy real. No te estás muriendo —el latido había hablado y la voz ahora estaba en sintonía con el ritmo—. Esto es mucho peor.

Entonces Kevin perdió el conocimiento y, por supuesto, su coche de carreras estelar se desplomó sobre Fobos y se desintegró. Pero nadie en la Tierra lo vio suceder, ya que todos estaban congelados. Al igual que la Utopiana de donde era DiVotow Nek. Y Halos V del que habían sido Haema Smith y Marlern Jarl. Y de hecho, un sinnúmero de otros planetas a través de un sinnúmero de otras realidades e historias. Congelados en un milisegundo de tiempo para toda la eternidad.

—Y, además de usar mi división de ciencia, Doctor, ¿por qué estás aquí en la Tierra? Me cuesta imaginar que una visita ocasional al Imperio esté en lo alto de tu lista de prioridades, y, francamente, estoy seguro de que un buen número de extraterrestres del espacio exterior podrían ayudarte con la tecnología informática mejor que nosotros.

El Doctor, Linus y Rovia caminaban por un pasillo largo y estéril, y sus pies hacían un poco de eco en el suelo de cemento. Al igual que con todo lo referente al funcionariado del Imperio, la esterilidad y la funcionalidad eran primordiales.

A Linus se le pasaba por la mente de vez en cuando que el cuadro de un árbol o algunos animales en la jungla iluminarían el lugar, pero la César no lo aprobaría. La Emperatriz no era conocida por apreciar tales cosas. Ella no apreciaba gran cosa, a

excepción de la falta de invasiones, el disenso y la pobreza. Al menos, en un principio. Linus dudaba que le importara un comino lo que pasara fuera de Camulodunum últimamente.

El Doctor aparentemente estaba admirando un pilar de hormigón que era idéntico a todos los demás pilares de hormigón que custodiaban la sala a la que se dirigían.

—Muy bien —murmuró, acariciando su grandilocuencia, como si se tratara de la mejor pieza de la arquitectura en el Imperio.

Linus se encogió de hombros mentalmente. Así era siempre el Doctor. Un buen hombre que había salvado el planeta varias veces, aunque nunca se lo había dicho a nadie. De hecho, por lo que Linus sabía, solo otras seis personas en el planeta conocían sus verdaderos orígenes. Linus se consideraba halagado y honrado de ser uno de ellos. El Doctor una vez le había dado una bola verde minúscula que, según le había dicho, debía utilizar en caso de emergencia. Linus dedujo que era una especie de faro de alerta, que traería al Doctor a la Tierra si la usaba. El Pretor se aseguró de que nadie en la división de ciencia supiera de su existencia o solo los dioses sabrían en qué problemas metería eso al Doctor.

Así que Linus y el Doctor entraron en la división de ciencia. Rovia se despidió y regresó al área de operaciones.

El Doctor le besó la mano y la observó marcharse.

—Estás a salvo con ella, Pretor —dijo—. No va a tocarte ni un pelo.

—Lo sé —dijo Linus—. Por eso todavía está viva y trabajando para mí —sonrió ante la expresión de sorpresa del Doctor—. Honestidad, Doctor, es algo que me dijiste que apreciabas. Me puedo permitir un cierto grado de confianza pero, en general, tengo que ser práctico y me rodeo de gente en la que confío porque ellos me mantendrán con vida, no porque me gusten.

—¿En qué punto está Rovia?

—En ambos —dijo Linus simplemente, y luego cambió rápidamente de tema—. Y, ¿qué tipo de persona estás buscando?

El Doctor estaba mirando la decena de personas que trabajan en los ordenadores por toda la sala. El zumbido silencioso de los ordenadores, el golpeteo de las teclas y el zumbido ocasional de una conexión a Internet eran los únicos sonidos. Nadie hablaba. Nadie miraba siquiera a sus compañeros de trabajo.

—¿Un colectivo o un taller de esclavos?

Linus sintió como si le hubieran golpeado. Lo último que había esperado del Doctor era una crítica y esa le había dolido. Probablemente porque, mientras la negativa indignada moría en su garganta, Linus sabía que era una descripción adecuada. Respondió lo mejor que pudo.

—Ellos y sus familias están bien atendidos.

—Pero son esclavos. Después de siglos, el Imperio Romano todavía está construido sobre la esclavitud.

—No son esclavos —empezó a decir Linus—. Son participantes dispuestos en...

—Oh, me sobra la semántica, Pretor —le espetó el Doctor—. Esclavos, buenos pueblos indígenas antiguos, obligados a trabajar para sus amos.

Eso fue demasiado para Linus. Aunque el Doctor había estado mordaz, él permaneció en silencio para que nadie más pudiera oírlo. Pero Linus no pudo detenerse.

—¡Eso no es justo, Doctor! Soy tan britano como cualquiera de estas personas. Han pasado generaciones desde que el Imperio invadió por primera vez la isla y ahora todos nos consideramos parte de un solo pueblo.

El Doctor permaneció en silencio.

—Me alegra oír eso, Pretor. Y entonces ¿por qué los esclavos? Es decir, si todos sois una gran familia feliz...

Linus respiró hondo. Un par de trabajadores habían levantado la vista, pero una mirada rápida de su Pretor les hizo volver al trabajo. Se quedó mirando al Doctor, con frialdad. En lugar de la mirada normalmente desviada que recibía de la mayoría, el único ojo del Doctor le devolvía la mirada. No era con malicia ni con severidad, solo... Linus solo podía llamarlo incredulidad. ¿Verdadero asombro, tal vez?

El Doctor continuó.

—Como ves, el Imperio Romano domina tres quintas partes de tu planeta. Las otras dos quintas partes, francamente, no merecen vuestro dominio: Oceanía está demasiado lejos como para causar problemas y el Nuevo Mundo sigue siendo salvaje. Entonces ¿por qué, cuando tenéis medicamentos que pueden prolongar la vida más de lo normal, y tenéis una tecnología que, aplicada correctamente, podría llevaros a las estrellas, y el arte

y la literatura que los museos y bibliotecas del universo moriría por poseer, todavía construís vuestra sociedad sobre la esclavitud?

Linus abrió la boca para hablar, para ofrecer la réplica habitual como cuando los llamados grupos de "libertades civiles" hacían la misma pregunta básica (aunque lo del "universo" rara vez surgía, para ser honestos). Para dar a entender que era ridículo sugerir que la esclavitud todavía existía. Para estar ofendido ante tal acusación, que la misma César se horrorizaría al descubrir que su pueblo aún creía en esas tonterías y que todos los que trabajaban lo hacían libremente, con todos los beneficios y el libre albedrío. Para entonces, con orgullo, señalar el expediente de la Guardia Pretoriana en las libertades civiles y la política de las manifestaciones y señalar que si el Imperio fuera tan tiránico, las manifestaciones estarían prohibidas.

Pero Linus sabía que se enfrentaba el Doctor, y también sabía que los manifestantes apenas eran tolerados y que una gran cantidad de activistas o bien tenían "accidentes" o encontraban nuevos "empleos" en los barcos de patrulla rumbo al Nuevo Mundo, de los que rara vez volvían o... oh, ¿qué sentido tenía?

—Todos somos esclavos, Doctor. Esclavos por el bien del Imperio, esclavos a la doctrina que ha mantenido este planeta libre de la guerra, hambre y pobreza.

Se preguntó si le sonó tan vacío al Doctor como se lo pareció a sí mismo. La mirada del Doctor le sugirió que así era, pero no dijo nada y simplemente caminó hacia los esclavos... hacia los técnicos que operaban en los ordenadores, monitorizando lo que quiera que estuvieran monitorizando: las transacciones financieras de CCTV, llamadas privadas a fijos o a móviles.

No por nada, la Guardia Pretoriana se llamaba los ojos y oídos del Imperio. Y aunque la división de Linus no era el Cuartel más grande o mejor equipado, era lo suficientemente bueno para la parte sur de Britania.

El Doctor estaba de pie junto a una joven con un vestido de trabajo rojo pálido. Linus trató brevemente de acordarse de su nombre, pero se dio cuenta de que no podía. Su primer instinto fue encogerse de hombros y recordarse a sí mismo que era solo una chica trabajadora. Pero entonces se dio cuenta de que, de hecho, la palabra que quería decir era "esclava" y sintió una punzada de conciencia de que apenas podía nombrar a todos sus guardias, por no hablar de cualquiera de los esclavos, hombres o mujeres, del Cuartel. Maldito Doctor, siempre le hacía sentirse culpable.

—Hola —le estaba diciendo el Doctor alegremente a la chica—. ¿En qué estás trabajando?

—Un proyecto para mejorar la sociedad y permitir que el Imperio funcione de manera satisfactoria —respondió la chica, y Linus hizo una mueca. Por supuesto que iba a decir eso, se les inculcó la primera semana en sus puestos.

Si el Doctor dudó de su sinceridad, no lo mostró. En lugar de eso, se inclinó hacia la pantalla y señaló algo. Linus no pudo ver qué y de hecho, no tenía idea de en qué estaba trabajando la chica. No era su trabajo saberlo. Miró hacia el supervisor técnico que estaba evitando muy sabiamente su mirada, o la mirada de cualquier otro mientras que el Pretor estuviera en la sala.

Eso no ayudó a Linus, sin embargo. Podría haber conseguido que le diera una pista.

—Creo, señorita, que averiguarás que si mueves esa ecuación a esta columna y pones eso en la columna preliminar y transpones x por y, aumentarás la eficiencia de una manera bastante considerable.

El Doctor le sonrió a la chica, que en un primer momento pareció indignada, después lo comprendió y, finalmente lo que podría haber sido admiración cruzó su rostro.

—Soy el Doctor —le dijo él—. ¿Y tú eres?

La chica abrió la boca para responder pero la cerró de nuevo.

—Vamos —la animó el Doctor.

—Soy la técnico 38, designada al Terminal H como mi estación de trabajo.

—Sí, muy bien —dijo el doctor—. Pero ¿cómo te llamas?

La chica tragó saliva y se llevó la mano al hombro para jugar distraídamente con la coleta larga y fina que iba desde la parte posterior de su cabeza de otro modo casi rapada. Linus se dio cuenta de que era roja y le pasó por la cabeza que si no hubiera tenido el corte de pelo regulado de esclava... el corte de pelo regulado de trabajadora, podría haber sido bastante atractiva.

—Me llamo Melina —dijo.

—Hola, Melina —el Doctor le ofreció la mano y Melina la aceptó y la sacudió—. No te gusta mucho estar aquí, ¿verdad? Es un desperdicio para tu talento.

Linus estaba mirando al Doctor y a la chica.

Excepto que, por solo una fracción de segundo, ya no lo estaba. No exactamente.

En lugar de eso, estaba en una habitación completamente diferente, rodeado de personas totalmente diferentes. La única constante eran el Doctor y la chica, pero el Doctor llevaba un abrigo ridículamente colorido y pantalones. Su cara sonriente no tenía cicatrices y parecía tener un brillo un poco más saludable en la piel.

La chica tenía una mata de espeso cabello rojo rizado y llevaba una camiseta verde pálido y pantalones de fresas con felpa alrededor de los tobillos.

La chica era Melina, Linus estaba seguro de eso. Se sonreían el uno al otro. El Doctor se dio la vuelta, miró a Linus y empezó a decir algo.

—Me gustaría tomar prestada a Melina, Pretor —dijo el Doctor. Su único ojo brillaba ligeramente cuando se enderezó y se ajustó el broche del manto negro alrededor de su cuello.

—¿Por qué?

—No estoy muy seguro —respondió el Doctor—. Ella parece... adecuada

La técnico de cabeza rapada miró al Pretor, pero no supo decir si estaba alarmada o divertida.

Linus cerró los ojos y volvió a abrirlos. No, el Doctor aún estaba vestido de negro y la chica todavía estaba vestida de rojo. Todo lo que acababa de ver era obviamente una alucinación de alguna clase. El exceso de trabajo, el estrés, esa clase de cosas.

—Sí, por supuesto —se oyó decir—. Estoy seguro de que al supervisor no le importará.

Si al supervisor sí le importaba, tuvo el buen juicio de no contradecir a su Pretor y unos segundos más tarde, el Doctor le ofreció la mano a Melina, que la aceptó y se puso de pie.

—Por aquí, querida.

El Doctor se dio la vuelta para mirar a Linus mientras él y Melina pasaban a su lado, inclinó la cabeza hacia él y le habló en voz baja, con complicidad.

—Sí, Linus, lo he sentido. Y parecías mucho más feliz y relajado en la realidad alternativa.

Y entonces él y Melina se marcharon, dejando a Linus sintiéndose, como hacía a menudo cuando el Doctor aparecía, como un pez fuera del agua.

Capítulo Ocho

¿Qué pasó con?

Joseph Tungard se detuvo justo antes de insertar la llave en la puerta. Mientras trataba de recuperar el aliento tras subir los pocos escalones que conducían desde la acera, se quedó mirando a través del cristal de la puerta de entrada hacia la penumbra del pasillo. La señora Jones no había recogido el correo, y el periódico aun estaba apoyado contra la puerta principal. Enfrente, en el número dos, Joseph creyó escuchar la constante discusión entre la extraña pareja que vivía allí.

En el piso de arriba se encontraba Natjya.

Respirando profundamente, hizo girar la llave cuando el sonido del claxón de un coche le hizo dar un respingo. Mirando hacia la carretera, vio el Wolsey verde perteneciente al Doctor Pike. Con una sonrisa fingida en su rostro, le saludó con la mano mientras bajaba las escaleras para recibirle.

—¿Recibiste el mensaje Joe? —Pike gritó mientras se apresuraba. Joe se alarmó casi de inmediato. No sólo no lo había recibido, sino que Pike además llevaba su maletín.

—No —dijo simplemente—. Acabo de volver a casa temprano del trabajo —Pike estaba a su lado ahora, con un semblante sereno.

—No quiero alarmarte pero Natjya puede haber empeorado. Monica estaba con ella y me llamó enseguida. Entremos.

Los dos hombres se subieron rápidamente los dos pisos, Joseph aún sin aliento y el Doctor fresco como si hubiera subido dos escalones únicamente. Monica Pike, sentada en el sofá y fumando en una cachimba, estaba en aquel momento colocando un tres de diamantes en la mesa frente a ella. Natjya, sentada en su silla de ruedas y con una manta sobre sus piernas, hizo caso omiso a los recién llegados. Alargó la mano y recogió la carta descartada y otras cuatro más, las juntó con el resto e inmediatamente colocó dos bazas sobre la mesa: una escalera de picas y tres treses de diferentes palos.

—Ha aprendido muy rápido —puntualizó Monica sin dirigirse directamente a los hombres.

—Es sencillo —dijo Natjya—. Mejor que el bridge con todas esas combinaciones extrañas. Este es un juego adecuado, inventado por los gitanos de Rumanía hace cientos de años

Monica sonrió.

—El Gin Rummy se inventó hará unos cien años en la corte de la reina Victoria, querida —añadió y sacó otra carta, añadiéndola a su mano y descartando un cinco de tréboles.

—¿Cómo se siente, señora Tungard? —pregunto el Doctor Pike, que se puso en cuclillas a su lado.

—Oh, estoy bien, Doctor. Su nieta se preocupa por cualquier mínima cosa.

—¿Monica? —la mujer continuó jugando a las cartas mientras hablaba.

—Natjya se sintió un poco enferma. Vomitó en el fregadero y se ha estado quejando de dolores de cabeza.

—Siempre tengo dolores de cabeza —respondió Natjya lacónicamente—. No sé por qué os preocupáis tanto.

Alejó la silla de la mesa y trató de reajustarse la manta. Joseph se acercó rápidamente, se la quitó de las manos, la volvió a doblar y se la puso de nuevo en las piernas, dándole al acabar un beso en la frente. Joseph se sentó en el brazo del sofá frente a su mujer y la miró. Sus ojos se veían tristes y algo llorosos.

—Porque estamos preocupados, querida.

—Ah, sí, tan preocupado que te pasas las horas trabajando en la universidad, haciendo que la pobre Monica tenga que venir a echar su juventud a perder cuidando de una enferma.

Monica tomó otra carta.

—No estás enferma querida. Eres una amiga. Además, tengo muy poco más que hacer estos días. Y acabo de ganar —colocó en escalera desde diez hasta el Rey de corazones y tres sietes, quedándose con las manos vacías—. Esto hacen veinte, treinta, sesenta, ochenta y cinco para mí y... —inspeccionó las bazas de Natjya—, setenta menos lo que tengas en la mano.

Natjya colocó sus cartas restantes boca arriba.

—Diez, veinte, veinticinco, treinta, treinta y cinco. Restándolo a setenta te da un total de treinta y cinco —Monica sonrió a los hombres—. Mi primera victoria en ocho partidas, caballeros.

—Ellos me distrajeron entrando como animales por la puerta como si hubiera un incendio o algo —se quejó Natjya. Joseph le dio un abrazo y le susurró algo al oído.

—Joe, diles que se vayan, por favor —el hombre se levantó.

—¿Le puedo hacer una taza de té, Doctor Pike? ¿Monica? —ella negó con la cabeza.

—Me he tomado unas seis. Deberíamos irnos abuelo —El Doctor Pike se puso de pie.

—¿Está segura de que se encuentra señora Tungard?

—Absolutamente, Doctor. Su nieta es la mejor medicina que jamás pudiera desear.

—¿Podría lavarme las manos antes de irme? —Joseph asintió y le preguntó si sabía dónde estaba el baño.

Mientras Pike se adentraba al fondo de la casa, el hombre caminó a la zona de cocina, seguido por Monica. Tan pronto como estuvieron fuera de la vista de la sala de estar, se abrazaron y se besaron apasionadamente. Al acabar, Joseph dio un paso hacia atrás.

—No puedo seguir así, mi amor. Lo entiendes, ¿verdad? —Monica le miró con cara impertérrita.

—Si tu esposa se enterara...

—¡No debe!

—...la mataría. Puede que, literalmente —Monica sonrió—. Lo que haría la vida más sencilla, ¿no crees?

—Según tu abuelo, debería haber muerto hace tres años.

Monica se encogió de hombros.

—La medicina no es todo lo buena que pretende ser. Incluso los médicos cometen errores.

—Lo siento, Monica, pero cuando empezamos esto, acordamos que Natjya nunca lo descubriría. Ya han pasado tres años y se está convirtiendo en un riesgo cada vez mayor, pero no voy a hacerle daño.

—¿Hacerle daño? ¡Por amor de Dios, Joe! Cuando estás en mi cama, ¿te preocupas por hacerle daño? Cuando nos encontramos en cafés y restaurantes, mientras "estás trabajando hasta tarde", ¿te preocupas por hacerle daño? ¡Contéstame!

Joseph miró al suelo.

—Eso es diferente.

—¿Diferente de qué manera? Ah, ya veo. Ojos que no ven, corazón que no siente. Pues ya puedes olvidarte de eso. Yo te quiero, tú me quieres y de una manera u otra vamos a estar juntos.

—Es posible que tengas que esperar un tiempo antes de verme de nuevo. El benefactor principal del departamento se dirige a Londres y tendré que cenar con él durante un par de días.

Monica sonrió.

—¿Y es rico, cariño? No me entiendas mal, te quiero mucho, pero no es que se diga que estés nadando en la abundancia.

Joseph no estaba seguro de si debía ofenderse por aquel comentario o formaba parte del humor británico.

—Tiene mucho dinero, sí. Por eso es benefactor. Sir Bertrand es generoso, pero muy prudente. Tengo que demostrarle que es todavía rentable invertir en el departamento. En los últimos cinco años todo ha ido bien, pero todavía necesito su capital para competir con el Queen Mary y el Imperial.

Monica suspiró.

—Haz lo que tengas que hacer, cariño. Pero asegúrate de que tengo la oportunidad de verte pronto —le besó de nuevo, salvajemente, y él trató de apartarse, luchando por respirar y tratando de ignorar el sabor cobrizo que le estaba dejando en la boca. Le recordaba a la sangre, pero no detectó ninguna herida.

Se escuchó una tos en la puerta y Joseph quedó horrorizado al ver allí al abuelo de Monica. ¿Había visto algo? ¿Le diría algo a su paciente? El Doctor sólo se limitó a señalar a la puerta trasera y Joseph y Monica se dirigieron hacia allí. Antes de salir Monica se detuvo para dar a Natjya un rápido beso en la mejilla.

—Cuídate —murmuró. Natjya tomó la mano de Monica.

—No sé lo que haría sin ti. Eres mi tabla de salvación.

Monica sonrió.

—Siempre estaré para lo que necesites, querida. Nunca lo dudes —tras esto siguió a Joseph y a su abuelo fuera del apartamento.

—Voy a ir directamente al grano, muchacho —dijo el Doctor Pike. Joseph quiso reírse porque un hombre sólo quince años mayor que él le llamara muchacho pero no lo hizo.

—Dígame.

—De acuerdo a las pruebas de los últimos años, desde aquel terrible accidente en el barco no ha dejado de empeorar. Han pasado casi dos años desde que pasó a depender de la silla de ruedas, y no porque sus piernas no funcionen sino porque se cansa muy fácilmente.

—Eso ya lo sé —replicó Joseph con más dureza de la que pretendía.

—Como también sabes que mi diagnóstico siempre ha sido la pleuritis.

Joseph asintió.

—Algo ha cambiado, ¿verdad abuelo? —dijo Monica, frunciendo el ceño.

El Doctor Pike se mordió los labios antes de contestar.

—Hiciste lo correcto, querida, no lavando el vómito del fregadero. Así pude echarle un vistazo.

—Intuí que harías eso —respondió Monica.

—¿Y? —Joseph tenía un mal presentimiento.

—Sangre. Manchas aisladas. Lo siento, Joseph, pero creo que se trata de tisis.

Joseph frunció el ceño. Desconocía la terminología. Monica le cogió la mano.

—Tuberculosis —dijo. Joseph sintió como si le hubieran golpeado con una roca que le hizo tambalearse.

—Pero eso... eso es lento. Y doloroso, ¿no? —no quería eso para ella. Se merecía algo mejor. El Doctor Pike asintió.

—Y probablemente no le quede mucho tiempo.

—¿Debería decírselo?

—No veo lo que ganarías en este momento. Natija no es tonta, Joe. A medida que pase el tiempo, va a empezar a darse cuenta de está empeorando, no mejorando. Si se lo dices ahora, va a empezar a buscar evidencias y eso no hace más que acelerar el empeoramiento. Aún puede tener algunos meses. Es mejor no asustarla.

Joseph creyó ver un destello en los ojos de Monica al escuchar "algunos meses". ¿Era de enfado? No, hubiera sido más evidente para él. ¿Decepción? Posiblemente, pero no. Era algo más parecido a confusión o sorpresa.

—Escucha Joe, voy a llevar a Monica a casa y te enviaré algunos ensayos y publicaciones sobre la tuberculosis para que los leas. En última instancia, que se lo dices a Natija, depende de ti. Es tu vida, la vida de ambos, y debéis llevarla como mejor os parezca pero creo que la tuberculosis puede dar miedo y como todos sabemos, el caracter de Natija es más frágil de lo que aparenta.

—¿Quieres decir que va a tratar de aparentar que todo va bien aunque esté muerta de miedo?

Pike asintió. Luego estrechó la mano de Joseph y llevó Monica por las escaleras hasta el vestíbulo. Monica miró por encima del hombro a Joseph pero éste estaba demasiado preocupado para darse cuenta. Pero un día recordaría esa mirada como una de puro odio.

Estaba lloviendo. No caía un enorme aguacero, de hecho era más bien una ligera llovizna, pero de esas lloviznas desagradables que se filtraban lentamente en la ropa y al final parecía que te habías dado un baño helado. Y la ropa no era lo único que se había vuelto difícil de manejar.

—Mira mi pelo —gimió el Doctor mientras miraba su malhumorado reflejo en la ventana de una tienda—. Encrespado.

—¿Encrespado? —repetía Melanie, bastante segura de que no era una palabra que reconociera—. ¿Es un término gallifreyano para "hecho un desastre"? —bromeó.

—Encrespado es un término científico para el pelo ligeramente ondulado que se vuelve drásticamente tenso y rizado cuando está húmedo. Mi pelo está encrespado.

Melanie se encogió de hombros.

—Te pareces a Diana Ross —el Doctor dejó de mirar su reflejo para lanzar a Melanie una mirada extraña, como si fuese incapaz de saber si había sido insultado o

halagado—. La Diana Ross de los ochenta —añadió rápidamente—. No cuando estaba en las Supremes.

Comprendiendo que había sido definitivamente insultado, el Doctor se alejó de Melanie y entró en la tienda.

—Me gustaría un paraguas por favor —gritó, y con un suspiro Melanie lo siguió, preparándose para disculparse, como siempre. En cambio, le encontró sonriendo abiertamente entre paraguas, impermeables, sombreros y demás artículos para clima húmedo.

—Un suministro abundante —dijo en voz baja—. Sólo que no hay nadie que nos atienda —Melanie decidió dar unos golpes en el mostrador y al no encontrar respuesta se acercó y agarró un gran paraguas verde.

—Esto servirá —dijo. El Doctor llegó por detrás, se lo quitó y lo volvió a poner dónde estaba.

—¡Melanie! ¿Qué crees que haces? No se puede ir por ahí robando cosas simplemente porque no haya nadie —volvió a mirar a través de la puerta a las calles desiertas—. Ni aquí ni en ningún lado.

—Precisamente —respondió Melanie, agarrando el paraguas de nuevo—. Y yo no puedo estar con esta ropa que se encoge con la lluvia, se pega a la piel y se vuelve transparente. Y si —añadió rápidamente, anticipando su respuesta— alguien aparece, con mucho gusto pagaré.

El Doctor murmuró algo sobre la dudosa moralidad, pero no le quitó el paraguas. En su lugar, se adelantó para abrir la puerta y que ambos pudieran salir. Mientras lo hacía, aprovechó para quitárselo, desplegarlo y sostenerlo sobre su cabeza.

—Hey —replico la muchacha.

—Soy más alto —dijo simplemente—. Si lo llevas tu acabarás clavándome una varilla en un ojo. En cambio, llevándolo yo, ambos nos mantendremos secos.

Melanie estuvo a punto de replicar con algún comentario ingenioso. En cambio, trató de llamar su atención de nuevo a la calle vacía.

—Esto es extraño.

—¿Extraño? —el Doctor resopló—. ¿Y a qué diantres te refieres ahora con "extraño"?

—"Extraño", en el sentido de que nos dijeron que Schyllus era un mundo ideal para ir de compras, hacer negocios e ir de picnic. "Extraño", en el sentido de ¿dónde están las personas que compren y se van de picnic? Ese "extraño".

—¡Oh, ese "extraño"! Sí, lo reconozco. Es bastante extraño. Y ni siquiera hace buen tiempo para un picnic, aunque puede que exagere un...

—Quiero decir —continuó Melanie apresuradamente— que si necesitan paraguas, tiendas, carreteras y bares, debe ser gente básicamente como tú y yo.

—¿Básicamente?

Melanie suspiró.

—Me refiero a que no van a ser hormigas humanas de tres centímetros o medusas de dos metros. Todo en esta calle, en esta zona, sugiere dos brazos, dos piernas y criaturas de nuestro tamaño. Así que no verlos o pisarlos por accidente no va a ser un problema

—Tal vez sean invisibles —el Doctor sugirió.

—Entonces, ¿cómo es que no nos estamos chocando con ellos ni nos detuvieron cuando robamos el paraguas.

—Cogimos prestado.

—Está bien. Cogimos prestado. De cualquier manera, creo que este lugar es como el Mary Celeste.

El Doctor sacó la mano de debajo de la sombrilla para comprobar la lluvia. En ese momento llovía a cántaros. A continuación, se lamió la mano.

—Simple agua. Algo más salada que la lluvia a la que estamos acostumbrados, pero totalmente inofensiva. Puede que tengas razón.

—¿Acerca de...?

—Las personas. No son invisibles. Y eso es extraño.

—¿Entonces por qué Rummas sugirió que viniéramos aquí? Fue bastante insistente.

El Doctor se alejó de Melanie, dejándola bajo la lluvia. Estuvo a punto de quejarse, pero prefirió soltar un suspiro.

—¿Por qué me molesto? —murmuró para después gritar— ¿Disculpa? ¿Qué has visto?

El Doctor le gritó.

—¡Pero no te quedes ahí, te vas a empapar! Ven aquí.

Tomando aire profundamente para dejar caer otro suspiro, Melanie se acercó a donde él se encontraba.

—Lo siento, Melanie —dijo—. Pensé que tenías un paraguas —sin hablar, Melanie le quitó el paraguas y se tapó con él. A pesar de la lluvia y ajeno al hecho de que se estaba empapando, el Doctor se agachó delante del hueco de una alcantarilla.

—Escucha —dijo. Melanie frunció el ceño, tratando de escuchar algo que no fuera el repiqueteo de la lluvia. Nada... ¡No! ¡Un momento! Había un sonido. Una respiración acompasada. Melanie ya había estado en suficientes situaciones peligrosas con el Doctor desde su primer encuentro en el Derby para conocer perfectamente el sonido del pánico. Del miedo.

Se agachó junto al Doctor y se inclinó un poco hacia adelante, haciendo caso omiso de la lluvia cayéndole por detrás del cuello hasta la espalda. Estaba demasiado concentrada en tratar de averiguar quién estaba dentro del colector escondiéndose de ellos.

—Hola —dijo con suavidad—. No vamos a hacerte daño. El Doctor y yo acabamos de llegar y nos preguntábamos donde está todo el mundo. ¿Podrías salir?

Por un momento no hubo respuesta, pero después pudieron escuchar la voz de una niña.

—¿Se ha ido el latido?

—¿Latido? —repitió el Doctor— ¿Qué es eso?

—No... No lo sé —dijo la niña, todavía escondida—. Era la palabra que me vino a la mente cuando llegó. Paró a mi mamá y a todo el mundo. Me escondí aquí.

—Muy inteligente —dijo el Doctor que inmediatamente miró hacia arriba—. Parece que ya ha dejado de llover. Puedes salir si quieres.

—Todo el mundo se detuvo —la chica repitió en voz baja.

—¿Cuándo? —preguntó Melanie—. ¿Cuándo ha pasado?

—Esta mañana.

El Doctor se puso de pie.

—No tenemos nada que ver con ningún "latido". Somos viajeros. Estamos buscando a tus amigos y familiares. ¿Podrías salir para que podamos hablar? —levantó la vista hacia el cielo, y luego se pasó una mano por el pelo. Seco por el sol abrasador que había estado oculto por la tormenta segundos antes— Extraño —murmuró.

Melanie le miró haciendo una mueca.

—Sí que es extraño, si —agitó el paraguas, pero no cayó ni una gota. Estaba completamente seco—. De Seattle al Sahara en un minuto.

El Doctor se limitó a sonreír a Melanie.

—Creo que la palabra es "extraño".

Les distrajo un sonido de movimiento desde dentro del colector y Melanie observó como una niña de unos ocho o nueve años, sucia y con los ojos muy abiertos, se arrastraba hacia fuera. Miró al Doctor y a Melanie con expresión de absoluta sorpresa.

—Me pasa a menudo —dijo Melanie. Este es el Doctor y viene de un planeta llamado Gallifrey. Yo soy de la Tierra. Mi nombre es Mel Baal, pero mis amigos me llaman Melanie. Si quieres, puedes llamarme así.

La niña asintió con la cabeza, algo agitada y tratando de comprenderlo todo.

—Soy Kina —dijo—. Hicieron que mi mamá se detuviera.

El Doctor la tomó en sus brazos y con suavidad la dejó en el suelo bajo el paraguas de Melanie.

—Así está mejor, ¿no?

Kina asintió.

—Gracias —respondió educadamente.

Melanie sonrió.

—¿Dónde se ha ido todo el mundo, Kina?

Kina no respondió. Estaba demasiado distraída mirando a Melanie.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De la Tierra —respondió Melanie.

—¿Y allí todos se parecen a ti?

Melanie se echó a reír.

—En realidad se parecen más a ti y al Doctor. Digamos que yo soy... especial.

—Veras Kina —dijo el Doctor— mi amiga Melanie tiene una mamá como tú. Pero su padre pertenece a una magnífica raza de reptiles humanoides que vivieron sobre la Tierra millones de años antes de que la raza de la madre de Melanie evolucionara.

—¿Por eso ella es así? ¿Con la piel tan rara?

—No se le escapa una —murmuró el doctor, pero Melanie se encogió de hombros.

—Probablemente nunca haya visto a gente diferente a ella —miró a la pobre niña asustada—. Sí Kina, es por eso que mi piel es de color verde y tengo escamas —por un instante quiso darla un abrazo reconfortante, pero inmediatamente pensó que si ya de por sí estaba asustada, podría ser peor el remedio que la enfermedad. Melanie estaba acostumbrada a esa reacción—. Pero por dentro soy igual que tú y me gustaría ser tu amiga. ¿Puedo?

Kina no parecía muy convencida.

—Y —añadió el Doctor tratando de tranquilizarla—, si nos dejas, vamos a tratar de ayudarte a encontrar a tu mamá.

El Wolsey negro viajaba cautelosamente a lo largo de la A5 hacia la casa familiar de los Pike en West Hampstead. En el interior, los dos ocupantes estaban envueltos en una acalorada discusión. Para la mayoría de los observadores, podría haber parecido un poco extraño, un poco no de rigor en la década de 1950 a finales de la Tierra, tal discusión entre una debutante y su abuelo, pero, sin embargo, la discusión estaba levantando ampollas, de hecho.

—¡Se suponía que tenías que haberla matado ya! ¡Necesito a Joe lejos de cualquier tipo de distracción!

El Doctor Pike estaba concentrado en la conducción mientras escuchaba la reprimenda de Monica. Su respuesta salió desde sus apretados labios.

—No le tendrás si la vieja os pilla in fraganti. ¡En su maldita cocina! Por amor de Dios, niña, ¿en qué estabas pensando?

—Estaba pensando en que hemos estado siguiendo a este hombre durante diez años y me estoy hartando de hacerme la inocente señorita tratando de seducirlo. ¿Tienes idea de lo repulsivo que es acostarse con un hombre que podría ser mi padre?

—Si tu pobre padre todavía estuviese vivo, Monica, ese no sería nuestro problema.

Monica se mantuvo en silencio mientras el coche se desviaba un par de veces hasta West Hampstead, pero cuando Pike frenó a las afueras de su casa, no pudo aguantarse más.

—¡Si los dos hubieseis utilizado el cerebro, os habríais dado cuenta de que volar por los aires un tren comunista de suministros iba a acabar con él!

Cuando el coche se detuvo en seco y Pike apagó el motor, Monica salió dando un portazo. En el otro lado, Pike trataba de alcanzar su maletín de la parte de atrás.

—Ah, ¿y quién demonios es "Sir Bertrand Lamprey?"

Pike la miró con desconcierto.

—¿Quien?

—Eso quiero saber yo. Es el benefactor de Joe en la universidad. Al parecer, Joe va a ser su niñera los próximos días. Supuse que como compartimos mi verdadero apellido, podríamos estar emparentados. No es que sea precisamente uno muy común, ¿verdad?

Pike frunció el ceño.

—No conozco a ningún Bertrand Lamprey. En teoría, tú eres la última descendiente que lo lleva. Sería imposible así que puede ser que sea una coincidencia.

Monica resopló y se dirigió a la puerta principal, sacando la llave por el camino. Nada más entrar, encendió la luz del pasillo y comenzó a recoger el correo.

—En nuestra línea, no deberían producirse coincidencias. O tú y papá cometisteis un gran error o Sir Bertrand es un problema.

—No puede ser de aquí —dijo Pike—. No de esta línea temporal.

Monica se detuvo en seco y lentamente colocó el correo sin abrir en la mesita del vestíbulo.

—¿Insinúas que uno de los Lamprey alternativos ha cruzado hasta aquí? ¿Por qué?
—Pike se encogió de hombros.

—Yo pienso más bien que el "cómo" sería una pregunta más apropiada. Colgó su abrigo y alzó una mano al escuchar una voz proveniente de la parte trasera de la casa.

—¿Es usted, Doctor?

—Hola señora Philips —dijo Monica.

Una puerta se abrió, revelando una pequeña cocina.

—Hola señorita. Doctor Pike, la cena estará lista en unos quince minutos, si les parece bien.

—Perfecto señora Philips —respondió Pike, abriendo la puerta de la sala de estar.

—Les veré entonces —la señora Philips sonrió y regresó a la cocina, cerrando la puerta tras ella. Tras comprobar que la mujer había vuelto a sus tareas, Pike cerró la puerta de la sala tras él.

—Quiero pensar que, a pesar de la súplica del bueno de Tungard para que te mantengas lejos, necesitarás acompañarlo al menos una vez más para cenar y ver si Sir Bertrand es un verdadero Lamprey o sólo una horrible coincidencia.

—¿Y si lo es?

Pike se sentó en un sillón con un periódico y comenzó a leerlo.

—Entonces, querida niña, tienes un problema.

— Entonces, ¿qué crees que les ha pasado a todos, Doctor? —Melanie estaba frente a una marquesina transparente que protegía una pastelería del Sol abrasador de Schyllus.

Habían pasado unos quince minutos desde que la lluvia se había evaporado dando paso a un calor seco que hacía brillar el horizonte. De cuando en cuando una ráfaga de viento perturbaba el polvo y la suciedad de los tejados y terrazas, pero esas breves brisas eran el único respiro que concedía el calor abrasador. Junto a Melanie, bajo la sombra de la marquesina, estaban el Doctor que se secaba el sudor de la frente y Kina, que abrazaba su pierna izquierda.

—Ni idea —jadeó—. Pero es ciertamente extraño. Como lo del cambio climático.

Melanie sonrió. La mayoría de la gente de la Tierra estaría, al igual que el Doctor, sofocada, pero Melanie, como híbrida humano-reptil, se encontraba perfectamente. Sus escamas, que se movían imperceptiblemente al respirar, actuaban como un sistema autónomo de aire acondicionado para su cuerpo. Se humedeció los labios con la lengua “algo dentada pero no bifurcada” (era una vieja broma de la escuela) antes de darle la razón.

—No puedo ver nada. Como ya he dicho, es como lo del Mary Celeste, todo perfectamente organizado, los coches aparcados, ropa tendida... —un tercer párpado se cerró en cada uno de sus ojos para limpiarlos— Pero nada está vivo. Ni personas, ni animales, ni pájaros. Ni siquiera puedo ver algún insecto.

El Doctor estaba centrando su atención en Kina, pidiéndole una vez más si podía explicar lo que pasó y por qué ella todavía estaba allí. El Señor del Tiempo había sugerido en voz baja a Melanie que era poco probable que su escondite en el colector de aguas hubiera sido lo que la había salvado.

—Además, sigo sin creer que todo el mundo estuviese fuera. Alguien tendría que haberse quedado en casa, trabajando en sótanos o algo así. Sin embargo, aún no hemos visto a nadie más —Kina seguía sin querer ayudar y Melanie sospechaba que se trataba de una mezcla de miedo y confusión más que de terquedad deliberada. Eso era más del estilo del Doctor.

—El latido llegó y todo el mundo se detuvo excepto yo. Entonces me escondí.

El Doctor asintió.

—¿Y viste a donde se fue todo el mundo?

Kina parecía confundida. Miró a su alrededor, detrás del Doctor y a continuación alzó la vista hacia Melanie. Al ver esa mirada Melanie decidió agacharse y unirse a ellos en el suelo. Kina siguió sin decir nada.

—Queremos ayudarte, Kina —dijo Melanie en voz baja—. Sólo tienes que contarnos todo lo que recuerdes.

—Serpiente —la niña dijo finalmente.

—Serpiente —repitió el Doctor sin hacer muchos esfuerzos por disimular su frustración—. Eso ayuda —añadió, en un tono lo suficiente bajo para que Melanie lo oyera.

—¿Qué tipo de serpiente? —Melanie preguntó a Kina mientras lanzaba al Doctor una mirada que decía "Cállate y déjame hacerlo a mi manera"

—Una grande. En el cielo. Sin dientes. Y con ventosas y partes colgando

—¿Partes colg...? —comenzó a preguntar el Doctor pero una mirada feroz de Melanie le detuvo—. ¿Qué? Sigue sin servirnos, ¿verdad? —murmuró.

—¿Y entonces qué pasó?. ¿La serpiente asustó a todo el mundo? ¿Asustó a tu mamá? ¿Hizo que huyera?

Kina negó con la cabeza.

—No ha huido —el Doctor volvía a estar junto a ellos sin rastro alguno de irritabilidad—. Hola de nuevo, Kina —sonrió con su mejor sonrisa, diseñada para ganarse la confianza de las niñas más asustadas del Universo. Melanie tenía celos de aquella sonrisa. El Doctor la había usado con ella un par de veces—. ¿Puedes ver a tu mamá ahora?

Melanie estaba confundida, especialmente cuando Kina señaló detrás de ellos.

—¿Está bien? —preguntó el Doctor. Kina se encogió de hombros, pero continuó con la mirada fija, aparentemente según Melanie, en la puerta de una tienda.

—Si han desaparecido, Doctor —Melanie preguntó—, ¿cómo es que ella puede ver a su madre?

Sin apartar su rostro sonriente de la línea de visión de Kina, el Doctor habló en voz baja a su compañera.

—¿Qué es lo primero que hizo Kina cuando le preguntamos por primera vez por su madre? —Melanie cerró los ojos, tratando de recordar.

—Dijo, "hicieron desaparecer a mi mamá" —el Doctor negó con la cabeza.

—Tu mente está confusa y está mezclando lo que es cierto con lo que no. Sigue pensando.

—¡Lo tengo! "Pararon a mi mamá".

—¡Exacto! Pensábamos que habían desaparecido, pero no lo han hecho. Se han detenido. Literalmente. El tiempo se ha parado para estas personas, pero su entorno no está afectado. Por eso sigue habiendo lluvia, sol o viento. Todo continúa. Pero los amigos y la familia de Kina se detuvieron mientras todo a su alrededor continuaba su actividad.

Melanie frunció el ceño.

—¿Algún tipo de manipulación temporal?

—Una trampa intersticial inteligente —el Doctor se puso de pie y se alejó unos pocos pasos de Kina. Entonces se detuvo—. Kina, voy a acercarme y me gustaría que me dijeras cuando estoy tocando a tu mamá. ¿Te parece bien? Te prometo que no voy a hacerle daño. ¿De acuerdo?

Kina miró al Doctor y a Melanie, quien la sonrió para tranquilizarla, con la esperanza de que fuera suficiente para poner las cosas a favor. Funcionó. Kina miró al Doctor y asintió.

—Gracias, Kina —dijo—. Ahora sólo levanta la mano así cuando esté a punto de tocarla, ¿de acuerdo?

Una vez más, Kina asintió con la cabeza aceptando sus instrucciones. Cuando el Doctor dio unos pasos hacia su izquierda, Kina levantó su brazo como un resorte. El Doctor la sonrió.

—Muy bien Kina. Estás siendo de mucha ayuda y lo estás haciendo muy bien. ¿Puedo continuar? —Kina asintió. Parecía ser su forma favorita de comunicarse. El Doctor avanzó suavemente hacia adelante, estirando los dedos ligeramente—. Sólo avísame tan pronto como la toque, ¿vale?

—Vale —respondió Kina, rompiendo su silencio para añadir en voz baja—. Para. Ahí está mi mamá.

—¿Está también tu papá? —preguntó Melanie. Kina señaló a la izquierda del Doctor y Melanie se acercó lentamente al área indicada.

—Para —ordenó tras unos segundos. El Doctor sonrió a Melanie.

—¿Puedes sentirlo? —Melanie negó con la cabeza

—Yo tampoco —añadió el Señor del Tiempo—. Sin embargo, puedo sentir que aquí hay algo. Algo un poco... ¿fuera de sincronía? Muy bueno. Sí, llámalo intuición de Señor del Tiempo. Definitivamente hay una especie de destilación temporal por aquí.

—Entonces, ¿cómo podemos sincronizar a estas personas de nuevo con la realidad? —El Doctor se encogió de hombros y cogiendo a Melanie del brazo, la alejó de Kina.

—Honestamente, no tengo idea. Estoy más preocupado por qué clase de poder puede hacer esto y por qué eligió a Kina para no hacerla nada.

Melanie miró a su alrededor, protegiéndose los ojos del sol.

—No quiero poner eso en entredicho, pero sólo sabemos que es la única por ella. Sólo hemos visto esta ciudad —el Doctor asintió con la cabeza.

—Y, por supuesto, sólo tenemos su versión de que sus padres estaban donde ella dijo. Pero como ya he dicho, algo raro pasa aquí.

—¿Es un don de Señor del Tiempo? ¿Un sexto sentido?

—Considéralo tan natural para mí como para ti es el hecho de respirar.

Melanie se mordió el labio.

—No veo qué más podemos hacer aquí. Sea lo que sea que Rummas quería que rastreásemos no está a la vista y creo que una niña asustada y atrapada es definitivamente más importante.

El Doctor arqueó una ceja mientras se agachaba para tamizar la arena entre los dedos.

—¿Estás diciendo que nos llevemos a Kina en la TARDIS? —Melanie asintió.—¿Y entonces qué? ¿Dejarla sola con Rummas en la Biblioteca? ¿Sin sus padres? No creo que sea buena idea —el Doctor se levantó, viendo como los últimos granos de arena caían al suelo—. Mi TARDIS no es un autobús, Melanie. No puedo andar llevándome a la gente lejos de sus hogares sólo porque crea que puede ser lo mejor para ellos. Es una solución a corto plazo, sin duda. Después de todo, lo que acabe haciendo en Carsus no hará que estemos más cerca de encontrar la manera de llevar a sus padres y el resto de habitantes de Schyllus a su línea temporal... línea temporal...

Melanie reconoció esa mirada. El cerebro del Doctor estaba iniciando repentinamente una nueva línea de pensamiento, dejándola atrás. Después de unos momentos, volvió a preguntarle.

—¿Y bien?

—Melanie Baal ¿Qué pasaría si hemos entendido todo mal?

—No sería la primera vez —bromeó la joven.

—En serio. ¿Qué pasaría? ¿Qué pasaría si no son los habitantes de este lugar los que están atrapados en alguna ruptura intersticial temporal sino que somos nosotros? —Melanie no estaba segura de estar entendiéndole.

—¿Estás pensando que estamos equivocados? —el Doctor sonrió.

—Estoy pensando en el clima. Empezó a llover y al instante comenzó a hacer el mismo calor que un día de verano. El suelo está seco y no hay evidencia de que haya llovido en años, pero ambos sabemos que ha pasado. Supongamos que estábamos cruzando a través del tiempo intersticial y que la lluvia sucedió hace meses. Ajustando el nuevo marco temporal el clima ha cambiado. De ahí el sol que hace ahora. Estábamos adaptándonos a este flujo temporal. Si nos quedamos más tiempo, nuestros cuerpos se "encontrarán" con los amigos y la familia de Kina. Ellos no están desincronizados. Lo estamos nosotros.

Melanie se encogió de hombros.

—De cualquier manera no nos ayuda. No sabemos cuánto tiempo va a tardar.

El Doctor miró a Kina, ahora sentada en la carretera dibujando patrones circulares en la arena con un palo.

—No está vestida para el clima húmedo, ¿verdad? Lleva puesto un mero vestido de verano. El cambio en el clima fue una sorpresa tanto para ella como para nosotros, pero por diferentes razones. Nosotros nos preguntamos donde se había ido la lluvia, mientras que ella quería saber de dónde había venido.

Melanie deslizó su brazo bajo el suyo, acercándole.

—Hay otra posibilidad —susurró. El Doctor hizo una mueca.

—¿Qué lo que vemos como una niña desconcertada que extraña a su madre es en realidad un monstruo voraz que nos está tendiendo una trampa?

Melanie lo consideró por un instante.

—Eso no era lo que estaba pensando, pero ahora que lo mencionas, parece más plausible que mi idea.

—¿Cuál?

—Que todo esto es una ilusión y todavía estamos en Carsus. En la Biblioteca —el Doctor le acarició la mano.

—Aunque claramente prefiero tu versión, estoy empezando a sospechar que la mía puede estar más cerca de la verdad —se apartó de Melanie y volvió a Kina, arrodillándose ante ella para observar el patrón que había creado en la arena.

—Es muy bonito, Kina. ¿Qué es?

—Un desgarró espiral —respondió. El Doctor pudo ver los círculos concéntricos que creaban dicho efecto.

—¿Y dónde está el desgarró? —Kina trazó entonces una línea a través del adorno, rompiendo todos los círculos—. Ah. Ahí está.

—Es lo que debe hacerse —dijo Kina simplemente. Melanie vio como el Doctor casi daba un respingo. De hecho, bien podría haberlo hecho, pero al igual que el Doctor, se asustó al oír la voz de Kina. Ya no era la de una niña. Era una voz masculina y de una persona mayor que Kina. Miró a los dos mientras Melanie se agachó junto al Doctor. La joven había oído la expresión de que los ojos son el espejo del alma. Si eso fuera cierto, ahora Kina tenía un alma atormentada, totalmente diferente a la que había estado con ellos anteriormente. Sus ojos estaban inyectados en sangre y con las pupilas tan dilatadas que el iris ahora era sólo una mancha de color rojo oscuro.

—He visto suficientes películas de Stephen King para que esto me asuste —Melanie murmuró.

—Fascinante —apostilló el Doctor—. Transferencia de personalidad completa, resultando en la contracción del... —Melanie le hizo callar.

—No necesitamos ciencia ahora Doctor, sólo la lógica —Kina la sonrió, pero Melanie no estaba segura de que no fuese un rictus provocado por un demonio listo para devorarla.

—Siento haberles alarmado —dijo Kina de nuevo con voz de hombre—. Estoy canalizando la señal a través de nuestra hija ya que ella parece ser la única que escapó del ataque. Me llamo Hemp y Kina es mi hija. Por favor, no se alarme. Es un proceso natural para nuestra especie, pero entiendo por sus reacciones que no están familiarizados con ella. Kina está perfectamente. De hecho les reconfortara saber que ahora está en mi mente hablando con Marka, su madre. Mi mujer —el Doctor se sentó con las piernas cruzadas, como si hablar con niñas poseídas fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo podemos ayudar?

—No estoy seguro, Doctor. Nuestro mundo fue atacado, exactamente como Kina les dijo. Creo que nos movemos a un ritmo más rápido que el de ustedes. Cada vez que hablamos, espero treinta minutos para escucharles. Utilizo un programa para acelerar las palabras y poder entenderles.

—Oh

Hemp rió.

—¡No valía la pena esperar por eso! Gracias por encontrar a Kina. No estoy seguro de cómo podremos traerla de vuelta a nuestro mundo físico a ella y quizás a usted y a Melanie Baal, pero lo estamos intentando —el Doctor asintió.

—Entendido. ¿Tiene alguna idea de por qué a Kina le afectó de esta manera? ¿Alguna vez mostró algún poder de manipulación cronológica? ¿Alguna señal de que pudiera operar en estados alterados o planos?

Se produjo una larga pausa, y Melanie preguntó si las preguntas habrían estropeado sus programas de reconocimiento de voz, pero el Doctor la hizo callar. Pasados unos minutos, Hemp volvió a hablar a través de Kina.

—No, Doctor. Ninguno de nosotros había registrado nada como esto antes.

—¿Qué os invadió, entonces? Echemos un vistazo a eso a ver si podemos sacar conclusiones.

Kina jadeó y sus ojos se abrieron como platos. Melanie tuvo tiempo de observar que habían vuelto a la forma y el color originales de la niña. Entonces cayó hacia adelante.

—¡Kina! —gritó el Doctor apresurándose a cogerla— ¿Hemp?

Cuando Kina cayó al suelo, Melanie pudo ver lo que estaba detrás de ella. Antes no había nada, estaba segura de eso, pero ahora sí. Al principio pensó que era pequeño, pero mientras observaba, comenzó a crecer hasta llegar a los dos metros. Una criatura con cuerpo en forma de serpiente, de color verde, largo, delgado y sin rostro. En su lugar, sólo unas fauces abiertas, con zarcillos y ventosas. Si tenía ojos, Melanie no podía verlos, pero por la forma serpenteante en que la cabeza iba de un lado a otro, claramente tenía alguna especie de visión porque estaba tratando de calcular su tamaño y el del Doctor. El Señor del Tiempo había recogido el cuerpo inconsciente de Kina cuya cabeza colgaba ligeramente hacia atrás en sus brazos.

—Un Lamprey —susurró.

—Un Señor del Tiempo —el Lamprey siseo, aunque su voz parecía venir de todas partes.

—¿Un qué? —preguntó Melanie deseando participar de alguna manera. El Doctor no apartó ni un instante la vista de la criatura que se mecía de un lado a otro.

—Un Lamprey. Criaturas que existen dentro del vórtice espaciotemporal, capaces de coexistir en varios lugares a la vez y que se alimentan de energía chronon —abrazó con fuerza a Kina mientras se dirigió al Lamprey—. ¿Cómo llegaste a un mundo tridimensional?

—Mi secreto. Nuestro secreto. Pero ahora estamos aquí, a través de todo el espacio y todo el tiempo.

—No hace falta repetir el segundo "todo" —corrigió Melanie, esperando que el humor ayudase—. Los extraterrestres jamás dominaréis la sintaxis.

El Doctor negó con la cabeza.

—Lamentablemente, está diciendo la verdad, Melanie. Todo el tiempo y todo el espacio. Todos los universos, las realidades paralelas. Todo. En mi hogar, mi pueblo pasó milenios estudiando a estas criaturas, tratando de encontrar una manera de mantenerlas encerradas lejos de la pura existencia.

—¿Por qué? ¿Qué hacen?

—Devoran el tiempo. No hay nada que les guste más que extinguir por completo todo un multiverso de la realidad sólo para alimentarse—. Melanie dio un paso atrás.

—Genial.

—¡Y quiero a la niña! —bramó el Lamprey— ¡Ahora!

—Imposible —respondió el Doctor, quien se puso en acción inmediatamente, dejando a Kina en el suelo y envolviéndola por completo con su enorme abrigo. El Lamprey se desvaneció. El Doctor sonrió débilmente.

—Melanie, necesitamos volver a la TARDIS ahora. No te detengas por nada en absoluto —a continuación miró a ningún lugar en particular—. Hemp, si todavía puede oírme, estoy llevándome a Kina a un lugar seguro. ¡Confíe en mi por favor!

Echaron a correr hacia la calle comercial donde se encontraba la TARDIS.

—¿Por qué la arropas tanto? —preguntó Melanie, señalando a Kina. Mientras corrían, el Doctor comenzó a jadear.

—Porque el Lamprey necesita concentrarse en ondas mentales muy específicas. Si lo consigue puede alojarse en ellas y abrirse paso por su realidad. Es por eso que Kina estaba en el desagüe cuando la encontramos. No podía alcanzarla ahí abajo. Tenía que tenerla a la vista. Cuando sucedió lo del latido, no afectó a la gente. Le afectó a ella. Debe tener una sensibilidad temporal inusual, una mutación en el desarrollo natural de su especie.

—Conozco la sensación —contestó Melanie, frotando las escamas de su brazo.

—Los Lampreys siempre están buscando seres con sensibilidad temporal en cualquier mundo y los utilizan como un ancla para llegar. Mi abrigo es lo suficientemente grueso como para protegerla de las sondas mentales de los Lampreys hasta que estemos a salvo a bordo de la TARDIS.

Por fin avistaron la TARDIS. Melanie tenía su llave preparada y fue la primera en meterla en la cerradura. Tras abrir la puerta se dio la vuelta para coger a Kina de los brazos del Doctor. El Doctor tropezó en el último minuto y Melanie tuvo que abalanzarse rápidamente a recoger a la niña que se había desenvuelto del abrigo. El Lamprey reapareció al instante, abalanzándose hacia la niña pero Melanie fue más rápida interponiéndose en su camino. El monstruo cambió su dirección y sus fauces escupieron pequeñas partículas eléctricas de color azul hacia ella que, afortunadamente, no alcanzaron su objetivo.

Esto dio tiempo al Doctor para recoger el cuerpo inconsciente de Kina y correr hacia la TARDIS. Melanie hizo lo mismo con el abrigo y se lo puso sobre los hombros. La Lamprey fue hacia la izquierda, luego a la derecha y finalmente a la izquierda. Melanie copió sus movimientos a la perfección. Con un último siseo desafiante, volvió a desaparecer. Melanie apenas escuchó el sonido semejante al latido de un corazón que pronto se desvaneció. Tras recuperar el aliento siguió a su amigo hacia la TARDIS. El Doctor estaba sentado con las piernas cruzadas en la sala de control de la nave, tratando de despertar a Kina.

—No funciona, está en estado de coma —dijo en voz baja. Melanie activó el control de la puerta y se mantuvo en silencio mientras las puertas se cerraban tras ella. El Doctor la miró y señaló la palanca roja de la consola.

—Activa eso también, por favor.

Melanie hizo lo que le pidió, y segundos después la TARDIS se desmaterializaba de Schyllus y emprendía el camino de regreso a la Biblioteca en Carsus. El Doctor se puso de pie y colocó a Kina en los brazos de Melanie.

—Llévala a una habitación, por favor. Y quédate con ella.

—¿Y tú?

—Necesito contactar con Rummas. Si los Lampreys están cruzando a través de realidades, puede haber un buen número de mí y de ti alternativos allí fuera, entrando en contacto con Lampreys. Necesito advertirlos.

—Dejando a un lado el dolor de cabeza que estoy teniendo sólo por lo que acabas de contarme así porque si, ¿cómo va a poder hacer eso Rummas?

El Doctor respiró hondo mientras se ponía el abrigo para después mirar seriamente a Melanie.

—Como dijiste cuando salimos de Ariel, él es un ladrón además de bibliotecario. Y tiene en su poder una antigua reliquia Gallifreyana que nunca debería haber salido de casa. La Cámara Espiral. Y es probable que tengamos que destruirla.

Melanie suspiró profundamente.

—Por supuesto —contestó—. Como siempre.

El Doctor observó con tristeza como ella y Kina atravesaron la puerta hacia alguna otra habitación más confortable y segura. No era justo. La pobre Melanie ya había tenido una vida bastante dura como híbrida de dos formas de vida. ¿Acaso él tenía derecho a hacerla pasar por más sufrimiento? Tal vez era el momento de enviarla a casa. Rummas sería capaz de hacer eso, seguro. Estaba a punto de seguir a Melanie al interior de la TARDIS cuando se chocó con ella junto a la consola. Era extraño. No recordaba haberla visto salir. Estaba de espaldas a él mientras miraba un agujero en la pared opuesta. Él le dio un golpecito en el hombro.

—¿Soñando despierta Melanie? Eso no es propio de ti —se acercó a la puerta interior—. Bueno, no hay mucho tiempo para... ¡Oh!.

Al darse la vuelta para hablar de nuevo se dio cuenta de que Melanie ya no era Melanie Baal. Era Melanie, pero una Melanie completamente humana y parecía tan alarmada al verle como él. Estaba diciendo algo mientras miraba a su alrededor. Parecía como si hubiera otras personas en la sala de control y el Doctor empezó a preguntarse si estaba relacionado con lo que había pasado fuera.

—Esto no puede estar bien —dijo, decidiendo instantaneamente ignorarla por el momento y cruzar hasta la consola. Todavía seguían en su curso hacia Carsus, así que nada había cambiado. Entonces recordó lo que le había contado a Melanie, su Melanie, sobre realidades paralelas. Esta Melanie humana podía ser de una de ellas y él podría estar viendo otras Melanies o Doctores alternativos, lo que ofrecía una nueva realidad menos agradable. ¿Por qué era ella quien estaba viéndolos a todos en lugar de él? Por supuesto, la teoría de los universos paralelos, multiversos y hasta un omniverso no era nueva. Muchas de ellas habían abundado desde que comenzaron las investigaciones hacía miles de años en su hogar sobre los orígenes de las Lampreys. Pero era como la gallina y el huevo. ¿Existían las Lampreys debido a los multiversos o éstos se crearon accidentalmente porque los Señores del Tiempo comenzaron a entrometerse con la existencia única de las Lampreys dentro de las espirales de la vorágine?

Aunque esto no lo hacía más fácil. Porque si esta nueva Melanie estaba viendo a los demás y él no, significaba que ella era la Melanie primigenia, por así decirlo. La verdadera Melanie y él y su Melanie eran alternativas.

—No me gusta nada esto —pensó—, pero no debe impedirnos descubrir la verdad.

Observó a esta Melanie de piel rosada por unos instantes, manteniendo conversaciones silenciosas. Claramente algo o alguien había entrado en la TARDIS y esto había captado su atención.

—¡Claro! —exclamó para si mismo— Ya lo entiendo todo. Melanie. La Lamprey va a forzar una confrontación y usar toda nuestra energía chronon para alimentarse. Kina es una trampa. No la quería en absoluto. Nos quería a nosotros. A mí. A mi TARDIS. En todas las realidades, seres con extrasensibilidad temporal van a compartir las experiencias de Kina. Doctores como yo vamos a tratar de ayudarles.

Pero se había quedado solo. Melanie había desaparecido. Pensó en lo que podría hacer a continuación. Si llevaba a Kina a Carsus, ¿estaría la niña salvo o él estaría haciendo lo que quería el Lamprey? ¿Y qué podía decirle a Melanie?

Se quedó mirando la consola y entonces tomó una decisión.

Capítulo Nueve

Nostalgia

Imaginad, si lo preferís, un vórtice. Un vórtice verdaderamente poderoso que arrastra a su interior todo lo que se interpone en su trayectoria. Un vórtice compuesto por un número infinito de, bueno, niveles para el que quiera una mejor descripción. Y si parecen disminuir a medida que se acercan al fondo del vórtice, tenedlo por seguro, es una ilusión. En este vórtice no hay fondo. Está hecho de energía chronon y por consiguiente es de naturaleza temporal, interminable. Eterno. Sin fondo, ni parte superior, ni parte media. Tampoco es lineal ni polifacético. Es totalmente único y está, en teoría, situado en el centro de la creación. Por supuesto, en un multiverso que se expande exponencialmente, que no está fijo y es infinito por naturaleza, un "centro" es una imposibilidad teórica y práctica. Desde hace milenios los eruditos han tratado de desentrañar la verdad de lo que han llegado a referirse como "La Espiral". Han fracasado porque, por supuesto, no pueden asegurar si cada vez que examinan la Espiral, están viéndola exponencialmente o aleatoriamente.

Se especula que hay criaturas viviendo dentro de los confines de la Espiral, criaturas que tienen acceso a múltiples dimensiones y realidades. Aunque estas teorías no se pueden refutar ni se pueden probar, mientras no se encuentre un método de determinación aceptable. Nadie puede ni siquiera estar seguro de si estas criaturas existen, de si debido a sus cruces de las líneas temporales, son realmente duplicados temporales de una sola criatura inicial o si en realidad son legión.

Sin embargo, si estas criaturas, que al parecer se han visto y descrito como Lampreys debido a su apariencia, existen, la energía que deben poseer está también más allá de toda medida. Algunas teorías sugieren que estas Lampreys pueden cruzar desde otro plano de existencia, o incluso realidad, a voluntad. Si se acepta la existencia de realidades paralelas, y hay suficientes pruebas de esto en varios de los campos de investigación encontrados en los registros de la Red APC, entonces el hecho de que estas criaturas puedan entrar y salir es tanto emocionante como preocupante. Ya que si se produjeran brechas, si de alguna forma la Espiral resultase dañada y se permitiesen filtraciones entre estas realidades, toda la creación se sumiría en el caos y en última instancia sólo las Lampreys sobrevivirían. Si se alimentan, como se conjeturaba anteriormente, de energía temporal, entonces la energía accesible en el sinnúmero de realidades que se crearían cada nanosegundo por el caos y la casualidad, les suministraría alimento para, en teoría, toda la eternidad.

Entre los otros, posiblemente apócrifos, mitos que envuelven a estas Lampreys es que han sido vistas por crono-sensibles viviendo una casi corpórea existencia en algunos planetas, camuflados como nativos. Algunos relatos dicen que están ahí esperando una oportunidad de absorber la energía chronon de un planeta en caso de que sufran un contratiempo temporal, otras historias relatan a Lampreys optando por abandonar su existencia nómada en el Vórtice y vivir realmente en el planeta elegido como uno de los nativos, pero para toda la eternidad, no buscando otra cosa que paz y tranquilidad.

Ninguna de esas leyendas ha sido probada.

Estas criaturas tienen, por lo tanto, que ser estudiadas en cada oportunidad y, si es necesario, encontrar un modo de controlarlas o destruirlas.

Por el bien de la creación.

Coordinador Rellox, Consejo Arcaliano de Investigación Temporal.

Informe admitido pero prohibido por orden del Presidente Pandak III.

Mel desactivó el monitor y el banco de datos de la TARDIS zumbó y volvió a meterse en su hueco en la consola.

—Uau —dijo—. Tu gente sabe cómo usar un centenar de palabras para decir algo sencillo.

—¿Sencillo? ¿Sencillo? Esas investigaciones llevaron decenas de miles de años.

—Oh, lo sé —dijo Mel—. Pero lo único que tenían que decir era: Espiral. Mantenerse Alejados. Criaturas Peligrosas Sueltas. Pueden Amenazar la Creación si se Permite que Escapen —sonrió al Doctor—. ¿Ves?, mucho más simple.

El Doctor apretó algunos interruptores y giró un dial o dos, como si tratara de convencerla de que estaba haciendo una tarea importante. Mel no se dejó engañar ni por un momento.

—Además, ¿cómo conseguiste esa información si el Presidente Oso Panda Tercero lo

prohibió?

El Doctor la ignoró, fingiendo ahora que examinaba una complicada lectura de una cinta de teletipo que salía a borbotones de una ranura de la consola, que Mel estaba segura que no había estado ahí antes.

—Interesante —murmuró—. Interesante.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? Oh, nada —dijo como ocultando un gran secreto.

Mel suspiró. A veces podía ser como un niño grande. Probó un enfoque diferente.

—De acuerdo, Doctor. Estoy impresionada. Impresionada de que los Señores del Tiempo descubriesen la Espiral, las Lampreys y la amenaza que representan. Estoy impresionada de que los Señores del Tiempo inventasen las TARDIS, la ingeniería transcendental y una máquina que puede convertir las gominolas en regaliz de todas clases y viceversa. ¿Satisfecho?

Su compañero se encogió de hombros.

—No sé que quieres decir. No quería que estuvieras "impresionada". Sólo pensé que te podría interesar aprender todo lo que se sabe acerca de nuestro enemigo, eso es todo.

Mel quería darle una patada, verdaderamente odiaba cuando se ponía en ese plan.

—Y lo he memorizado. Bueno, resumido por lo menos. Pero no va a traer a Helen de vuelta, ¿verdad?

—Interesante nombre.

—¿Qué, "Helen"? Viene del griego, significa "Brillante". Probablemente derivado de Helios —Mel cruzó la mirada con él—. ¿Ves?, yo también puedo ser petulante e irritante.

El Doctor simplemente le lanzó esa "mirada" y dijo en voz baja:

—No creo que sea una coincidencia que su apellido sea Lamprey.

Mel pilló la indirecta y decidió tomárselo en serio.

—Pero, ¿qué conexión puede haber? Tanto Helen como su padre parecían tan sorprendidos como nosotros al ver a esa criatura.

—Sin embargo a ninguno le afectó la condensación del tiempo. Ni la mente de Sir Bertrand se ajustó después de que Helen fuese abducida, lo que indica que es alguna clase de crono-sensible.

—Entonces, ¿ahora qué?

El Doctor presionó algunos interruptores con un ademán bastante exagerado y sonrió a Mel.

—¿Volver a Carsus, descubrir lo que Rummas ha estado tramando y ver que pasa después?

Si abría los ojos, moriría. O vería algo horrible. O se le obligaría a volver a ver a la criatura. O...

Si mantenía los ojos cerrados apretados con fuerza, luchando para impedir que irrumpiese el mundo exterior, estaría a salvo. A salvo de serpientes sin cabeza.

—¿Hola?

Era una voz. La voz de una chica. Podía oírla claramente, así que tenía que estar cerca.

¡Maldita sea!

Abrió los ojos.

Ni serpiente. Ni horrores. Nada. Nada en absoluto.

—¿Hola? —respondió, alarmado por lo ronco que sonaba. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo.

Una respuesta.

—¿Quién está ahí? —le llegó la voz de la chica—. No veo a nadie. Está oscuro.

Eso era cierto. Se le había cruzado por la cabeza que no había abierto en absoluto los ojos, pero al mirar hacia abajo podía verse flexionando los dedos, muy vagamente, así que sus ojos estaban abiertos.

—No sé donde estoy. O dónde estás tú —dijo a su vez—. Lo siento, no soy de mucha ayuda, ¿verdad?

—Marlern, ¿eres tú?

—No. Lo siento, soy DiVotow Nek. ¿Cómo te llamas?

La voz provenía de su izquierda, bastante lejos, así que volvió la cabeza en esa dirección. Intentó moverse hacia delante y ahí fue cuando se dio cuenta de que estaba...

bueno, no podía mover las piernas. Ni doblarlas. De hecho, sólo tenía libre el brazo izquierdo y la oscuridad no se estaba volviendo más brillante. Eso era inquietante.

—Y no puedo moverme —añadió DiVotow con pesar—. Lo que es un problema.

—Yo tampoco —dijo la chica a su vez—. Soy Haema Smith. ¿La criatura también te atrapó?

—¿Esa cosa con forma de serpiente?

—¡Sí!. Sin cabeza. Marlern estaba conmigo, pero ahora no está.

—¿Cómo lo sabes?

Hubo un momento de silencio y después:

—Buena pregunta. De acuerdo, no puedo verle.

—¿Podéis ver algo?

La cabeza de DiVotow se volvió bruscamente hacia la derecha. Una nueva voz, masculina, había preguntado eso.

—No —dijo con prudencia—. ¿Y tú eres?

—Mi nombre es Kevin Dorking. Hace un minuto estaba en mi dragster, y después me encontré aquí, oyéndoos a los dos.

—¿Dragster?

—No importa. Tampoco puedo moverme, pero puedo ver a alguien en el suelo, Haema. ¿Podría ser tu amigo? Creo que está desmayado —tal vez reconociendo su falta de tacto, el recién llegado cambió rápidamente de tema—. Entonces, ¿alguien tiene idea de cuánto tiempo llevamos aquí?

—¿O dónde estamos? —añadió Haema.

Un rayo de una luz muy brillante surgió delante de DiVotow, iluminándolo todo a su alrededor, pero haciéndole parpadear durante unos cuantos segundos. Retorciéndose en el centro de la luz estaba la criatura que había visto en los cielos de Utopiana, aunque ahora más pequeña. Pero no menos imponente. O absolutamente aterradora.

Le acompañaba el palpitante ruido que también había oído la última vez, el rítmico latido que amenazaba tanto con abrumar como con relajar sus sentidos. Era casi hipnótico...

¡Hipnótico! Tenía que librarse de eso. Este monstruo pretendía hacerle daño, de eso estaba convencido. Cerró la mano derecha, dejando que las uñas se hundiesen en la palma, actuando como una pequeña pero apreciable y ligeramente dolorosa distracción. Que era lo que necesitaba.

Volvió la cabeza a izquierda y derecha, capaz ahora de ver las imprecisas formas de Haema y Kevin. También podía ver al otro tipo desplomado hacia delante de una manera extraña cerca de Haema, presumiblemente Marlern.

DiVotow se dio cuenta de que sus piernas, hasta justo por encima de las rodillas, estaban incrustadas en barro o alguna otra sustancia. Esa era la razón por la que no podía moverse. Haema y Kevin estaban envueltos de forma similar. Marlern estaba colgado hacia delante, pero atrapado en posición vertical debido al mismo proceso.

—Haema —gritó DiVotow—. Intenta despertar a tu amigo. Pero con sumo cuidado.

—¿Por qué?

—Porqué se romperá el cuello si se despierta demasiado repentinamente.

—Haema estaba mirando a Marlern, al menos eso pensaba DiVotow. Era difícil estar seguro en esta oscuridad.

La criatura de la luz estaba girando de un lado a otro, toda su cabeza se sacudía hacia atrás y adelante, como si evaluara a sus cautivos. De repente se paró, los zarcillos del área de la cara vibraron cuando habló.

—Bienvenidos a la Espiral, mis crono-sensibles. Cada uno de vosotros es, al parecer, lo mejor que vuestras realidades tienen que ofrecer —se volvió a mirar al inconsciente Marlern—. Excepto él.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Haema con voz temblorosa.

—No sirve para nada. No tiene ni un ápice de energía chronon. Un desecho.

—No es un desecho —gritó a su vez Haema—. ¡Es mi amigo!

DiVotow no entendía toda esa mierda de "crono-sensibles", pero podía ver que significaba algo para el monstruo. Y si Marlern no era uno, entonces Haema había cometido un error, aunque uno comprensible, protegiéndole. Le daría a la criatura ventaja sobre ella. Diablos, también sobre DiVotow, porque, aunque no conocía a ninguna de estas personas, era claramente un caso de ellos contra la criatura.

—¿Así que quieres que siga vivo? —preguntó la criatura. Haema dijo que sí, que, como DiVotow sospechaba, era exactamente lo que la criatura quería que dijera.

—Entonces harás lo que se te pida o morirá. Lenta y dolorosamente —añadió. Innecesariamente, pensó DiVotow. De alguna forma la amenaza estaba implícita en el tono de voz.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Kevin.

—Simple —otro rayo de luz se encendió detrás de la criatura. Dentro, inmóvil y aparentemente inconsciente, había una chica. Alta, de bonitos pómulos y con aspecto elegante—. Esta criatura encarna a la energía chronon. Es vuestro trabajo mantenerla viva permitiéndole absorber la energía chronon que corre por vuestros cuerpos.

—¿Y exactamente cuánto nos dolerá eso? —preguntó Kevin.

"Buena pregunta", pensó DiVotow. "Me va a gustar este tipo, piensa con la cabeza".

La criatura soltó una carcajada. No fue un sonido agradable.

—No seríais útiles para mí... para nosotros... muertos. Observad.

Y DiVotow sintió que su cabeza se lanzaba hacia atrás y sus ojos se cerraban instintivamente. Y sintió que estaba en algún tipo de montaña rusa de una feria, descendiendo sin barra de seguridad. Quería gritar, pero Haema estaba chillando suficiente por todos ellos.

Después se paró y sintió que sus pulmones se volvían a llenar de aire. Jadeando, abrió los ojos y ahora estaba mirando hacia abajo, la chica guapa de la luz estaba tumbada con los miembros extendidos directamente debajo de él. Volvió la cabeza, Haema y Kevin estaban en la misma posición y se dio cuenta de que el también lo estaba. Sus manos y piernas estaban cerradas en sólidos guantes como cepos, su cuerpo en un artefacto en forma de ataúd. Una serie de tubos transparentes salían desde cada uno de sus cepos y bajaban hasta el artefacto como un ataúd en forma de estrella donde la chica estaba metida.

Marlern, sin embargo, estaba tirado más abajo en el suelo, todavía parecía como si estuviera dormido. O muerto. No había tubos que le unieran a la chica.

Había un cuarto ataúd, desocupado, ligeramente a la izquierda de DiVotow, y mucho más pequeño que el suyo o el de los otros.

Un niño. La criatura estaba esperando a un niño.

El latido comenzó de nuevo y después de unos pocos instantes, la criatura apareció flotando en el espacio entre ellos y la inconsciente chica. Miraba hacia el artefacto en forma de ataúd vacío.

—Desgraciadamente, ha habido una demora en conseguir a Kina de Schyllus, así que los otros tres tendréis que donar más que vuestra cuota. Deberíais esperar que aparezca pronto.

Y se desvaneció.

—¿Ahora qué? —preguntó Haema.

Como respuesta, DiVotow sintió que algo fluía a través de su cuerpo, arrebatándole la respuesta, y los tubos que le conectaban con la chica empezaron a resplandecer ligeramente.

En unos pocos segundos, DiVotow no deseaba otra cosa que dormir. Sintió como si toda su energía estuviera siendo drenada de su cuerpo.

El Doctor y Mel estaban deambulando por los pasillos interminables de la Biblioteca de Carsus una vez más. No parecía haber señales de Rummas ni de los señores Woltas o Huu. Lo que era extraño ya que habían llamado antes desde la TARDIS y Rummas había prometido reunirse con ellos en el pasillo fuera de la Sala de Lectura donde Mel se había topado anteriormente con los extraños Guardianes.

—¿Qué pasa con los Señores del tiempo y el tiempo —preguntó Mel inocentemente —,

que la única cosa que no pueden hacer realmente es contarlos?

El Doctor gruñó y abrió de un empujón la puerta de la Sala de Lectura.

Mel quería estar sorprendida, pero en realidad no lo estaba, de que a pesar de haber atravesado esta puerta con anterioridad, se le permitió entrar en un final diferente de la Sala de Lectura que no había esperado.

Lo que causó que sus cejas se elevaran, fueron las tres personas en la habitación.

Una era el profesor Rummas, muerto, lo suponía debido a la larga aguja de tejer sobresaliendo de la base de su cráneo. Estaba tirado boca abajo en la alfombra delante de la chimenea.

Agachado sobre él, con las manos aún en el arma, había un hombre al que Mel

nunca había visto antes, vestido con un abrigo deportivo marrón con coderas de piel y pantalones anchos azul marino. Llevaba un pequeño par de gafas y se pasó la mano por el fino cabello de plata.

De pie más atrás, con los brazos cruzados y una mirada desdeñosa en la cara como si estuviera viendo un programa de televisión aburrido en lugar de un asesinato, se encontraba una mujer más joven. De unos veintitantos, el pelo y el maquillaje le dijeron al instante a Mel que era de su planeta, en torno a la década de 1950.

Ninguna persona reconocía al Doctor o a Mel, y Mel imaginó por qué.

—¿Otro derrame temporal?

El Doctor lo confirmó y se dirigió directamente al cuerpo de Rummas, arrodillándose, haciendo caso omiso al asesino, que ahora se enderezaba, que estaba hablando, tristemente en silencio, con la mujer. Sin embargo Mel se dio cuenta, de que él no la miraba, de hecho, su atención estaba aún en el profesor muerto.

—¿Probabilidad o certeza? —se permitió preguntar Mel, intentando permanecer indiferente.

—Buena pregunta, Mel —respondió el Doctor, buscando ahora a los autores de este infame crimen—. Espero que “probabilidad”.

—Y yo también —dijo Rummas desde atrás.

De nuevo Mel estaba sorprendida de no estar sorprendida por su llegada.

—Me pregunto cuál era el objetivo de todo esto —pasó por delante de ella y se arrodilló junto al Doctor, intentando tocar la aguja, pero su mano la atravesó limpiamente.

Mel se dio cuenta de que hacía una mueca. ¿Era sensible a los derrames temporales? Pero como Señor del Tiempo, debería ser precisamente lo contrario, no debería afectarle en absoluto. ¿Por qué le dolía?

—No estoy seguro de que debas hacer eso, Profesor —estaba diciendo el Doctor.

—Está bien —respondió el profesor—. Siempre me da una punzada cuando me descubro a mi mismo muerto. Creo que es una forma que tiene el tiempo de decirme que tenga cuidado.

El Doctor se puso de pie, contemplando a la pareja que ahora estaba discutiendo, sus

bocas se movían furiosamente con silenciosa ira.

—Por lo menos tenemos una imagen de nuestros asesinos.

—Sospechosos —le corrigió Rummas, y el Doctor hizo un gesto con la mano como si, a regañadientes, aceptase el castigo—. Y asumiendo que han sido ellos todas las veces —continuó Rummas—, me gustaría creer, si lo es, que se deben estar hartando de matarme.

—Esta vez a tí no —dijo Mel, señalando al Doctor.

—Sospechaba que el Doctor era un inocente espectador que se interpuso —le recordó Rummas—. Me pregunto quienes son.

—O de dónde vienen.

El Doctor estaba ahora de pie junto a la mujer.

—Así a ojo, la Tierra —dijo.

Mel asintió.

—Sí, de la década de 1950 otra vez —dijo—. La época de Helen Lamprey.

El Doctor estaba tratando de examinar el bolso de la mujer, aferrado contra su muslo. Al ser insustancial, no podía moverlo, así que estaba intentando verlo lo mejor que podía desde todos los ángulos.

—Hay un monograma en el cierre —explicó finalmente—. Una inicial es una M, pero no puedo ver la otra.

Rummas sacó algo del bolsillo.

—Me pregunto si esto servirá —murmuró y lo sostuvo delante de él.

—¿Qué es eso? —preguntó Mel.

—Una cámara digital, conectada a los registros de la biblioteca central. Si alguno de ellos es famoso de alguna manera, debería poder dar una coincidencia, dados los parámetros. Limitados como son.

Hizo una foto y mientras lo hacía, desaparecieron con un guiño.

—Interesante —murmuró el Doctor.

—Molesto —replicó Mel.

—No, realmente no, lo esperaba. Pero fue una coincidencia o algo en algún lugar quiere evitar que les saquemos una foto y se los llevó rápidamente?

Rummas se encogió de hombros, frotándose la parte posterior del cuello como si subconscientemente sintiera la herida de su ahora desaparecido doopleganger. Mel se dio cuenta de que el Doctor estaba mirándole con curiosidad.

—Me pregunto si de ahí es de dónde viene la idea de alguien caminando sobre tu tumba.

—¿Perdón?

—Es una frase de mi hogar —explicó Mel—. Cuando te estremeces involuntariamente —miró al Doctor—. ¿Estás sugiriendo que lo que realmente es, es alguna persona alternativa desplazada en el tiempo, caminando sobre una tumba futura?

—Podría ser. Ondas temporales y todo eso —de repente, el Doctor sonrió—. ¿Conseguiste una foto, Profesor?

Rummas se acercó a una de las mesas plagadas de libros, la despejó y golpeó algo en el lateral. La parte superior de cuero se levantó revelando una pantalla con algunos controles e interruptores en su parte inferior.

—Bien, eso es lo que yo llamo una edición electrónica —dijo Mel.

Rummas colocó la cámara en una pequeña área debajo de la pantalla e inmediatamente la pantalla mostró las fotografías que había tomado. Había cinco fotos de la habitación, dos de las cuales mostraban claramente a los autores del crimen antes de que se desvanecieran en el aire.

—¿Así que tienes aquí una base de datos que nos ayudará a identificar a esos dos? —preguntó el Doctor—. Después de todo, con el conocimiento adquirido de billones de civilizaciones, deberían estar aquí en alguna parte.

—¿Cuántas horas tardará? —preguntó Mel.

—No muchas, teóricamente —dijo Rummas—, asumiendo que vengan de una línea temporal o un universo aún existente. Pero si son crono-fugitivos, jinetes temporales o manipuladores del vórtice...

Mel suspiró, sin querer preguntar qué significaba eso.

—Si ayuda, creo que son humanos, de algún momento entre 1930 y 1965, por las ropas de la mujer.

El Doctor sonrió a Mel y después se volvió a Rummas.

—Ahí lo tienes, un periodo de tiempo para acotar —miró por encima del hombro a su compañera y le guiñó un ojo—. Bien hecho, Mel.

Mel sonrió contenta y se acercó para echar una mirada más de cerca a las imágenes.

—“L” —dijo en voz baja.

—¿Perdón?

—Hay una “L” en el bolso. Sus iniciales son “ML”, ¡creo que apostaré a que es Lamprey!

Ambos Señores del Tiempo la miraron perplejos.

—Eso es un acto de fe —dijo Rummas quedamente.

—Es intuición —respondió Mel rápidamente—. Intuición femenina. Raramente se equivoca.

Tras un breve instante, Rummas tosió.

—Tengo una posible identificación del hombre, mirad.

—Es él —coincidió Mel—. Mirad la nariz. Nuestro asesino tenía más pelo, pero sin duda es él.

—Podría ser él —dijo el Doctor más tranquilo—, pero no podemos estar seguros. Dicho esto, es un sitio por el que empezar. ¿Quién es?

—Un limpio y anodino científico e investigador llamado Joseph Tungard.

Mel suspiró.

—¿Y? Quiero decir, ¿qué más pone?

—Nada. Aparte de lo usual sobre su nacimiento y muerte —leyó Rummas y después añadió apresuradamente—. No logró mucho, realmente.

—¿Cuándo murió?

Rummas negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo divulgar esa información, señorita Bush.

—¿Por qué no?

—Porque es información confidencial.

Mel pensaba que era ridículo y así lo dijo.

—No es probable que haga un viaje a la Tierra y se lo diga, ¿Doctor? —ninguna respuesta— ¿Doctor?

El Doctor sonrió débilmente.

—Más bien creo que es donde el profesor quiere que vayamos, ¿me equivoco?

—Creo que es esencial, Doctor. Y si tu amiga tiene razón y la mujer junto a él es miembro de la familia de Helen Lamprey, quién sabe lo que podríais descubrir.

Mel sabía que había sido vencida.

—Oh, está bien, vayamos a cazar a Tungard.

El Doctor sonrió.

—Ese es el espíritu. Un bocado rápido y después nos iremos.

—Gran idea, Doctor. Me muero de hambre. ¿Puedo tomar una ensalada Waldorf aquí, Profesor?

Rummas asintió alegremente.

—No hay nada que la cafetería no pueda improvisar. ¿Vamos?

Y los tres se dirigieron fuera de la habitación hacia, presumiblemente, la cafetería cuando Mel repentinamente se paró y maldijo.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, Doctor. Me dejé el reloj sobre una de las estanterías, os alcanzaré —y salió disparada antes de que ninguno de los Señores del Tiempo pudiese responder.

—Bueno, así es Mel —explicó el Doctor mientras se alejaba a toda prisa—. Despistada hasta el final.

—Ummmm —murmuró Mel. Le pondría en su sitio por esa más tarde. Una vez que estuvo fuera del alcance de sus oídos, Mel apresuró el paso y volvió sobre sus pasos rápidamente a la Sala de Lectura, deslizándose dentro sin hacer ruido.

Rummas había dejado la pantalla del ordenador iluminada, y después de unos pocos segundos Mel pilló el truco a la ausencia de teclado. Todo parecía controlarse agitando suavemente un dedo unos pocos milímetros por encima de un pequeño trackpad.

E iba a averiguar lo más que pudiese acerca de Joseph Tungard hasta que recordó algo más que Rummas había dicho.

Y entonces introdujo un parámetro de búsqueda de sí misma.

RESULTADOS DE LA BUSQUEDA: 117.863 resultados coincidentes de MELANIE

JANE BUSH. PLANETA DE ORIGEN: LA TIERRA. FECHA DE NACIMIENTO:

22/07/64.

—Eso no es exactamente una por cada línea de tiempo alternativa —dijo una voz

familiar detrás de ella—. Pero siguen siendo bastantes —se volvió tímidamente mientras el Doctor le fruncía el ceño—. Nunca quieras saber tu propio futuro, Melanie.

—¿Por qué no?

—Porque la tentación de cambiarlo será demasiado fuerte. ¿Y si descubres que mueres en un accidente de coche la semana próxima? Te mantendrías alejada de carreteras ese día y las líneas temporales de cientos de otras personas serían afectadas por las ondas.

Mel estaba horrorizada.

—¡Tú haces cosas así todo el tiempo!

—Soy un Señor del Tiempo y conozco el pasado, el presente o el futuro, sé cómo manejarlo. Si te dijese que dentro de tres años, nos quedaremos atrapados en un planeta de hielo llamado Quaeter y que mueres cayéndote de una canoa de nieve, ¿qué harías?

—Mantenerme alejada de Quaeter, obviamente.

El Doctor frunció el ceño.

—¿Y si al estar allí salváramos a millones de personas porque estábamos invitados a una conferencia de paz intergaláctica?

—Encontraríamos una forma de eludirlo. Sin duda es mejor saber y evitar esas cosas.

—Nuestras vidas tienen demasiadas ventajas, Melanie. Vemos un sinnúmero de cosas que de otra forma nos serían negadas. Pero hay un precio que pagar. Tú precio es no saber. El mío es saber.

Mel tardó un momento en digerir esto.

—¿Sabes cuándo vas a morir?

El Doctor sonrió con tristeza.

—No el minuto exacto, pero cuando esa hora se acerca, uno tiene... punzadas. Un cierto instinto sobrenatural. Pero de todas formas seguimos adelante porque lo que será, debe ser.

—Qué será, será —dijo una nueva pero familiar voz detrás de ella.

Mel se volvió y se encontró frente a sí misma. Algo así. Un tipo de ella misma salvo por la piel verde, la boca arrugada y las manos palmeadas. Aparte de eso, era como estar frente a un espejo. Incluso la ropa era la misma.

—Melanie... lo siento, no sé tú apellido. Melanie, te presento a Melanie Baal.

—¿Qué quieres decir con que no sabes mi apell...? Oh. Oh, ya veo. No eres mi Doctor.

El Doctor negó con la cabeza.

—Diferente universo. Lo siento.

Mel se volvió hacia su casi doppelganger y le tendió la mano. Melanie Baal se la estrechó.

—Hola, Soy Mel. Mel Bush.

—Hola a ti misma, Mel.

Mel optó por no introducirse demasiado gradualmente en esto.

—Entonces, si hay ciento diecisiete mil ochocientas sesenta y tres Melanie Bush en el universo, ¿cuántas más hay con apellidos diferentes pero todas, en el fondo, la misma persona? —miró a Mel Baal—. Diferencias estéticas aparte —después decidió que introducirse gradualmente era de hecho inevitable—. Uf. No entiendo esto.

—Yo tampoco —dijo la Melanie verde—. Pero, de todos modos, nunca entiendo lo que pasa alrededor. Sólo lo finjo.

—¿Tú también? —dijo Mel, dándose cuenta de que le gustaba enormemente su doble—. Es tan molesto cuando asume que lo hago.

—Y tienes que fingir muy a menudo —coincidió Melanie Baal—, o entra en demasiados detalles y te deja sin enterarte de nada.

—Y grita mucho.

—Todo el tiempo.

—Cada vez más alto.

—De acuerdo —dijo el Doctor alternativo—. Eso es más que suficiente de vosotras dos. Francamente una Melanie es más que un problema. Dos de vosotras es innegablemente devastador.

Una puerta se abrió para revelar a Rummas, que asimiló la escena en un instante.

—Así que eso es lo que era hasta la semana pasada, señorita Bush —dijo.

—"Semana Pasada..." Oh. Oh, ya veo. Es de su línea de tiempo, no del mio.

—Efectivamente. ¡Retírese, señorita Bush. Si recuerdo bien, hay una ensalada Savoy esperándola.

—Waldorf.

—La que sea. Adiós —despachada, Rummas se volvió hacia los otros dos—. Bien, necesito que vaya a una fiesta...

Mel sonrió de nuevo a su doble casi-reptiliana, asintió con la cabeza al otro Doctor y se apresuró a salir.

El restaurante estaba escondido detrás de Charing Cross Road, conocido sobre todo por los amantes del teatro y las estrellas. No tenía exactamente una política de puertas exclusiva, pero uno necesitaba estar relacionado para tener asiento asegurado. Cuando Sir Bertrand Lamprey había llamado para reservar una mesa tranquila para tres, había asumido que sus deseos serían cumplidos sin demasiados problemas.

Así que estaba un poco azorado al descubrir que en lugar de eso su mesa estaba en una zona elevada, dominada por un gran espejo con bordes dorados que reflejaba todo el restaurante. Era como estar en la Mesa Mayor en una universidad.

Sir Bertrand no estaba cómodo en ocasiones sociales en tiempos mejores, pero tras la muerte de su esposa y la más reciente y extraña desaparición de su hija, ahora se incomodaba con terrible facilidad.

También le preocupaba que la mesa fuese para cinco, no para tres. Efectivamente, como había deseado otras cuatro personas se podían haber añadirse. Cómodamente.

El maître que le mostró la mesa le aseguró que las órdenes para el cambio habían venido de su casa, pero Sir Bertrand estaba seguro de que no lo habían hecho, y así se lo dijo.

Miró a sus invitados. Joe Tungard y, yendo en silla de ruedas, su esposa eran los que estaba esperado. El anciano y la joven de la izquierda, sin embargo, no.

—Me temo que estoy en desventaja —dijo mientras se disponía a sentarse.

Tungard sonrió débilmente, e inmediatamente Sir Bertrand supo que su malestar era compartido por el rumano.

—Pike —dijo el anciano, ofreciéndole la mano—. El doctor Stephen Pike y le presento a mi nieta, Monica.

Monica también estrechó la mano de Sir Bertrand, y le pasó por la cabeza que era como coger alabastro, de frío y pálido. Como si le leyera la mente, Monica se rió un poco.

—Hace una noche inusualmente fría, Sir Bertrand. Para ser mayo.

Sir Bertrand gruñó un reconocimiento y se sentó.

Joe Tungard indicó un Moët sin abrir en una cubeta.

—Aproveché la oportunidad —dijo en voz baja—. Espero no haber sido impertinente.

—No eres un hombre impertinente —dijo Natjya Tungard igual de silenciosamente.

Eso le dijo a Sir Bertrand todo lo que necesitaba saber. Había conocido a Joe algunas semanas antes y le encontró muy agradable, ambicioso e inteligente. Había optado por financiar su trabajo en la universidad casi de inmediato, la cena de esta noche era sólo para sellar el acuerdo, por así decirlo. Tenía la esperanza de que Joe no fuese el tipo de hombre que "invita" invitados adicionales a la cena de otro hombre, y esa había sido la forma de Natjya de decirle que este era efectivamente el caso.

—Entonces —le dijo a Pike—, dígame, ¿de qué conoce a estos buenos amigos míos?

—Nos conocimos en el barco de Rumania —explicó Pike, y soltó una perorata durante un rato, pero Sir Bertrand rápidamente lo eliminó y se concentró en Monica, que no decía nada, simplemente bebía agua y le miraba fijamente. No importaba lo que Sir Bertrand hiciese, en qué dirección mirase o quien hablase los próximos minutos, era consciente de que los ojos de Monica seguían todos sus movimientos, igual que un leopardo observa a un antílope en silencio total. Llevando esa analogía más lejos, Sir

Bertrand decidió que si Monica le veía moverse apenas ligeramente, se abalanzaría.

Había tardado un instante en cogerle antipatía, sin embargo la condenada mujer apenas había hablado aparte del saludo.

Siguió mucha charla, con Joe ansioso de hablar sobre el acuerdo de fundación, casi como si estuviese tratando de evitar que se sacase a colación cualquier otro tema.

Para cuando un camarero sirvió el brandy, Joe Tungard estaba exhausto y Natija más marchita y encogida de lo que Sir Bertrand había visto estar a un humano antes.

Ahí fue cuando Monica se abalanzó.

—Un nombre interesante, Sir Bertrand.

—De mi abuelo —dijo rápidamente—. Murió en Ingogo, ¿sabe? Un asunto terrible.

—Sí —dijo Monica—. Lo recuerdo.

—Ah, lo ha leído en los libros de historia —asintió Sir Bertrand—. Por supuesto.

—Por supuesto —sonrió Monica y por un pequeño instante, Sir Bertrand se preguntó... no, eso era imposible. Pero había algo en la manera en que había respondido, un toque condescendiente, como si no lo hubiera leído en absoluto. Como si lo hubiera... sino experimentado, recordado, pero hubiera tenido al menos ochenta años. Y tenía como mucho treinta.

—Bien, le pido disculpas por... perturbarle esta noche, Sir Bertrand —continuó—. Pero era su apellido lo que me interesaba.

—Lamprey.

—Por supuesto —y Monica sacó su bolso de piel de cocodrilo. Su dedo señalaba al cierre, donde se leía "ML" en letras plateadas. Sir Bertrand frunció el ceño.

—Este encantador caballero no es realmente mi abuelo —dijo del doctor Pike.

Sir Bertrand no sabía si estaba más sorprendido por el sinsentido de su declaración o por la pura sorpresa que cruzó los rostros de los dos rumanos.

Joe se lo tomó muy mal, al parecer. Y de repente Sir Bertrand supo por qué.

Estaba enamorado de ella, ¿tal vez teniendo una aventura? La manera en que se había sentado torpemente alejado de ella, demasiado cerca de su mujer enferma, pero ahora estaba inclinado hacia Monica con los ojos abiertos de desconcierto.

—¿No... no lo es? —preguntó Joe.

—Mis queridos amigos —dijo Monica—. No fue deliberado el defraudaros. El buen doctor me crió como su nieta, cuando su hijo y su nuera me criaron como su descendencia pero en realidad fui adoptada.

—¿Adoptada? —Esa fue Natjya.

—No recuerdo a mis propios padres muy bien. Mi hermano y yo... fuimos separados de ellos cuando éramos tremendamente jóvenes.

—¿Tienes un hermano? —Joe se veía como si una revelación más le derribaría.

—Desgraciadamente ya no, murió, oh... —Monica se echó a reír un poco como si estuviera hablando de un libro o una obra de teatro y no del fallecimiento de un hermano—. Parece que fue hace siglos.

—¿Y qué tiene esto que ver conmigo? —Sir Bertrand se dio cuenta de que era necesario que alguien se hiciera cargo de la situación rápidamente.

—La “L” en mi nombre significa Lamprey, Sir Bertrand. No he encontrado jamás a nadie con ese nombre con el que no compartiese alguna...herencia común. Espero que tal vez si nos conociéramos, pudiéramos arrojar alguna luz sobre mi juventud. Descubrir si es una coincidencia o compartimos un pasado.

Sir Bertrand estaba a punto de preguntar, posiblemente descortésmente, pero creía más en la honestidad, si iba tras su dinero. Por supuesto había muchos otros Lampreys, un vistazo al listín telefónico en la biblioteca de Westminster podría haberle contado mucho. Sin embargo, en esta rama particular de la familia, era el último. Así que no estaba emparentada con él, conocía a su familia demasiado bien.

Desafortunadamente, nunca llegó a explicar eso, porque el camarero llegó con un pedazo de papel doblado.

—¿Sir Bertrand Lamprey?

Sir Bertrand cogió el papel que le tendían, lo abrió y se encontró una nota.

EXAMINA EL ESPEJO

NO CONFÍES EN NINGUNO DE ELLOS

PODEMOS UNIRNOS A VOSOTROS.

Hizo una pelota con el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Es sólo una nota de mi corredor de bolsa —dijo con tono de disculpa—. Tengo que hacer una llamada. Por favor, discúlpeme, regresaré en el acto —se levantó, volviéndose hacia Monica—. Y continuaremos esta discusión... tan interesante señorita Pike... no, perdón, señorita Lamprey.

Y se levantó, hizo un gesto a la señora Tungard y se volvió para marcharse hacia un discreto rincón donde sabía que estaban situados los teléfonos.

Levantó la mirada hacia el espejo, buscando a alguien familiar y trató de ocultar su sorpresa cuando lo hizo. Se habían sentado convenientemente en una mesa para dos en el camino a los teléfonos, de modo que no pareció forzado cuando les pasó.

—¡Doctor! ¡Señorita Bush! —declaró lo suficientemente alto para que todos en el restaurante lo oyesen—. Qué agradable sorpresa. ¿Qué les trae por Londres, venidos desde Suffolk? —después susurró a través de sus apretados dientes— Voy a los teléfonos. Con mucho gusto venid a mi mesa, volveré enseguida —y siguió caminando, metiéndose a hurtadillas en el rincón y cogiendo un auricular. Esperando que nadie le viera, se lo puso en la oreja, fingiendo marcar un número y habló tonterías por el auricular durante unos instantes. Después lo colgó de golpe como si estuviese enfadado (por si alguien estuviese mirando) y volvió airadamente a su mesa, que para entonces, observó con agrado, tenía seis invitados.

—Amigos míos —dijo jovialmente—, os presento a...

—Ya está hecho —dijo el doctor Pike, con un ligero tono frío en la voz. Aquí el Doctor nos ha estado... entreteniendo con su ficción.

—¿Ficción?

—Sí— dijo Natjya—. Nos hablaba de un nuevo asesinato misterioso del que está escribiendo —se inclinó más cerca de Sir Bertrand mientras se sentaba—. Espero que

sea tan bueno como las obras de la señorita Christie. Acabo de terminar su último libro, muy agradable. Sin embargo nunca pillé que eran dos asesinos. Es tan inteligente...

Sir Bertrand sonrió a Natjya y le acarició la mano de una forma mucho más paternalista de lo que pretendía.

—¿Doctor? ¿Su... novela?

—Sí, pensé que podría hacerle al buen doctor en medicina una pequeña pregunta sobre el asesinato.

Al doctor Pike se le veía incómodo, y el Doctor parecía sonreírle más.

—Sí, verán, en mi último libro he situado un asesinato en una biblioteca —el Doctor miró por encima a Natjya Tungard—. Lo titulo “Otro Cadáver en la Biblioteca” como homenaje a las obras de la querida Agatha.

Natjya se echó a reír cortésmente.

—Uno de mis favoritos —dijo, después cogió la mano de Sir Bertrand—. “¡Ese ni siquiera era el cuerpo correcto!”

—De todos modos —dijo Melanie Bush bruscamente, como si tratara de arrastrarlos

a todos de vuelta al tema, aunque Sir Bertrand no estaba del todo seguro del tema ahora mismo—. Como mecanógrafa del Doctor, necesito saber si tiene bien los detalles del asesinato, continuó—. Nuestro asesino entra en la biblioteca y asesina a un anciano profesor agradable y dulce.

Por algún motivo, a Joe Tungard se le veía muy pálido y su vaso de brandy estaba temblando ligeramente. Estaba mirando fijamente a Monica, quien, notó con interés Sir Bertrand, estaba evitando mirarlo a los ojos y en su lugar miraba intensamente al Doctor. No a su abuelo, sino al de la fiesta del dieciséis cumpleaños de Helen las Navidades pasadas. El que vio a esa criatura. Que recordaba mientras todos los demás habían olvidado. El que le prometió traer a Helen de vuelta, y al que Sir

Bertrand había perdido incluso la esperanza de volver a ver de nuevo.

Así que si esta farsa de alguna manera ayudaba a encontrar a su querida hija, seguiría cualquier cosa, todo lo que, de hecho, el Doctor decía.

La señorita Bush continuó.

—Así que, de todos modos, nuestro asesino usa una... —y Sir Bertrand estaba seguro de que la señorita Bush miró a Natjya Tungard por un pequeñísimo instante— aguja de coser de su esposa. El asesino se lo clava por la base del cuello y hacia arriba, atravesando el suave tejido directamente al cerebro, matando al profesor al instante.

¿Es eso posible, doctor Pike?

El doctor Pike se encogió de hombros.

—Más o menos, sí. Sin embargo se necesita fuerza para hacerlo. Tiene una mente desagradable, Doctor —añadió—. Es una forma dolorosa de matar a alguien.

—¿En serio?

—Y tampoco demasiado eficiente. Una aguja de coser en el corazón sería mejor. Menos fuerza, menos posibilidades de solo herir. Aunque, tengo que decir, que habría estado bastante revuelto después.

—Entonces —reflexionó el Doctor—, si estuviera tratando de poner a alguien fuera de combate, pero no le importara si vive o muere, lo haría, ¿verdad?

Pike asintió sabiamente.

—Sí, el cerebro se dañaría gravemente. Podrían sobrevivir pero gran parte de sus habilidades cognitivas habrían desaparecido. La memoria, el habla, probablemente también la vista. De hecho, es una forma bastante horrible para cargarse a alguien sin

realmente matarlo. Evitaría la pena de muerte, ya que no sería asesinato.

El Doctor aplaudió.

—Excelente. —Después se volvió hacia Natjya Tungard—. ¿Y usted, señora Tungard? ¿Cuándo se dio cuenta de que le faltaba una de las agujas de coser?

Y todos en la mesa se quedaron callados.

Finalmente Natjya frunció el ceño.

—¿Cómo sabía que he perdido...?

—Oh, no se ha perdido —continuó el Doctor, como si describiese unas vacaciones en Gales en vez de lo que parecía ser un asesinato—. Fue usada para matar al Profesor Rummas en la Librería de Carsus.

Joe estaba callado, y sin quitar los ojos de Natjya y todavía sonriéndole, el Doctor quitó el vaso de brandy de la mano del consternado profesor. Monica rompió la tensión riéndose.

—Oh, Doctor, esto es maravilloso. Algún tipo de clase de interpretación, ¿verdad? Observando como la querida Natjya respondería a una situación similar.

Pero nadie más se estaba riendo.

En su lugar el Doctor, todavía sonriéndole a Natjya pero claramente dirigiéndose a Monica, habló en voz baja.

—¿Cómo lo hiciste Monica? Quiero decir, como una Lamprey, puedo entender cómo entraste en una multitud de líneas temporales, matando a tantos Profesores Rummas como pudieses, y a un par de mí, lo que es verdaderamente imperdonable —y se volvió para encararse con ella—. Pero por favor, ¿cómo te llevaste a un mortal humano contigo? ¿Cómo trajiste al Profesor Tungard aquí? ¿Y por qué?

Si Sir Bertrand estaba esperando que Monica despreciase todo esto, se quedó tristemente decepcionado. En vez de eso, sólo se encogió de hombros.

—¿Por qué? Necesitaba un chivo expiatorio y alguien con acceso a los productos

químicos adecuados. Esta pequeña y retrasada raza de simios ha tardado mucho en llegar allí. E involucrándome románticamente con él, haría exactamente lo que yo quisiera para asegurarse de que nunca se lo diría a esta cretina lisiada sentada ahí.

Como era de esperar, estaba apuntando a una boquiabierta Natjya.

Joe Tungard no dijo nada. Sólo miraba fijamente el mantel.

—Así que pude acceder a los materiales apropiados para crear una diminuta brecha que pude aumentar después, abrirla y usarla para acceder al subespacio. ¡Por primera vez en, bueno si disculpas el juego de palabras entre viajeros temporales, literalmente centurias! —Monica se rió—. Y era fantástico. Pero después, descubrí que Rummas estaba tratando de detenerme, a todas las Lampreys por todo el multiverso, así que opté por detenerlo.

—Un número infinito de Rummas en un número infinito de universos —dijo el Doctor (Sir Bertrand no entendió una palabra, y sin embargo había algo...)—. Te das cuenta de que es una misión imposible, ¿verdad?

—En absoluto, Señor del Tiempo. Todo lo que tengo que hacer es romper el Vórtice,

atravesar las paredes de chronon y sellar miles de universos a la vez en un bucle de un milisegundo. He perdido la cuenta de cuántos he hecho hasta ahora, pero unos pocos billones. De vez en cuando, un Rummas me alcanza, así que tengo que pararle. Fácil.

El Doctor se puso en pie.

—Madame, cada vez que sellas un universo, esa energía chronon tiene que verterse en algún sitio. Estás creando una energía desatada y caótica, un derrame temporal ilimitado. ¿Qué estás haciendo con...? Oh no.

—Sí, estás en lo cierto Doctor. Todo ese derrame, toda esa energía de caos, toda esa redundancia está/estuvo/quizá está sustentándome. Lo estoy absorbiendo, creciendo cada vez más y más fuerte. Otros pocos siglos más y nadie podrá pararme. Puedo escapar de los confines del Vórtice y nadar en mi forma natural por todo el multiverso, alimentándome. Tengo ya una limitada habilidad para hacer eso.

—Lo sé. Nosotros mismos hemos visto versiones pasadas, o quizás futuras, de ti.

—¿De verdad? ¿Qué estaba haciendo?

—Secuestrando a la pobre hija de Sir Bertrand —dijo Mel. Y entonces Sir Bertrand lo supo.

Y con un terrible grito primitivo que hizo que todos en el restaurante se volbiesen y mirasen a su mesa, un millar o diez de recuerdos volvieron a fluir en su cabeza.

Recordó perseguir a las dos jóvenes Lampreys fuera del Vórtice sobre un exuberante mundo verde: el chico, el curandero, el perfecto contrapeso para la fuerza destructiva que era la chica.

Recordó verles crear un portal a otro mundo y a otro y a otro, y recordó perseguirles a través de cada uno de ellos hasta que un túnel colapsando bajo una colina le detuvo. Sólo un momento. Justo lo suficientemente largo para hacerle pensar en montar un viento temporal hacia atrás unos pocos segundos, para tratar de encontrar una ruta alternativa.

Recordó hacer esto tal vez cientos de veces pero en vano.

Así que avanzó hacia adelante, a un período donde la colina, simplemente ya no existía y se encontró en un campo llano con algún bosque u otro. La colina había desaparecido y estaba en un planeta llamado Tierra, pero no pudo encontrar ningún rastro de su presa.

Rápidamente adaptó su forma a la de los habitantes de este extraño nuevo mundo, intentó investigar, pero no tenía ni idea de si había pasado un día, un segundo, un siglo o un milenio entero.

Recordó usar su conocimiento, su experiencia para crear un imperio financiero en ese patético lugar, esperando construir alguna clase de trampa, para atraer a las dos Lampreys hacia él.

Y recordó conocer a una humana nativa. Recordó que ella se enamoró de él.

Recordó su vida juntos y su misión, su antigua existencia desvaneciéndose de su memoria.

Y recordó poner deliberadamente bloqueos chronon dentro de su propia mente, apagando deliberadamente el conocimiento de quién había sido, por qué estaba allí. Porque había encontrado el amor.

Y recordó tener una hija. Y un incendio. Y dolor, sufrimiento e ira y con cada año de dolor, recordó enterrar su verdadero yo cada vez más profundo hasta que nada lo sacaría de nuevo nunca.

Ni siquiera el ver a la Lamprey las Navidades pasadas que le arrebató a su bienamada

Helen pudo romper el condicionamiento. Pero esta tarde finalmente lo había hecho.

Y sin ninguna consideración por nada, Sir Bertrand Lamprey cambió su estado físico por primera vez en... bueno, eones. Y encarándose con los demás, ignorando el miedo, el terror o la fascinación en sus caras, se levantó ante ellos como una Lamprey. Y el planeta Tierra se detuvo, congelada en un instante en el tiempo. En todas partes excepto en esa mesa.

Allí, deliberadamente permitió que sus cinco "invitados" siguieran vivos y conscientes.

—¿Dónde está tu hermano? ¿Tu equilibrio? ¿La bondad para tu maldad?

Monica sonrió.

—Él... murió. Hace mucho, mucho tiempo.

—Así que eras tú a la que estaba persiguiendo a través de la historia —le dijo a

Monica.

Y en un abrir y cerrar de ojos, también Monica estaba en su forma de Lamprey.

—Cierto. Y ahora que me has alcanzado. ¿Qué vas a hacer?

—Destruirte. Aniquilarte. Arrasarte completamente.

—Oh cielos —dijo el Doctor a Mel—. No era mi intención que esto pasara aquí. Creo que tenemos un problema.

Capítulo Diez

Otra vez Dieciséis

La honorable Helen “Suerte” Lamprey sonreía mientras estudiaba a las risueñas personas en frente de ella. Se habían reunido allí, vestidos de punta en blanco en un surtido de elegantes trajes de fiesta, brillantes joyas, pulidos anillos y ni un pelo fuera de lugar en nadie.

Bueno, los que tenían pelo, por supuesto. Los que tenían escamas tendían a no tener pelo y después estaba la extrañísima pareja del rincón. Al principio Helen pensó que eran alguna extraña escultura hasta que uno de ellos habló con múltiples voces que sonaron como si alguien hubiera volcado una tonelada de piedras en una potente máquina prensadora de rocas a marcha muy rápida.

Lo único que él/ella/eso había dicho era “Hola”, pero Helen no estaba acostumbrada a ver ojos que parpadeaban con rocas fundidas tras ellos y había lanzado un grito ahogado muy alto. Ninguna de las criaturas roca había hablado desde entonces. Ninguno de ellos tenía pelo en todo caso. O ropa.

Lo que Helen quería en realidad ahora era ver a todo el mundo relajado, llevando puesto lo que querían llevar en vez de lo que la sociedad dictaba que debían llevar en tales funciones. Vio al pobre anciano señor Xxerxezz de la Oficina del Puerto Espacial, representando a los Narrahans sin duda. Por amor de Dios, ¿dónde había alquilado su chaqueta de gala? No le quedaba bien y parecía que estaba a punto de morir por la opresión en el cuello debido a la corbata que llevaba puesta. ¿Cuál era la razón por la que la gente cuya piel era sobre todo pelo apelmazado llevaba corbata? Helen realmente quería acercarse a él, sonreírle, aflojarle la corbata y verle sonreír a cambio. Verle relajarse.

¿Cuántas personas vinieron aquí no porque quisieran ver a Helen en sí, sino porque era lo que les habían ordenado hacer?

Miró a lo lejos a la multitud y por un breve instante Helen imaginó que estaba en otro lugar. Tuvo una imagen de un edificio antiguo, cálido y relajante. Una casa que conocía.

Y había un hombre, un humano, a su lado.

En fin, no importa, eso estaba claramente cansado de hablar y ahora tenía trabajo que hacer.

Su ensoñación se rompió debido a un corto aplauso, uno de los guardias artrópodos subía radiante hacia ella. Cogió la pinza que le ofrecía y él se le acercó mientras le susurraba.

—Lo siento, madame, no tenía ni idea de que venían esos dos. Culpa mía, dejé que otros enviaran las invitaciones. Debería haberles aclarado que las semi-razas estaban...

—Está bien, Chakiss —dijo con firmeza Helen—. Me alegra que muestren interés en algo más que en causar problemas. Y no me gusta el término “semi-razas”. Hace que la señorita Baal parezca inferior. Puede que no me guste pero aún es bienvenida en mi cúpula.

Chakiss asintió con servilismo.

—Mis disculpas, madame.

Helen señaló la pintura colgada en la pared del vestíbulo, en medio de retratos de hombres con barbas y caballos con largas patas. Era una pieza abstracta, casi cubista en sus extremos, pero claramente una figura de cinco lados, con pentágonos concéntricos repetidos.

—¡Me gusta donde lo has colgado! ¡Gracias!

—No podía permitir que el arte de mi señora no tuviese un lugar preferente, especialmente en su decimosexto cumpleaños, ¿verdad?

Y de nuevo, Helen Lamprey tuvo la extraña sensación de déjà vu, aunque algo no estaba bien por los alrededores. Para distraerse, Helen acarició suavemente la cruz que llevaba en torno a su cuello.

—Padre está mirando, lo sé —murmuró para sí.

—¿Padre? —gorjeó Chakiss—. No sabía que record... conociese a su padre, madame

Helen frunció el ceño.

—Creo que algo en la atmósfera me está afectando. Tal vez son los gases de la perforadora —le dio de nuevo las gracias a Chakiss, después soltó su pinza y abrazó llamativamente a una joven cerca de las escaleras—. Letitia —dijo—, que sencillamente divino que estés aquí.

Avanzó al siguiente invitado y al siguiente, dando sorbos a un vaso de vino blanco y escuchando las conversaciones que se arremolinaban a su alrededor. A su derecha, una pareja que no conocía estaban discutiendo sobre las montañas cubiertas de nieve. En el centro de la sala, una bandada de jóvenes peludos muy sosos estaban reunidos en torno a un humano ligeramente mayor, que sabía que era el conservador del Museo de Imágenes Recopiladas en Garrett. Estaba haciendo chistes de juegos de palabras con nombres Garrettiens y Lakertyans. Los espantosos graznidos de las risas obsequiados por su audiencia estaban empezando a molestarla. Por las ventanas francesas, podía ver a la señorita Baal hablando con un sombrío artrópodo que había rechazado sus pinturas antes. Y justo fuera del vestíbulo, oyó al compañero de viajes de la señorita Baal haciéndole la corte a los méritos de la propia pintura.

Helen nunca le había visto antes, pero, aunque tenía una bonita sonrisa, su sentido de la moda rayaba el desastre.

—Influenciado por Braque —estaba diciendo—, pero hay también una buena cantidad de Cezanne ahí, lo que es agradable. Pero la impresión real que estoy recibiendo es que el artista realmente estudió a Juan Gris, ya que la pintura tiene un sentimiento calculado de ello, muy, muy sintético y sin embargo por su esencia... ¡Oh hola!

Helen se sobresaltó cuando se dio cuenta de que el Doctor se estaba dirigiendo a ella.

—¿Y usted que cree? —preguntó.

Helen se encogió de hombros.

—Es un poco abstracta ¿no cree? ¿Se puede realmente llamar cubismo?

—Exactamente lo que pensaba —murmuró una anciana humanoide, mirándolo fijamente a través de unos quevedos, pero el Doctor la hizo callar.

El Doctor estaba cansado de la fiesta, pero particularmente de esta anciana viuda que se le había pegado desde el momento en que había atravesado renqueando el porche de la cúpula. Tal vez si tratase de ser un poco grosero, podría pillar la indirecta y esfumarse.

—Oh, vosotros los colonos —la riñó—. Si no es renacentista, os aburrís. Como los filisteos. En realidad no, eso sería un insulto a los filisteos. No, tengo que admitirlo, porque conocí a un montón de filisteos y eran encantadores. Siempre gente de mar, por

supuesto. Muy artísticos ellos. La tinta de calamar era su pintura preferida —se volvió a mirar a su anfitriona—. ¿Alguna vez ha usado tinta de calamar, Lady Lamprey?

—No, no puedo decir que lo haya hecho —respondió Helen riéndose mientras le estrechaba la mano—. Un placer conocerle. Ha venido con la señorita Baal, ¿verdad?

Entonces pareció distraerse con alguien caminando resueltamente por entre la multitud y le hizo un gesto con la mano.

—Oh, Chakiss, ven a conocer al Doctor. Es un crítico de arte.

Así que ese era Chakiss. Esto sería interesante. Chakiss asintió.

—Por supuesto que sí, Doctor. El Profesor Rummas me advirtió de que vendría.

El Doctor se echó a reír.

—¿Le advirtió? ¿Soy una amenaza o algo así?

Chakiss hizo una pausa antes de responder.

—Advertir es efectivamente la palabra equivocada. Por favor discúlpeme, mi comprensión del idioma humano no es tan bueno como debería ser cuando estoy al servicio de Lady Lamprey.

El Doctor asintió y después habló con fluidez en el propio idioma de Chakiss, manteniendo una enorme sonrisa en la cara.

—Mala suerte para usted, entonces, que sepa hablar muy bien su idioma, y mientras nuestra anfitriona cumpleañera sin duda cree que estamos intercambiando cumplidos y bromas, permítame asegurarle Chakiss que sé exactamente lo que trama —entonces volvió al inglés—. Y entonces los dos cayeron al agua —terminó riéndose a carcajadas.

Tras una pausa, Chakiss también se echó a reír.

—Plasma su ingenio muy... detalladamente, Doctor —se volvió a mirar a Helen, flexionó las alas bajo su chaqueta de gala y gorjeó mientras se excusaba y se marchaba al salón.

—No me gusta mucho —dijo el Doctor.

—Chakiss me es muy leal —respondió Helen—. Y no le gusta mucho a nadie.

El Doctor hizo una ligera reverencia.

—Milady, me temo que he ocupado mucho de su tiempo y debería permitirle atender a sus otros invitados —se acercó más—. Aunque me mantendré lejos de la anciana viuda de allí. No le gusta realmente ningún tipo de arte, ni cubismo ni cualquier otro.

Helen se echó a reír y el Doctor se dirigió hacia el comedor detrás de Chakiss. Se detuvo en la puerta mientras veía fugazmente a Melanie, pero resuelto a no hacer contacto visual. No estaba seguro de si Chakiss sabía que tenían relación.

—Sí, gracias —estaba diciendo Melanie a alguien, pero el Doctor no había avisado a su compañera. Estaba echando un ojo a Helen, observando con quien más hablaba.

—¿Estás bien, Melanie? —preguntó, apoyándose en el marco de la puerta.

—Sólo un borracho desconocido diciendo algo sobre mi hermana.

El Doctor levantó su vaso, a modo de irónico brindis a Chakiss, que estaba ahora volviendo a salir, llevando una bandeja vacía, probablemente yendo a gritar a algún pobre siervo que hubiera olvidado mantener fluyendo las bebidas.

—¿Tu hermana? ¿Qué estaba diciendo sobre ella?

Mel no respondió inmediatamente, pero finalmente dijo:

—No tengo una hermana. Ya lo sabes.

El Doctor pensó que eso era un poco extraño.

—Estoy seguro de que Anabel estaría muy contenta de oírte decir eso.

—¿Quién demonios es Anabel?

—Tu hermana —dijo el Doctor con un suspiro. Después se volvió a mirarla, esperando que estuviese lista para explicar su extraño comportamiento.

Y cuando sus ojos se encontraron, sintió como si hubiera recibido una bofetada en la cara por un gran abadejo húmedo.

—Lo siento —dijo lentamente—. Creía que eras Melanie... —después se detuvo—. Sólo que lo eres, ¿verdad?

—Bueno, ahora me lo estoy empezando a preguntar —respondió Mel.

—Oh, Mel —se quedó mirando a la chica humana que tenía en frente. Una humana

pura, no un híbrido, así que probablemente su padre no fuese un científico reptiliano llamado Baal. Claramente esto era previo a su encuentro en la Sala de Lectura de Carsus —. ¿Dónde estaba yo la última vez que hablamos? —le preguntó finalmente.

Esta extraña versión no verde de Melanie se le quedó mirando fijamente, sintió lástima por ella. Su comportamiento debía parecer de locos.

—Al pie de la escalera —dijo tras una pausa—. Al otro lado de la pintura. Ahí abajo. —señaló a la izquierda.

—¿Aún sigo allí? —preguntó el Doctor, no queriendo mirar en la dirección que había señalado. En caso de que otro él estuviese allí. Lo que no sería nada bueno.

—Bueno, obviamente no, Doctor, o... —Mel se detuvo.

Claramente podía ver otro Doctor, sus ojos abiertos de par en par se lo decían. Pobre chica. Esta Mel le volvió a mirar, la confusión en su rostro era evidente. ¿Y quizá una pequeña cantidad de hostilidad?

—Ha pasado antes —dijo quedamente—. En la TARDIS.

El Doctor asintió. Recordaba estar en la TARDIS, justo después de que volvieran con Kina.

—Salí detrás de ti —dijo despacio, recordando su propia confusión—. Te toque en el hombro y después de un segundo o dos, te desvaneciste —dijo—. Lo que es una suerte, ya que demasiados Doctores arruinan la sopa.

—¿Pero cómo ha ocurrido esto?

El Doctor no estaba seguro. Dos veces en una línea de tiempo ya era suficientemente

malo, pero el tiempo gastando bromas dos veces en un día... Después una idea le golpeó.

—¿Por casualidad os habéis encontrado ya con un Profesor Rummas en Carsus?

Mel asintió.

—¿Vosotros también?

—Oh sí —comenzó el Doctor, empezando a darse cuenta. Llamándose tonto por no haberse dado cuenta antes—. Sí, y tiene sentido. Ya ves, nos dijo que ese tiempo que se

escapa estaba surgiendo de universos alternativos. Un caso de quizás y puede-ser y... — se detuvo.

Ahora estaba dirigiéndose a un marco de puerta, la Melanie humana se había desvanecido de nuevo a mitad de una frase, justo como lo hizo en la TARDIS

—La pregunta es —se dijo a sí mismo—. ¿En qué realidad estamos ahora, la mía, la de ella o la de nadie? —se maldijo a sí mismo — la primera cosa que le tendría que haber preguntado a la otra Mel era dónde pensaba que estaba.

Si hubiera dicho esta estación espacial, habría sido una buena respuesta. Pero, ¿qué pasa si para ella el cumpleaños de Helen estaba teniendo lugar en otro planeta? ¿Y si Helen era un marciano, un Sontaran o un Pakhar? Todo era posible.

No obstante, Rummas no les había preparado ni a Melanie, su Melanie, ni a él para esto, sólo les había dado esa vaga sugerencia de que “las cosas podrían complicarse”.

Un aviso muy útil ese.

Así que el Doctor volvió junto a “su” Melanie, que estaba charlando amigablemente con algunos amigos de Chakiss y consiguió llamar su atención.

—Perdonen — dijo a la multitud reunida, y prácticamente alejó a Melanie a rastras.

—¡Me iba muy bien ahí —dijo malhumorada—. Contándoles nuestras aventuras con los Zarbi y el Procurador de Darruth

—Tenemos un problema.

Melanie suspiró.

—Bueno, sin duda tú tienes uno. Vas a conseguir que te cante las cuarenta. El de la camiseta roja era bastante dulce.

—Acabó de hablar contigo —el Doctor esperaba que viese lo serio que era esto.

—Lo sé. Muy abruptamente, y me alejaste a rastras de mi adorado público.

—No, tú no, otra tú. Por la entrada al comedor. Estaba muy sorprendida de verme.

—¿Otra yo?

—Sí, tú. Desapareció mientras me estaba poniendo poético acerca de por qué pensaba que esto había ocurrido, que fue probablemente la única cosa buena en realidad.

—¡No puedo creerlo, debe haber estado contentísima!

El Doctor suspiró. Había días...

—De todos modos —dijo con firmeza—, esta es la segunda vez que ocurre.
Mencionó

que Rummas la había enviado... Múltiples Rummas así como múltiples Melanie.

—Y Doctores. Un tu es suficientemente malo, dos yo es raro. Friki.

—¿Friki?

—Oh, otra vez no. Sí, friki. Igual que en raro, extraño y muy inquietante —después Melanie sonrió y le dio un apretón tranquilizador en el brazo—. No empecemos otra vez esta conversación.

—Ah. De acuerdo —el Doctor se encogió de hombros—. Como ahora se ha ido, no hay mucho que podamos hacer —entonces se puso rígido y respiró hondo—. Melanie —ordenó, desaparecida toda frivolidad—. Mel, cógeme ambas manos. ¡Ahora!

Sin dudarlo, Mel así lo hizo.

—¿Qué está pasando?

—No estoy seguro, pero los pelos de mi nuca acaban de ponerse de punta y mi pelo rizado más tenso. Sabía que después de Schyllus deberíamos haber vuelto a Carsus.

—¿Y tal vez no deberíamos haber aceptado la Misión Numero Dos del día al venir aquí?

El Doctor sonrió débilmente.

—Puede que tengas razón. Mi necesidad de aventuras parece estar anteponiéndose a mi necesidad de autoprotección estos días Lo siento.

—Aceptadas. Bien, ¿dijiste que algo va a pasar aquí?

El Doctor señaló por encima de su hombro.

—¡Mira!

Melanie estaba intentando volver la cabeza para seguir su mirada, pero él podía ver que lo estaba encontrando difícil. En un segundo o dos, estaba paralizada como una estatua.

Miró a los invitados de la fiesta. Era igual por todas partes. Más congelados que un cubito de hielo.

Enfrentándose claramente al mismo efecto melaza, Helen Lamprey estaba tratando de empujar a sus inmóviles invitados, evidentemente aterrada por lo que estaba viendo: gente quieta, un vaso que habían tirado congelado a medio caer, gotas de liquido dorado rezumando pero ahora atrapadas en el aire.

Estaba intentando alcanzar a Chakiss, pero eso era aún más raro. Chakiss, como el Doctor, no estaba afectado por la congelación temporal y, en vez de eso, se estaba moviendo a ritmo normal, intentando apartar a la gente de su camino para poder llegar hasta Helen.

—¡Chakiss! —gritó el Doctor y el artrópodo se detuvo. Miró al Doctor, después señaló hacia arriba.

Esa extraña perturbación temporal se estaba convirtiendo en una corriente para la que incluso el Doctor tenía que luchar, se sentía como si estuviese nadando en melaza, pero consiguió mirar directamente hacia arriba. La mitad superior del edificio había desaparecido, casi como si nunca hubiera estado ahí. Ni ruinas, ni daños, simplemente desaparecido.

Tal vez fuese un efecto de la condensación temporal, pero el Doctor no sentía ni el viento ni el frío. Y lo único que podía ver eran unas cuantas nubes acumulándose en el cielo nocturno, tapando las estrellas.

—Eso no es una nube —murmuró el Doctor.

Y efectivamente no lo era, era algo que se separaba, y reveló una enorme criatura alienígena, como una gigantesca serpiente arrastrándose por el cielo. En vez de cabeza, tenía un muñón en forma de ventosa hueca con zarcillos, aunque parecía estar buscando algo, a pesar de no tener ojos.

—Es una Lamprey —el Doctor hizo una mueca ante esta idea – los legendarios espectros temporales eran brutales e inquebrantables en su deseo de absorber energía chronon.

Chakiss estaba ahora a su lado.

—¿No es magnífica?

—¿Qué es ese ruido? —gritó el Doctor. Parecía ser un latido de corazón, aterradoramente alto.

—Un latido —siseó Chakiss—. Mira.

La Lamprey estaba abalanzándose, no sobre el Doctor como había esperado, sino sobre Helen, que empezó a gritar. El Doctor quería correr en su ayuda, a pesar de la condensación temporal, pero Chakiss le contuvo.

—No —gritó—. Viene por ella. ¡Es su destino!

El Doctor se liberó de un empujón.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo la traje aquí. Fui enviado a buscar a esta mujer, después llamé a la Lamprey.

—¿Por qué?

—No es de su incumbencia, Doctor.

Y de repente todo había acabado. El ruido y la Lamprey que lo acompañaba habían desaparecido, la casa se había restaurado y los invitados estaban pululando de nuevo, como si nada hubiera ocurrido.

El Doctor miró a su alrededor, intentando encontrar a Helen, pero ahora la fiesta parecía ser en honor de la anciana viuda con la que se había encontrado antes. Sin duda ella era el centro de atención.

Chakiss estaba detrás de él, siseando por encima de su hombro.

—Se ha ido, Señor del Tiempo. Todo se ha reseteado y fallaste en tu misión.

Furioso el Doctor dio media vuelta para encararse con él, pero en lugar de Chakiss había una pequeña criatura peluda llevando una bandeja de bebidas.

Buscó a Melanie, que estaba de nuevo con los compañeros de Chakiss y, de nuevo, la alejó a rastras.

Melanie estaba indignada, sus mejillas verdes llameando ligeramente.

—¡Me iba muy bien ahí —dijo malhumorada—. Contándoles nuestras aventuras con los Zarbi y el Procurador de Darruth.

—No lo estabas —el Doctor dijo quedamente—. Sólo te estabas repitiendo.

Antes de que pudiese responder, empezó a regresar zigzagueando, lejos del comedor y fuera del vestíbulo donde Chakiss había estado.

—¿Recuerdas dónde está la TARDIS?

—En el puerto espacial —respondió Melanie, enfurruñada—. Estaba pasándolo muy bien allí.

—Me da igual, Melanie —espetó. Parecía conmocionada, así que respiró hondo. — Lo siento. Sé que sí. El problema es que era la segunda vez que les habías contado esa historia en pocos minutos, pero no lo recuerdas. Por lo que yo sé, en un millón de innumerables mundos en un millón de universos de oportunidades nunca tomadas, giros a la izquierda en lugar de a la derecha, un millón más de Melanies también están contando esa historia. Todo lo que sé es esto: tenemos que estar en Carsus ya. Sé quién es el enemigo de Rummas, y no es bueno.

Melanie volvió inmediatamente a la normalidad.

—Entonces sería mejor irnos. Puedo ir de fiesta en otro momento.

El Doctor pasó el brazo alrededor de sus hombros y activó el control que llamaba a la lanzadera que les llevaría de nuevo al puerto espacial de Narrah.

—Espero —dijo—, que efectivamente podamos tener una fiesta mejor la próxima vez.

Pero en su fuero interno no estaba seguro de si existiría una “próxima vez”.

Capítulo Once

Ruido Molesto

El restaurante era la viva imagen de un desastre. Ola tras ola de energía chronon estaba brotando de las dos Lampreys mientras giraban, casi entrelazadas entre sí, enviando ondas de choque a la derecha, a la izquierda y al centro.

Sólo la mesa de la zona elevada estaba a salvo (aunque el espejo había sido una víctima de la botella voladora de Moet y los dos estaban ahora rotos en miles de fragmentos en el suelo)

Mel y el Doctor estaban tratando de proteger a Natjya Tungard, mientras Pike intentaba calmar a Monica Lamprey.

—El problema es —gritó Mel por encima del ruido que los dos alienígenas estaban haciendo—. ¿Cómo puede saber cuál es cuál?

—¿Qué está pasando? —gritó Natjya, señalando a los clientes de abajo.

Mel miro abajo. Un instante los clientes y el personal estaban congelados en el tiempo, y un segundo más tarde una ola de energía se abatió sobre ellos y eran esqueletos pudriéndose. Un segundo más tarde, otra ola furiosa y eran bebés gimoteando, después de vuelta a la normalidad, después sólo polvo y así sucesivamente.

—¡No hay nada que podamos hacer por ellos —gritó el Doctor—. Y nosotros mismos no podemos movernos o quedaremos atrapados en la misma distorsión temporal!

El ruido era increíble y Mel no estaba segura si era un verdadero tsunami de energía chronon o los gritos reales de furia de las Lamprey luchando.

El Doctor alejó a Pike de un tirón.

—Atrás —suplicó—. ¡En este estado, le matarán!

—Monica no. ¡He cuidado de ella todos estos años!

—¡No sea estúpido. Cualquier creencia que tenga de que fue alguna vez una inocente niña que ayudó a colocar con padres adoptivos es mentira! ¡Es una Lamprey! Puede... —se agacharon cuando la mesa se estrelló sobre sus cabezas— puede cambiar su forma a voluntad. Sólo se convirtió en un bebé porque convenía a sus propósitos. ¡Su inteligencia ha sido siempre la misma!

—¿Por qué Joseph? —dijo Natjya, mientras Mel trataba de mantener su silla de ruedas derecha bajo la acometida.

—Es un químico fantástico —replicó Pike—. Ha descubierto elementos y compuestos desconocidos anteriormente. ¡Ayudará a la humanidad a avanzar, a recuperarse del daño que la guerra hizo a Europa!

Mel miró al Doctor.

—¡Rummas dijo que no logró nada!

El Doctor se encogió de hombros.

—Entonces o se equivocó o los descubrimientos de Tungard permanecieron sin conocerse o... ¡o miente! —Joseph Tungard no había dicho nada en todo el tiempo. Estaba sentado en un rincón, ignorando la violenta vorágine estallando a su alrededor. Sólo estaba mirando fijamente al frente, balanceándose ligeramente. Natjya de repente se dejó caer fuera de la silla, a pesar de las atenciones de Mel, pero era un movimiento deliberado. La puso frente a frente con su marido.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Después de todo lo que pasamos para llegar aquí? ¿Todo lo que construimos? ¿Por qué ella?

Joseph le miró a la cara, como si la viera por primera vez.

—Lo siento —dijo, casi en voz demasiado baja para que alguien la oyese. Pero Mel lo hizo, aunque fue un esfuerzo. Natjya le cogió la mano.

—¿Es debido a la tuberculosis?

Joseph se la quedó mirando con la boca abierta por un instante, y después dijo.

—¿Lo sabes?

—Siempre. Puedo ser una amargada vieja lisiada, Joseph, pero no soy estúpida. Y lo oigo todo. Excepto... excepto el hecho de que mi marido se ha liado con una mujer más joven.

—En realidad con una alienígena —añadió Mel, sin ayudar mucho, y después deseó no haberlo hecho.

—Si estuviese muerta —gritó Natjya—, ¿sería más fácil para ti? ¿Preferirías eso? Te lo mereces más que yo, lo sé.

—No —chilló de repente Joseph—. Te amo, no la amo a ella. Fue sólo... sólo...

—¿Sexo? —apuntó Mel.

—No estás ayudando, Mel —dijo el Doctor, uniéndose al grupo.

Pike se arrastro hacia Natjya.

—Deberías haber muerto hace meses, Natjya. Fue la energía temporal de Monica la que te mantuvo viva. Nunca se dio cuenta, pero yo sí.

—Entonces, ¿si abandona la Tierra —preguntó Mel—, la señora Tungard muere de forma natural?

Pike asintió.

—Entonces debe quedarse —dijo Joseph.

—No —espetó Natjya—. No, no quiero seguir viva así. Tienes que dejarme ir, Joseph. Sigue adelante. Comienza de nuevo con alguien nuevo. Sólo que no... ¡no con eso!

Y las dos Lampreys dejaron de aullar, de luchar. El ruido se atenuó, el viento desapareció.

Y todos los humanos que estaban en el restaurante, excepto los que estaban cerca de ellas, estaban muertos. Eran sólo polvo, envejecidos más allá de la existencia. El interior del restaurante estaba cubierto de un montón de polvo. Sillas, mesas, todo.

—¡Veis lo que habéis hecho, Sir Bertrand —el Doctor señaló airadamente bajo ellos—, porque no podéis mantener el control!

La Lamprey a la que se estaba dirigiendo inspeccionó el área y después, con un movimiento borroso, retomó la familiar forma de Sir Bertrand.

La otra Lamprey rugió, pero Sir Bertrand levantó los brazos.

—¡Vete, Monica Lamprey! —bramó y con un destello de luz se desvaneció.

—La he enviado de vuelta al Vórtice —dijo Sir Bertrand. Agarró del brazo al Doctor—. Estoy desentrenado, Doctor. Tiene que rastrearla, si se comunica con otras Lampreys, puede encontrar a mi Helen. Salvarla. Como descendiente de una Lamprey y un humano, ella es un ser único.

El Doctor asintió tristemente.

—Sí, capaz de coexistir en ambas dimensiones más fácilmente que las Lampreys puras —se volvió hacia Pike—. ¿Desaparecía Monica periódicamente?

Pike se encogió de hombros.

—Sí, ocasionalmente, pero nunca por mucho tiempo.

Mel ayudó a Natjya Tungard a volver a su silla.

—Así se lo parecería a usted, ¿no? Quiero decir, si puede manipular el tiempo, probablemente a usted le parecerían sólo unos pocos segundos.

El Doctor estuvo de acuerdo.

—Tonto de mí, por supuesto. Podría haber pasado años en el Vórtice, en la propia Espiral, proveyéndose de energía y después regresar a la Tierra en busca de Helen.

—¿Cómo supo de ella? —preguntó Pike.

—La sentiría desde el centro de la Espiral, de la misma forma que un tiburón puede sentir la sangre desde kilómetros de distancia. Pero cuando volvió aquí, esos sentimientos eran confusos.

—Le llamó Señor del Tiempo, Doctor —dijo Sir Bertrand—. ¿Lo es?

—Sí.

—Entonces tiene una... ¿Cómo se llamaba? ¿TARDIS?

—Sí.

—Entonces vaya. Ahora, por favor. Rastréela.

Mel le miró, cogiendo sus manos entre las suyas.

—Debe venir con nosotros, ayudarnos a encontrar a tu hija.

Pero negó con la cabeza.

—Estoy cansado. Han pasado muchos años desde la última vez que adopté mi verdadera apariencia, desde que suprimí mis recuerdos. Esta noche he gastado toda mi energía, especialmente al expulsar a Monica ahora. Yo... En realidad necesito descansar. Por favor, tenéis que ir.

El Doctor lo aceptó, y empezó a llevarse a Mel. Mientras caminaban a través del polvo hacia la puerta, se volvió a mirar a Sir Bertrand.

—Recuerde esto. Esto es lo que ocurre si pierde el control. Asegúrese de que estas personas no han muerto en vano, Sir Bertrand. Nunca jamás permita que ocurra esto de nuevo.

Sir Bertrand bajó la cabeza avergonzado.

—De verdad que lo siento mucho, Doctor.

Joseph Tungard finalmente se puso de pie con dificultad.

—Debo ir con vosotros, Doctor. Sé cómo detener a Monica.

Natjya le agarró de la mano.

—No, aún no.

Se inclinó hacia ella y le besó la frente con ternura.

—Si no puedo traerla de vuelta, morirás. No quiero eso, incluso si tú sí lo deseas.

Mel le susurró al Doctor.

—¿No puede la energía de Bertrand mantenerla viva?

El Doctor se encogió de hombros.

—Al parecer no, de otro modo lo habría dicho. Debe ser algo único de Monica, por la cantidad de tiempo que pasaron juntas las dos mujeres —después alzo la voz—. Profesor Tungard, si va a venir, deberíamos irnos. Ahora.

Joseph estaba a su lado en un instante.

Desde el área elevada del comedor, Sir Bertrand miraba a las tres figuras abriendo con cuidado la puerta y marchándose. Natjya se quedó mirando la puerta cerrada, y la Lamprey en forma humana casi sintió pena por ella.

Casi.

El doctor Pike dejó escapar un suspiro.

—Deberíamos salir de aquí. Si las autoridades aparecen, nos va a costar explicar esto.

—No es ningún problema, doctor Pike —dijo Sir Bertrand y cogió la mano del hombre—. Ningún problema en absoluto.

Con un jadeo y después un grito, Pike vio como su mano se marchitaba, se arrugaba y se convertía en polvo. Sus ojos desaparecieron antes de que pudiera incluso asimilar el hecho de que todo su cuerpo estaba siendo consumido por los estragos del tiempo y estuvo muerto en menos de un segundo, reducido a nada más que un dedo de polvo.

Sir Bertrand miró a Natjya, indefensa en su silla, y se echó a reír.

—Tú —gruñó Natjya—. Por supuesto...

—Yo —respondió la Lamprey—. No puedo creer que me haya quitado a ese de encima tan fácilmente. Como todos los Señores del Tiempo, el Doctor fue fácil de engañar.

Y Sir Bertrand resplandeció y se convirtió en quién era realmente.

Monica.

Y Monica se agachó, y cogió el rostro de Natjya entre las manos.

—Le has frenado todos estos años, Natjya. Pero tú marido, y aún más importante, el conocimiento que tiene en su cabeza, va a permitirme sellar la Espiral para siempre. Y toda esa energía preciosa resultante, frustrada, furiosa y caótica será mía para alimentarme durante toda la eternidad. Adiós. Estúpida.

Monica le plantó un beso en los labios a Natjya y la redujo a incluso menos polvo que Pike.

—Se acabó la hora de comer —dijo después enderezándose— ¡Es hora de comenzar de nuevo la caza! —Monica miró hacia el techo— ¡Voy a por ti, Doctor! —y con un destello de luz retomó su forma de Lamprey y se desvaneció directa al corazón de la Espiral que formaba el eje del vórtice espacio temporal.

La batalla final estaba a punto de comenzar.

Capítulo Doce

Armonía en Mi Cabeza

La TARDIS hizo un aterrizaje violento. Tras unos instantes, el Doctor, Melanie Bush y Joseph Tungard salieron, los dos humanos lanzando miradas al Doctor que sugerían que podría haber dicho, con un alarmante don para los eufemismos, que el viaje de vuelta a la Biblioteca de Carsus sería rápido, fácil y sin complicaciones.

No había sido ninguna de esas cosas.

Efectivamente, había empezado cuando, entrando en la TARDIS, Mel había visto, una vez más, una multitud de idénticos (y algunos no tan idénticos) Sextos Doctores pululando, aparentemente sin ser conscientes unos de los otros. Su Doctor había golpeado de inmediato la consola de la TARDIS, como si fuese culpa de la Nave. Cuando esto no resolvió nada, miró a Mel y Tungard.

—Bueno, eso no está bien. ¿Has tocado algo, Mel?

—No, por supuesto que no —replicó, con un sonoro chasqueo de lengua del tipo “¿Qué quieres decir con eso?”.

Levantó la vista hacia el escáner, y Mel vio varias TARDIS, TARDIS con forma de cabina de policía además, rondando ahí fuera.

—Nada bien —apagó el escáner y mientras las pequeñas pantallas se cerraban sobre él, con cuidado pasó a un ajeno Doctor (este en mangas de camisa, leyendo un libro titulado “Los Imperios Perdidos del Planeta Cronos”) y apretó algunos interruptores más, pero la multitud de Doctores fantasmas aún estaba ahí.

Tungard estaba mirando fijamente a su alrededor con la boca abierta.

—Pero era tan pequeña... —dijo.

Mel iba a responder, pero en lugar de eso Tungard levanto la mano.

—Mi amigo Emile estaba teorizando sobre tales posibilidades infinitas —dijo. Volvió la vista a las dobles puertas—. Es decir, si Emile estaba en lo cierto, entonces entre esas puertas y las puertas del exterior hay alguna clase de portal dimensional que lo mantiene todo unido. Y este interior es un espacio completamente distinto al exterior —miró casi acusadoramente a Mel—. Pero, ¿por qué tan pequeña? Sin duda esta clase de estructura permitiría interminables configuraciones internas.

Mel señaló en silencio a la puerta interior.

—Ah, —dijo Tungard, comprendiendo—. ¿Infinita?

—Prácticamente.

—¿Y esos Doctores apiñados aquí dentro?

—No es un fenómeno habitual —dijo Mel, pensando que era prudente no señalar que ya había pasado antes una vez, a una escala menor, sólo unas pocas horas.

~

El Doctor estaba siendo distraído por otra versión suya, intentando introducir coordenadas en la consola, pero sus efímeros dedos no producían ningún efecto. Sin embargo, estaba irritando al Doctor real.

—Otra vez no —murmuró y después, encogiéndose de hombros, se colocó exactamente donde estaba colocado el otro, creando una especie de extraña doble exposición al mirarles a ambos, cada uno haciendo las mismas acciones, pero separadas por pocos segundos.

—Doctor —dijo Mel finalmente—. Esto es friki y un poco alarmante.

El Doctor volvió la vista hacia ella, pero no paró de trabajar.

—No estoy tan seguro. Verás, he estado pensando que el propio Carsus es el centro de todos los problemas. Rummas nos trajo aquí para ponerles fin, pero creo que podría ser el verdadero nexo en el corazón de la propia cuestión.

—¿Sabes?, no tengo ni idea de lo que estás hablando —dijo Mel.

El Doctor suspiró.

—Gracias Mel, eres de gran ayuda.

—No es mi culpa que continúen pasando cosas y nadie nos diga qué ocurre. Aquí el pobre Joe está tan perplejo como yo.

—No, en realidad no —dijo Tungard quedamente—. Supongo que si esa criatura que fingía ser Monica puede manipular múltiples líneas de tiempo, entonces todas esas versiones de usted, Doctor, son sólo fantasmas, imágenes residuales de dónde ha y

no ha estado, ¿verdad?

—Bueno —dijo el Doctor—. Eso fue ilustrativo, pero no del todo exacto. Sin embargo al menos —añadió lanzando una mirada a Mel—, hizo un esfuerzo. Así que gracias.

Tungard lanzó un grito ahogado y Mel se dio cuenta de que uno a uno los falsos Doctores estaban desapareciendo, hasta que sólo quedaron dos, totalmente idénticos.

—Le quitamos la vista de encima —murmuró Mel.

Cada Doctor miraba al otro.

—Uno de nosotros no debería estar aquí —dijo.

—¿Tú crees? —replicó el otro.

—Efectivamente. Pero, ¿quién de nosotros es?

—Bueno, podemos precisarlo. Quiero decir, vine a bordo de la TARDIS con Mel y Joseph Tungard. ¿Y tú?

El otro Doctor se mordió el labio.

—Oh, ya veo. Así que tras dejar Carsus, fuimos a la Tierra. Quedamos en el restaurante y la Lamprey nos atacó.

El otro Doctor retomó la historia.

—Cuando Sir Bertrand exorcizó a Monica, todos nosotros nos dirigimos aquí para volver con Rummas a la Biblioteca.

—Nosotros igual.

—Oh sí, claro. Por supuesto todo esto era distinto en todos los demás que estaban aquí, pero ¿no estamos...

—... separados tu y yo solo por el cambio más diminuto de la realidad?

—Un minúsculo cambio. Debemos pensar en algo que nos ha confundido en el pasado reciente.

—Una palabra o frase fuera de lugar que tendrá sentido para uno de nosotros pero no para el otro.

Mel y Tungard estaban alarmándose cada vez más a cada segundo.

—Vamos Doctor. Doctores. Dos mentes son mejor que una y todo eso.

—¡Eso es! ¡La fiesta!

El otro Doctor frunció el ceño.

—¿Qué fiesta?

—Oh, vamos, no podemos ser así de distintos.

—No, quiero decir, ha habido tantas...

—El decimosexto cumpleaños de Helen Lamprey. Ipswich. La Tierra. ¿Sí?

—Sí, estuvimos ahí, hicimos eso.

Los Doctores miraron a Mel, después uno habló.

—Mel, ¿cómo está Anabel?

—¡Oh, mira! ¿Quién diablos es Anabel? —preguntó Mel.

—¡Ajá! ¡Soy la anomalía! —exclamó el Doctor que había preguntado e inmediatamente se desvaneció.

Mel miró al Doctor que quedaba.

—Espero por Dios que tú seas mi Doctor.

—Míralo de esta manera, Mel. Tampoco sé quien es Anabel.

El Doctor apretó algunos interruptores más y declaró que proseguirían hacia la Librería de Carsus con total seguridad. En ese momento la TARDIS dio un bandazo de lado a lado y los tres fueron arrojados al suelo.

—¡Algunos días —murmuró Mel mirando fijamente al techo—, desearía que no abriese la boca!

* * *

Así que ahí estaban, la TARDIS habiendo hecho su aterrizaje violento en la Sala de Lectura con Rummas y los señores Woltas y Huu. Contándoles todo lo que había ocurrido.

Los dos Guardianes y el profesor cruzaron miradas y después Rummas suspiró.

—Doctor, creo que tengo algo que enseñarle. Por favor sígame.

Mel iba a seguirles fuera cuando vio que Tungard descubría el sistema de ordenadores en donde había intentado entrar antes. Ya había comprendido lo esencial para cuando se acercó.

—¿Esto es el futuro? —le preguntó en voz baja—. ¿Un futuro de maquinas del tiempo, monstruos temporales desplazados y esta caja de trucos?

—Es un PC —dijo quedamente, intentando recordar cómo se había sentido cuando se enfrentó por primera vez a una tecnología más allá de sus experiencias de 1989—. Un Ordenador Personal.

Tungard se echó a reír.

—¿Qué es realmente?

Mel le apretó el hombro y sintió que cedía.

—Esto —dijo tras unos pocos instantes—, esto es un ordenador. Pero... pero...

Mel intentó pensar en lo que significarían los ordenadores para alguien de 1959, treinta años antes de lo que significaría para ella ALGOL, los IBM, Microprocesadores BBC y el LocoScript 1. Mientras viajaba con el Doctor, Mel había llegado a adaptarse a los avances en tecnología, pero eso es porque tenía formación en ese campo. Como químico, aunque uno que parecía haberse aprovechado de lo que fuese que Monica Lamprey necesitase, la comprensión de Joseph sobre microcircuitos iba a ser limitada y el salto de tecnología que ella había dado, sería más un salto de fe para el pobre Joe.

—¿Qué hace este... PC exactamente? —preguntó.

Recordando su intento de burlar al futuro antes, Mel considero mentir, pero al final esperó que fuese más fuerte de lo que había sido ella y aceptase que el futuro era mejor dejarlo en un misterio.

Así que se lo dijo.

Y antes de que pudiera respirar, había tecleado su propio nombre. Al menos Mel podía estar tranquila de que no sabría nada más que el hecho de que su vida estaba destinada a no ser destacable.

Al menos eso es lo que Rummas había dicho antes.

Sin embargo, la pantalla del ordenador dijo algo completamente distinto:

“Joseph Piotr Tungard. (N) 1924, Primera Tierra. Químico rumano, huyó de la persecución soviética a Gran Bretaña en la década de 1950 donde empezó a enseñar en una universidad de Londres. Mientras estaba allí, descubrió tres nuevos elementos atómicos que, cuando se combinaron, abrieron bucles de causalidad, activaron un desbocado acceso al vórtice espacio-temporal y soltaron a las Lampreys encerradas

anteriormente en la Espiral en el eje del Vórtice. Como resultado de sus descubrimientos, las Lampreys obtuvieron acceso ilimitado a todo el espacio y el tiempo de los multiversos, remontándose hacia atrás hacia la creación o yendo hacia delante a la destrucción de cada universo, más todo punto intermedio entre ellos, donde causaron estragos y deshilaron la realidad cuando se alimentaron de las energías del caos liberadas mientras cada universo divergente se autodestruía. Por lo tanto, para los pocos billones de supervivientes entre los dieciocho universos supervivientes conocidos (fuera cual fuera la cantidad sin registrar que existían previamente), es conocido como el Arquitecto del Caos.

Se han realizado muchos intentos por crono-sensibles supervivientes para volver hacia atrás en el tiempo y asesinar a Tungard antes de su ascenso a la madurez, pero todas han fallado, su línea temporal está ferozmente protegida por multitud de Lampreys”

—Eso explica mucho —murmuró Joseph Tungard, pensando en el accidente de coche y todo eso. Se echó hacia atrás en la silla y dejó escapar un profundo suspiro—. No creo que me guste este futuro vuestro señorita Bush —dijo tras un instante de silencio.

—Hay veces que no estoy entusiasmada con el mío propio —entonces una idea la golpeó. Pidió a Joe que se moviera y ella misma se sentó, tecleando su propio nombre. Seleccionó Primera Tierra debajo de planeta, pero en vez de solicitar una historia, tecleó “Parientes Conocidos” en el motor de búsqueda. El número empezó en 131 y comenzó a subir, así que apretó el botón de parada y reformuló la petición. “Parientes Cercanos Conocidos”, aunque esto podría incluir las preferencias de la familia de la horrible hermana de su padre y las encantadoras Hallams en el lado de su madre, se mantendría cerca de su propio periodo de tiempo.

Tras unos pocos segundos el ordenador indicó que había encontrado doce. Mel consideró esto antes de pulsar en “Continuar”. Su madre y su padre, varios tíos y tías y primos. Eso le daba once. Entonces, ¿de dónde venía el doce?

Pulsó Ir y vio tomar forma a la lista esperada.

Y se quedó mirando fijamente la pantalla. Y vio el nombre que había oído un par de veces recientemente, a pesar de que no significaba nada para ella. Y sintió que se le iba el color de sus mejillas.

Había una entrada de sí misma, “Melanie Jane nacida el 22/07/64”.

Entonces, ¿quién demonios era “Anabel Claire, nacida el 04/10/62”?

—Oh dios mio, Profesor Tungard —dijo en voz alta—. Tengo una hermana que nunca he conocido.

—Por supuesto que sí, querida —dijo una nueva voz femenina detrás de ella.

Mel dio media vuelta para encontrarse a Joseph Tungard sujeto mediante un pinzamiento en el cuello, incapaz de mover nada más que sus ojos saltones, desorbitados de terror.

—Espero que su presencia aquí signifique que nos hemos librado finalmente de Rummas. Para siempre.

—No —siseó Mel—. Te detendremos.

Monica Lamprey en su forma humana una vez más, se echó a reír y se echó el pelo hacia atrás sobre el hombro.

—No seas estúpida, joven mujer. Ves lo que quieres ver, o más bien lo que yo quiero que veas. Bien, vosotros dos realmente sois una molestia. Aquí Joseph, aún me es útil. Pero tú, querida Melanie Jane, eres una repelente retrograda, una distracción. Pero también eres la compañera del Doctor.

—No hará nada para ayudarte —gritó Mel.

—Por supuesto que lo hará, estúpida —escupió Monica—. Porque si no lo hace, nunca volverás. Veo que has descubierto lo más importante de tu vida. Lo único que marcó una diferencia en el sinnúmero de otras Mel que pululan por el dispar multiverso.

—No te entiendo.

—Todas ellas tuvieron una hermana llamada Anabel. Pero, ¿y tú? Ese fue tu desencadenante, el incidente que te marcó como especial y única. El camino no tomado es todo debido a Anabel. ¿Te gustaría saber cómo es?

—Yo...

—Tomaré eso como un sí —sonrió Monica e inmediatamente se transformó en su forma de Lamprey—. Adiós Melanie Bush de la Primera Tierra —exclamó—. ¡Dudo que quieras volver otra vez!

Y de lo último de lo que Mel fue consciente fue del sonido de un viento rápido y tumultuoso, similar al que oyó durante la batalla en el restaurante.

Y después todo se detuvo.

Para siempre.

—Si tuviera un mapa de tu Biblioteca pentagrámica, Profesor Rummas —dijo el Doctor—, ¿estaría en lo cierto al suponer que me encuentro en el epicentro, donde todo se une?

—Sí.

—¿Y estaría en lo cierto al suponer que lo que descarté como divagaciones paranoicas de Mel sobre estructuras similares en otros mundos están, de hecho, completamente justificadas y que las Lampreys pueden usarlas para acceder a esos planetas?

—Sí.

—¿Y estaría en lo cierto al suponer que sabías todo esto hace mucho, y podrías habernos evitado a todos nosotros mucho estrés si me hubieras dicho esto antes?

—Sí.

—Una última pregunta, viejo amigo. ¿Estaría en lo cierto al pensar que si tuviera que abandonar mis profundas creencias sobre la violencia y la agresividad y me dejase llevar, probablemente podría darte un puñetazo en la nariz antes que el señor Woltas y el señor Huu pudieran acercarse lo suficiente para detenerme?

Hubo una breve pausa antes de que otro avergonzado “Sí” más saliese de la boca de Rummas.

Los cuatro se encontraban en una cámara que era tan diferente del resto de la Biblioteca de Carsus como podía ser posible. Brillantemente iluminada con brasadoras bombillas halógenas, tenía relucientes paredes blancas, vacías, aunque una zona contenía un pequeño banco de consolas. Estas tenían una serie de luces parpadeantes y pantallas de ordenador en blanco.

Era bastante grande y en pleno centro, y por consiguiente en pleno centro de la toda la biblioteca, había una apertura cónica invertida que se dirigía hacia abajo en el suelo, protegida por dos barandillas paralelas a la altura de la cintura. La limpia superficie del cono descendente era igual a la de las paredes de la sala, excepto donde se rompía de tanto en tanto por semiesferas de cristal ahumado colocadas irregularmente, aproximadamente del tamaño de pelotas de ping-pong.

El Doctor miró fijamente a las profundidades, intentando ver el punto en el que convergía el fondo, pero estaba muy, muy abajo y no pudo enfocararlo.

—Si fuese otro, Rummas —dijo el Doctor quedamente, tratando de relajar los dientes—. Podría suponer que eres algún inútil que accidentalmente ha robado de Gallifrey, durante una de sus estancias de “adquisiciones para la biblioteca”, uno de los aparatos más devastadores en todo el Universo, no, perdón, multiverso. Sin embargo, como uno de mis más viejos amigos, estoy haciendo una suposición de que tú, de hecho, no sólo sabías perfectamente lo que es este aparato, sino que lo has usado tu mismo. Y que tú, personalmente, eres responsable de todo lo que ha estado ocurriendo aquí debido a tu propia estupidez, vanidad y total menosprecio por las leyes del tiempo, el caos y cualquier otro de los inquebrantables huéspedes de la lógica y la razón inculcados en nosotros por las personas de Delox, Borusa y nuestros otros profesores en la Academia —lentamente se volvió hacia el profesor, clavándole una mirada que habría tenido a una cobra y una mangosta corriendo por sus vidas—. ¿Estoy en lo cierto?

Rummas no pudo mantener la mirada del Doctor por más de un segundo y finalmente asintió sin decir una palabra.

—Perdón —dijo el Doctor—. No he entendido eso.

—Yo... Tienes que entender Doctor que yo...

—¿Entender? ¿Entender? ¡ENTENDER! —explotó el Doctor—. ¡Arrogante, imbécil ignorante, Rummas! Lo único que entiendo es que cuando nos pediste a Mel y a mí que te ayudásemos y empezamos a experimentar múltiples derrames temporales, sinceramente supuse que las Lampreys estaban detrás de todo. Pero por supuesto, todo tiene un punto de inicio. Ese bonito momento en el que el caos se desata sobre la creación, cuando algo dispara ese primer incidente. El incidente que pasa arrasando por la cronología de la existencia, descosiéndola y después restituyéndola de una manera desconocida, sin parangón y, en última instancia, catastrófica. Y la persona que disparó ese gatillo eres tú, cuando usaste esta extraña maquina —el Doctor no se detuvo, no dejó que Rummas dijera ni una palabra—. Y vosotros dos, Guardianes, ¿sabíais algo de esto? ¿Fuisteis parte integrante de esta obscenidad, este asalto a la existencia? ¿O sólo dos estúpidos zoquetes obedeciendo sin cuestionar las órdenes de este autentico cretino de aquí? ¿Bien?

Fue Woltas quien contestó.

—Sí, Doctor. Lo sabíamos. Para cuando el Profesor... todos nosotros nos dimos cuenta de lo que estaba pasando, era demasiado tarde.

Huu continuó.

—A causa de nuestra exclusiva posición en el borde del Vórtice, supimos que no podríamos hacer nada para revertir el proceso.

—Bueno, por supuesto que no pudisteis. Una vez hubisteis dado a las Lampreys el acceso al universo lineal, simplemente volvieron un microsegundo antes de que hicierais algo y os detuvieron. Toda acción que vosotros tres tomarais, no sólo fue anticipada por las Lampreys, sino que en realidad se anuló antes de haberla hecho.

—No hemos hecho nada —dijo Rummas.

—Bueno, por supuesto que no —le gritó el Doctor—. Las Lampreys se han asegurado de ello. Por lo que vosotros sabéis, habéis intentado detenerlas un millón de veces pero ella os detuvo un millón una.

—Esa es la razón por la que te necesitábamos, Doctor —suplicó Rummas—. Somos parte del proceso ahora. Pero tú, tú eres alguien de fuera, eres un elemento indisciplinado e impredecible añadido a la ecuación. Y ya has salvado el día.

Esto desconcertó al Doctor un poco.

—Explícate.

—Está máquina —Rummas señaló al hoyo cónico y los bancos de ordenadores cercanos—, es, como bien supones, un portal hacia el Vórtice. O en realidad hacia la Espiral y su nexo.

—Sí, la más poderosa y destructiva fuerza de la naturaleza en la creación —añadió el Doctor, simplemente para confirmarlo. Su ira no se había calmado.

—¡Sí, sí, sí, de acuerdo! Pero accediendo a ella, podemos controlar las cosas, enmendarlas. De hecho, mantener a la Lamprey en una prisión.

El Doctor no podía creer lo que oía.

—¿Eones vagando por pasillos oscuros y polvorientos han podrido tu cerebro, Rummas? No puedes contener a las Lampreys, ni controlarlas. Ella/ello/ellos son tiempo, ella/ello/ellos son fluidos, ella/ello/ellos coexisten en todas partes. Ella/ello/ellos han estado saltando a través del tiempo constantemente, viviendo vidas enteras en un planeta y después chupandolo hasta dejarlo seco.

—Esa no es la toda la historia, Doctor —dijo Woltas.

El Doctor se echó las manos a la cabeza en un gesto de rendición.

—Oh, por favor, iluminadme más.

—Sabemos que ella ha estado buscando algo. Un imán donde anclarse a sí misma, o ellos mismos, en un punto fijo, así podrían acceder a los multiversos simultáneamente más que del modo arbitrario que hacen ahora. Al tener una base central, no gastan tanta energía.

—¿Y?

—Y —continuó Woltas con un suspiro por la interrupción—, y así las hemos encontrado. Creemos que hay una astilla en el imán en uno de cinco universos. Así que han estado secuestrando cuatro crono-sensibles, de cuatro universos, y en el quinto encuentran el imán, normalmente el descendiente de alguien que ha crecido con una Lamprey.

—¿Helen?

—Sí —Rummas retomó la historia—. Sí, excepto que hay una Helen Lamprey en todas esas cinco realidades. No es aleatorio, es deliberado. Con una excepción. La Helen de la Primera Tierra...

—Era la de Sir Bertrand, no de Monica —razonó el Doctor—. De acuerdo, ¿en qué nos ayuda eso?

—Una de dos. La Helen de Sir Bertrand o es el eslabón débil o es el poder supremo.

—No, el poder supremo es Mónica. Ella es la Lamprey principal, posiblemente todas las demás Lampreys, sin tener en cuenta su propia individualidad pueden remontarse para ser una versión alternativa de ella en primer lugar —el Doctor se acercó al banco de ordenadores—. Y entonces, ¿qué? ¿Planeáis traer a Monica aquí, usando un montón de Helens como anzuelo y después atraparla en la Espiral?

—Exactamente —dijo el señor Huu—. El plan era sellar la Espiral después con la que tú llamas Monica encerrada dentro. Para toda la eternidad. Y podríamos guardarla aquí.

—Esa es la razón por la que... tomamos prestado este aparato de captura —
Rummas

estaba ahora en el hombro del Doctor.

—¿Y cuando —preguntó el Doctor—, tendrá lugar ese gran viaje de pesca?

Rummas se echó a reír.

—Pero si eso es lo mejor, Doctor. No tenemos que hacerlo. Seguimos vuestras aventuras en la Primera Tierra. La batalla en ese café...

—Restaurante —espetó el Doctor—. No veo al señor Bernard Walsh apreciando que llames a su establecimiento un “café”. Es bastante exigente.

—¡De todas formas! —le interrumpió Rummas—. De todas formas vimos lo que pasó

y cuando Sir Bertrand echó a Monica al Vórtice después de su batalla, estábamos preparados —Rummas pulsó un interruptor y las semiesferas de cristal ahumado pulsaron y un zumbido bajo resonó por toda la cámara. Mientras el Doctor observaba, las paredes del cono invertido se desvanecieron para ser reemplazadas por los círculos concéntricos de la Espiral, ondulantes mientras rotaban, haciéndole sentir casi mareado.

Y entonces diminutos rayos de luz se entrecruzaron entre las semiesferas, formando los hilos de una red. Y grabada en la red, consolidándose mientras la red se incrementaba en densidad e intensidad, estaba la Lamprey exiliada del restaurante de Londres, tumbada aparentemente muerta, colgada de sólidos hilos de luz. ¡Rummas aplaudió triunfalmente!

—¡Hemos ganado Doctor! ¿Ves?, ¡ya tenemos aquí a la Lamprey principal! Quería que vieses esto antes de que nos dejases.

El Doctor respiró hondo y frunció el ceño.

—Pero si ya habéis capturado y matado a Monica, ¿Por qué sigue habiendo alteraciones? ¿Todos esos yo en mi TARDIS?

El señor Huu respondió a eso.

—Una piedra se hunde en un estanque, Doctor, pero las olas no se detienen, hasta que golpean el borde de la orilla, rebotan y poco a poco se allanan. Teniendo en cuenta que el espacio-tiempo es casi infinito, esas ondas que Monica causó continuarán produciéndose por un tiempo. Estimamos, en términos tuyos, que pasarán otros ocho años antes de que todo se calme. Pero no es problema, podemos enviaros a ti, la señorita Bush y tu TARDIS ocho años en vuestro propio futuro en un abrir y cerrar de ojos e incorporar un bucle de no retorno, garantizando que nunca volveréis a visitar esos ocho años de nuevo. Fácil.

El Doctor miro a Huu, Woltas y Rummas, todos sonriendo a su gran plan que habían llevado a buen término. Un multiverso salvado, las Lampreys muertas.

—Buen trabajo, caballeros —dijo—. Buen trabajo incluso suponiendo que no hayáis cometido un error.

Rummas le puso el brazo alrededor del hombro al Doctor y señaló victorioso a la Lamprey capturada e inmóvil ante ellos.

—No hemos cometido ningún error, Doctor. Y realmente la destrucción de la criatura es gracias a ti.

—Sí —dijo el Doctor—. Y eso es lo que me preocupa. Me preocupaba en el restaurante y me preocupa incluso más ahora.

El señor Woltas suspiró.

—Eres un aguafiestas a veces, Doctor. ¿Qué error?

El Doctor se liberó con un encogimiento de hombros del brazo de Rummas airadamente, se acercó a la Espiral y miró a la Lamprey atrapada debajo. El Doctor sacudió lentamente la cabeza.

—El error, caballeros, es que no me contasteis vuestro plan. Porque estaba trabajando en uno propio, una manera de poner a Monica al descubierto. Mi plan funcionó, el vuestro fracasó.

Rummas fue airadamente hacia él.

—Tonterias, Doctor. Lo siento si te hemos arrebatado todo el protagonismo, pero ¡ganamos!

El Doctor agarró fuertemente la barandilla, hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Le costó toda su fuerza, toda su voluntad el no arremeter contra esos tres perdedores incompetentes e ignorantes.

En vez de eso, inclinó la cabeza hacia delante y le susurró a Rummas, tratando de mantener la voz nivelada y calmada. Tratando de no mostrar ni un ápice de ira.

—¿Y si, caballeros, esa Lamprey que habéis atrapado, que está tirada allí muerta y bien muerta, no es Mónica? ¿Y si la Lamprey que fue exorcizada de la Tierra era Sir Bertrand, y Monica al ser, al igual que todas las Lampreys, un metamórfico temporal tomó la forma de Sir Bertrand para engañarnos a mí, a Mel y, oh, no sé, a unos bibliotecarios estúpidos que se encontraban mirando?

Rummas no podía aceptar nada de eso.

—Esa es Monica. ¡Sé que lo es! —pero su voz tembló, revelando el hecho de que esto era un resultado que no había previsto.

—No, Profesor Rummas. Estoy bastante seguro de que ese es Sir Bertrand. Lo que significa que Monica todavía anda suelta y muy probablemente volverá aquí, matando gente en diferentes puntos temporales.

—¿Por qué piensa eso, Doctor? —preguntó Woltas.

—Porque si tuviera el poder, la astucia, el ingenio y la determinación de ganar de Mónica, eso es exactamente lo que habría hecho. Y porque tengo su ingenio, astucia y determinación por ganar pero, desgraciadamente, no su poder, estoy bastante seguro de que acabáis de matar a la única Lamprey que podría habernos ayudado a vencer.

* * *

La palabra hogar tiene unos pocos significados para Melanie Jane Bush.

El primero y principal, es el lugar donde reside su familia. El número 36 de Downview Crescent, Pease Pottage, Sussex. Ese es el hogar que dice seguridad. Ese es el hogar que dice amor.

Después está la TARDIS. Ese es el hogar que dice amistad, que ilustra la razón por la que le encanta estar con el Doctor, ver cosas extraordinarias y maravillosas que tan sólo otros pocos tienen la oportunidad de ver. Oh sí, es un hogar que invita a entrar en su vida al peligro regularmente, pero también invita a entrar a la satisfacción.

Por cada aventura Zarbi y Procurador de Darruth, había un viaje a las (literalmente) arenas cantantes de Cousus VI. Por cada encuentro con los Daleks y sus intentos de borrar la civilización, había un encuentro con los Pakhars y sus intentos de mejorarla.

Después estaba el piso en Goldhawk Road que compartía con Leonora, Julia y, en esos últimos pocos meses, Jake. Ahí es donde se formaba la amistad, se lograba crecer y se perdía la virginidad (o al menos todos los que alguna vez estuvieron más de una semana) El Picadero, como los otros estudiantes lo llamaban, un nombre del que Mel aparentemente objetaba porque tenía una apariencia correcta y formal que mantener pero, en el fondo, pensaba que era fabuloso. Y, por supuesto, una vez que llegó Jake, bueno... eso fue algo de lo que jamás se volvió a hablar en Downview Crescent.

Después estaba en el que vivió durante los años de la escuela primaria, a unos pocos kilómetros al este de Pease Pottage. El número 14 de Los Lawns, Ardingly, la gran

casa, donde los ancianos venían en Navidad para cantar villancicos, en Pascua para cantar más canciones y a finales de junio para la Fiesta de la Vendimia, cuando la casa siempre quedaba llena de latas de maíz tierno, de leche condensada y de ruibarbo que nadie realmente quería.

El hogar, los cuatro, era dónde realmente está el corazón.

A Mel siempre le habían dicho que había nacido en Los Lawns (bueno, vale, en el Hove hospital, pero eso eran sutilezas) siendo la casa que mamá y papá habían comprado después de mudarse desde el Nordeste porque papá consiguió ese trabajo en finanzas.

Y siempre había creído eso, después de todo, las primeras fotos que tenía de ella eran de pie junto al viejo Austin verde aparcado en la calle, cuando tenía aproximadamente cuatro años.

¿Cuatro?

¿Cuatro? ¿Qué padres no tienen fotos de sus hijos antes de cumplir cuatro años?

¿Cuatro?

No, espera, recordaba su tercer cumpleaños, jugando en lo alto de las escaleras con su Tele-Sketch. Por supuesto, al igual que con ese espirógrafo, Mel nunca pudo dibujar algo realmente, pero le encantaba hacer garabatos y figuras extrañas que, en su mente al menos, eran perros y gatos. Y la diversión era que podía coger el Tele-Sketch y agitarlo. Perdía los dibujos que pintaba, pero le fascinaba el sonido que hacían los pequeños trozos de grafito cuando entrechocaban en su interior.

Y luego estaban el Letraset Action Transfers y el Mayor Matt Mason y... no. No, esos fueron más tarde.

No cuando tenía tres años.

Entonces, ¿por qué no hay fotos de ese tercer cumpleaños?

¿O del segundo? ¿O del primero? O fotos de ella con ropa de bebé en el hospital.

Afrontémoslo, a diferencia de la mayoría de estudiantes licenciándose en la universidad para empezar a vivir, Alan y Christine Bush apenas fueron pobres. El hecho era que ambos habían sido mayores que sus coetáneos y ambos tenían padres asquerosamente ricos. Aunque aseguraban que podían valerse por sus propios medios si

lo necesitaban alguna vez (y mamá siempre estuvo orgullosa de que nunca pasase), el dinero estaba disponible.

Entonces, ¿qué? ¿No se pudieron permitir una cámara? Sí, venga...

Mel aún podía verse en lo alto de esa escalera, agitando el Tele-Sketch y...

Espera, ¿esas no son las escaleras en Los Lawns? Los recuerdos del Tele-Sketch iban acompañados de unos escalones enmoquetados marrones, con espacios entre ellos.

Ahora está viendo escalones más delgados, más empinados. Una alfombra ligeramente raída, firme con una pared a cada lado y una barandilla blanca subiendo por el lado izquierdo.

Y hay un ruido asociado con estos escalones, a pesar del hecho de que nunca los ha visto antes.

Excepto que, obviamente, sí los ha hecho, porque esto es un recuerdo. Y esa es ella, sentada en lo alto en un saltador blanco, sin los zapatos puestos.

Pero no tenía tres años.

No hay ningún Tele-Sketch a la vista.

Es más joven y está mirando fijamente al pie de la escalera, donde se curva ligeramente hacia el vestíbulo. Puede ver la puerta delantera. Madera blanca con bordes rojos en los paneles. Pero, por alguna razón, sólo en un lado.

¿Un chiflado Art Deco? Apenas tenía recuerdos de la elección de arte de sus padres. No, mira más de cerca, no está realmente bordeando los paneles, salpica sólo en el rincón. Y el escalón del fondo está también pintado de rojo. Desentona con el alfombrado azul.

¿Por qué de repente papá y mamá están ahí, gritándose el uno al otro? Y mirando hacia arriba a la pequeña Melanie Jane Bush, de dieciocho meses de edad (unas pocas semanas arriba o abajo).

No, gritándose entre sí no, ¿gritándole a ella? ¿Gritándole a Mel? Parecía improbable, mamá era una de esas raras madres medio hippys que no creía en padres agresivos. Mel no podía recordar que alguna vez la abofeteasen, la azotasen o tan siquiera le gritasen. Pero le estaban gritando ahora, en un recuerdo que nunca había tenido antes, en lo alto de una escalera en una casa que no había visto hasta ahora.

Entonces, ¿por qué de repente sabe que la dirección de la casa en donde se encuentra es el número 8 de Gosling Street, Croxdale?

Una casa en la que nunca ha estado en un pueblo del condado de Durham en el que nunca ha estado.

Papá está con ella ahora, llevándosela lejos del rellano. Está sacudiéndola. No, no, no lo hace, sólo está temblando. Y Mel está llorando porque... ¿porque papá está llorando? ¡Los papás no lloran! Las mamás lloran a veces pero para que un papa llore, algo realmente espantoso debe haber ocurrido. Pero, ¿el qué?

Mel trata de recordar, alguien cálido y reconfortante hablando detrás de ella, moviéndose hacia ella. La sensación de algo tocando su pequeña pierna izquierda dieciocho meses mayor. Una imagen borrosa de algo pasando por su cabeza en realidad rápido y sin embargo curiosamente despacio.

Un ruido como de galleta rompiéndose.

Rápido. Repentino. Después silencio, después comienzan los gritos “Oh,

Dios mío”.

Anabel.

Dicen que la mayoría de los bebés no pueden recordar mucho antes de su segundo cumpleaños, a menudo el tercero. A no ser que sea algún tipo de trauma que haya sido enterrado, jamás aludido de nuevo.

Anabel.

Justo como había dicho el ordenador de la Sala de Lectura. Melanie Jane Bush, nacida en 1964, una hermana, Anabel Claire Bush, de dieciocho meses. Hermana. Dieciocho meses después, Anabel Claire Bush de tres años tirada rota al pie de las escaleras del número 8 de Gosling Street, Croxdale. Rota como una galleta.

Muerta por culpa de Melanie Jane Bush.

La misma Melanie Jane Bush de unos veintiséis años de edad, cuyos recuerdos reprimidos acababan de volver inundándola, junto a un torrente de lágrimas, ira, frustración y conmoción.

Nadie se lo había dicho.

Nadie la había llevado a la tumba (presumiblemente en algún lugar de Durham)

Nadie le había explicado que había tenido una hermana una vez, pero un accidente en lo alto de una escalera se la había arrebatado.

Nadie le había dicho jamás. “No, tú no eres hija única, había otra.

Y lo único que Mel quería hacer ahora era ir a casa en Pease Pottage con sus padres y preguntarles “¿Por qué se me ha negado esta parte importante de mí... nuestras vidas? ¿Por qué?”

Y en vez de eso, la bruja despiadada de una alienígena transtemporal, empeñada en comerse el multiverso, está riéndose del sufrimiento de Mel, atormentándola deliberadamente por pura y sádica diversión.

Así que Mel detuvo sus lágrimas. Mel detuvo las fuertes y dolorosas inspiraciones que salpicaban sus sollozos. Respiró hondo y pensó que si la muerte de Anabel había sido borrada, compartimentalizada, archivada durante 26 años, podía estarlo una vez más.

Y entonces Mel abrió los ojos, dejando que se secasen y se centrasen en la Sala de Lectura mientras se descomponía a su alrededor.

Se volvió para enfrentarse a Monica, que ahora había dejado libre a Joseph Tungard. Estaba sentado en el suelo, agarrándose el cuello. Mel vislumbró por su visión periférica enormes manchas rojas en la piel donde Monica le había agarrado con demasiada fuerza.

—Entonces, señorita Bush —se burló Monica—, ¿cómo le sienta la verdad?

Mel sonrió con fuerza.

—¡Vete a la mierda! ¡Zorra!

Y golpeó a Monica directamente en la cara con toda la potencia que su angustia, su frustración y su furia encerradas poseían.

Capítulo Trece

Una Clase Diferente de Tensión.

¿Cuánto tiempo llevaban atrapados aquí? ¿Cuánto tiempo habían alimentado con sus energías vitales a la inconsciente chica suspendida en el sarcófago del medio?

—¿Cuánto tiempo? —gritó DiVotow a la oscuridad. Se sorprendió al recibir contestación.

—No mucho más —siseó una voz en su oído. No había nadie allí, ninguna habitación para que alguien pudiera estar en esta pequeña capsula-prisión, pero la voz estaba ahí de todas maneras—. Te prometo la libertad pronto —si sintió algún consuelo con esa frase, se truncó debido a la risa burlona que le siguió.

DiVotow levantó la cabeza y después la estampó contra el fondo de su prisión tan fuerte como pudo. Dolió. Entonces lo hizo otra vez. Y otra.

Después se detuvo a recobrar el aliento y miró a su izquierda. Pudo ver a Kevin devolviéndole la mirada con el ceño fruncido. Entonces pareció guiñarle un ojo a DiVotow y comenzó a dar los mismos golpes con la cabeza.

DiVotow comenzó de nuevo.

—¿Qué estáis haciendo, chicos? —esa era la voz de Haema.

—Contraatacar —chilló DiVotow.

* * *

La Sala de Lectura estaba hecha trizas, el ciclón que había estallado en el centro de la habitación estaba arrancando los libros de sus estanterías y después las estanterías de la pared.

El ordenador estaba ya roto en un millón de fragmentos en el viento y Joseph Tungard se había escondido detrás de un pesado sillón de piel que aún no había sido llevado por el maelstrom.

A la pobre señorita Bush no la veía. Un minuto había estado hablando con Monica y después era como si se hubiera ido a dormir, pero sólo por un segundo o dos. Después se había despertado, enojada con Monica y entonces la había dado un puñetazo.

Si había esperado que Monica cayese, quedó enormemente decepcionada, y en vez de eso, Monica había abandonado toda pretensión de humanidad y una vez más se convirtió en la criatura chillona que había sido en aquel restaurante en Londres.

El restaurante. Natjya. Quería volver con su mujer. Maldita seas, Mónica. Maldita seas por perturbar nuestras vidas. Tungard buscaba desesperadamente restos de cualquier indicio de la señorita Bush, pero era como si hubiera dejado de existir desde el momento en el que Monica se transformó.

Monica le estaba buscando, eso lo sabía. Había pasado suficiente tiempo con ella, abrazándola, envolviendo su cuerpo alrededor y dentro del de ella, que creía conocerla bastante bien. Por supuesto, no había tenido ni idea de que fuese un alienígena destructor de tiempo, empeñado en la dominación universal, pero aparte de ese lado de su personalidad, la conocía. Sin duda podía predecir sus estados de animo.

La cuestión era, ¿todavía le necesitaba? ¿Era importante o ella ya tenía el conocimiento que quería de él? ¿Iba a ser enviado al infierno y la condenación como la pobre señorita Bush? ¿O aún era útil?

Recordó aquellos estados brumosos, casi de ensueño dónde había estado en este lugar con anterioridad. Los había achacado a pesadillas por la rica comida inglesa. Pero, por supuesto, no habían sido sueños en absoluto. Oh, Dios mío, no lo eran, ¿verdad? Eran reales. Ella le había traído aquí para matar a un hombre. Un hombre con muchos gemelos, o... por supuesto, estaba consiguiendo entender lo que el Doctor había explicado antes en su maravilloso cachivache. Era el mismo hombre, pero en diferentes zonas temporales, diferentes realidades. Diferentes decisiones.

¿Significaba esto que en algún lugar, en otra realidad que no era en la “Primera Tierra”, como se refirió a ella el ordenador, había un Joseph y una Natjya Tungard viviendo felices en Londres, él con sus estudiantes, ella sin estar enferma, sin estar amargada, sino haciendo lo que quería? ¿U otra realidad donde nunca dejaron Rumanía, dónde los comunistas nunca llegaron, donde Emile y Hilde Schultz vivían a

salvo con sus dos preciosos hijos que crecían en un mundo seguro y libre?

Y Joseph Tungard supo que nunca descubriría la respuesta a esas preguntas porque estaba destinado a morir aquí, en esta extraña habitación con libros, ordenadores y alienígenas chillones.

Porque este era su castigo por contribuir a la encarnación de la fuerza más destructiva jamás nacida.

El sillón que estaba delante de él fue lanzado a un lado, como si fuese de papel.

No era ni siquiera consciente de donde terminaba, sólo de las enormes fauces que se abalanzaban sobre el, sin ojos, sin facciones, con esos zarcillos vibrando en el viento. Pero supo que de alguna manera estaba mirándole fijamente.

—Hola, mi amor —dijo la voz de Monica desde algún lugar profundo en su interior—. No te preocupes, aún necesito a tu fascinante mente.

Joseph cerró los ojos, sin querer saber lo que iba a ocurrir a continuación.

Lo que en realidad ocurrió fue que Monica Lamprey, en su forma alienígena, fue interrumpida por la puerta de enfrente abriéndose de golpe.

Ella/ello levantó la vista y absorbió la información.

Enmarcado en el umbral, con el gran abrigo multicolor hinchándose como una vela mayor atrapada en una tempestad, dándole el aspecto de un trastornado (bueno, de acuerdo, más trastornado) Capitán Ahab, estaba el puñetero Doctor. Y con él, Rummas y aquellos peripuestos asociados suyos.

—¿Dónde están mis amigos? —le gritó el Doctor.

—No tengo ni idea —mintió Monica—. ¿Los quieres, Doctor? Encuéntralos.

Y Monica se desvaneció en el aire.

Entonces un centenar de objetos, algunos grandes, otros fragmentos hechos trizas, cayeron al suelo al instante.

Trás una pausa, Joseph salió a rastras de su rincón.

—¿Doctor? —Intentó gritar, pero sólo le salía un susurro ronco y aterrorizado—. ¿Doctor?

—¿Tungard? —el Doctor estuvo a su lado en un instante—. Oímos el alboroto y volvimos. ¿Dónde está Mel?

Tungard se encogió de hombros.

—Lo siento. Le dio a Monica un enorme tortazo y después se desató el infierno.

—Literalmente —dijo el Doctor sombríamente—. Así que, Rummas, diría que eso apoya mi argumento. No tienes a Monica en tu trampa, tienes a la única persona enviada

para mantenerla bajo control. Bien hecho, Profesor. ¿Tú talento para hacer las cosas mal no tiene fin?

Rummas guardó silencio, pero Tungard notó que estaba demasiado avergonzado para ver nada. Los dos hombres de Rummas estaban ya de pie en medio del caos, hurgando, tratando de encontrar libros que estuvieran en una pieza.

—La biblioteca más grande de la historia —dijo uno airadamente—. Y ella la ha destruido sin vacilar.

El Doctor estuvo junto a él en un instante, tirando airadamente al suelo de un golpe los pocos libros que estaba llevando.

—No lo pillas, ¿verdad, Huu? Ninguno de vosotros lo entendéis. Esta biblioteca es irrelevante. Vosotros, yo, todo ser viviente en el cosmos es ahora irrelevante porque tú, Profesor Rummas, eres tan vanidoso y egocéntrico que no pudiste ver más allá de tu propia reputación. Una reputación, debería añadir, que ahora está hecha trizas como esta primera edición de lo que sea esto —le dio una patada a lo que parecía ser una edición manuscrita de algo, las páginas subieron flotaron y después volvieron a caer al suelo—. Oh, qué deliciosa ironía —dijo después el Doctor, y pisó el libro mientras salía como una tromba—. Profesor Tungard —llamó—. ¿Sería tan amable de acompañarme?

Y Joseph Tungard se levantó como pudo y salió tras él, deteniéndose solo para ver que el libro al que el Doctor había aludido era “Orgullo y Prejuicio” de Jane Austen. Escrito a mano. Valía una pequeña fortuna.

Una vez. Pero no ahora. Probablemente nunca más. Porque si Monica Lamprey se salía con la suya, estas cosas nunca existirían, o habrían existido,

Melanie estaba en otra parte.

Se medio preguntó si estaba muerta, pegar a tu enemigo en la nariz no era nunca una buena idea. Un enemigo que puede reescribir la historia con un pensamiento era con mucho la última persona a la que golpearías en la nariz.

Y después algo le ocurrió. Si Mónica Lamprey era realmente tan poderosa, ¿por qué necesitaba a Joe Tungard? Después de todo, podía entrar y salir del tiempo rápidamente, creando duplicados de sí misma para raptar a Helen Lamprey y sin duda hacer lo mismo en otros planetas de otros universos, así que, ¿por qué necesitaba llevar a Joe Tungard a Carsus para apuñalar a Rummas con una aguja de tejer?

Podía ver que Tungard tenía algo que ofrecer concerniente a la química, algunos nuevos elementos que le daban acceso a esto o aquello (no estaba segura si el Doctor lo había explicado apropiadamente, pero como su memoria eidética no le estaba mostrando nada, supuso que no). Así que, ¿por qué estaba él cometiendo los asesinatos?

¿Por qué Monica tenía miedo de ensuciarse las manos ella misma?

—Porque —dijo de repente en alto—, todo lo que hace ella misma se convierte en parte integrante del tiempo y cuando reescribe las líneas temporales de todos los demás, reescribiendo la suya propia, ¡podría conducir a su propia destrucción!

—Es una posibilidad —dijo el Doctor—. Me pregunto por qué no se me ocurrió a mí.

—Sí, antes de darnos una caminata por todo el planeta Janus 8 —dijo otra voz familiar—. ¿Y tú quién eres?

Mel se quedó mirando a sí misma. O algo que sabía que era ella, sin embargo era claramente diferente. Y el Doctor era el de la cicatriz que había visto en la TARDIS.

—Me llamo Mel. Melanie Bush. Hola.

—Hola Melanie Bush —dijo el Doctor, sonriendo, guiñando su único ojo—. Me gusta el nombre de Mel. Me pregunto de que Tierra vienes.

Mel iba a decir “Primera Tierra” pero de alguna forma eso sonaba jactancioso. Después de todo, ¿no asumirían todos en todo caso que la suya era la “principal” Tierra?

—Oh, de una bastante agradable —fue lo mejor que se le pudo ocurrir.

—La mía apesta —dijo su duplicado, rascándose su muy corta cabellera—. Soy Melina. O Técnico 38.

—Prefiero Melina —dijo el Doctor—. Vamos, la TARDIS está por aquí.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mel, mirando a su alrededor, intentando orientarse.

—En Janus 8 —dijo Melina de mal humor como si eso lo explicara todo. Cuando claramente no lo hizo, añadió—. Un planeta fuera del alcance del Imperio, gracias a Jupiter.

El Doctor suspiró.

—Te lo he dicho Melina, podemos no estar ni siquiera en vuestro universo, así que no me extraña que el Imperio no esté aquí. Además, pasará mucho tiempo antes de que

uno de tus Cesar logre que paséis la barrera de los viajes intergalácticos. Demasiado consumidos...

—... en dominar a todos en la Tierra. Sí, sí —dijo Melina, después le susurró a Mel—. Ya lo he oído todo antes. Le conocí hace sólo unos pocos días atrás y se muere de aburrimiento. De todas formas, si de vuelta a casa me consigue meritos con el Pretor, habrá merecido la pena.

—Te elegí para esta misión, querida niña, porque supe, de alguna manera, pero por mi vida he visto ya alguna prueba que lo respalda, que no estabas... destinada a quedarte en la Tierra —el Doctor señaló a Mel—. Y la presencia de aquí tu duplicado lo confirma más —sonrió a Mel, lo cual le aseguró que, a pesar de las marcas en la cara, este era todavía el Doctor, aunque con un mejor sentido de la moda—. Imagino que viajas con alguna versión temporal alternativa de un servidor.

Mel dijo que sí.

—¿Y es tan sofisticado, elegante y excepcional como yo?

—¿O es un gran moscardón con un sobreinflado sentido de engreimiento, dando la tabarra constantemente sobre que ser un Señor del Tiempo es lo que más mola en el mundo? —pregunto Melina, con dureza. Mel sintió que había poca cordialidad entre estos dos, a pesar de los intentos del Doctor.

Le hizo sentir nostalgia de su propio Doctor.

—Ignórala, querida Mel —dijo el Doctor—. La liberé de la esclavitud, pero desgraciadamente no tiene un marco de referencia con el que juzgar su encontrada nueva libertad. Al eliminar la monotonía y la pobreza de su vida, le quito todo lo que es familiar y seguro, no importa la desesperación. Aún está adaptándose.

Melina se encogió de hombros.

—Desde luego, Doc.

Mel decidió que le gustaba este Doctor, pero no le entusiasmaba Melina. Dios me libre, se dijo a sí misma.

—Así que, Melanie Bush —el Doctor le sonrió—. ¿Cómo acabaste aquí. Con nosotros? ¿Rummas te envió para controlarnos?

—No. Para nada. Estábamos en Carsus, habíamos atrapado a Monica o eso pensábamos. Resultó que nos había engañado y yo, um, bueno, la golpeé

—¿La golpeaste? —se echó a reír Melina—. Estas empezando a gustarme, chavala.

—Realmente no estoy orgullosa de ello —dijo Mel.

—Efectivamente —el Doctor estuvo de acuerdo—, la violencia nunca es la respuesta.

—De todas maneras, creo que me trajo aquí en un ataque de ira. ¿Y vosotros?

Melina se echó a reír.

—Oh, Rummas nos dio una tarea, nos pidió buscar a una cumpleañera llamada Helen. Fallamos. No pudimos encontrarla. Después pasó algo en el cielo, como si algo estuviese allí arriba...

—Intentando atravesarlo, pero no pudo. Ni idea de lo qué era, así que decidimos volver a Carsus —terminó el Doctor.

—La Lamprey —dijo Mel—. Esa es la criatura en la se convierte Monica y a la que golpee. se convirtió. Creo. Es muy complicado.

El Doctor le dijo que sabía cómo se sentía pero una vez que estuviesen de regreso a la Biblioteca, todo se aclararía por Rummas.

—No estaría tan segura de eso —dijo Mel.

—Por Jupiter, al fin estamos de acuerdo en algo —dijo Melina—. ¿Lo ves, Doc?, te dije que era un par de sestercios cortos de un denario.

El Doctor estaba abriendo la puerta de la TARDIS y después maldijo.

—Siempre se atasca —dijo y golpeó la puerta con el hombro, así que finalmente se abrió. Tomando algunas bocanadas de aire tras el esfuerzo, les indicó que entrasen.

Mel se encontró con una extraña variación de su más familiar TARDIS, esta era toda de madera y cristal de colores, con suelo de parquet y esculturas y las paredes repletas de obras de arte.

—Es preciosa, Doctor —dijo—. Nuestra TARDIS no se parece en nada a esto.

—Ah sí, por supuesto —asintió el Doctor—. Eso tendría sentido. Especialmente si el Imperio Romano no tiene el dominio en tu versión de la Tierra, pero, ¿comparte tu Doctor mi afición por todas las cosas de la Tierra?

—Estoy segura de que sí —concordó Mel—. Pero esto es fantástico. Aunque no

entendiendo cómo es que el Imperio Romano nunca cayó.

—Qué suerte tienes —dijo Melina—. Algunos de nosotros tenemos que acostumbrarnos. De nuevo.

El Doctor cerró las puertas y miró a las dos versiones de la misma chica.

—Infinitas combinaciones, infinitas alternativas —dijo en voz baja.

Apretó algunos interruptores de su versión de madera de la consola de la TARDIS y se desmaterializaron.

—¿Dónde vamos ahora, Doc? —preguntó Melina.

—¿De vuelta a Carsus? —preguntó Mel.

El Doctor levantó una mano para calmarlas a ambas.

—Escuchad atentamente, esto es muy importante. Necesitáis saber esto —esta última parte parecía dirigida a Melina en vez de para las dos.

—Ya veo hacia dónde conduce esto —suspiró Melina—. Una conferencia y sin duda toda tendrá que ver con tu "amiga" la Lamprey. Gracias.

—De nada —sonrió al Doctor.

—Ey, Doc, ¿no podrías simplemente llevarme de nuevo a casa?

Mel había tenido suficiente.

—Escucha, ¿por qué eres tan irritante todo el tiempo, Melina?

—¿Qué?

—Bueno, quiero decir que el Doctor te ha rescatado de ser una esclava, tal y como yo lo veo. ¿Por qué tienes ganas de volver? ¿Y por qué estás siempre de tan mal humor?

Melina empujó a Mel a un lado para impedir al Doctor escuchar su conversación.

—Escucha, no sé cómo es tu vida en tu mundo. En el mío, recibo órdenes. No hago preguntas, no pienso por mí misma, no porque no pueda, sino porque no debo —suspiró—. El Imperio lo sabe todo, lo ve todo. Mis padres, mi hermana, somos una unidad familiar. Si uno cae por cualquier razón, los otros sufren. No hay devolución para las ganancias perdidas, ningún suplemento de estado como hay para la Guardia

Pretoriana o los Senadores. Así que mientras podrías pensar que es genial que tu Doctor te lleve lejos de cualquiera que sea la monotonía que soportes, al alejarme a toda prisa, está potencialmente perjudicando a mi familia.

Mel se quedó mirando a Melina y después, por razones que no pudo explicarse, le dio a su esquivo duplicado un enorme abrazo fraternal.

—¿Tienes una hermana? —dijo—. ¿Anabel?

—Sí. ¿Tú no?

—No. No, ya no. —se echó hacia atrás para mirar a Melina directamente a la cara—. Así que siempre hay una consecuencia en algún lugar.

Tras unos segundos más, Melina se desembarazó de ella y abandonó la sala de control.

Mel sintió una mano en su hombro. Era el Doctor. Se quedó mirando directamente el dañado rostro y se dio cuenta de que podía ver más allá de eso. A la belleza interior tras él. Este, también, era un Doctor distinto. Más calmado, suave, menos explosivo y... emocional que el suyo. Por mucho que quisiese al Doctor hasta la muerte, esta versión sugería un hombre ligeramente menos mordaz y controvertido.

“¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se tornase aburrido?” pensó. “Estoy mejor con el mío”.

Le tocó la cara.

—¿Puedo preguntar?

Sonrió y señaló a su único ojo azul que la miraba fijamente.

—Tenía una amiga, una reina guerrera del Nuevo Mundo. Una parte de la Tierra que...

—Lo llamamos América —dijo Mel.

Asintió.

—Por supuesto. Era Brown Perpugilliam. Peri. Era fuerte, franca y valiente. Ella... ella murió a pesar de mis intentos por salvarla de un rey bárbaro, Yikkar, que decidió que era de su propiedad —dio un suspiro y guardó silencio, después levantó la vista al techo, evitando mirar a Mel a los ojos—. Conté mentiras sobre ella después, ¿sabes? Dar un relato más heroico de la batalla, hizo que mis lesiones parecieran más como una herida

de guerra ganada luchando contra un antiguo enemigo. Pero la verdad es que Yikkar me torturó con una espada al rojo vivo antes de permitirme marchar. Podría haberme regenerado, pero eso habría sido...

—¿Vanidad?

Asintió.

—Y Peri se merecía algo mejor que a mí mismo cambiando sólo para olvidarla —después se quedó mirando la puerta por la que Melina había desaparecido—. Creo que ahí hice una mala elección. Me guarda rencor, a todo esto. Pero de alguna forma, estaba atraído por ella...

—Es el destino, supongo —dijo Mel—. Cada Doctor tiene que tener una Mel —le cogió de la mano—. El mío también tuvo una Peri de América. No estoy segura de qué le ocurrió, no estoy segura si él tampoco. Me choca que no importa de qué universo vengamos, algunas cosas toman el mismo rumbo, es sólo el escenario lo que difiere.

Se echó a reír.

—No podría haberlo dicho mejor. Tiene suerte, tu Doctor. De tenerte.* * *

Joseph Tungard decidió que si alguna vez volvía a casa, se dejaría llevar por la locura. Después de todo, tenía que ser una mejor opción que todo esto. Ya era bastante malo que estuviese en un mundo alienígena (y con qué facilidad había aceptado esa aberración), un mundo que era la intersección de millones y millones (y tal vez más millones) de versiones distintas del mismo universo. Sino que ahora mismo estaba viendo algo que no había contemplado nunca antes.

Dos Doctores idénticos.

Los dos vestidos con ese ridículo abrigo multicolor, los dos intentando hablar más alto y más enfadado que el otro. Los dos de pie cerca de sus maquinas voladoras en forma de cabina de policía.

Y el nuevo que había estado esperándoles dijo algo sobre que sabía lo de la Cámara de la Espiral.

Una vez que ambos hubieron chillado lo peligroso que era el Profesor Rummas y estúpido, tonto, ridículo, indigno de confianza e irresponsable (lo único en lo que estaban de acuerdo era en su recién descubierta antipatía por Rummas), salieron de la gran sala brillante y volvieron al pasillo donde las cabinas de policía estaban “aparcadas”.

Este Nuevo Doctor tenía dos compañeras, una niñita de unos cuatro años y una chica que tenía una estatura similar a la de la señorita Bush, pero con ascendencia reptiliana.

¡Ascendencia reptiliana! Añade eso a mundos paralelos, naves temporales y Lampreys.

La chica verde estaba llevando a la pequeña, con un aspecto más humano, que estaba durmiendo.

—¿Eres bueno con los niños? —le preguntó en perfecto Inglés.

Tan perfecto que le recordó...

—Mel, ¿no? —dijo, arriesgándose.

—Sí —esbozó una amplia sonrisa—. ¿Nos hemos encontrado antes?

—No, conozco a otra señorita Melanie Bush.

—Oh —dijo la Melanie verde—. No soy la señorita Bush. Soy la señorita Baal.

—Hola, soy Joseph Tungard. Todo esto es por mi culpa. Creo.

—¡Ya lo creo que no! —espetó el Doctor (pero Joseph no tenía ni idea de cuál)—. Es un títere involuntario, Profesor Tungard. No crea ni por un segundo eso de que es culpa suya.

—Pero colaboré con Monica. Soñé con... bueno, matar al Profesor Rummas. Al menos creí que eran sueños.

—Sobre eso —dijo el otro Doctor—. ¿Por qué? Quiero decir, es un idiota, pero es nuestro idiota —hubo una pausa—. Es un Señor del Tiempo en vuestro universo, ¿no?

—Oh sí —dijo el Doctor que había asegurado a Tungard su no complicidad. Tungard se dio cuenta entonces de que era “su” Doctor.

De pronto se produjo el más horroroso alboroto y otra cabina de policía apareció al lado de las otras dos.

Entonces así era como parecía cuando la TARDIS en la que había venido se materializó. Interesante.

La puerta se abrió y apareció la señorita Bush.

—¿Doctor?

—¿Mel? ¿Mi Mel?

—Creo que sí.

El Doctor la abrazó.

—Eso espero. Odiaría acabar con la equivocada. Me gusta bastante la mía —guiñó un ojo a Melanie Baal—. Sin ofender.

Se encogió de hombros, y cambió el peso mientras movía a la niña en sus brazos. Tungard se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta ni se había ofrecido a cogerle a la niña.

Desde detrás de Mel, otro Doctor salió saludando de la cabina de policía. Este era muy distinto. Ropas oscuras, una cicatriz en la cara. Y una nueva Mel, Tungard estaba seguro de eso. Ahora podía ver el patrón que se formaba.

Se abrió una puerta en el pasillo y apareció el Profesor Rummas.

—He dejado a los Guardianes intentando ordenar el desastre que Monica Lamprey hizo y yo... —se detuvo cuando descubrió a tres Doctores, tres Mel y Tungard sosteniendo a la niña.

El Doctor, el verdadero Doctor, le clavó el dedo a Rummas en el pecho.

—Bueno, ahora que tienes a tres de nosotros aquí. ¿A cuántos más deberíamos esperar?

—No sé lo que...

El de la cicatriz se unió.

—Lo que mi homólogo quiere decir, Profesor, es ¿a cuántos Doctores y Mel más has enviado a salvar a Helen?

Rummas suspiró.

—Trescientos dieciocho, por ahora. Que yo sepa. Por supuesto mi propio futuro personal está cerrado para mí, así que no puedo...

—¡Eso es! —exclamó un Doctor, pero Tungard no se dio cuenta de cuál.

—¿El qué? —dijo la Mel de aspecto amargado con poco pelo.

—¡Por supuesto! —ese fue el verdadero Doctor—. Es un Señor del Tiempo, lleno hasta reventar de energía chronon.

—Sí, ya lo veo, —dijo el gemelo—, pero, ¿qué significa?

—¿No lo ves? —preguntó cara-cortada—. Eso es lo que teme Monica Lamprey.

—Sí —dijo Mel Bush—. Sí. Antes de enviarme a Janus 8, dijo que esperaba que el profesor estuviera por fin muerto.

—¿Janus 8? ¿Qué estabais haciendo allí? —preguntó Melanie Baal.

—Es una larga historia. Realmente, no —Mel Bush se autocorrigió—. En realidad no lo sé.

Uno de los Doctores (Oh, esto se estaba complicando ahora) dijo que lo sabía.

—Al llevarte a un universo que no es el tuyo, creó un agujero en él.

—Pero, ¿por qué? —Esa fue el del corte al rape.

—Porque, Melina —dijo cara cortada—, ella esperaba encontrar una Helen en Janus 8, pero no había ninguna.

—Así que no tenía acceso.

—Entonces uso a Mel para crear un portal de acceso.

—Pero fue irrelevante. Presumiblemente se las ingenió para volver en el el tiempo, no encontrar ni rastro de Helen y abandonarlo.

—¿Intercambio de información?

—Oh sí, inmediatamente.

Las tres versiones del Doctor se tocaron la frente, repitieron la palabra “contacto” y, tras unos pocos segundos, se relajaron.

—¿Todos al corriente?

—Muchísimo.

—Efectivamente.

Entonces Rummas aplaudió.

—Suficiente Doctor. Doctores. Mel —Tungard observaba al profesor atentamente mientras miraba primero al Doctor con la cicatriz en la cara y, ¿cuál era su nombre? ¿Melina?—. Debería haber habido una Helen en Janus 8 —estaba diciendo—. Esa es la razón por la que os envié allí.

El verdadero Doctor asintió.

—Pero no la había. Su plan se debilita, cabe esperar, debido a eso.

—¿Por una niña? —preguntó Melina.

—Una es suficiente —dijo el otro Doctor—. En algún lugar tiene un ... un sitio. Un área subespacial inaccesible vía tiempo normal. Allí debe estar usando la inherente energía en esta híbrida Helen para aspirar el multiverso, destruir cada universo y alimentarse de la energía del caos resultante.

Melanie Baal se encogió de hombros.

—Una pregunta, ¿por qué?

—Glotonería, Mel —dijo su Doctor—. Pura y simple glotonería.

—¿Y por qué, si estaba persiguiendo Helens, quería a Kina? —Melanie Baal señaló a la niña que Tungard estaba meciendo.

—Helen es el punto central, a través de la cual circulará la energía. Pero para crear realmente portales de acceso para drenar energía, necesitaría crono-sensibles normales.

—¿Cómo Kina? Ah.

—Efectivamente, Ah. En algún lugar en esa cámara subespacial, como mi otro yo la ha llamado, podría haber diez, docenas, incluso cientos de inocentes. Crono-sensibles obligados a drenar su propia energía vital dentro de Helen, para crear los portales.

—Eso es diabólico —dijo Tungard.

—Y tú la ayudaste —dijo Melina—. Al parecer.

—Sé agradable, Melina —dijo cara cortada—. El papel del Profesor Tungard fue mucho más importante de lo que nos dimos cuenta.

—¿Quieres decir mis productos químicos?

El verdadero Doctor asintió.

—Hasta cierto punto, sí. Pero ella tenía... um, una relación con usted, ¿no?

—¿Quieres decir que estaban teniendo una aventura? —preguntó Melanie Baal.

Tungard se encontró asintiendo.

—Estaba completamente enamorado. Fui un... un estúpido.

El Doctor se acercó a él y le puso una mano en cada hombro.

—No fuiste un estúpido, Joseph. El amor es una emoción maravillosa y excitante y, aunque a menudo puede hacernos hacer cosas estúpidas, uno nunca debería sentirse estúpido por tener esos sentimientos.

Mel Bush se unió a su Doctor.

—De acuerdo, pero, ¿Por qué lo hizo Monica? ¿Usarlo, quiero decir?

El Doctor miró a sus yos.

—¿De acuerdo?

Asintieron.

—El Profesor Rummas es un Señor del Tiempo como yo. Como nosotros. Existe en Carsus y, por lo tanto, puede coexistir en múltiples líneas de tiempo en el mismo lugar. Atravesándolas y matando sistemáticamente a sus diferentes versiones, la cantidad de energía chronon presente en la Biblioteca descende. Cuando alcanza un cierto punto, es seguro para la Lamprey existir aquí, y sin disputársela, lo cual sin Rummas y sin energía chronon, podría ser, podría usar ese sitio, habiendo utilizado a Helen para abrir los portales temporales, para drenar el universo en un sólo lugar capaz de almacenar toda esa energía del caos. Proveyéndola de un almacén en el que darse un banquete para siempre. Y cuando las reservas descendan, volverá un momento hacia atrás en el tiempo en algún lugar, cambiará unas pocas cosas y de ese modo creará otras diez docenas de líneas temporales divergentes, después las abrirá y se se alimentará de su energía.

De repente Rummas habló.

—No, tienes que estar equivocado, Doctor. ¡Puedo detenerla con la Cámara de la Espiral! Viste lo que hizo con la otra, tu Bertrand Lamprey. Murió. Se puede matar a Monica de la misma forma.

El Doctor estaba claramente horrorizado de lo que veía como la, bueno, estupidez de Rummas, pero por su vida, Tungard también estaba de acuerdo con su colega científico. Si Sir Bertrand Lamprey estaba muerto en lo que fuese esa “Cámara de la Espiral”, entonces seguramente Monica podría ser tratada de la misma forma.

El Doctor habló muy despacio. Con claridad. Como si estuviese frente a un niño muy estúpido.

—Robaste la Cámara porque Monica quería que lo hicieras. Ha estado jugando contigo desde el Día Uno. Piensas que la has engañado pero ella está fuera del tiempo lineal y no importa lo mucho que observes el exterior del tiempo normal, tú, no puedes realmente ver en persona el exterior de tu propio tiempo. Es la energía de la

Biblioteca de Carsus lo que te capacitó para ver esas imágenes fantasmales del asesinato de tus otros yoes, pero no pudiste interactuar con ellos, ¿verdad?

—Bueno, no...

—No podías adivinar las fechas exactas de las muertes porque aún estás viviendo tu vida. Ella vio que lo construías y, con toda probabilidad, ha encontrado maneras de influir en su construcción. Esa es la razón por la que Sir Bertrand acabó ahí, le envió dentro. Sabiendo que mataría a la única Lamprey que no proviene de ella. ¡El último superviviente de la raza original que no era una imagen temporal de ella misma! No le has tendido una trampa, has sido engañado, y al dar a Monica acceso a la Espiral, aquí, en Carsus, has multiplicado su poder en una tasa infinitesimal y exponencial. Bien hecho, Rummas. Le has entregado el universo y se ha asegurado de que la única cosa que podría pararla, la energía chronon de tus otros yo acumulados, no pueda detenerla.

El Doctor de la cicatriz se acercó por detrás del primero.

—Le has servido su creación en bandeja y no hay nada que nadie pueda hacer para detenerla.

El verdadero Doctor respiró hondo y se alejó de Rummas para enfrentarse a sus otros yo.

—Oh, sí lo hay. Energía chronon, recordáis. Sobrealimentadla y dejará de existir para siempre. Sólo necesitamos ofrecerle algo.

Tras un segundo, ambos asintieron.

—Necesitaríamos ayuda.

—Bueno —dijo el verdadero Doctor—.Aquí estamos en el centro de una realidad temporal. No va a ser difícil conseguirla, ¿no?

Lo que pasó a continuación fue una desconcertante imagen borrosa en lo que a Mel se refirió. Ahora mismo, los Doctores y Rummas se apiñaban todos al tuntún, gritando, susurrando, intrigando y discutiendo de nuevo. Rummas parecía ser el blanco de muchos comentarios maliciosos, pero Mel no podía sentir demasiada pena por él.

Ademas, a ella y a sus nuevos amigos se les había dado una tarea. Rescatar a Helen y a los crono-sensibles. Los Doctores habían explicado que los productos químicos del Profesor Tungard había descubierto eran lo que permitían a Monica crear su pequeña realidad de bolsillo fuera del tiempo normal. La combinación de esos nuevos elementos, aparentemente, creaban una brecha en el espacio normal.

Mientras lo hacían, Mel bromeó, pero el Doctor no se rió.

—Sólo asume esto, Mel —había dicho peligrosamente—. Tungard ha encontrado una nueva forma de explorar el subespacio, cientos de años antes que nadie. Eso es de lo que Monica se ha aprovechado. Esa es la razón por la que le mantiene con vida y le necesitamos.

—Asi que si puede acceder a todo el tiempo y el espacio, ¿por qué no ve lo que está pasando aquí. Quiero decir, ahora mismo? Y lo detiene.

El Doctor estaba sombrío.

—Bueno, para empezar, la extrema cantidad de energía temporal que revolotea alrededor de Carsus en realidad la ciega. Como buscar un copo específico en un campo cubierto por la nieve. Así que, puede percibir el área general, pero los detalles se vuelven menos... apreciables —sonrió y Mel se sintió aliviada. Hasta que añadió—Al menos, espero que ese sea el caso, porque si puede localizar copos individuales, estamos metidos en un buen lío.

Y por lo tanto el plan, era que Woltas les enseñaría el área de ciencia de la Biblioteca y Joe podría mezclar de nuevo su invención, abrir las puertas al subespacio, y un Doctor o dos entrarían un momento y rescatarían a tantas personas como fuese posible.

—“A tantas...” ¿Qué quiere decir eso? —Había preguntado horrorizada el duplicado reptiliano de Mel— Seguro que conseguimos sacarlos a todos.

Había sido su Doctor el que respondió a eso.

—Puede no ser posible. Tenemos que debilitar a Monica y aunque sería bonito salvar a todos, debe haber millones. Lo que podría no ser posible en el tiempo que tenemos.

—Pensaba que el tiempo no era un problema en Carsus —había espetado Melina.

—El subespacio no es Carsus —dijo su Doctor—. Allí el tiempo transcurre en forma lineal, como lo hace para nosotros, así que cada segundo cuenta —el Doctor de Mel le había asegurado que se esforzarían al máximo.

Fue el de la cicatriz el que pidió quedarse con Tungard para accionar el portal químico.

—A mi me suena a magia —dijo Mel.

—Exactamente lo que es la química —dijo el Doctor de Melanie Baal—. Añade la sustancia química uno a la sustancia química dos y el estado cambia. El Profesor

Tungard ha encontrado una manera de alterar diferentes estados en diferentes maneras, eso es todo.

El Doctor le dijo a Tungard que les llamara cuando estuviera listo y volvió a la Cámara de la Espiral.

Ahora ya habían pasado varias horas y Tungard finalmente dijo que estaba listo.

Mel miró a sus dos nuevas amigas. Bueno, socias.

—¿Estamos pensando todas lo mismo?

—Sip —dijo Melanie Baal.

Melina negó con la cabeza.

—Oh, lo estoy pensando, pero es una locura.

Mel cogió su brazo suavemente.

—Melina, necesitan cada minuto.

Melina hizo una mueca.

—Vamos, antes de que cambie de idea.

Finalmente Tungard se dio cuenta de lo que estaban hablando. Se volvió hacia la pequeña Kina.

—Kina, ¿puedes buscar a los Doctores, por favor? ¡Ahora!

La pequeña asintió y salió dando brincos de la habitación.

—No os ayudaré —dijo.

Mel se encogió de hombros.

—Me parece que si vierto esto, en esto y después...

—¡No! ¡No, Mel no!

—... añado un poco de esto...

Hubo un destello y cuando el humo se disipó formó un arco de humo.

Y más allá del arco había un lugar oscuro.

—Mola —dijo Melina.

Tungard estaba consternado.

—No permitiré que lo atraveséis.

—Sólo mantenla abierta por nosotras, Profe —dijo Melanie Baal y lo cruzó. Melina la siguió.

Mel las vio irse y se volvió hacia Tungard.

—Todos tenemos que hacer nuestra parte. Tú has hecho la tuya —señaló al arco de humo—. Sólo mantén la reacción funcionando para nosotras.

Por un instante Tungard clavó los ojos en ella, y ella le mantuvo la mirada, desafiándole a que los bajase.

Por mucho que a ella le gustase, sabía que en última instancia era débil, especialmente en cuanto a mujeres se refería. Tenía razón. Bajó los ojos.

—Adelante. Y buena suerte. Estaré aquí esperándoos.

Y con un silencioso “Gracias, Joe”, Mel siguió a sus duplicados.

Con un suspiro, Joseph Tungard les vio atravesarlo. Justo como él lo había hecho muchas veces cuando Monica había hecho esto en sus sueños ... no, no en sueños. Ahora lo sabía. Ella le había manipulado. Le había coaccionado. Y él había sido débil y se lo había permitido.

Pero nunca más.

—Tienes toda la razón mi amor —dijo Monica, de repente a su lado—. Nunca más.

Y Joseph se dio cuenta de que estaba besándole.

Intentó apartarse, gritar, pero le sujetó con fuerza en un abrazo, con sus labios apretados contra los de ella.

Y sintió que sus piernas se iban, comenzaban a deslizarse hacia abajo. ¿Qué le estaba ocurriendo?

De repente se liberó de Monica. Se liberó de ella y estaba flotando hacia atrás.

—¿Querido?

Se volvió para ver a Natjya. Natjya vestida con su vestido de boda, joven, preciosa. Caminando.

—Natjya, estás... preciosa...

Natjya y Joseph Tungard en el día de su boda.

—Te amo.

El día más feliz de su vida.

—Yo también te amo.

Feliz...

Capítulo Catorce

Fragor de Corazones

¿Durante cuánto tiempo habían estado caminando?

—Bueno, esto es divertido —dijo Melina, mintiendo.

Melanie Baal se encogió de hombros.

—A quien le importa. Tenemos trabajo que hacer. Mientras Tungard no nos falle, estaremos bien.

—Sí, y probablemente llevo esperando este momento toda mi vida... Atravesar una imposibilidad hacia una absurdez —Melina se detuvo y miró a su alrededor—. Y para colmo, estamos perdidas.

—¿Cómo podemos estar perdidas? —preguntó Mel—. No sabemos ni dónde se supone que estamos.

—Oh genial —dijo Melanie—. Esto fue idea tuya.

—Pensé que era tuya, verdecita —dijo Melina.

—¡Ya está bien! —gritó Mel—. Peleándonos no vamos a ninguna parte.

Se hizo el silencio mientras se miraban entre sí. Tras unos instantes, Melina se echó a reír.

—¿Sabes?, supongo que todas pensamos lo mismo. Es decir, ¿cómo no vamos a hacerlo?

—Lo dudo —dijo Melanie.

Pero Mel asintió.

—Probablemente Melina tenga razón. Pensábamos de distintas maneras, según el modo en el que hemos crecido, pero en el fondo, somos la misma persona, llegando a las mismas conclusiones, pero por rutas diferentes.

—No soy tan pedante —dijo Melanie.

—No soy tan bocazas —añadió Melina.
Mel se echó a reír.

—Todas somos la misma.

—Sí, excepto que nuestros orígenes son diferentes —resopló Melina—. Es decir, mi familia es esclava, su familia es... escamosa y tu familia es presumida.

—Eres un encanto —criticó Mel.

—Me pregunto de quién he sacado eso —respondió Melina, y agarró a Melanie Baal para impedirles ir más lejos.

—¡Basta! —gritó—. Si no podemos llevarnos bien, no juguemos. Demos la vuelta, volvamos a Carsus y dejemos que nuestros Doctores hagan esto.

—¡No! —dijeron las otras dos al unísono, después se echaron a reír.

—¡Por fin de acuerdo!

Mel esperó un poco mientras Melina avanzaba a pisotones, entonces le dio un golpecito en el hombro a Melanie.

—Buena jugada.

—Es sólo mi naturaleza de sangre fría —dijo sin ninguna nota de humor.

—¿Fue difícil?

—¿Qué, ser un bebé mestizo? Sí, la escuela no fue un picnic y la universidad fue peor, pero mamá y papá fueron buenos y se aseguraron de que estuviera bien. Y no es que fuese la única.

Empezaron a caminar tras Melina.

—¿Tu hermana?

—No, Annie es pura. Mama se casó con Baal después de que su primer marido muriese.

Mel se detuvo en seco. Eso no se le había ocurrido.

—¿Al... Alan Bush murió?

Melanie asintió.

—Un accidente en casa, creo. Mamá no habla mucho sobre ello y Annie no le recuerda en absoluto. Así que mi papá es de hecho su papá.

—Annie. El diminutivo de Anabel, ¿verdad?

—Sí. Tengo una foto suya en la TARDIS. Me recuerda a casa. ¿Se llama Anabel en tu realidad?

—Se llamaba. Nunca la conocí. Murió en un accidente en... en casa.

—Raro. Annie siempre supuso que la razón por la que nunca se ha hablado del tema es porque ella está implicada de alguna manera. Pobre niña, siempre he dicho que incluso si fue así, mamá no parece tenérselo en cuenta.

Mel sonrió tristemente.

—Puedo imaginar cómo se siente.

—¿En serio?

—Sí. Un poco. Vamos, reunámonos con...

Mel fue interrumpida por un grito desde delante. Era Melina. Las dos chicas corrieron a toda velocidad en la dirección que había tomado Melina, pero obviamente se separaron porque se encontraron entrando en una cámara circular por entradas opuestas.

—Raro —dijeron las tres Melanies a la vez.

Por encima de ellas había cuatro construcciones en forma de sarcófagos, flotando en el aire, conectados a un quinto en forma de estrella en el centro por medio de unos tubos transparentes.

Sin embargo los cinco estaban girando al unísono, así que de tanto en tanto pero siempre simultáneamente Mel podía ver a los ocupantes. Uno, más pequeño que los otros parecía estar vacío; otro contenía a un chico adolescente; otro a un hombre y el tercero a una chica. El de forma de estrella contenía una figura conocida.

—Helen Lamprey —dijeron Mel y Melanie a la vez.

—Así que es ella —respondió Melina—. Todo esto, ¿sólo por ella?

Melanie señaló al que estaba vacío, suficientemente pequeño para un niño.

—¿Kina?

Mel asintió.

—¿Podemos llegar hasta ellos?

—¿Hombros? —dijeron Melanie y Melina a la vez, después Melina añadió.

—¡Hemos de conseguir que dejen de hacer eso!

Melanie se subió a los hombros de Melina y Mel comenzó a escalarlas a ambas, en medio de “aus” y “ey, ¿dónde va ese pie?”, pero no sirvió de nada. Incluso estiradas al máximo, Mel aun estaba un buen brazo demasiado baja.

Mientras tanto las construcciones seguían rotando.

—¡Por Jupiter! —chilló Melina de repente—. ¡Agarraos fuerte, chicas! Instintivamente las otras dos Melanies hicieron lo que se les ordenó. Mel miró abajo y vio que Melina estaba subiéndose a los hombros de un chico.

—Hola —dijo en voz baja—. Soy Marlern Jarl. Confío en que podáis bajar a Haema, ¿verdad?

Mel se encogió de hombros.

—Ahora tal vez.

Alcanzó el sarcófago más cercano y sus dedos no encontraron ninguna forma de acceder al interior.

—Dudo que alguien tan poderoso como esta Lamprey use una llave —dijo Melina hoscamente—. Inténtalo con los tubos.

—Iba a hacerlo —le espetó Mel—. Dame una oportunidad.

Con la ayuda de Marlern, se movieron ligeramente hacia la izquierda y Mel fue capaz de agarrar el tubo que corría desde el sarcófago de la chica, pero aunque lo movió un poco, no cedió.

—Tengo una idea —gritó Mel.

—Sí, pero es arriesgado —le dijo Melanie.

—Sin embargo hay que hacerlo —esa fue Melina—. Ey, chico, retrocede. Marlern, probablemente confuso todavía por la extraña comunicación que ocurría a su alrededor, hizo lo que se le pidió y Melina saltó de sus hombros, llevándose abajo también a Melanie.

Pero Mel colgaba de los tubos, ahora a unos seis metros encima de sus cabezas.

—Sí, te cogeremos —dijo Melina en respuesta a una pregunta sin formular.

Mel no tenía exactamente fe en esa idea, pero aún así comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás.

Lo que pasó a continuación fue ruidoso y doloroso, pero en resumidas cuentas, Mel se encontró a sí misma en los brazos de Melina, cogida con una sincronización experta y no poca fuerza inesperada (“Ey, nosotros, los esclavos romanos trabajamos un poco” dijo una voz en su cabeza)

A su lado en el suelo había cinco sarcófagos destrozados, incluyendo el de forma de estrella, y un montón de tubos se agitaban por encima de sus cabezas, echando chispas durante un momento.

Cada ocupante salió tambaleándose, ilesos pero conmocionados.

—¿Quiénes sois? —preguntó el más joven, mientras Haema y Marlern se abrazaban. —Creía que la criatura te había matado —dijo ella.

—Me ignoró —dijo Marlern.

—No eres un crono-sensible —supuso Melina—. Irrelevante para ella. Esencial para nosotras. El primer error que ha cometido nuestra Monica.

El tipo mayor trataba de revivir a la chica en el aparato en forma de estrella, pero no había manera.

En vez de eso veían como se agitaba de lado a lado. Mel vio cómo, con cada ligero movimiento, se mantenía una imagen por lo que parecía que había un montón de ellas, cada una moviéndose unos segundos después de la otra.

—Helen Lamprey —dijo, después cayó a su lado—. Helen. Tranquila. Por favor.

Como si reaccionase a su voz, Helen se detuvo y pasó casi un minuto antes de que todas las imágenes fantasmales la alcanzasen y se acomodasen en un solo cuerpo.

—Dios mío —dijo Melanie—. ¿Cuántas Helens de cuantas realidades están contenidas en ese cuerpo?

—¿Y tú qué? —dijo el tipo que se había agachado a su lado.

—Complicado —dijo Melanie.

—Soy Mel —Mel le ofreció la mano.

—Kevin —respondió—. Esos son DiVotow y Haema.

—Gracias por liberarnos —dijo DiVotow—. No estoy seguro de cuánto más podría haber aguantado.

Melina se acercó a ellos.

—Aún no sois libres. Tenemos que salir de aquí antes de que Monica venga a buscarnos.

—Algo tarde para eso, niños —rugió una nueva voz detrás de todos. Mel suspiró.

—Hablaste demasiado pronto, Melina. Esa es Monica.

—¿Quién es? —preguntó Kevin.

Y Monica se transformó en una Lamprey completa.

—Oh —continuó Kevin—. Ya. ¡Ella! Ya. ¡Corred!

Y cogió a la inconsciente Helen en sus brazos y empezaron a correr hacia la salida opuesta por la que Melina había entrado, pero de repente una Lamprey duplicada estaba bloqueándola.

—Mis dominios, mi mundo. Mi creación. Voy donde me place.

—Como... el infierno —dijo una nueva voz y Mel bajo la vista para ver a Helen revolverse. Helen levantó una mano y una ráfaga de energía golpeó a la Lamprey y la hizo desaparecer—. Hola Bis Tía Mamá Abuelita Monica, soy Helen. Y eso fue pura energía cronon. ¿La disfrutaste?

Helen se puso de pie, aliviando la espalda de Kevin.

—Oh y soy una Lamprey, ¿recuerdas? —y se transformó en una versión más pequeña de la forma alienígena de Monica—. Esa salida —chilló, arrojando otra bola de energía cronon y disipando a otra Monica.

La banda congregada no necesitó un segundo aviso y, dirigidos por DiVotow y Melina, salieron corriendo.

Mel se detuvo para ver lo que Helen estaba haciendo y vio horrorizada como se transformaba en la Helen humana otra vez y salía disparada tras ellos.

Monica no andaba lejos, deslizándose por la oscuridad, chillando de furia.

Marlern llamó a Mel.

—Ella usa a los otros porque son crono-sensibles, ¿no? Sea lo que sea qué signifique eso.

—Significa que son importantes para sus planes, sí —respondió Mel, sin aliento. No estaba tan en forma como creía. Entonces se dio cuenta de que Marlern había dejado de correr.

—Seguid adelante —gritó.

—¡Marlern, no! —gritó Haema. Mel trató de agarrarla, pero Haema corrió hacia el otro lado, hacia Marlern.

—¡Os daremos el tiempo que podamos! —gritó Marlern y se desvaneció en una nube de partículas de polvo cuando la Lamprey Monica le barrió directamente.

Haema no dijo ni una palabra, simplemente murió tan rápidamente como Monica pasó por su lado.

—¡Mel! Vamos —gritó Melina desde el frente—. ¡Puedo ver el camino por donde entramos!

Una nueva voz bramó alentándolas.
—¡Vamos Mel! ¡Mels!

Era la voz del Doctor. Al menos uno de ellos.

Mel pudo ver escapar a sus dos homólogas hacia la salvación, dejando a los dos chicos y a ella.

DiVotow estaba fuera, después Kevin, pero, ¿podría ella hacerlo antes que Monica la alcanzara? ¿Y cómo iban a impedir que saliese, de todas formas? ¿O Tungard había encontrado la solución?

Mel vio la luz brillante del laboratorio mientras corría hacia el arco de humo.

Vio a Melanie volverse hacia Melina.

—¡Patea el experimento! —gritó—. ¡Desordena los elementos!

Melina estaba indecisa.

—Va a doler —dijo, sintiendo sin duda ya el considerable calor mientras se acercaba. —Esa no es la respuesta —exclamó el Doctor mientras Mel se le echaba encima.

—Estoy fuera —jadeó.

Y viendo que Melina había fallado, Melanie Baal se arrojó hacia el experimento de Tungard y desapareció en un súbito y brillante destello.

El arco de humo había desaparecido, atrapando a Monica dentro. Pero también a Melanie Baal y Mel pudo ver por la reacción del Doctor que éste no era su Doctor, sino el de Melanie.

Melina se quedó de pie allí, mirando fijamente a dónde Melanie había estado.

—Yo... yo...
Mel le lanzó una mirada despiadada.

—Eres todo elocuencia —dijo amargamente y salió de la habitación.

El Doctor, su Doctor, encontró a Mel sentada en la destrozada Sala de Lectura pocos momentos después.

—No fue culpa de Melina —dijo suavemente.

—No, lo sé —dijo Mel—. Fue mía. Las conduje allí dentro.

El Doctor se rió para sus adentros.

—¿Tres Mels testarudas? Creo que os condujisteis vosotras mismas. La pobre Kina estaba muy preocupada.

—¿Dónde está?

—A salvo. Con DiVotow y Kevin, siendo atendidos por los señores Woltas y Huu. De alguna manera, conseguirán llevarles a casa cuando todo esto termine.

—¿Cuándo todo termine? —Mel agitó los brazos a su alrededor, señalando a la destrozada habitación—. ¿Cómo va a acabar alguna vez todo esto? Joe ha desaparecido, al parecer. Así como Melanie Baal y aquellos dos chicos a los que apenas conocía. Pero, ¿hemos detenido a Monica?

El Doctor suspiró.

—No. No lo hemos hecho.

—Lo sé. Era una pregunta retórica, Doctor. ¿Cuánto tiempo crees que estará atrapada dentro del subespacio de Joe?

—¿Honestamente?

—Honestamente, por favor.

El Doctor sonrió sombríamente.

—Dudo que esté allí ahora. Vendrá aquí pronto, esa es la razón por la que encerramos a los más jóvenes arriba.

—¿Y Helen?

—Helen está... ayudándonos.

—Quieres decir que es el cebo. Usando su energía cronon, eso es a lo que te referías antes, ¿verdad? Los yoes coleccionados de Rummas son demasiado débiles, así que necesitas a otra con enorme cantidad de energía temporal en ella. Creo que eso es realmente egoísta por tu parte.

—Bueno...

—Peor que eso, es despreciable, Doctor —Mel se puso de pie—. Quiero volver a la TARDIS, ahora por favor. No quiero ver como la sacrificas.

El Doctor caminó hacia la puerta.

—La TARDIS está por ahí Mel. Tienes una llave.

Y Mel comenzó a andar hacia donde le indicaba.

—Te veré más tarde, Doctor.

—Adiós, Mel —respondió, suavemente y cerró la puerta tras él. Mel respiró hondo, puso su mano en la manija y...

Había habido algo en su voz. Algo en la manera en que había hablado. Algo en cómo había dicho "Adios, Mel".

—¡Doctor!

De repente se dio cuenta de lo equivocada que había estado.

Helen no era el cebo. Helen no era un Señor del Tiempo con múltiples yoes dispersos por todo el tiempo y el espacio, por incontables universos. Helen era una llave, podía abrir la abertura. La única persona con la energía cronon necesaria era...

—¡Doctor! —gritó, volviendo precipitadamente a la habitación y atravesando la puerta por donde se había ido. Lo que, por supuesto, la llevo a algún otro lugar completamente diferente.

Corrió por un pasillo.

Siete minutos. Todos estos edificios eran iguales y a través del centro de cada uno, Helen atraía... atraía a docenas, tal vez cientos de Doctores.

Al igual que su Doctor, listos y capaces de sacrificarse a sí mismos, a sus especiales energías vitales de Señor del Tiempo, para detener a Monica Lamprey.

Mel giró por un pasillo y corrió directamente hacia el señor Woltas.

—La Cámara de la Espiral —le espetó—. ¿Dónde?

—Bueno, yo...

—Maldita sea, Woltas —espetó finalmente Mel—. ¡Sólo dímelo!

Capítulo Quince

Se acabó el tiempo

Treinta minutos más tarde, ella y su Doctor estaban juntos en la Cámara de la Espiral. Mel se dio cuenta de que estaba agarrando con fuerza la mano del Doctor. Casi con demasiada fuerza. No entendía lo que estaba ocurriendo, pero sentía un... no exactamente un estremecimiento, sino una sensación de excitación que casi podía saborear. Esa sensación que se tiene en anticipación a algo que podría ser bueno, pero que podría ir mal.

Ese momento previo a entrar por una puerta el primer día en un nuevo trabajo. La sensación cuando te sientas en un coche lista para tu primera lección de conducción. La desgarradora y horrible pero deliciosa sensación de excitación y pavor cuando besas a alguien especial, por primera vez, sin saber si es lo que cualquiera de los dos realmente quiere, pero sabiendo que es la única forma de averiguarlo. Ese momento, podía recordar, en que pasó la noche por primera vez, dormida con Jake, acurrucándose detrás de él en la cama y extendiendo su brazo alrededor de él, acariciando suavemente su pecho, amándolo, pero conscientes de que en un segundo podría apartar su brazo y así decirle dónde estaba exactamente su relación. O donde no lo estaba.

De pequeña le dijeron que se llamaban “mariposas en el estómago”. De adulta, le enseñaron que era una mezcla de adrenalina y endorfinas liberadas en el sistema. Al parecer, ser adulta te quita toda la diversión de la vida.

En este momento, todos esos sentimientos estaban ardiendo a través de Mel y esperaba que, al igual que la analogía del brazo-alrededor-del-pecho-de-Jake, al final todo saldría bien.

Pero la mirada en los ojos del Doctor le dijo que tal vez no. No esta vez.

Oh Dios...

A su lado estaban sus otras dos versiones que había llegado a conocer. El de la cicatriz con la capa y el agradable cuya versión de Melanie había muerto.

Qué tristes se veían los Doctores supervivientes.

Se quedó mirando a su Doctor. Era curioso como pensaba de él así, en realidad todos esos eran su Doctor, ¿quién decía que era el correcto? Bueno, obviamente ella. Su mente pensó brevemente en los sacrificios que se habían hecho para llegar hasta aquí.

Además de su propia versión reptiliana, estaban Haema y Marlern, juntos hasta el final. Joe Tungard, tan horrorizado por lo que había descubierto sobre convertirse en el Arquitecto del Caos en el ordenador de la Sala de lecturas. Sir Bertrand Lamprey, afligido por Helen, que había descubierto ahora la verdad, y el destino final de su amado padre. Y eso es en lo que se había convertido el Doctor para Mel. Una figura paterna. Ahora podía verlo. Especialmente durante esos momentos en los que anhelaba su hogar, sus padres. Y aunque esa tristeza nunca se marchase, en muchos sentidos el Doctor la había suplantado.

Era una necesidad mutua. Alan y Christine Bush se tenían el uno al otro, pero el Doctor no tenía a nadie. Y Mel realmente tampoco. Excepto el uno al otro, el cuidado y la protección mutua, con esa confianza y honestidad mutua, es la familiaridad que les permitía acabar las frases el uno al otro. Los pensamientos incluso.

Una vez temió que pudiera ser amor. Ahora sabía que era una sólida, paternal y buena amistad.

Y por primera vez en sus (oh, ¿cuántos meses eran ya?) viajes, Mel se preguntó si esto podría ser el final.

La tensión a la que se estaba enfrentando ya el Doctor, incluso con un par de duplicados perdidos en el tiempo, era fenomenal y exigía más de lo que sin duda razonablemente podía esperar dar.

El Profesor Rummas estaba mirando desde el lado izquierdo del crisol, preparado para abrir la Espiral y revelar a la Lamprey. O las Lampreys. Nadie podía estar seguro de si aún había una viva o sesenta millones, arrastradas desde existencias alternativas.

Helen se puso de pie directamente en el borde del mismo cono invertido de la Espiral, agarrando la barandilla con fuerza. No dijo nada a nadie, sabía lo que se esperaba de ella. Ser el cebo, abrir la Espiral una última vez y arrojar dentro a Monica, y cualquier versión temporal de ella ahí fuera. A todas ellas, como polillas a la llama. Por supuesto, Monica no era así de estúpida, pero no obstante acudiría. Todavía necesitaba a Helen, y podría fácilmente destruir a cualquiera que se interpusiese en el camino de ella/ellos/eso.

Al menos, eso era lo que se suponía. Era un peligroso juego de adivinanzas. El futuro, presente y pasado de literalmente incontables realidades dependían de lo siguiente que Helen y los tres Doctores hicieran.

Y de la multitud de otros que pudieran ser arrastrados aquí una vez que Helen abriese el camino.

Mel iba a decir unas palabras de ánimo al Doctor. A los Doctores. Pero Rummas le llamó la atención y señaló con la la cabeza a la cámara, intentando hacerle ver algo.

Y Mel se quedó sin aliento al ver lo que había captado su atención. Helen estaba ahora retorciéndose violentamente, los círculos concéntricos de la Espiral estaban rotando. Había comenzado, y justo igual que antes, se mostraban superpuestas las imágenes retardadas de cada movimiento de Helen.

Pero eso significaba que la ayuda estaba en camino.

Mel sólo esperaba que la ayuda llegase antes de la razón por la que se la necesitaba.

Y allí estaban. De pie, en frente, agrupados en torno al extremo más lejano del cono invertido de la Cámara de la Espiral había más Doctores idénticos. Una mayoría vestía ropas similares al suyo, pero había unos pocos distintos. Y no todos estaban acompañados por una Mel, aunque muchos sí.

Un Doctor, con las manos tras la espalda mientras miraba fijamente al crisol con asombro, estaba de pie con una bonita joven morena vestida con un brillante camiseta rosa y chocantes pantalones cortos azules.

Cerca, un Doctor con un abrigo hecho enteramente de diferentes tonos de azul estaba con una mujer de unos cincuenta años.

La atención de Mel fue atraída entonces hacia un Doctor con un abrigo de idéntico tono más atrás con la misma mujer, aunque ésta tenía implantes metálicos bajando por el lado izquierdo de su cabeza, brazo y pecho, como alguna especie de cyborg. Otro Doctor estaba hablando con...— Mel apenas podía creerlo— lo que parecía ser un pingüino. Tal vez había veinte, no espera, sin duda treinta Doctores en total. No, cada vez que Mel creía que los había contado, otro Doctor y compañero aparecían. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que fuesen cientos? Por supuesto, eso podría, esta sola vez, ser ventajoso...

Después de un instante, su Doctor levantó la vista y cruzó el gigante disco cubierto y se metió en el espectáculo de enfrente. Los otros dos Doctores siguieron su ejemplo.

—Como dije. Infinitas combinaciones de infinitos desvíos —murmuró el de la cicatriz—. Fascinante.

El Doctor, el Doctor de Mel, alcanzó el panel de control del crisol y dijo simplemente.

—Es la hora.

—¿Estás seguro de esto, Doctor? —preguntó Mel, sabiendo la respuesta pero aún rezando para que de repente se le ocurriese otra forma. Sin embargo, se limitó a asentir.

—He cometido un error, Mel. Confié en que Rummas y los demás sabían lo que estaban haciendo —sonrió débilmente—. Cuando pienso en todos los amigos que he tenido durante estos años, pensaría de mi mismo que tengo un ojo realmente esplendido para juzgar caracteres. Y sin embargo, cuando más importaba, cuando pensaba que el destino de toda la historia, presente y futura de todo estaba siendo supervisada por gente sensata, me equivoqué. Como resultado, yo... nosotros... tenemos que soportar las consecuencias porque somos los únicos aquí con el poder de tener alguna esperanza de derrotar a Monica.

Mel sabía que lo estaba diciendo lo suficientemente alto para que Rummas lo escuchase, pero no quería llamar la atención de Rummas. Ella podría ir más lejos que el Doctor, cualquiera de lo que esos Doctores había ido y darle un tortazo. Igual que le había hecho a Monica. Y mira a donde la había conducido eso.

—¿Qué va a pasar? —se oyó preguntar Mel—. ¿Por qué están todos ellos ahí? Rummas había cruzado la habitación para unirse a ella.

—Es un sacrificio, por todo el tiempo y el espacio. Por todos los universos y multiversos. Por todas las dimensiones y...

—Oh, cierra el pico —espetó detrás ella una voz que Mel reconoció. Era Melina, apoyada contra la puerta, sus ojos rojos porque había estado llorando.

Mel iba a ser mordaz, a decir algo del tipo “Oh, ¿finalmente has decidido unirse a nosotros?” pero no pudo. No quiso. ¿Qué sentido tenía? Melina se estaba sintiendo ya lo suficientemente mal. Mel sabía eso tan bien como ella... bueno, ella misma en realidad. En vez de eso, le cogió la mano y sintió que la de Melina se deslizaba dentro. Una sensación rara, sujetarle la mano a tu propio doppleganger. La apretó de forma tranquilizadora y oyó un susurrante “gracias” de Melina. Realmente había una primera vez para todo.

—¿Preparados? —preguntó el Doctor.

—Preparados —bramó en respuesta un coro de unos treinta Doctores, haciéndolo muy alto.

Rummas pareció realmente sobresaltarse. Entonces se volvió a mirar a Mel.

—Esto puede que no funcione, ¿sabes? —dijo.

—Que optimista cretino, ¿no? —respondió Melina.

—¿Si el... ellos fallan? —preguntó Mel.

Rummas se encogió de hombros con tristeza.

—Está renunciando a su energía cronon, la extraerá de todos ellos. La esperanza es que la sobrealimente y la reviente antes de que demasiados Doctores mueran.

Melina apretó la mano de Mel con más fuerza pero no la soltó. Aún necesitaba esa tranquilidad. Pero su tono de voz contradijo eso.

—¿Qué quieres decir con morir?

Rummas se volvió hacia ella enfadado.

—¿Qué demonios crees que está pasando aquí, chica? ¿Crees que quiero ver esto? Un Señor del Tiempo sacrificando no sólo su vida sino posiblemente todas las futuras, quizá las pasadas, todo lo que tiene, sólo para salvar un universo que en realidad no merece ser salvado — Rummas estaba, de hecho, llorando—. ¡También es mi amigo! Mel sintió las mariposas lanzándose a la boca del estómago, poco a poco más fuertes y más rápidas. Pero antes de que pudiese hablar, la cubierta del crisol se deslizó hacia atrás, revelando un vórtice caleidoscópico y espirales girando lentamente.

Una ligera columna, de aire disparado hacia arriba, golpeó a las múltiples imágenes caóticas de Helen.

Había comenzado.

Helen estaba intentando aguantar, pero no sirvió de nada.

—¡Vamos Helen! —gritó Rummas—. ¡Vuelve aquí, ya has hecho tu parte! Pero Helen no se movió.

—Tal vez pueda hacer más —musitó, cada palabra era una tortura—. Tal vez... Y Rummas estaba a su espalda, tirando de ella hacia atrás.

—¡Déjale...déjales hacer su trabajo!

Mientras Helen retrocedía hasta ponerse a salvo, los tres Doctores dieron un paso adelante, un movimiento imitado por los Doctores más cercanos de enfrente. El fuerte viento soplabá ahora en las caras de los Doctores, mientras el vórtice de abajo los iluminaba con una intensa luz halógena.

—Mira —dijo una Mel alternativa de enfrente, y efectivamente, una de las espirales se quebró y se separó cuando una Lamprey salió lentamente. En menos de pocos segundos, otras cinco o seis habían hecho también lo mismo.

Después otro destello de luz y aire, y cerniéndose sobre el crisol, girando en una columna de luz estaba lo que Mel sabía que era la Lamprey principal, la grande, el progenitor de las restantes Lampreys. Esa de la que las demás eran sólo sombras. Ecos.

—Monica —dijo en voz baja.

—Así que, Doctor, nos encontramos una vez más —escupió—, y me has traído unos presentes —pero todos los Doctores la ignoraron intensamente, bajando la mirada a sus más pequeños duplicados aún en el interior de la Espiral—. Era una broma —dijo—. Presentes como en pasado, presente y futuro. Muchas versiones de tus yos presentes y, oh no importa, tal vez una de tus encarnaciones pasadas entiende el chiste —gruñó. Mientras tanto un chasquido de luz azul brotó de una Lamprey de abajo, contra el borde del cono invertido, como un lento relámpago ahorquillado, pero nadie se movió.

—Profesor Rummas —Monica se dirigió al anciano bibliotecario—. ¿No tienes vidas que ofrecer como este Doctor amigo tuyo? Puede que no tengas regeneraciones futuras, pero unas pocas del pasado podrían ser un buen aperitivo. ¿No?

—¡Eres una abominación —gritó Rummas—. La antítesis de todo lo que es bueno en el omniverso!

—Oh, gracias, Profesor —Monica soltó unas risitas—. Dices unas cosas tan dulces...

Y un fragmento azul de electricidad se disparó de su cuerpo y golpeó a Rummas directamente en el pecho.

Retrocedió tambaleándose, lo que claramente sorprendió a Monica.

—Uau, eres sabroso anciano —dijo—. Quiero más de eso, por favor.

Mel pensó en correr hacia delante, bloquear la trayectoria del relámpago, a sabiendas de que lo más probable era que un segundo impacto destruiría a Rummas para siempre.

Pero alguien más estaba allí primero. Sintió que Melina se escabullía de su agarre una fracción de segundo antes de que hubiera liberado su mano. Melina se colocó con aire desafiante delante de Rummas y Mel sintió una punzada de orgullo.

Después de todo, en el fondo, eran la misma persona.

—¿Por qué no te vuelves directamente por dónde has venido, mamona? —vociferó Melina con furia.

Por otro lado, Mel decidió, esa no era su tipo de actitud, pero era bastante sincera y hacía eco de sus propios sentimientos.

Y Melina murió, completamente destruida por un serpenteante zarcillo de luz azul de Monica.

Mel, Helen y Rummas se quedaron mirando conmocionados fijamente el lugar donde ella había estado.

Y Monica se echó a reír.

—Una miga, un bocadito. Apenas valió la pena comérsela —se rió—. Pero al menos se ha callado.

Mel iba a decir algo, pero Rummas tiró de la pierna de su pantalón débilmente, mirando más allá de ella.

Mel volvió la vista conmovida hacia el área del cono.

—Contacto —dijo el Doctor, su Doctor. Y todos los demás, posiblemente docenas, tal vez cientos de ellos, replicaron, manteniendo sus manos derechas en alto, con la palma hacia el frente, y cerraron los ojos.

—Necesitaba ese tiempo —dijo Rummas quedamente—. Pobre Melina. Ese era mi papel.

—¿Autosacrificio como distracción? —preguntó Mel—. Me parece un poco extremo.

—No lo entiendes —espetó Rummas—. Esto no es una tontería de peligro como los Daleks o los Cybermen. Esta criatura, esta obscenidad va a destruirlo todo, pasado, presente y futuro, simplemente para alimentar su hinchada existencia. El Doctor va a sacrificarse para detenerla. Mi vida, la tuya, la de Melina. No valen nada en comparación con ganar tiempo para el Doctor.

Monica estaba retorciéndose en su columna de luz.

—¿Qué estás haciendo? —gritó—. ¿Qué está pasando?

—¿Puedo ayudarles? —preguntó Helen, pero Rummas negó con la cabeza. Conectando las palmas de todos los Doctores había un rayo de luz, zigzagueando en todas direcciones, creando una red de poder y energía, aunque cada Doctor estaba notablemente más débil por hacer eso.

—Energía cronon —murmuró Rummas—. Sin ella, un Señor del Tiempo envejecerá y morirá. Lo mantiene unido cuando cruza las líneas temporales —miró a Mel—. Contagia a aquellos que viajan con él, también, manteniéndote joven, impidiendo que tu energía cronológica personal se vuelva loca.

—¿Y es lo único que puede detener a la Lamprey?

Rummas asintió.

—Absorberá mucha, esperemos que demasiada.

—¿Pero y los Doctores? ¿No morirán?

—Todos y cada uno de ellos —dijo lentamente—. Todos y cada uno sacrificándose para que su propio universo personal pueda seguir viviendo.

Mel vio que el Doctor del abrigo azul y su compañera ciborg se tambaleaban de repente y se desvanecían. Y Mel supo que su universo estaba a salvo, nunca más habría otra víctima de la Lamprey. Pero sin sus campeones. Sacrificándose para que otros pudieran vivir. Sólo el Doctor haría esto. Los Doctores.

Al unísono, los Doctores levantaron sus palmas ligeramente, sus caras haciendo muecas por la tensión, varios de los respectivos amigos y compañeros mirando con tanto miedo en sus caras como Mel suponía que había en la suya.

Otro Doctor desapareció con un parpadeo y Mel notó que otro se materializaba para reemplazarlo. Pero cuando un par más desaparecieron, se dio cuenta de que llegaban cada vez menos reemplazos. Esta era una batalla perdida, y no había nada que ella pudiera hacer para ayudar. Qué inútil se sentía en este momento.

Los restantes Doctores apretaban con fuerza los dientes, levantando el enrejado de energía, llevando a las Lampreys más pequeñas de abajo hacia ella. Estaban escupiendo relámpagos azules, pero con poco efecto. Un par más de Doctores expiraron, pero ahora ninguno los reemplazó, así que los demás soportaron la tensión ese poco más para compensar.

El Doctor de la cicatriz, sin ser consciente de que su versión de Mel estaba muerta, levantó la cabeza y miró fijamente a Monica, que estaba agitándose violentamente con furia por encima de sus cabezas, escupiendo fuego azul, lo que todos ignoraron valientemente.

—¿Tienes ya suficiente?

—Sois patéticos, Señores del Tiempo —chilló—. ¿Creéis que esto puede detenerme ¡Sólo me estáis alimentando, dándome la energía que necesito!

Una a una, las Lampreys más pequeñas subieron volando y penetraron en la trama de energía y se evaporaron cuando la golpearon, pero a Monica no le importó, gritaba:

—¡Tanto más para mí!

Mel pudo ver que no había ya más Lampreys abajo y Monica era más grande ahora, hinchándose mientras la energía cronon que los Señores del Tiempo estaban propagando estaba siendo succionada hacia ella.

Sus palmas estaban mucho más altas ahora y quedaban sólo seis Doctores.

El agradable a la izquierda de su Doctor, cuya Mel había sido parte reptil, cayó hacia atrás con un gemido cuando un relámpago azul le golpeó y también se desvaneció.

Rummas suspiró.

—No está funcionando —dijo en voz baja—. ¡La Lamprey puede hacerle frente!

Como si le respondieran, los distintos Doctores dejaron de emitir sus rayos de energía, luchando por respirar mientras lo hacían.

Encima de ellos, enmarcada aún en la columna de luz halógena radiando desde el centro de la Espiral, Monica se regodeaba.

—Te he vencido. El omniverso es mi restaurante. ¡Es hora de mi menú!

—Como suele decirse —jadeó el Doctor de la cicatriz—. ¡Cierra el pico!

Y él, como tantos antes, desapareció con un destello azul, y Mel sintió una punzada de tristeza.

Pero su Doctor aún estaba ahí, de pie sólo en un lado del crisol, mirando fijamente a sus igualmente concentrados duplicados reunidos en el otro lado. En un horrible cuadro, como marionetas, asintieron, tres veces, pero como uno. Sin fluctuación, sin perder ritmo.

Después, antes de que Mel pudiera detenerle, su Doctor escaló por el lateral del crisol, alcanzó la luz y agarró a la Lamprey.

Chilló y se retorció por su agarre.

—¿¡Cómo!? ¿¡Cómo es que puedes tocarme!? Soy intangible. Estoy cruzando todo el tiempo y el espacio. Estoy en todos los sitios a la vez.

—No —dijo el Doctor, apenado, exhausto y algo enojado—. Estas atrapada aquí. Por mi.

Un solitario individuo contra tu omnipotencia. Y te venceré.

—¿¡Cómo!?

—¡Porque... Soy... el... Doctor!

Y se lanzó al interior del crisol en espiral, dejándose caer al interior del abismo dimensionalmente trascendental, acompañado por Monica que chillaba y lanzaba fragmentos de luz azul a su alrededor mientras caían.

Un Doctor más, golpeado directamente en el pecho por una luz azul, desapareció para siempre, pero los demás lo ignoraron.

—Doctor... no... —susurró Rummas—. Oh no...

Mel no entendía lo que estaba pasando.

No pudo hacer nada cuando los Doctores alternativos restantes apuntaron con sus palmas al crisol y la dejaron salir. Cada onza de energía cronon, que previamente habían compartido, fue vertida en el vértice de la Espiral, pulverizando los laterales, abriendo las espirales y golpeando a los dos, al Doctor – su Doctor – y a la vociferante Monica, alimentándoles a ambos con demasiada energía.

—Nada puede tomar tanta energía —Rummas se arrastró por el suelo, uniéndose a Mel a mirar en el borde del cono la destrucción de abajo.

El Vórtice espiral se rasgó, despedazado en múltiples sitios, la energía de los Doctores reunidos azotaba a las dos figuras, distorsionándoles a lo largo de cada plano dimensional, estirándoles, aplastándoles, engordándoles, hinchándoles, curvándoles y retorciéndoles en todas direcciones.

Era como una sala de espejos de pesadilla, Mel era incapaz de distinguir dónde empezaba o acababa el Doctor, tratando de ignorar el alarido de agonía que emergía del crisol.

Y después, con una columna final de luz brillante, casi abrasadora, que chisporroteó hacia arriba, se terminó.

Lo último que vieron Mel y Rummas de Monica fue una aplastada imagen bidimensional, retorciéndose de dolor en el corazón de la columna de luz que sin prisa pero sin pausa se partía en pedazos, átomo a átomo parecía evaporarse silenciosamente mientras golpeaba los bordes del haz de energía cronon hasta que no quedó nada.

La Cámara de la Espiral estaba ahora quieta y en silencio. Ni espirales, ni vórtice, sólo un simple cono de unos seis metros de profundidad, con un vértice invertido.

Y acurrucado, en posición fetal, en el fondo, estaba el Doctor. Maltrecho, ensangrentado e inmóvil.

Por el rabillo del ojo, Mel vio a los Doctores y compañeros alternativos supervivientes, incluso el pingüino se quedó quieto, después se disipó mientras una TARDIS, siempre una cabina de policía, notó, pareció envolver a cada pareja y después desapareció, dejando la habitación vacía excepto a ella misma, a Rummas y al Doctor. Lanzó una mirada a Rummas.

—¿Dónde está Helen?

Pero sabía la respuesta. Helen era una Lamprey. Había sido una Lamprey.

—No sólo un cebo —espetó Mel—, también un sacrificio.

Mel trepó por la barandilla y bajó de un salto al interior del ennegrecido cono sin rastro de espirales antes de que Rummas pudiese detenerla, deslizándose hasta la forma acurruçada del Doctor.

—¿Doctor?

Sus ojos se abrieron.

—¿Hemos ganado?

—Todos vosotros. Todos se han marchado ahora, en sus TARDIS.

—¿Y Monica?

—Muerta. Destruída en la Espiral, completamente borrada por ella.

—Pobre Helen —jadeó—. Lo siento —Tosió—. ¿Rummas? —gritó con voz ronca.

—Se encuentra bien —le aseguró Mel, pero entonces se dio cuenta que no era una pregunta dirigida a ella.

—¿Sí? —llegó la respuesta de Rummas.

—Comprueba las líneas temporales y todos los universos. Haz que el señor Woltas y el señor Huu comprueben dos veces todo. No debería haber rastro de Lampreys en ningún sitio. De lo contrario, hemos fracasado. Rummas se marchó cojeando a hacer justo eso, y Mel ayudó al Doctor a ponerse de pie. Estaba segura de que estaba diferente, ciertamente menos pesado. De hecho, parecía más bajo, su pelo estaba lacio y su lividez le tornaba gris.

—Tienes un aspecto horrible —dijo tratando de ser útil.

—Gracias por esas amables palabras de aliento. Acabo de detener el fin de la creación y lo único que puedes hacer es decirme que no tengo buen aspecto. Mel se echó a reír y lentamente, de hecho muy lentamente, teniendo en cuenta lo cansado y demacrado que estaba el Doctor, salieron arrastrándose del destruido cono invertido, de la propia cámara y entraron en la Biblioteca.

—¿Ahora a dónde? —preguntó Mel una vez estuvieron en el pasillo.

—Necesito dormir un poco. Vayamos a la TARDIS y salgamos de aquí.

—Pero, ¿y Rummas?

—Puede hacerse cargo de las cosas aquí. La Lamprey está muerta. Puedo sentirlo en mis huesos —se apretó el brazo e hizo una mueca—. Dolorosamente, de hecho. Mel miró a su alrededor, después cerró los ojos, intentando traer a la mente un plano de la Biblioteca. Después sonrió, abrió los ojos y señaló hacia un pasillo a la izquierda. —TARDIS. Siete minutos por ahí.

El Doctor permitió que Mel soportase su peso.

—Siete minutos, ¿eh? ¿Qué haría yo sin tí?

—¿Qué haría el universo sin ti? —replicó Mel.

—Esperemos... esperemos no averiguarlo.

Capítulo Dieciséis

Todos están felices ahora

La sala de control de la TARDIS nunca le había parecido tan brillante, tan cálida Tan acogedora.

Mel estaba casi arrastrando al Doctor adentro mientras miraba a su alrededor. Como por arte de magia, una parte de la pared del fondo se abrió y una cama larga emergió. Quizás la TARDIS se dio cuenta de su piloto estaba desesperadamente enfermo, pensó Mel.

El Doctor hizo un gesto con la mano casi con irritación hacia la cama y fue absorbida por la pared una vez más.

—Estoy bien, Mel —miró hacia el techo mientras Mel cerraba las puertas tras ello—. No, en serio, lo estoy —sonrió a Mel—. No lo hicimos tan mal, ¿verdad?.

—¿Nosotros? —Mel se rió— "Nosotros" no hicimos nada. Tú, en cambio, acabas de salvar el multiverso. Literalmente por primera vez.

—¿Por primera vez? Mel, ¡salvamos el multiverso una vez a la semana! ¿no es así?

—Normalmente no, no. Normalmente estas satisfecho con una raza, o un planeta. Una galaxia como máximo —podía decirle que estaba enmascarando su dolor detrás de su cordialidad, por supuesto— Pero en serio, Doctor, creo que necesitas descansar. Los Lamprey realmente te dejaron fuera de combate. De nuevo, ¡literalmente!

El Doctor respiró hondo y se paró con orgullo en su preciosa consola de la TARDIS.

—Tonterías, Mel, ¿qué daño podría sucederle a alguien como yo?

En ese momento comenzó a toser y a escupir. Mel corrió a su lado al instante, tratando de darle una palmadita en la espalda. Siendo considerablemente mucho más baja que él, esto sólo dio lugar a algunos ineficaces golpes a un par de vértebras cervicales. Él suavemente puso su mano atrás.

—Sabes, creo que un poco de descanso no me vendría nada mal.

—¿Órdenes del Doctor? —sugirió Mel descaradamente.

Él asintió y le devolvió la sonrisa.

Y el corazón de Mel se enfrió.

Ella había estado viajando con él el tiempo suficiente para poder entender al Doctor muy bien ahora. Este hombre paternal que confió en ella su vida. Un hombre cuyos humores y caprichos pudo ella predecir en estos días bastante bien. Un Señor del Tiempo, tanto poder contenido en un cuerpo tan frágil, a pesar de su apariencia de... bueno, bastante sólida de todos modos.

Pero, ¿quién sabía lo que realmente hacían los Señores del Tiempo? Incluso en estos días, Mel era consciente de que no podía estar completamente segura de lo bien que podía estar el Doctor.

Después de haber presenciado esa lucha final mientras los Lamprey se extinguían, se vio obligada a preguntarse si el Doctor podría haber aceptado esa absorción constante de energía y luz. ¿Podría su forma realmente sólo haber tomado ese castigo y luego encogerse de hombros con tanta facilidad mientras finge?

—Doctor, escúchame. Rummas te advirtió de lo que podrías necesitar para detenerlo.

El Doctor estaba apoyado en la consola de TARDIS, agarrándola con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—¿Entonces qué? Bueno, puede que no sea capaz de regenerarme doce veces. Once, diez, tal vez. ¿A quién le importa?

—Debería importarte a ti.

—¿Por qué? Mira el escáner Mel, mira eso. Todas esas estrellas y mundos y razas y civilizaciones. Se pudieron haber ido si no hubiera detenido a Monica. Cuando me sacrifico, puedo permitírmelo y yo realmente creo que lo vale. Mel estaba a su lado. Ella puso una mano en la suya y la alejó rápidamente.

—Doctor, estás helado. Quiero decir, absolutamente congelado.

—¿En serio? No puedo sentirlo —su mirada estaba todavía en el escáner. Mel, puedes pulsar ese interruptor azul por favor.

—¿Por qué?

—¿Porque te lo pedí amablemente?

Mel hizo lo que le dijo y al instante la TARDIS volvió a la vida, la columna central subía y bajaba mientras dejaban Carsus por lo que esperaba que fuese la última vez. Unos segundos más tarde, se detuvo y el escáner mostró el espacio otra vez. Mel frunció el ceño, pero el Doctor sonrió, aunque débilmente.

—Modo Estacionario. Sólo quería mirar el cosmos por última vez a nivel local.

—Por... última... ¿qué quieres decir con "por última vez"?

El Doctor finalmente alejó sus manos de la consola, tratando de mover sus dedos pero fue en vano. Miró directamente a Mel y de repente se dio cuenta de que no estaba mirando a un hombre en una crisis de la mediana edad como aparentaba sino a un hombre drenado, cansado, que sólo por esta vez podía creer estaba en sus 900 años o más. Sus ojos azules eran grises, se notaban más las patas de gallo y su cabello tenía algunas raíces y rizos grises, especialmente en las sienes.

—Lo hicimos bien, Mel. Me siento honrado de haberte tenido a mi lado por última vez.

Y cayó al suelo con un fuerte "Crump".

Mel estaba a su lado en un segundo, apoyando la cabeza en su regazo, masajeando sus sienes.

—Vamos Doctor, no hay tiempo para dormir.

Ella alzó la vista hacia el escáner.

Todas esas estrellas, aún parpadeantes. Todos esos planetas, aún girando. Toda la vida que le debe su existencia a un hombre, un maravilloso, valiente hombre que nunca conoció.

Nunca podría conocer.

Se dio cuenta de que estaba llorando y una lágrima cayó sobre la cara del Doctor. Su piel estaba muy gris ahora. Sus ojos se abrieron y sonrió con fuerza.

—No llores Mel. Llego mi hora. Bueno, quizá no, pero era mi hora. Para donar.

Sabes, he tenido buenos momentos, visto y hecho mucho. No me puedo quejar. No te sientas traicionada.

Mel no podía entender lo que estaba diciendo. No podía estar... estar muriendo.

Dejar que su energía cronon fuera absorbida a ese grado realmente lo destruyó. ¿Finalmente?

—No... —susurró— ¡No es justo!

—Sí. Sí, lo es... —le oyó decir, pero las palabras parecían estar en su cabeza en lugar de venir de su boca cerrada.

De pronto empezó a recordar su primer encuentro en Brighton. Una enemistad inicial que había dado paso al respeto, admiración y, finalmente, un gran afecto, el suficiente para unirse a él a bordo de la TARDIS. Para viajar por el universo. Las luces de la TARDIS parecían haberse atenuado una fracción, como si ella... como si ella lo supiera. Lo hubiera entendido.

Mel lamentaba que lo hiciera.

Entonces la TARDIS se sacudió violentamente, una, dos, tres veces.

El Doctor fue sacudido fuera de sus manos y se acurrucó, frente a la parte inferior de la consola.

—Local... rayo tractor... —dijo en voz alta esta vez, tratando de levantar su mano. Tratando de alcanzar la consola y levantarse.

Mel miró por un segundo, convencida de que él tendría éxito. Por supuesto que lo tendría, si ellos estuvieran bajo alguna clase del ataque, el Doctor saltaría a la acción y salvaría el día otra vez. El tenía que hacerlo.

—¡Doctor! —ella le susurró mientras, en cambio, su brazo colgaba y él estaba tumbado una vez más.

Su piel era de color del granito ahora y Mel estaba segura de que se estaba difuminando ligeramente.

Tenía que ser por sus propias lágrimas, que distorsionaban su visión.

La TARDIS se sacudió otra vez, enviándola a un par de metros de distancia del Doctor y el suelo parecían estar en un ángulo severo.

Ella trató de arrastrarse hacia él, pero hubo otra sacudida, y otra y Mel se preguntó si esto era lo que se sentía al ser un buzo bajando demasiado rápido. Sufrir una embolia. Sentía, de alguna manera, que la TARDIS estaba cayendo, arrastrándose por el espacio, como un carrito de montaña rusa en caída libre.

Y entonces todo había acabado. La TARDIS aterrizó con un golpe de trepidación enorme, pero en sus oídos, en su mente, parecía como si el ruido aun perdurase y ella supo entonces que le había fallado al Doctor.

Se estaba muriendo delante de sus ojos y su propio cerebro se cerraba, tratando de bloquear los efectos del aterrizaje forzoso, o lo que fuera, tratando de dormir. Ella lucharía contra la inconsciencia. Ella había sido noqueada antes, sabía que podía atraparla, detenerla...

Sabía que podría...

Sabía que...

No... no era justo...

¡Espera!

La puerta de la TARDIS se estaba abriendo. ¿Cómo? Nadie había operado los controles de la puerta. Debían de haber sido forzados. Mel apenas podía mantener los ojos abiertos, la oscuridad que quería consumirla estaba ganando, y ella estaba perdiendo la batalla.

“Déjalo ir” oyó hablar a su voz interior. “Duerme”.

Con un esfuerzo final, Mel rodó sobre su espalda, frente a la puerta.

Mientras la inconsciencia se apoderaba de ella, estaba segura de que había personas allí.

Se movieron hacia ella y cuando ella finalmente sucumbió a una completa privación sensorial, oyó una estridente voz femenina dando una orden.

—Deja a la chica. A quien quiero es al hombre.

Reporte de errores

No somos perfectos, todos nos equivocamos, y en Audiowho también. Si has detectado un error o algo que no cuadra en la traducción de esta novela puedes hacérselo saber en:

<https://github.com/Bigomby/audiowho-novelas/issues>

Para ello puedes hacer click en el botón “New issue” y describirnos el error indicando la página donde se encuentra. Te agradeceremos que nos lo hagas saber para corregirlo lo antes posible. Muchas gracias por colaborar.

Un saludo de parte de Audiowho.